

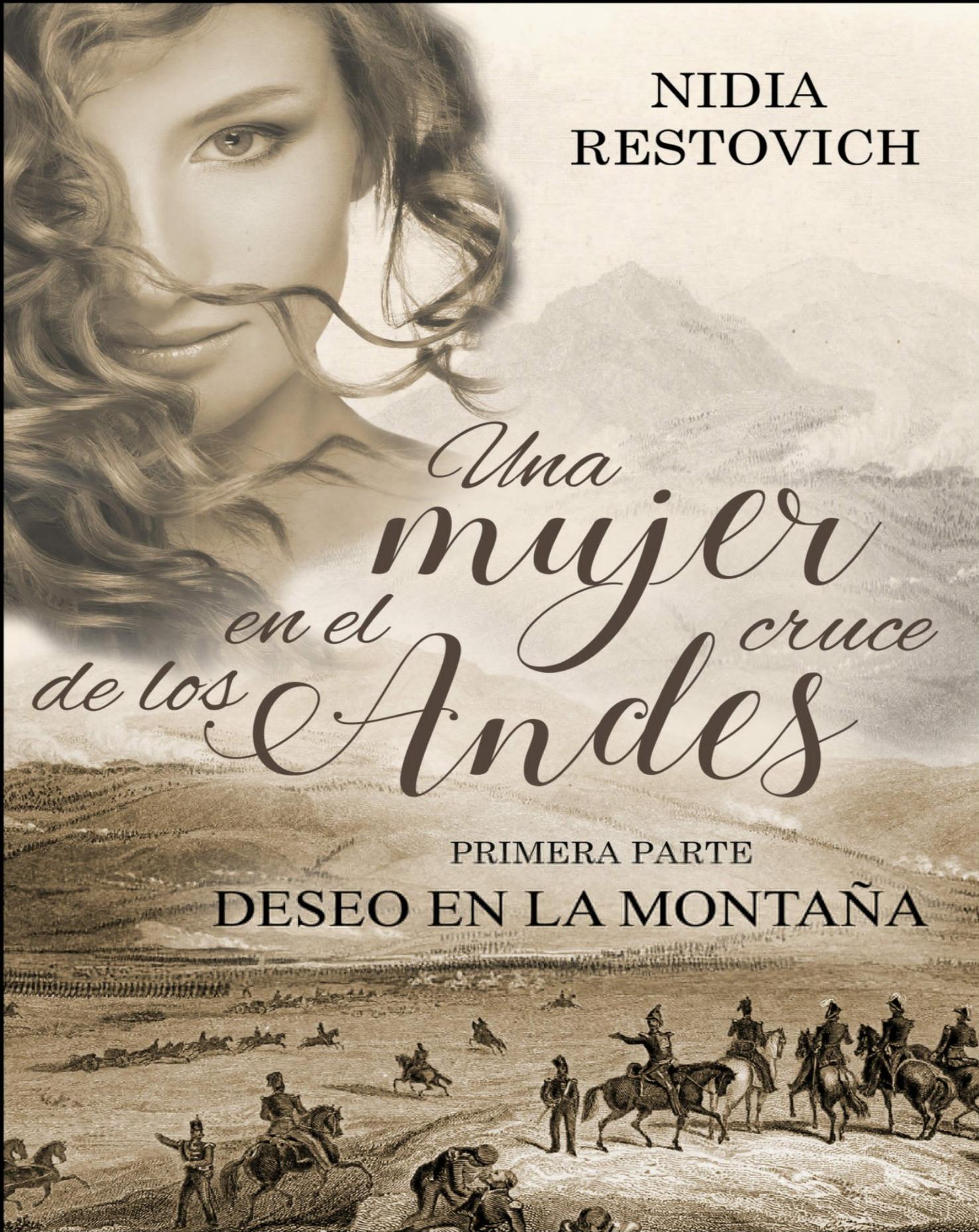
Selecta

NIDIA
RESTOVICH

*Una
mujer
en el cruce
de los Andes*

PRIMERA PARTE

DESEO EN LA MONTAÑA



Una mujer en el cruce de los Andes 1

Deseo en la montaña

Nidia Restovich

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A mis amados alumnos de Historia,
los de ayer, los de hoy y los de todos los tiempos.*

Prefacio

“Hay días, y son muchos días, en los que usted me duele en todo el cuerpo”.

Campamento del ejército argentino en la Cordillera de los Andes; inicios de febrero de 1817.

Dos días después de que Mercedes casi terminase aplastada en el fondo del barranco, y encontrándose su capitán ya recuperado, habían vuelto a encontrar un valle entre las montañas, pudiendo armar las tiendas y dormir a resguardo de nuevo. Esa mañana, mientras estaban varios soldados de su pelotón sentados alrededor del fuego y tomando el mate cocido en grandes jarros de lata, Mechi notó que algunos de ellos la observaban con sorna o burla, para luego mirarse entre sí y señalarla con un alzamiento de frente. En un reflejo automático se aplastó el cabello, pensando que lo tendría más despeinado que de costumbre, y se miró la ropa con atención, pero no encontró ninguna mancha nueva en el mugriento uniforme. Siguió tomando su desayuno con gesto reconcentrado, sin dejar de notar que, a las miradas socarronas, les sucedían cuchicheos y risas eminentemente machistas y desconsideradas, según su modesta opinión.

Juan, que observaba al grupo desde unos cinco metros de distancia, caminó con resolución hacia ellos mientras ordenaba: —¡Basta de cháchara, soldados! Ya holgazanearon lo suficiente, así que se me van rapidito a desarmar la tienda

y cargar los víveres en las mulas, en media hora partimos. —Luego, dirigiéndose a la chica, continuó: —Usted no, Luis, necesito que escriba un mensaje para enviar a la próxima columna.

Mechi asintió en silencio, rezongando en su mente porque el muy cómodo también sabía escribir al tiempo que observaba, con gesto de enojo y ceño fruncido, a los hombres que se alejaban. Luego explotó con su habitual desparpajo: —Diga, mi capitán, ¿de casualidad usted sabe qué les pasa a esos payasos que me miran y se ríen con cara de bobos?

—No les dé importancia, muchachito, es que, como están aburridos, buscan algo para entretenerse —le respondió el joven mirando a su subalterno con lástima.

—Y sí, pero pareciera que siempre se entretienen a costillas mías, ¡un día de estos se me va a volar el gorro y voy a empezar a repartir soplamocos a diestra y siniestra, ya van a ver! —acotó la chica con su habitual voz impostada, la que hacia el final se volvió más chillona, mientras cerraba su pequeño puño y lo blandía en el aire en señal de amenaza.

Juan meneó la cabeza con una mueca que buscaba parecerse a una sonrisa asomando a su boca, y se sentó en una piedra a su lado, en tanto que pensaba que ese mocoso cascarrabias, con sus ocurrencias, era lo único que lo estaba salvando de volverse loco en ese cruce infernal en el que la muerte parecía estar esperándolos a la vuelta de cada esquina. Porque ese espantajo lo hacía reír a carcajadas, tal vez por eso era que siempre se sentía tan a gusto en su compañía. Tomó una taza, se sirvió mate cocido hirviendo de la enorme pava de lata ubicada directamente sobre los leños, y bebió un sorbo antes de comenzar a hablar:

—Lo de las piñas no se lo aconsejo, miden casi medio metro más que usted y tienen brazos del doble de tamaño que los suyos, llevaría las de perder, se lo aseguro. Y deje de buscar camorra, que yo no puedo estar las veinticuatro horas para salvarlo de los líos en los que se mete, y un día de estos va a ligar flor de paliza. Comparado con esos veteranos de guerra, usted acá es el último

orejón del tarro, mi hijito.

—¿Y entonces qué hago? ¿Me aguanto que se me burlen todo el día sin saber ni por qué lo hacen? —le respondió la joven con tono grave y tratando de imitar el habla de su querido y extrañado hermano.

—No, eso tampoco sería justo, pero respete si quiere ser respetado. Si me promete que me va a escuchar con calma y sin ofenderse, yo puedo decirle algunas cosas de usted de las que se ríen, tal vez, si las modifica, ellos lo dejen en paz.

—¿De veras que sería el tipo más feliz de todas las Provincias Unidas si me ignoraran! ¿Le parece que si me disfrazo de arbusto lo lograré?

—Ve, ahí tiene, son esas ocurrencias tuyas las que les dan risa —le dijo él en tanto que la señalaba con el índice y soltaba una carcajada.

—¡Mentira, esta mañana no abrí el pico ni para decir pío, e igual me tomaron para la chacota! —le retrucó la chica, mientras apartaba la vista, molesta porque el brillo de los ojos azules de su capitán cuando sonreía le provocaba un revoltijo en el estómago y el vientre, muy impropio para el mocosuelo que fingía ser, y temía que él notara su incomodidad.

—Es que también están sus gestos y sus modos.

—¿Qué hay con mis modos?

Con un tono entre cauteloso y defensivo, el capitán suspiró antes de responderle:

—A veces, no siempre, son un poco... femeninos.

La chica abrió los ojos como platos y se llevó una mano a la boca antes de fruncir el ceño con enojo. ¡Y ella que estaba convencida de que representaba el papel a la perfección! Había imitado en todo a sus parientes varones: el andar desgarbado, con las piernas medio chuecas, los hombros caídos, sentarse de piernas abiertas y la voz grave que hacía que al final del día la garganta le ardiera de dolor por el esfuerzo de impostarla. Esto sin contar con su otrora largo y hermoso cabello cercenado en la nuca, las vendas gruesas que le torturaban los pechos y la almohada de plumas sobre su abdomen que

picaba como un demonio y hacía que, durante el caluroso día, la transpiración corriese a chorros por su estómago. Todo su esfuerzo había sido inútil, esos buenos para nada se burlaban de sus modos “femeninos”. ¡Ella era la que debería burlarse de que fuesen tan idiotas de no darse cuenta de que si tenía “modos femeninos” era porque en realidad era una mujer, una mujer en un mundo de militares machistas, crueles y maleducados! Tomando aire para tratar de calmarse, le preguntó:

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Ese que acaba de hacer, el de llevarse la mano a la boca y abrir así los ojos... lo hace ver medio manflorón, y los muchachos también lo notan.

Mechi lo miró en silencio, dolida porque reconocía que el capitán tenía razón, ese era un gesto que había visto en sus hermanas, no en los hombres. Bajó la cabeza avergonzada, antes de volver a interrogarlo con tono resignado y de fingida calma:

—¿Y cuál fue el que los hizo reír esta mañana?

—No estoy seguro, pero creo que fue su forma de tomar la taza.

—¿Qué hay con mi forma de tomar la taza? —le ladró la chica ya a la defensiva.

—Usted la toma del asa con delicadeza, usando las puntas del índice y el pulgar, tragando de a sorbitos, y para mayores logros, alza el dedo meñique al inclinar el jarro. ¿Cómo quiere que no se rían? ¡Joder!

La chica se puso roja de la furia, pero se contuvo, antes de continuar con tono pretendidamente manso pero irónico: —¿Y cuál sería, según usted, la forma “masculina” de tomar una taza?

—Así, con las dos manos y con todos los dedos, con firmeza y dando tragos grandes —le respondió el joven, mientras tomaba un jarro de ese modo para mostrarle como ejemplo.

—¡Fantástico! Cuando me despelleje la garganta con el mate cocido hirviendo, recuérdeme que todo fue por la noble obra de no provocar la hilaridad de mis coterráneos con mis modos “manfloriles” —gritó la chica en

un ataque de rabia y alzando las manos al cielo.

—¡No se la tome conmigo, mocoso, que el que preguntó fue usted! ¡Ahora se aguanta! Además, ahí tiene, también son esas palabras cultas y raras que usted usa a veces las que los hacen reír. La mayoría son hombres que no saben leer y escribir, que tienen una educación muy limitada o nula y no lo comprenden, por eso se burlan —le respondió él con tono molesto.

—¿Qué hago entonces? ¿Me coso la boca con hilo choricero para no hacerlos sentir unos incultos? —lo interrogó Mechi con impotencia y furia.

—No, solo use palabras sencillas que ellos puedan entender, y no grite cuando se pone nervioso porque la voz le sale chillona como la de una mujercita histérica.

“¡Es que soy una mujercita! ¡Asno, burro, estúpido! ¡Pero de acá a que tú te des cuenta van a llover piedras de punta, porque yo soy demasiado inteligente como para que un lelo como tú me descubra! ¡Pazguato!”, pensó Mercedes echando chispas por los ojos, pero, por décima vez en la mañana, inspiró aire para tranquilizarse antes de volver a interrogarlo.

—¿Algo más que debería saber en pos de la “desaparición de mis modos femeniles” y la buena convivencia?

—¡Ve, ahora el que se burla es usted! ¡Un día de estos le voy a asentar unos cuántos azotes en el trasero por chinito maleducado! Y si quiere mi sincera opinión, hay otras cosas que los hacen burlarse, pero algunas de ellas no son algo que usted pueda cambiar —le respondió él, amoscado.

—¿De qué habla?

—De su aspecto físico, por ejemplo.

—¿Qué hay con mi aspecto físico?! —preguntó Mechi adelantando la barbilla y cruzando los brazos con gesto beligerante, porque, como solía sucederle a toda mujer, él había logrado picar su vanidad.

Juan sospechó que acababa de meter la pata en un hormiguero y de los grandes, porque ese gorgojo era demasiado quisquilloso con ese tema, pero como él también ya estaba harto de su soberbia y altanería, continuó: —Bueno,

digamos que la madre naturaleza no fue muy generosa que digamos con usted...

—¡Explíquese! —le ladró la chica yéndose en contra de él y alzando el mentón.

¿Así que encima de que lo quería ayudar se hacía el malo? ¿No quería sinceridad? ¡Bueno, él le iba a dar una buena dosis! Pensó el capitán antes de resoplar y comenzar a hablar:

—¿No vio su cabello? ¡En mi vida vi a alguien con el pelo tan sucio y mal cortado! Para mayores logros vive despeinado, y con esas chuzas secas y rojizas parece que anduviese todo el día con una gallina bataraza cacareando sobre su cabeza... y luego está su cara...

—¿Qué hay con mi cara?

—No sé, además de estar siempre mugrienta, es rara... demasiado pequeña y lampiña para la de un muchacho, y luego esos ojos enormes y esos labios gruesos y femeninos en un rostro que parece el de un pajarito desnutrido...

—¿Algo más para decir de mi persona?

—¡Sí! También tiene un físico desproporcionado... mire sus manos y pies, son diminutos, ni siquiera hemos podido encontrar un par de botas que le queden... y esas muñecas —continuó alzándole el brazo— son tan finas y delicadas que da hasta miedo de tocarlas y que se quiebren. Y eso no sería nada si usted fuese delgado en todo, pero resulta que detrás de sus hombros esmirriados viene un culo ancho y una barriga lo suficientemente prominente para que a veces parezca la caricatura de un hombre. Tiene la cara de un niño en el cuerpo de un anciano: ¿cómo quiere que no se tienten?... Luego, camina todo chueco y encorvado... ¡Enderécese, hombre! Un soldado anda por el mundo con la espalda recta, las piernas firmes. ¡Mírelos e imítelos, carajo!

Mercedes tenía las mejillas de un rojo subido, se había quedado muda del asombro, ¡cómo se atrevía! ¡Cómo se atrevía ese hombre a basurearla así! ¡Culo ancho, barriga prominente, caricatura! ¿Pero quién se creía que era? ¡Si llegaba a decir una palabra más era capaz de saltarle a la yugular como un

perro rabioso y destrozarle el cuello a mordiscos! ¡Y pensar que ella se había enamorado de semejante bestia!

Ignorante de los ríos de turbulenta furia que corrían por las venas de la chica, Juan continuó su perorata, pero ahora ya con tono reflexivo: —A veces me pregunto cómo puede ser que sea mellizo de su hermana...

—¿Qué pasa con mi hermana? —ladró Mechi adelantándose. “¡Si ese ganso pensaba criticarla también como mujer iba a volver a Buenos Aires como eunuco!”.

—Es que ella es tan hermosa... es como si en el vientre se hubiese quedado con toda la belleza y le hubiese dejado a usted solo despojos... No se ofenda por lo que voy a decirle, yo sé que soy un hombre casado y siento mucho respeto por ella, pero la noche que la conocí me dejó mudo... no podía dejar de observarla... estaba de espaldas, con ese glorioso cabello que tiene desparramándose en ondas por debajo de la cintura. La luz de las velas le daba reflejos dorados y rojizos y brillaba como una seda. Es del color del sol al amanecer, pensé. Me entraron unas ganas enormes de acercarme a ella y tomar entre mis dedos uno de esos bucles, para saber si se sentían tan suaves como se veían, pero me contuve... y luego ese cuerpo perfecto, pequeño pero abundante en los lugares correctos, esa piel inmaculada y esos ojos. ¡Dios santo! ¡Esos ojos! Y la boca ancha y llena que parecía que invitaba a besarla.

—Parece que la miró muy bien —comentó ella con ironía y dolor, al notar el contraste que él hacía de sus dos imágenes, la masculina y la femenina, sin ser capaz de darse cuenta de que estaba hablando de una misma persona.

—Era lo único que podía hacer, contemplarla, porque, para ese momento, yo ya estaba casado y con un hijo en camino, otro gallo hubiese cantado si la hubiese conocido unos años atrás, se lo aseguro —terminó él, mirando hacia lo lejos con pena y añoranza.

Ella aprovechó para verlo fijamente, para llenarse los ojos con su belleza, su apostura, su cabello oscuro y suave, su mandíbula cuadrada, oscurecida por una barba incipiente, y esa boca recia y varonil que tantas veces había

deseado acariciar... ¿Cómo explicarle que este muchachito sucio, mal peinado, desgarrado y zaparrastroso, con la garganta lastimada de tanto impostar la voz, con la nariz y las mejillas peladas por el sol intenso y las manos y los pies plagados de sabañones, provocados por las temperaturas nocturnas bajo cero de la montaña, este despojo humano, flaco, cansado, hambreado y con los pechos llagados por las vendas apretadas, era todo lo que quedaba de la hermosa y vivaz muchacha que lo había dejado sin palabras? ¿Cómo decirle que lo único que permanecía de ese glorioso cabello era una gruesa trenza que había quedado guardada bajo llave en un cajón de la cómoda de su cuñada, junto con sus sueños e ilusiones de casarse con alguien que amara y al que pudiese cuidar y darle hijos? ¿Cómo decirle cuánto dolía saber que jamás podría concretar esos sueños de niña mujer porque el único hombre al que amaba y amaría en esta vida le estaba prohibido?

Cuando Juan alzó los ojos, vio su pequeño rostro de pajarito herido bañado en lágrimas y se arrepintió de haberle hablado con tanta sinceridad. Era un muchachito muy sensible y él no tenía derecho a menospreciarlo así, ni siquiera para tratar de ayudarlo. El dolor de ese crío, que había sido arrancado de una vida cómoda y regalada, en medio del cariño y los cuidados de su familia, para ser arrojado en este infierno en la tierra que era la guerra, le golpeó el pecho. Se inclinó hacia adelante y le palmeó la espalda, suavemente y con afecto, porque ese renacuajo rezongón se había ganado su cariño y su lealtad para siempre, mientras trataba de encontrar las palabras para disculparse por su brutalidad:

—Perdóneme, no tenía derecho a decirle esas cosas, Dios sabe que ha demostrado también ser mucho más noble y valioso que varios de estos atezados veteranos, es solo que no dejo de pensar que, si usted tuviese modales más masculinos, tal vez dejarían de molestarlo.

—No sé, tal y como usted lo pinta, soy todo yo lo que les da risa. ¡Estoy como que bien fregado, manito! —dijo la chica, tratando de imitar el tono de un hacendado mexicano que los había visitado un año atrás en la finca para

tratar de, con un toque de humor, romper el bloque de hielo que la sinceridad y la crudeza de él habían levantado entre los dos—. De todos modos, gracias por el consejo de la taza —terminó antes de pararse y limpiarse las lágrimas mientras trataba de esbozar una pálida sonrisa.

El oficial se levantó a su vez y le respondió con tono apenado: —De nada, soldado, y ojalá le sea útil.

Capítulo 1

LOS INICIOS DE UNA EPOPEYA

“Algunos historiadores sostienen que ninguna mujer participó en el épico y heroico cruce de los Andes junto a los cinco mil cuatrocientos veintitrés hombres que acompañaban al general José de San Martín. Otros dicen que algunas madres y esposas siguieron a la retaguardia del ejército aun contra la voluntad de su jefe. ¿Dónde está la verdad? Sin embargo, como la ficción se permite tomar atajos imprevistos, yo me atrevo a afirmar en este relato que sí hubo una mujer en ese cruce, una mujer joven, noble y valiente que luchó y sobrevivió junto a esos hombres, una mujer que se atrevió a desafiar los designios de su época, una mujer que amó y fue amada con desesperación y destemplanza. Esta es su historia”.

*C*ordillera de los Andes; octubre de 1814.

Avanzan montados en mulas, algunos a pie, pero van a paso de hombre, son un grupo de soldados zaparrastrosos, sucios, hambreados, muchos tienen heridas leves, unos pocos son llevados en angarillas por sus compañeros, porque la bala de un cañón o el filo de un sable o bayoneta enemigos los han puesto cara a cara con la muerte. Algunos se rinden ante ella y son sepultados bajo piedras en un alto del camino desierto y silencioso. Otros rezan, rezan para que la infección no avance, para que la temible gangrena no aparezca

llevándose con ella partes de sus cuerpos, rezan por sus familias que han quedado varadas del otro lado de la montaña. Rezan por no caer de nuevo en manos de los godos. Rezan porque no quieren perder toda esperanza. Son los vencidos de Rancagua.

También los acompañan civiles: mujeres, niños y ancianos, igual de sucios, con hambre y desesperados, que marchan junto a lo que queda del ejército chileno, huyendo de su amada tierra que ahora es, tristemente, de los otros.

Entre los militares viene además un exhausto batallón de auxiliares argentinos, al mando de Juan Gregorio Las Heras, que habían cruzado a Chile en 1813 para apoyar su revolución, y ahora regresan, cabizbajos, junto a los soldados del territorio hermano.

Algunos lloran, lloran porque han perdido un sueño, el sueño de la Patria Vieja, que acaba de desmoronarse ante la arremetida de una avanzada realista comandada por Mariano Osorio, que los derrotó y los puso en retirada, dando así inicio a la reconquista española de sus antiguos territorios americanos. Otros van con la cabeza en alto, mirando con desafío a la imponente cordillera, porque no aceptan perder la fe.

Sí, son los derrotados de Rancagua, muchos de ellos han dejado atrás sus casas quemadas y sus bienes confiscados y destruidos, ya que no se resignan a volver a aceptar la opresión del yugo español y marchan ahora, comandados por el bravo general Bernardo O' Higgins, sin prisa pero sin pausa, en busca de otro sueño. Un sueño que se encuentra en Mendoza, al otro lado de la montaña, en un lugar donde la patria criolla continúa resistiendo, porque no desea perder la libertad que tanto le costó conseguir. Van a ofrecer la fuerza de su brazo y su lealtad a un hombre que ha sido generador de grandes amores y grandes odios, un hombre igual a todos, pero a la vez profundamente distinto, un hombre con una destacada preparación militar y con un objetivo firme y claro: la libertad e independencia de los pueblos hispanoamericanos. Se llama José de San Martín y parece saber cómo lograrlo.

Capítulo 2

CUANDO LA VIDA SEGUÍA GIRANDO EN EL MISMO SENTIDO

Finca Los Hermanos; Mendoza; 13 de agosto de 1815.

—¡Hasta la base de la montaña! —gritó Mercedes, antes de talonear su caballo alazán e inclinar el cuerpo partiendo a todo galope.

—¡Chinita ladina! —le respondió Luis, su mellizo, meneando la cabeza con una sonrisa ladeada antes de salir él también, a revientacaballos, detrás de ella en su potro azabache.

Era el atardecer de un día que había sido templado y soleado, pero ya había comenzado a refrescar. Sobre la altiva montaña, el cielo había empezado a pintarse en tonos rosados, naranjas, amarillos y violetas y soplabla una brisa suave, que hacía que algunos arbustos secos y desprendidos rodasen de a trechos. A lo lejos, se dejaba oír el canto de un aguilucho que sobrevolaba pacíficamente por el cielo. La tierra, en cambio, semejaba a un tambor batido por una masa, ya que el golpe de los cascos de los dos animales lanzados a la carrera se hacía sentir con fuerza sobre el duro suelo. Faltando cien metros para llegar al punto señalado, el muchacho logró sobrepasar a su hermana y se alejó entre carcajadas burlonas. Sin detener el galope, la chica enderezó el cuerpo, pasó las riendas a una sola mano y, llevando la otra hacia la boca para hacer bocina, silbó con todas sus fuerzas. Al instante, el caballo azabache, sin obedecer los gritos y los talones de su amo que se le clavaban en los ijares,

comenzó a frenar su carrera. Gracias a esto, Mercedes los sobrepasó, dejándoles un guiño travieso enredado en una risa cantarina, y logró llegar primera a la meta. Desmontó y ató su alazán a las ramas de un abeto. Luego le acarició el cuello y sacando un terrón de azúcar de una pequeña bolsa que llevaba en el bolsillo de la camisa, se lo dio como premio a su esfuerzo. Al ver esto, el potro oscuro redobló su marcha, buscando también una porción de su alimento preferido.

—¿Ahora te apuras, matungo traidor? —le reclamó Luis a su montura con un tirón de crines, antes de dirigirse a su hermana con tono protestón: —¡Dos veces, tramposa! ¡Primero partes antes de la señal de salida y luego sobornas a este bueno para nada para que frene su carrera!

—Yo no tengo la culpa de que él sea tan goloso, hermanito —respondió la joven con un mohín pícaro, mientras se acercaba al potro negro para darle también un grueso terrón, que él comió de su propia mano—. Además, como eres su preferido, mamá siempre te compra los animales más veloces, de alguna forma tengo que compensar la diferencia. ¿Sí o no? —finalizó ella, tomándole el rostro con las palmas al tiempo que le regalaba una enorme y compradora sonrisa.

Dos pares de ojos color verde esmeralda e idénticos se miraron con profundo cariño filial, y al muchacho no le quedó otra que contagiarse la risa. —Es inútil discutir contigo, si no me ganas a la buena, me ganas a la mala, ¡eres una plaga, hermanita!

—¡Ah, pero nadie en el mundo te ama tanto como te amo yo! ¿Sí o no? —le respondió Mechi plantándole un beso ruidoso en cada mejilla, antes de tomarlo del brazo y pedirle:

—Acompáñame a caminar un rato, la tardecita está hermosa y no tengo ganas de volver a casa para escuchar los rezongos de mamá.

—Que van a comenzar en el instante en que te vea de nuevo vestida de varón —acotó Luis con un gesto socarrón.

—Es que es una tirana, se niega a comprarme trajes de montar. ¿Cómo

cuernos quiere que cabalgue con esas faldas odiosas que se me enredan por todas partes?

—El problema es que nuestra madre lo que no quiere es que andes a caballo.

—¿Y quedarme todo el día encerrada en el comedor, bordando, cosiendo, tejiendo y escuchando sus quejas? ¡Ni loca! Además, ahora que Tatita y Manuel ya no están, tú necesitas ayuda con la finca —argumentó la chica, refiriéndose a su padre y su hermano mayor, ambos muertos hacía casi dos años. Una sombra de tristeza pasó por los rostros de ambos al recordar a esos dos seres amados que jamás volverían a ver. Luego él comentó:

—Sí, todo era mucho más fácil cuando ellos estaban.

Un águila real, que parecía sobrevolar plácida y majestuosamente el cielo, de golpe se lanzó en picada hacia abajo y atrapó entre sus garras a una pequeña paloma gris, que volaba bajo e ignorante del peligro, al final el ave rapaz ascendió de nuevo hacia las cumbres de la montaña y se llevó con ella a su presa.

Los jóvenes continuaron caminando un trecho, recordando en silencio, preocupados porque este nuevo mundo de las guerras independentistas parecía querer arrastrarlo todo sin dejar nada su paso. Luego montaron sus caballos, que habían dejado pastando junto al abeto, y se dirigieron a trote lento hacia el casco lejano.

Los mellizos eran los últimos hijos nacidos en una familia de seis hermanos. Tenían diecisiete años y se habían criado en la finca paterna, cercana a la ciudad de Mendoza.

En una mirada de conjunto, la mayoría de las personas aseguraba que parecían gemelos, ya que eran idénticos. El mismo cabello dorado cobrizo, ondulado y abundante, aunque Luis lo llevaba al hombro y con grandes patillas, siguiendo la moda de la época, y Mercedes por debajo de la cintura, similar frente amplia, iguales ojos verdes, inmensos y almendrados, enmarcados por pestañas tupidas y cejas arqueadas, los mismos pómulos altos y destacados y la boca ancha y gruesa, con dientes brillantes y parejos. Estas

tres últimas características eran heredadas, según la chica, de sus antepasados pehuenches. También tenían idéntica piel blanquísima, pero tostada por el sol y con pecas en el puente de la nariz, la que era recta y bien formada, y, para finalizar, la misma barbilla pronunciada y testaruda. Sin embargo, si se los observaba en detalle, se podían establecer varias diferencias entre ambos, la mayoría debidas al género de cada uno: Luis era más robusto, sin llegar a ser gordo, tenía espaldas más anchas, cejas más gruesas, nariz más pronunciada y con aletas más dilatadas, manos y huesos mucho más grandes, brazos más fibrosos, y caderas más estrechas. A pesar de que todos lo apodaban “petiso”, por tener solo un metro setenta de estatura, medía cinco centímetros más de alto que Mercedes.

Mientras vivió, Manuel solía molestarlos diciéndoles que nunca iban a conseguir novios, porque ella tenía una cara demasiado masculina para ser mujer y él una demasiado femenina para ser varón, bromas que solían terminar con los mellizos colgados, como garrapatas encarnizadas, de su hermano mayor, para tratar de hacerlo caer al suelo y darle unos cuántos coscorrónes como castigo a sus burlas.

Su padre, Dalmacio Gutierrez Prado, había sido un militar de carrera español, que había participado, siendo muy joven, en la guerra anglo-española. Al finalizar esta, en 1783, y con solo veinticuatro años de edad, había migrado a la Argentina, con un mediano capital heredado tras la muerte de sus padres, y había adquirido, a muy bajo precio, tierras en la zona cuyana, con la intención de dedicarse por entero a la industria vitivinícola y la cría de ganado. Trabajador tenaz e incansable, había logrado incrementar su patrimonio produciendo vinos de muy buena calidad, que vendía no solo en Buenos Aires sino también en Chile, del otro lado de la cordillera. El Colorado, como lo apodaron debido al tono cobrizo de su cabello, heredado de su madre escocesa, se hizo muy querido en la región debido a su generosidad y carácter afable y bonachón.

Dos años después de su llegada, conoció a la mujer que sería el único amor

de su vida, Leonor Sánchez, de dieciséis abriles, una morena menuda y enérgica, descendiente de hacendados españoles afincados en Mendoza desde el siglo XVII, y que lo tuvo a trasperder desde el mismísimo momento en que posó sus inmensos ojos negros y desafiantes en él. Ella pertenecía a una familia numerosa y reconocida en la zona. Orgullosa de sus ancestros, decía ser criolla de pura cepa, pero era sabido que tenía una bisabuela pehuenche, de la que había heredado sus pómulos altos y su cabello grueso, lacio y oscuro.

Solo cinco meses después de su primer encuentro, producido en una tertulia de la alta sociedad mendocina, se casaron ante Dios y ante los hombres. El apuro para contraer nupcias provenía de que Dalmacio sospechaba, con sobrada razón, que el matrimonio era la única forma que iba a tener de poder acceder a los placeres que podía darle esa hembra fogosa y arisca, y no estaba dispuesto a seguir esperando ni un día más.

Jamás se arrepintió de su decisión, porque tuvieron un matrimonio feliz. El carácter fuerte, voluntarioso y, a veces, hasta caprichoso de ella se complementaba con el mesurado, alegre y paciente de él, que sabía borrarle el ceño fruncido con un beso en la frente, espantarle los enojos con una sonrisa compradora o, en casos extremos, neutralizar sus gritos con un beso apasionado, que la hacía olvidarse de todas las quejas que estaba presentando.

Aunque Leonor nunca perdió su costumbre de rezongar por todo desde el alba hasta el anochecer, ella también lo amaba con pasión y se desvivía por atenderlo y acompañarlo en todo, aun cuando los hijos, que fueron llegando a la nueva familia como consecuencia inevitable de los retozos de sus padres, comenzaron a quitarle tiempo y sumarle desvelos.

Así, en 1786 nació Manuel, su primogénito, con los ojos verdes de su padre y el cabello oscuro de su madre, dos años después llegó la primera niña, María Clara, el vivo retrato de su bellísima progenitora, al igual que Dolores y Martirio, venidas al mundo en 1790 y 1792 respectivamente. Cinco años después, cuando la joven esposa había perdido las esperanzas de volver a

tener un varón, nacieron los mellizos, con los colores de ojos y cabello de su padre y su misma contagiosa alegría.

Las hermanas mayores, criadas bajo el ala protectora y a veces ahogante de Leonor, recibieron una férrea y cuidada educación, tanto de su madre, que les transmitió sus conocimientos sobre costura, bordado, tejido, cuidado del hogar y cocina, como de una institutriz francesa contratada por decisión de Dalmacio para que les enseñase a leer, escribir, pintar, tocar el piano, y hablar un rudimentario francés, considerado el idioma culto de la época. Todo esto sin salir del casco de la finca más que para visitar a sus parientes o asistir a las procesiones y misas obligadas de los domingos y los días santos, siempre bajo la firme vigilancia de la matriarca, cuyo principal objetivo era convertirlas en perfectas señoritas casaderas, aptas para atrapar un marido acaudalado y tolerante que pudiese darles el mismo estilo de vida al que estaban acostumbradas.

La educación de Mercedes, en cambio, siguió derroteros diferentes. Ya a los tres años, cuando Leonor descubrió que, a pesar de todos sus esfuerzos, le iba a ser imposible dominar esos rulos colorados y alborotados, que andaban siempre campeando en viva anarquía sobre su cabeza, y ese carácter salvaje e indómito de la pequeña, que seguía presentándole batalla aun cuando tuviese las mejillas al rojo vivo de tantas cachetadas recibidas, se resignó a tratar de convertirla en una dama bella y perfecta, a imagen y semejanza de sus hermanas, y la dejó, junto con los dos varones, al cuidado de su esposo y de su nana Tomasa, que parecían tener más paciencia a la hora de lidiar con los berrinches de la niña. La madre se consoló pensando que, aunque tal vez su hija menor nunca pudiese atrapar un marido adecuado, siempre había la posibilidad de meterla a monja, a ver si los ayunos y la oración le quitaban un poco lo ladina y mal hablada.

De todos modos, por más que hubiese insistido en criarla también bajo su ala, Mercedes o Mechi, como le decían en la familia, era tan unida a Luis que hubiese sido imposible separarla de él y de su vida al aire libre, porque los

mellizos eran uno solo: juntos se despertaban temprano de mañana, juntos desayunaban con mate cocido, pan casero y queso de cabra y juntos salían a cabalgar en sus caballos, corriendo carreras a campo abierto para escapar de la sufrida institutriz, que no se resignaba a que esos dos diablitos crecieran en la ignorancia y el analfabetismo. Sin embargo, el continuo contacto con los gauchos cuyanos, en su mayoría peones de la finca, les trajo aparejados otros saberes que iban a ser muy útiles para su vida futura. Esos hombres sencillos y sufridos, en su mayoría mestizos, que descendían de la tribus locales y hablaban en lengua gauchesca, les enseñaron a arrear el ganado, enlazar un potro, tomar mate amargo, trepar a los árboles, armar trampas para cazar pajaritos, imitar el sonido de algunos animales para atraer a otros, jugar a los naipes y la taba, tirar con un fusil, tocar la guitarra y contar chistes verdes. Todo esto bajo la vigilancia de Manuel, que les llevaba once años y siempre había sido muy maduro para su edad, y de Dalmacio, que se divertía con las continuas travesuras y ocurrencias de sus retoños más pequeños.

Solo tres actividades estuvieron prohibidas para la niña: la yerra o marcación a rojo vivo del ganado, la castración de animales y la doma de potros, en las cuales Luis sí llegó a convertirse en un experto con el paso del tiempo. Igual, a los seis años, Mercedes decidió cambiar sus immaculados vestiditos con volados, que terminaban el día irremediabilmente sucios, rotos o descosidos, por ropas que sacó del baúl de Luis, mucho más cómodas para andar a caballo y retozar al aire libre. Así, vestida con chiripá gaucho, botas de potro, camisa celeste, sombrero de paja y una mirada desafiante, se apareció en el salón del comedor.

A pesar de que, al verla, Leonor hizo tronar la casa con sus lamentos durante más de media hora, no consiguió que la pequeña aceptase volver a ponerse sus prendas femeninas. Finalmente su padre intervino en la discusión, se arrodilló, tomó a la niña de los hombros y mirándola fijo a los ojos para lograr su atención, comenzó a hablarle con tono serio y calmo: —Mira, Mechi, si tú vas a seguir andando todo el día conmigo por los campos, acepto que, para

hacerlo, uses ropas más cómodas, pero solo dentro de la finca, porque eres niña, no niño, así que, si tenemos invitados o si vamos a la ciudad o a cualquier otro lugar, vas a vestirte como tu madre te lo pida. ¿Está claro?

La coloradita asintió con una enorme sonrisa a la que le faltaban dos dientes de leche inferiores, antes de responder: —Sí, papito.

Su madre, que había estado escuchando en silencio, claudicó con un suspiro resignado y la mirada dirigida a su marido:

—Acepto lo que propones, pero solo hasta que cumpla los doce años, a partir de ahí va a usar siempre ropa de mujer y que no se hable más del tema.

—Leonor, pero no puede cabalgar con vestidos... —rezongó su marido.

—¡Que ande a mujeriegas como sus hermanas, entonces, y no a horcajadas como un marimacho! ¡Y es el único arreglo que voy a aceptar! ¡Lo toman o lo dejan! —le retrucó su esposa, nuevamente enfurecida.

—Leonor... —insistió el padre con tono de ruego.

—¿Tú te crees que esta mocosa alguna vez va a lograr conseguir un marido decente si insiste en vestirse como un muchachito? —lo desafió la mujer, echando chispas por sus ojos negros.

En ese instante Mechi le hizo señas a Dalmacio de que se agachase, para después hablarle en el oído con tono conciliatorio: —Acepta, Tatita, que si no se va a arrepentir y me va a mandar a cambiar ahora también.

Su papá le sonrió, mientras acariciaba sus rulos despeinados, antes de asentir mirando a su mujer, en tanto pensaba que siempre existía la opción de conseguirle trajes de montar femeninos el día que se convirtiese en una señorita.

Sin embargo, Leonor jamás quiso comprárselos y Mercedes tuvo que resignarse a pedir prestadas las ropas de su hermano y usarlas a escondidas de su mamá toda vez que deseaba salir a cabalgar.

Con el tiempo y contra todo pronóstico, los mellizos sí aprendieron a leer y escribir, aunque muchas veces fue la sufrida institutriz la que tuvo que salir corriendo detrás de ellos, con los libros bajo el brazo, para poder instruirlos

en tanto ellos alimentaban a sus caballos o jugaban subidos a la casita de madera y paja que se habían construido sobre un añejo ombú.

A final, y al revés de lo que su madre temía, Mechi recibió tres propuestas de matrimonio aun antes de cumplir quince años, ya que su belleza, gracia y simpatía superaron tan ampliamente a las de sus hermanas, que montar a horcajadas y con ropas masculinas terminó resultando un defecto menor o, en el mejor de los casos, una excentricidad de la preciosa damita a cuya mano aspiraban los candidatos.

Esa vida libre, feliz y despreocupada, junto a los seres que amaba, terminó para la joven a principios de junio de 1810, cuando a Mendoza llegaron las noticias de que la Junta de Sevilla había caído también bajo el dominio de Napoleón, que estaba arrasando con toda Europa, y de que los criollos de Buenos Aires habían iniciado una revolución: de boca para afuera “en nombre del rey Fernando VII”, que estaba cautivo de Bonaparte, y de boca para adentro, porque estaban hartos del monopolio comercial y el dominio político de los peninsulares, y querían forjar una patria libre e independiente, que les permitiese comerciar y relacionarse con otras naciones del mundo en pie de igualdad. Los polluelos del águila española habían desarrollado sus plumas y aspiraban a volar su propio vuelo.

Los movimientos revolucionarios independentistas, que habían comenzado en Quito, en agosto de 1809, prendieron como reguero de pólvora también en otras regiones que estaban bajo dominio español y, para principios de 1811, la mayoría de los territorios americanos habían iniciado una revolución y declarado su independencia de la madre patria.

A pesar de ser peninsular de origen, los veintitrés años transcurridos en las Provincias Unidas del Río de la Plata, sus lazos familiares con criollos y el deseo de poder vender sus vinos directamente a potencias europeas como Inglaterra y Francia, sin tener de oneroso intermediario al imperio español, habían convertido a Dalmacio en un revolucionario más, que no solo apoyó la causa de los patriotas sino que también ofreció su experiencia como militar,

adquirida durante su juventud en los campos de batalla europeos, y viajó a Buenos Aires junto a Manuel, a principios de 1811, para ponerse a las órdenes de Castelli en la campaña al Alto Perú. Derrotados en Huaqui, volvieron a combatir bajo el mando del general Belgrano y pelearon junto a él, sufriendo heridas y obteniendo victorias, en las batallas de Tucumán, ocurridas en septiembre de 1812, y Salta, llevada a cabo en febrero de 1813. Para ese entonces, luego de más de dos años de destacarse en la lucha sirviendo a su patria y como premio a sus servicios, Dalmacio Gutierrez Prado fue ascendido al grado de teniente coronel, llegando también su hijo Manuel, a pesar de sus cortos veintisiete años, a convertirse en sargento de caballería del Ejército del Norte. Durante esa época infernal, regresaban a su hogar luego de cada campaña, pero eran solo visitas esporádicas, ya que su deber para con la patria naciente y su pericia y coraje en el campo de batalla, volvían a reclamarlos, más temprano que tarde, en el frente del combate.

Leonor, que tenía mucho más de monarquista que de patriota, se opuso fervientemente desde un principio a que participasen en esa guerra, para ella cruel, inútil y estúpida, pero el fuego de la revolución había prendido en las venas de los hombres mayores de su familia “gracias a Dios, pensaba la madre, Luis era todavía casi un niño” y no hubo gritos, ni llantos, ni ruegos, ni súplicas que lograsen hacerlos cambiar de parecer. Además, las victorias obtenidas habían renovado sus esperanzas de constituir una nueva patria, y a las mujeres de la familia solo les quedó resignarse a coser uniformes, preparar alimentos que los soldados pudiesen conservar y llorar y rezar por los seres queridos que estaban arriesgando su vida en los lejanos territorios del Alto Perú. En la inmensa casona familiar, las velas ubicadas en improvisados altares a vírgenes, santos y mártires permanecían encendidas las veinticuatro horas del día y la madre y sus dos hijas menores, porque María Clara y Dolores ya se habían casado y vivían con sus esposos, se hincaban y oraban para que toda esta locura terminase cuanto antes. Leonor insistía con que tenía un mal presentimiento y no se equivocó, porque luego de las victorias llegaron

las derrotas, primero Vilcapugio, en octubre, y luego Ayohuma, que se llevó consigo las vidas de su esposo y de su hijo el 14 de noviembre de 1813.

Para el mediodía de esa aciaga jornada, Dalmacio ya sabía que la victoria era de los otros. Los godos, comandados por el general Joaquín de la Pezuela, eran superiores en número y artillería pesada y los estaban arrasando, solo les quedaba a los patriotas replegarse hacia la retaguardia y tratar de huir para evitar ser tomados como prisioneros. Así lo encontró el final de la batalla, con la frente en alto, peleando a brazo partido contra los realistas que parecían brotar hasta debajo de las piedras y con la certeza de que su esfuerzo era absolutamente inútil. Había cumplido sus cincuenta y cuatro años hacía pocos meses, pero todavía conservaba buena parte del vigor de su juventud. Se dijo, con dolor e ironía, que si la parca lo andaba rondando no pensaba irse solo, iba a llevarse a unos cuántos matuchos con él. Rotas las patas delanteras de su caballo por una bala de cañón, había quedado a pie, maltrecho y sangrante, cuando se sintió rodeado por sus enemigos. Ya agotadas las balas de su mosquete y su fusil y gritando como un enajenado, ensartó con su bayoneta a un soldado realista que venía en la delantera y giró rápidamente sacando su sable de la vaina para hacer frente a dos más. Estos eran jóvenes y pudo leer el miedo en sus miradas, así que, como un león herido que se encuentra cercado por las hienas, atacó primero, sin darles tiempo ni a frenar la carrera.

Así lo vio Manuel, que estaba tratando de reorganizar y replegar su tropa, a unos setenta metros de distancia: su bravo progenitor, herido en un brazo, bañado en sangre propia y enemiga, con la piel ennegrecida por la pólvora, pero manteniendo a raya a los otros sin darles tregua. En la desesperación por ir a ayudarlo, espoleó con fuerza a su caballo y partió a galope tendido hacia donde se encontraba su padre.

Las dos últimas imágenes que observó Dalmacio, luego de degollar al segundo de sus contrincantes fueron, por un lado, el cuerpo de su primogénito, alcanzado por un disparo de mosquete en la columna vertebral, cayendo de su caballo como en cámara lenta, a solo doce metros de distancia de donde él se

encontraba, y supo con certeza que estaba inexorablemente muerto. Por el otro, en medio del humo y la polvareda de la batalla, vio venir a tres godos a la carrera, dos armados con mosquetes y apuntando hacia él y otro cargando su fusil. Pensó en correr, pero las piernas no le responderían, el dolor desgarrante por la muerte de su hijo lo había estaqueado en el lugar. Sabía que su sable era inútil ante la contundencia de las tres armas de fuego, así que, con la voluntad y valentía inquebrantables que siempre lo habían caracterizado, tomó aire, alzó su espada en alto y gritó con todas sus fuerzas: —¡Viva la patria, carajo!

Tres certeros disparos lo alcanzaron en el pecho robándole el aliento. Mientras caía sobre el duro suelo de Ayohuma, los godos vieron, asombrados, cómo en su cara se dibujaba una amarga y sorprendida sonrisa. “Así que esto era la muerte”, pensó, antes de respirar por última vez.

Después, como un castigo póstumo a su provocación y haciendo honor al nombre del lugar, uno de los realistas, el más cruel o tal vez el más enloquecido por la guerra, cercenó la cabeza del oficial enemigo con un cuchillo de monte y, tomándola de los espesos cabellos grises y cobrizos, la alzó en alto dando alaridos de triunfo, que sonaron a amenaza y escarmiento para los revolucionarios que todavía se negaban a rendirse.

La contienda terminó para los patriotas con un saldo de doscientos muertos, otros doscientos heridos, más de quinientos prisioneros y toda la artillería perdida. Solo quinientos hombres lograron huir ese día junto a su jefe, el general Manuel Belgrano. Terminaba así la segunda expedición auxiliadora al Alto Perú y el último intento de vencer a los godos avanzando por esa ruta. Dos meses y medio después, un 30 de enero de 1814 en la Posta de Yatasto, ubicada en Salta, Belgrano entregaría el mando del Ejército del Norte a un militar en el que se volcaban ahora todas las esperanzas: el general José de San Martín.

El final de la batalla de Ayohuma encontró a la solitaria cabeza del teniente coronel abandonada sobre el pasto seco, entre los cuerpos de otros muertos, y

los abiertos ojos verdes de quien había sido, además de un gran patriota, un hombre profundamente bueno, parecían seguir mirando con asombro y sin miedo a la temible muerte.

Capítulo 3

PREPARANDO EL CRUCE DE LOS ANDES

A partir del fallecimiento de dos de sus pilares, en la familia Gutierrez Prado nada volvió a ser igual. El fuerte carácter de Leonor, antes atemperado por la paciencia y comprensión de su esposo, se volvió amargado, hiriente y a veces cruel, jamás volvió a escuchársela reír. Ni siquiera los tres nietos que le habían dado sus dos hijas mayores lograban alegrarla. Su resentimiento para con los patriotas revolucionarios se hizo más fuerte aún. La negra Tomasa solía comentar por lo bajo, meneando la cabeza con tristeza: “Es una pobre mujer llena de odio”. Sus hijos solteros encontraron diferentes formas de escapar a los dardos punzantes en los que se habían convertido sus frases y palabras. Una mañana, dos meses después de la desaparición de su padre, Martirio los reunió a todos en el amplio comedor, los hizo sentar alrededor de la larga mesa de roble macizo y les informó que, debido a su profunda fe religiosa y amor a Cristo, había decidido tomar los hábitos, internarse en el convento de clausura de Santa Catalina de Siena, ubicado en Buenos Aires, y donar a este la dote que estaba destinada a su futuro esposo. Mechi y Luis protestaron y se opusieron, pero su hermana les aclaró que su decisión era irrevocable. Su madre la apoyó, un poco porque se dio cuenta de que su tercera hija había heredado su mismo temple y nada ni nadie la harían cambiar

de parecer, y otro porque tampoco le disgustaba tener una religiosa en la familia que pudiese abogar con sus rezos ante el creador, en el juicio final, por la salvación de las almas de sus seres queridos, que temía que no se llevarían las de ganar, con todas las vidas enemigas que se habían llevado puestas en esos años de violenta lucha. Mercedes, por su parte, con solo quince años, le hizo frente al dolor y la pena abocándose de lleno a ayudar a su hermano en la administración de la extensa finca y el manejo de la peonada, trabajos de los que su madre jamás se había ocupado. Desde la desaparición de Manuel y Dalmacio se acabaron los bailes y fiestas para la joven. Siguiendo las costumbres de la época, Leonor los obligó a vestir de negro durante todo un año, en señal de luto. A pesar de su aislamiento, la muchacha recibió varias propuestas de matrimonio, que rechazó una tras otra con tacto y cortesía. Ella ansiaba casarse por amor, así que decidió esperar la llegada del hombre indicado y, si este no aparecía, prefería quedarse para vestir santos, como la tía Eduviges, antes de compartir toda su vida con un fulano que no le provocase ni frío ni calor. Sin embargo, finalizado el periodo de luto, las presiones de la matriarca para que la chica se decidiese por un candidato comenzaron a hacerse sentir, una hija monja estaba bien, pero una solterona era un lastre con el cual no pensaba cargar.

Luis fue el que más se vio obligado a crecer de golpe, tuvo que tratar con comerciantes y proveedores, lograr que los esclavos y peones más viejos lo respetasen y obedeciesen a pesar de su juventud, sembrar y cosechar la vid, criar y faenar los animales, y, en los últimos tiempos, hacer frente a las onerosas cargas y tributos, que el general San Martín estaba volcando sobre todo en los mendocinos más pudientes, para poder organizar y pertrechar el Ejército de los Andes. Así y todo, el muchacho se hizo un tiempo para el amor, el cual lo tomó desprevenido y los puso de cabeza en menos de lo que canta un gallo, el mismísimo día en que conoció a Sol Urrutia. Ella era una preciosa rubiecita porteña, bajita, menuda y alegre, de ojos color café, que había llegado a Mendoza junto a su madre y tres hermanos varones, acompañando a

su padre, Pedro Urrutia, un oficial del regimiento de infantería que había peleado a las órdenes de San Martín ya desde la batalla de San Lorenzo.

Luego de un primer encuentro, en una de las tantas tertulias organizadas en la ciudad para recaudar fondos destinados a elaborar armamentos, y a la que el muchacho se había escapado a espaldas de su madre, se sucedieron otros en la misa del domingo y en los paseos de la plaza mayor. Ni lerdo ni perezoso, el chico se abocó por completo a la tarea de conquistarla, a ella y a su progenitora, doña Robustiana, una dama aragonesa entrada en carnes y fuerte como un roble, que no se despegaba de su única hija ni a sol ni a sombra.

Lo cierto es que su constante asedio rindió sus frutos, porque, un mes después de conocer a su primer amor, ya había obtenido el permiso para visitarla en su casa como novio formal, eso sí, siempre bajo el ojo avizor de la matrona que no los dejaba solos ni para ir al excusado. Sin embargo, andando el tiempo y al igual que un viejo refrán que dice: “hecha la ley, hecha la trampa”, los jóvenes tórtolos encontraron la forma de escapar a la férrea vigilancia de la doña y verse a escondidas, para poder conocerse mejor y otros desmanes que trae irremediablemente consigo el despertar a la pasión.

Pero la vida no solo había cambiado para la familia Gutierrez Prado ya que, un año antes, todo Cuyo se había visto revolucionado desde que el 10 de agosto de 1814 José de San Martín fuera nombrado gobernador e intendente de esa región. El insigne patriota había nacido en Yapeyú, Corrientes, y de niño se había ido a vivir a España, donde tomó parte en las guerras napoleónicas, formándose como militar de carrera. Enterado de las revoluciones americanas, en marzo de 1812, con solo 34 años y el grado de teniente coronel, regresó a las Provincias Unidas del Río de la Plata y fue a ofrecer sus servicios y experiencia al gobierno de Buenos Aires. Se decía que ya desde su estancia en España e Inglaterra había pertenecido a diferentes logias, y aquí, a poco de llegar, junto a otros patriotas chilenos y argentinos, fundó la Logia Lautaro, la cual tenía como principal finalidad lograr la independencia de los países latinoamericanos y, tomando como base los principios del liberalismo,

establecer sistemas de gobierno republicanos y unitarios. Luego de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, el nuevo gobernador de Cuyo se convenció de que jamás iban a poder terminar con los realistas utilizando la ruta al Alto Perú. Siguiendo las propuestas del general inglés Thomas Maitland, ideó un plan, para muchos quijotesco por lo difícil y arriesgado: cruzar la imponente Cordillera de los Andes, libertar a Chile y desde allí continuar por barco para tomar Lima, capital del Virreinato del Perú. Pero, para lograrlo, primero necesitaba un ejército numeroso, organizado, formado y disciplinado, además de dinero para solventar los gastos de armas, municiones, uniformes, monturas y alimentos para la tropa. Por eso estableció nuevos impuestos, confiscó tierras y dinero a opositores a la causa o partidarios de los realistas, remató tierras públicas, creó una contribución extraordinaria de guerra, recibió donaciones en joyas y en dinero, gravó con un peso cada barril de vino, usó los transportes de carretas en forma gratuita para los materiales que necesitaba el ejército, y solicitó a las personas que colaborasen también con su trabajo. Así fue que, por ejemplo, los artesanos trabajaron en los talleres militares sin recibir sueldo y las mujeres cosieron gratuitamente los uniformes de los soldados.

El Ejército de los Andes se fue conformando a partir de tres grupos iniciales de tropas, por un lado, el cuerpo de auxiliares argentinos de Chile, al mando del coronel Gregorio de Las Heras y un grupo de soldados chilenos comandados por el general O'Higgins, que habían llegado también a Mendoza luego de la derrota de Rancagua en 1814, y las milicias cívicas de la provincia. Con el objetivo de ampliar las tropas, San Martín implantó una especie de servicio militar obligatorio, para los hombres que tuviesen entre 16 y 50 años y se crearon nuevos regimientos de infantería, artillería y caballería.

Para 1815 también habían llegado varios escuadrones de Granaderos a Caballo y dos nuevas compañías de infantería formadas por negros y libertos de Buenos Aires y la Banda Oriental, estos últimos prestaban servicios militares a cambio de su libertad. Andando los meses se sumaron contingentes

de La Rioja, San Luis y San Juan, pero no era suficiente, por eso, el 14 de agosto, el jefe militar publicó un bando que traería grandes conflictos a la familia Gutierrez Prado: *“Tengo 130 sables arrumbados en el cuartel de Granaderos a Caballo, por falta de brazos que los empuñen”*.

Ese día, a las cinco de la tarde, en la finca Los Hermanos, se encontraban un grupo de seis mujeres, las tres más jóvenes, alrededor de la baja mesita de roble, sentadas en los amplios sillones forrados en cuero de color marrón, rodeadas de telas blancas, rojas y azules, tijeras, dedales, agujas e hilos. Estaban cosiendo, para los soldados, camisas, chaquetas y calzones que se encontraban en diferentes estados de avance, algunas prendas con solo un hilván o pespunte y otras casi finalizadas. Las dos señoras y Tomasa, la esclava, más hábiles y experimentadas en la costura, se hallaban paradas contra la amplia mesa de algarrobo del comedor, con las telas azules extendidas todo a lo largo, centímetro y tiza en mano, midiendo y marcando con moldes de papel, fijados sobre el tejido con alfileres, las partes que luego serían cortadas. Trabajaban concentradas en la tarea, con el ceño y los labios fruncidos de a ratos por la preocupación de que los uniformes quedasen perfectos, pero eso no les impedía conversar, al principio en forma animada, y más acaloradamente a medida que la tarde avanzó.

—Mire, doña Robustiana, si acepté que nos reuniésemos a coser en mi casa es solo porque tengo miedo de que este general desquiciado me acuse de traidora a la patria y termine confiscándome los pocos esclavos y ganado que me quedan, no porque esté de acuerdo con esta empresa loca y descabellada en la que nos quiere embarcar a todos —aseguró Leonor, con el cabello recogido en un rodete tirante sobre la nuca, mientras se enganchara tres alfileres en el corpiño de su sencillo jubón negro de algodón, de corte princesa y cerrado hasta el cuello.

—No sea así, doña Leonor, don José es un gran patriota que está luchando por una causa justa y merece nuestro apoyo —la amonestó doña Robustiana, que estaba vestida con un jubón verde botella y una pelliza marrón y amplia

que le daban el aspecto de un ombú en movimiento, mientras marcaba la tela con tiza, siguiendo la línea del molde de una casaca.

—¿Y usted se cree que yo no se lo he dado, consuegra? Ya he perdido más de ciento cincuenta cabezas de ganado vacuno y treinta y cinco caballos en donaciones obligadas a la “noble causa”, sin contar los trece negros y mulatos que ya se me fueron a integrar las tropas detrás de su promesa de libertarlos. ¿Y los impuestos? ¡Dios santo bendito! La contribución extraordinaria de guerra, la contribución patriótica, en fin, ya perdí la cuenta. ¡Solo falta que nos ponga tributos al respiro y estamos listos!

—No se puede armar un ejército tan numeroso sin dinero, mamita —acotó Mercedes con tono conciliador, al tiempo que acomodaba un rizo cobrizo que se había escapado de la cofia negra que sostenía su largo y abundante cabello y sacudía su amplia basquiña, del mismo tono, para que los pedacitos de hilo blanco, que habían quedado adheridos a ella al quitar el hilván, cayesen al piso.

—Cuando hablan los mayores, usted se calla —le respondió su madre con tono severo, antes de continuar, dirigiéndose de nuevo a doña Robustiana—. ¿Y qué me dice del cuentito de la austeridad y el renunciamiento a los lujos con el que nos hizo regalar joyas valiosísimas que habían pertenecido a las mujeres de nuestra familia desde hace siglos?

—Con todo respeto, doña Leonor, pero, por si usted no lo sabe, buena parte de las telas con las que estamos trabajando se compraron gracias a los veinte mil pesos fuertes que el gobernador obtuvo con el remate de esas generosas donaciones —le informó Sol, con la mirada baja y en tono suave y cauteloso, en tanto terminaba de coser un botón a una camisa.

—Y yo tampoco he visto alhajas faltantes en su cofre, mamita —intervino nuevamente Mechi, molesta y con ironía, porque, al ser una ferviente patriota y admiradora de San Martín, las urticantes palabras de su progenitora ya le estaban haciendo arder las mejillas de pura y justificada rabia.

—¡Ni las va a ver, mocosa maleducada! —le gritó su madre antes de ir hacia

la joven a grandes trancos y darle una sonora bofetada que los dejó mudos a todos, luego continuó:

—¡Quisiera saber, en cambio, dónde cuernos está ese valioso collar de perlas de tres vueltas que le regalamos para sus quince años!

En ese instante, la mejilla que permanecía pálida de Mercedes tomó el mismo color encarnado de la que Leonor había golpeado segundos antes, después la chica dio un respingo y dirigió la mirada hacia el piso con gesto delator, ya que, efectivamente, ella también había ido en junio al Cabildo, junto a otras damas mendocinas, para donar una de las pocas joyas de valor que poseía.

—¿Ve cómo al final sí he donado alhajas de mi familia para la causa? ¿O con qué dinero cree que se pagó ese bendito collar señorita? —terminó la mujer, ya un poco más calma. Instantes más tarde comenzó a sentirse culpable al ver dos gruesas lágrimas corriendo por las mejillas de Mechi, la que, a pesar de eso, había alzado otra vez la vista y la miraba con desafío.

—Basta, mamá, mi hermana solo hizo lo que consideró correcto y justo, y esa joya era suya, no tuya, así que tenía derecho a hacer con ella lo que le pareciese —intervino Dolores, que había venido desde la cercana heredad de su esposo para ayudar en las labores de costura, y, mientras hablaba, se levantó del sillón para alzar en brazos al bebé de once meses, que había estado durmiendo plácido en su cuna de madera hasta que los gritos de su abuela lo habían despertado.

Doña Robustiana se acercó e intervino con tono conciliador: —Cálmese, doña Leonor, Dolores tiene razón, entiendo que usted esté molesta, pero la mayoría de los cuyanos y hasta los que no lo somos, ricos o pobres, hemos colaborado de una u otra forma con la causa patriota y...

Leonor giró hacia su consuegra y, alzando los brazos al cielo, comenzó a llorar y gritar alternativamente, como si, de repente, hubiese perdido el juicio. —¡Usted no entiende nada! ¿Y sabe por qué? Porque solo ha colaborado con su trabajo o con bienes materiales. Su marido y sus hijos están vivos y sanos.

¡Yo he donado “mi” sangre a esta maldita guerra! Mi primer hijo, mi Manuel que era la luz de mis ojos, usted no lo conoció... era fuerte y hermoso y más bueno que el pan y me lo mataron por la espalda, a traición, ni siquiera tuvo tiempo de arrepentirse de sus pecados o encomendarse a Dios... ¿Y mi Dalmacio? Usted no se imagina lo buen esposo y padre que fue ese hombre, nadie supo jamás comprenderme como él, nadie me hizo sentir tan feliz y tan plena, él era toda mi vida, y me lo acibillaron a balazos... su cuerpo que amé tanto roto, roto, roto por las balas... ¿Y sabe qué? Tampoco ahí lo dejaron en paz, porque mi Dalmacio era un valiente, entonces tenían que humillarlo después de muerto también, así que le cortaron la cabeza y la tiraron en el campo de batalla para que la pisotearan hombres y caballos... su preciosa cabeza rodando sin dueño por una tierra extraña... —ahí los fuertes sollozos arreciaron y la mujer se sentó en el sillón, derrotada, antes de continuar con tono cansado—.Usted no sabe, no se imagina lo terrible que es no tener ni siquiera una tumba para ir a llevarles flores... los tiraron en una fosa común, junto a otras decenas de muertos, y aunque algún día pudiese ir hasta Ayohuma, los sobrevivientes ni siquiera recuerdan el sitio exacto donde los sepultaron... eran tantos cuerpos... pero no enterraron la cabeza... nadie pudo encontrarla en medio de esa barbarie... y yo tengo miedo, mucho miedo de que su alma no descanse en paz... ¡Maldita, maldita guerra, mil veces maldita! —Terminó llorando a gritos, mientras se tomaba la cabeza con las manos con tanta fuerza que parecía querer arrancarse los cabellos.

Mercedes y Dolores escucharon su relato abrazadas, conmovidas, con los ojos velados por las lágrimas y en un aterrado silencio. La fuerte impresión las había dejado mudas, ya que su madre jamás les había contado los detalles de la muerte de su padre y hermano. Tomasa se retiró despacio hacia la cocina en tanto que meneaba la frente con pena, ella hacía treinta años que servía en esa casa y también les tenía mucho respeto y cariño a los dos difuntos.

Doña Robustiana comenzó a guardar sus elementos de costura en la canasta de mimbre en la que los había traído, con el corazón rebotando de tristeza por

esa familia tan castigada por la desgracia, y de miedo por la vida de su esposo e hijos, los que en muy pocos meses iban a embarcarse en ese viaje infernal por la cordillera que iba a desembocar, de seguro, en nuevas y sangrientas batallas.

Sol imitó a su madre, y fue juntando sus cosas, callada y sin mirar a nadie, porque ese relato había sido tan intenso e íntimo que se sentía de más en esa sala y deseaba irse de allí cuanto antes.

Cuando comenzaban a saludar para retirarse, llegó Luis a la carrera y, al ver a su amor, se detuvo de golpe para abrazarla y besarla en las mejillas con alegría, en tanto le decía:

—Buenas tardes, mi cielo. ¿Cómo no me dijiste que ibas a venir?

—Sí que te lo dije, pero últimamente tú estás con la cabeza en cualquier parte y no escuchas lo que te hablo —le respondió la chica, al tiempo que le tomaba el rostro con las manos y con una sonrisa tan grande como la de él.

—Bueno, bueno, ya está bien de tanto arrumaco, distancia, señorito, distancia. —Se acercó hacia ellos Robustiana, para separarlos con suavidad y firmeza, antes de plantarle a su yerno un beso en plena frente.

Luis observó a su suegra, pasando de una primera mirada de pocos amigos a otra resignada y le hizo un guiño seductor a su novia. Después aprovechó que la matrona le daba la espalda para alzar su canasta y le dijo a Sol en el oído con tono bajo: —Esta noche, a las tres, en los establos.

La chica asintió con una sonrisa pícaro y un gesto de cómplice expectativa.

—¿Qué tanto cuchichean ahí? Hable fuerte, señorito, que “el pueblo quiere saber de qué se trata” —intervino de nuevo la mujerona, mientras se colocaba la mantilla de encaje negro sobre el abundante cabello rubio y atado en un peinado alto, en el cual ya aparecían mechones de canas, y los contemplaba con gesto desconfiado.

—Nada, mamita, es que Luis me decía que se está formando tormenta —improvisó la rubiecita para salir del paso.

—Pues no lo parece, de aquí veo un sol radiante —la contradijo su madre,

en tanto que espiaba por la ventana.

—Ya se va a nublar, doña, ya se va a nublar, porque si mi hermanito dice que llueve, yo ya empiezo a buscar el paraguas —trató de contemporizar Mercedes con una sonrisa suave, saliendo de su triste ensimismamiento, al tiempo que pensaba que el amor volvía tontas a las personas. Había que ver la excusas pavotas que inventaban esos dos para escapar a la vigilancia de ese sabueso con faldas, que, por otra parte, había resultado más sonsa que un conejo recién nacido, ya que su arriesgado mellizo había dormido solo tres noches de la última semana en su cama, y en dos de las restantes, ella, que era la que más temprano se levantaba en la casa, lo había pescado llegando de madrugada, con el pelo y la ropa llenos de pasto seco y una cara de sueño cumplido que para qué te cuento. Sumado eso a las ojeras violetas del poco dormir y el mucho retozar que ostentaban los dos noviecitos, hacía que, hasta ella, que era bastante ignorante en la materia, sospechase que no faltaba mucho para que la hiciesen nuevamente tía.

—Si usted lo dice, muchacha... —le respondió Robustiana con escepticismo, después, mirando a su hija con desconfianza, le espetó: —Vamos, Sol, ya se está haciendo tarde y los caballos que nos enganchó esta vez tu padre a la volanta son los más lerdos—. Luego ambas saludaron a las dueñas de casa y partieron, en un clima de incómodo silencio, porque, por más que todas tratasen de disimular, las revelaciones de Leonor las habían conmovido en profundidad.

—Las acompaño —dijo Luis, antes de ir detrás de ellas e ignorante de la tensión que se había vivido allí minutos antes.

Al regresar a la sala, el muchacho solicitó a su madre permiso para dialogar con ella en privado, y ambos se dirigieron hacia la amplia y antigua biblioteca, cuyas paredes laterales estaban cubiertas de estantes con libros de diferentes tamaños y forrados en cuero y en la cual se veía, al fondo, un amplio ventanal con cortinas de un oscuro brocato verde. Frente a él se encontraba un fino escritorio de caoba, con dos candelabros labrados en las

esquinas, una pluma y un tintero en el centro y cubierto de papeles sueltos. La mujer se sentó en una silla de respaldar alto y lo miró con fijeza, como dándole permiso para iniciar el diálogo.

El muchacho carraspeó, incómodo, antes de tomar aire, unir sus manos tras la espalda y comenzar a hablar: —Madre, el general ha solicitado ciento treinta voluntarios para integrar un nuevo escuadrón de granaderos y vengo a pedirle su permiso para alistarme.

—¿Qué?! ¿Te volviste loco? ¡Jamás, me escuchas, jamás voy a darte mi permiso para que te alistes en esta porquería de guerra! ¡Antes muerta que permitirte hacer semejante locura! —le gritó ella con furia.

—Pero, mamá, es que yo también amo a mi patria y deseo colaborar en lo que pueda para verla definitivamente libre... —trató de razonar el joven con tono de ruego.

—¡Libre un cuerno! ¡Aquí ya somos libres, estúpido! ¿O es que tú ves algún batallón realista asomando la nariz? ¡Los chilenos que se arreglen como puedan! Al fin que si fuésemos nosotros los ocupados por el enemigo, ellos no hubiesen dado ni dos pasos para ayudarnos —argumentó la mujer, alzando los brazos al cielo y con la intención de disuadirlo.

—Eso no es cierto, madre, nadie estará seguro en estas tierras hasta que todos los ejércitos de godos se vuelvan a su patria con el rabo entre las patas. ¿O te olvidas que se rumorea que el gobernador de Chile, Marcó de Pont, planea cruzar la cordillera para atacarnos? —contraargumentó Luis con tono de alarma.

—¡Por favor! ¡Esos son puros chismes de viejas que no tienen otra cosa útil que hacer que inventar patrañas! —lo desestimó la mujer con un ademán displicente.

—Supongamos que no vienen, de todos modos, yo siento el llamado de mi patria y pienso que debo continuar la misión que emprendieron mi padre y mi hermano.

—¡Misión un carajo! Tu padre fue un pazguato idealista al que no le importó

dejar sola e indefensa a su familia para ir detrás de un sueño inútil por lo irrealizable, porque tú y yo sabemos que, con el poderío económico y los decenios de experiencias en guerras que tienen encima los españoles, jamás vamos a lograr derrotarlos, y tu hermano fue un pobre iluso que lo siguió en su locura.

—Fueron dos valientes, mamá, y yo estoy muy orgulloso de ellos —le respondió el chico con gesto serio y ofendido.

—¡No! ¡Fueron dos tontos que lo único que consiguieron, además de rompernos el corazón, fue una tumba sin nombre en una tierra lejana! Y yo no quiero eso también para ti, además: ¿quién va a hacerse cargo de la finca y de nosotras si tú te vas detrás de ese desquiciado? —contraatacó la mujer, tomándolo de los brazos con alarma.

—Mechi sabe tanto como yo de la administración de los campos y...

—¡Ni se te ocurra! ¡Mercedes va a casarse muy pronto, se va a ir a vivir con su esposo y va a criar sus propios hijos, no tiene nada que hacer aquí! ¡Eres el único varón que nos queda! ¡La finca es tu obligación y no se hable más del asunto! Mi familia ha dado ya demasiada sangre a esta infausta guerra, no dará ni una gota más. ¿Me oyes? ¡Ni una gota más! —terminó Leonor, alzando el índice por sobre su cabeza con ojos de enajenada.

Luis pensó, con profunda pena, que el dolor de su madre estaba a punto de hacerla cruzar ese delgado límite que existe entre la cordura y la locura, y no quiso presionarla de nuevo. Así que, con un suspiro hondo y resignado, claudicó: —Está bien, mamá, no me presentaré como voluntario en el ejército ahora, pero, si algún día el general me convoca, no voy a negarme a luchar, voy a cumplir con mi deber para con la patria y con lo que me dicta mi conciencia.

—Está bien, pero solo si San Martín te convoca. ¿Está claro? —le respondió la mujer, en tanto pensaba que, si de ella dependía, ese militar jamás se iba a atrever a llevar a su otro hijo a la guerra. Al ver que el joven asentía, ella lo besó en la frente y lo bendijo, haciéndole la señal de la cruz, antes de pedirle,

ya más tranquila, que se retirase, porque ambos tenían mucho que hacer.

Al oír esto, Mercedes, que, fiel a su mala costumbre, había estado escuchando detrás de la puerta, corrió a esconderse en la sala contigua para que no la descubriesen.

Una vez que el muchacho se fue, Leonor cerró con llave y, contando con que los rumores sobre la bondad y humanidad de ese mentado jefe fuesen ciertos, tomó un tintero, pluma y papel, se sentó ante el amplio y antiguo escritorio y comenzó a escribir:

Mi estimado general, don José de San Martín:

El año 1816 transcurrió para la familia sin mayores contratiempos, Luis y Mercedes siguieron administrando la finca con la ayuda de los peones más antiguos y visitaron, de vez en cuando, a la tribu de pehuenches que vivían hacia el sur y eran parientes lejanos suyos por parte de Sayén, su amada bisabuela, la cual había muerto a muy avanzada edad y hacía solo cuatro años. El joven, por su parte, respondiendo a las demandas de su imponente suegra y a las de su enamorado corazón, se comprometió con Sol a inicios de septiembre, en una pequeña reunión que realizaron para la ocasión. Días después se enteró, por amigos alistados en el ejército, que su admirado general necesitaba gente que supiese el idioma de esos indígenas, para encomendarle una misión delicada. Más ligero que una liebre, se fue hasta el cuartel central, ubicado en El Plumerillo, a escondidas de su madre, y pidió que lo llevaran ante San Martín, porque él hablaba en pehuenche a la perfección y pensó que, al no ser soldado, podía presentar menos sospechas.

Al llegar al lugar, lo primero que lo asombró fue el orden, la limpieza y la organización reinantes. En el centro del campo se veía a un sargento de caballería entrenando a soldados novatos, los cuales, montados sobre un caballo lanzado a todo galope, tenían la misión de ensartar o cortar con sus espadas grandes zapallos que estaban clavados sobre la punta de gruesos postes, ubicados a unos diez metros de distancia uno del otro. A la izquierda de estos observó a otro grupo, pero de infantería, la mayoría mulatos o negros,

practicando tiro con sus fusiles y usando como blanco latas ubicadas a unos treinta metros de distancia. Se sabía que el jefe militar pretendía que, además de estas destrezas, aprendiesen a atacar en medialuna, por el frente y por los flancos, formar escuadras, manejar la espada con eficacia y luchar en defensiva y ofensiva, y con ese objetivo los hacía practicar desde el amanecer hasta que la noche les impedía continuar.

En un lugar más alejado, hacia el fondo, observó los corrales repletos de vacas, mulas y caballos, que estaban destinados a alimentar y transportar las tropas.

Instantes más tarde, mirando hacia la derecha, vio salir de un amplio galpón, con varias chimeneas que despedían un humo espeso y constante, al famoso fray Luis Beltrán, a quien San Martín había puesto al frente del parque y la maestranza del Ejército de los Andes en marzo de 1815, con el grado de teniente segundo. De inmediato, el cura había improvisado un taller y una fragua en el campamento. Allí se fabricaban zapatos, botas, monturas, estribos, herraduras, municiones, balas de cañón, espadas, fusiles, pistolas, puentes colgantes, granadas, lanzas, elementos de seguridad, arneses, grúas, pontones, mochilas, tiendas de campaña, cartuchos y todo tipo de pertrechos de guerra. El mismo fraile concibió unos curiosos carros, estrechos y livianos, de la extensión de los cañones, con cuatro ruedas bajas, para ser tirados por mulas, los cuales se utilizarían para transportar una buena parte de la artillería pesada por la cordillera. Los soldados los llamaron “zorras”, por su parecido con ese animal. Pero la fragua del fray artillero había alcanzado su mayor celebridad al fabricar cañones, morteros, obuses y culebrinas. Con tal fin, llegó a fundir utensilios metálicos, rejas, herrajes y hasta campanas de las iglesias, que fueron recolectados por todo Cuyo. Su incansable labor le ganaría el apodo de “Vulcano con sotana”, ya que, con un frenético ritmo y en turnos rotativos, supervisaba y lideraba el trabajo de setecientos artesanos, herreros y operarios. De continuo resonaban en el campamento los gritos del incansable franciscano dando instrucciones y órdenes a sus obreros, en medio de los

golpes de los martillos sobre el yunque.

Era conocido, además, que las minas de Pismanta y Huayaguaz también venían proveyendo quintales de plomo y azufre, y las de Uspallata habían aportado igualmente plomo y algo de plata para alimentar las fraguas. Dos siglos después, la historia contaría que este trabajador incansable y fiel defensor de la causa que fue fray Luis esforzó tanto su garganta que quedó ronco para el resto de sus días.

Por ahora, el cura franciscano venía bañado en transpiración y conversando con uno de los edecanes del general, el tucumano Juan Antonio Álvarez Condarco, de quien se decía que estaba encargado también de fabricar parte de la pólvora, usando el salitre de la cordillera.

Luis recordó que, en la pulpería que él frecuentaba hacía un tiempo, un amable y parlanchín teniente de granaderos, con el cual había trabado amistad, le había contado, bajo promesa de no repetirlo ante nadie, que San Martín había enviado a Álvarez Condarco a Chile con la misión de entrevistarse con Marcó de Pont, para hacerle conocer el acta de la declaración de independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata que había sido labrada el 9 de julio de 1816 en Tucumán. Por supuesto el jefe realista se había enfurecido y, luego de quemar el famoso documento, lo había sacado carpiendo y con órdenes de que se volviese a Mendoza más rápido que volando. Ese hecho en realidad era conocido por todos los cuyanos, pero lo que la mayoría ignoraba es que, como el edecán era un brillante baqueano, con una memoria prodigiosa y gran conocedor y diseñador de trazados y recovecos topográficos, había usado diferentes pasos de la cordillera para ir y volver, dibujando en cada recorrido los mapas con valles, ríos, rodeos y desfiladeros detallados, que luego le servirían a San Martín para cruzar los Andes con todo su ejército. Lo que hasta el mismo teniente desconocía era cuáles habían sido esos pasos, lo cual se había convertido, según sus propias palabras, en el secreto mejor guardado de todo el alto mando.

Mientras recordaba estas charlas, Luis vio a un sargento de infantería que se

acercaba a él y le solicitó que lo llevase con el general, el cual, para ese momento, ya había delegado el gobierno político de Cuyo en el coronel Toribio de Luzuriaga, para dedicarse por entero a la preparación de su ejército.

Al entrar a su despacho, con el corazón latiéndole tan rápido como el vuelo de un colibrí, Luis vio a San Martín sentado frente a un grueso y gastado escritorio y escribiendo una carta cuyo destinatario era el actual director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín de Pueyrredón, lo que descubrió estirando el cuello hasta lo indecible. Cuando el militar alzó la vista de golpe y lo pescó espiando el papel, el muchacho se puso de color encarnado y barbotó una disculpa medio tartamuda.

El hombre sonrió con indulgencia y el chico aprovechó para observarlo en detalle: de piel trigueña y cabello corto, ondulado y oscuro, el alto jefe tenía una boca pequeña, una dentadura blanca y pareja y usaba unas patillas cortas y recortadas. Notó que lo más destacado de su rostro eran unas cejas arqueadas, renegridas y pobladas. Luego de mirarlo fijamente, el general le preguntó: — ¿Y quién es usted, si es que puede saberse?

—Luis Gutierrez Prado, natural de Mendoza y dueño de la finca Los Hermanos, mi padre Dalmacio y mi hermano Manuel murieron en Ayohuma, combatiendo en el Ejército del Norte —consideró necesario aclarar el joven, para dejarle ver que él ya tenía chapa de patriota y que no era ningún oportunista.

Con la memoria prodigiosa que lo caracterizaba, el alto jefe recordó entonces una carta recibida unos meses atrás, donde una madre llamada Leonor Gutierrez Prado le solicitaba, mitad ruego y mitad orden, que no le llevase a la guerra al único hijo que le quedaba con vida. Él le había enviado una misiva en la que le respondía que, salvo un caso de extrema necesidad para la patria, iba a respetar su deseo. Y resulta que ahora el chico se presentaba solo en la boca del lobo, pensó con preocupación e ironía, antes de echarse hacia atrás en su rústica silla de alto respaldo e indagar: —¿Y qué es

lo que lo trae por aquí?

Cuando Luis pudo tragar el nudo de emoción que se le había formado en la garganta, al estar por primera vez frente al hombre que más admiraba en esta vida, le respondió:

—Es que me he enterado de que usted necesita gente que hable el idioma pehuenche, y yo no solo lo hablo, sino que tengo parientes y amigos en esa tribu, así que aquí estoy, a sus órdenes, para lo que guste, mi general.

San Martín unió la punta de sus dedos y lo miró con fijeza, mientras reflexionaba: el muchacho le gustaba, tenía temple y sospechaba que podía serle de mucha utilidad, sin embargo, recordando la promesa hecha a su madre, comenzó aclarándole: —Mire, mozo, por ahora no estoy necesitando más soldados, pero usted sí me puede ser muy útil como espía civil, siempre que sea discreto y sepa guardar en total secreto una misión que me gustaría encomendarle.

—Una tumba es más parlanchina que yo, mi general —le contestó el chico en tanto que cuadraba los hombros con gesto gracioso.

El alto jefe sonrió con benevolencia al observar a ese petisito colorado que le había inspirado confianza desde el mismo instante en que ingresó, torpe y atemorizado, a su despacho. —Ya veo, he decidido confiar en usted. Necesito que tome una mula con víveres para varios días y viaje hacia el sur. Cuando llegue con sus parientes pehuenches, tiene que hacerles saber, como en confianza, que tengo planeado cruzar con mi ejército por los pasos del sur de la cordillera.

—¿Y cuál sería su objetivo con eso, mi general, si es que puede saberse?

—La idea es que los indios vayan corriendo a contarle la noticia a la gente de Marcó de Pont, todos sabemos que los tiene sobornados a fuerza de regalarles vino y aguardiente y le son más leales a él que a nosotros. Estoy convencido de que, si el jefe realista cree en los rumores, va a enviar un buen contingente de tropas hacia el sur para interceptarnos, de esta forma dividirá su ejército y lo hará así más débil y vulnerable.

—“*Divide y reinarás*”—acotó el joven con una sonrisa cómplice, antes de preguntarle: —¿Y por dónde piensa pasar a Chile, en realidad?

San Martín lo miró socarronamente antes de contestarle: —Mire, mocito, le reitero lo mismo que le dije a uno de mis coroneles: “Si mi almohada lo supiera, a mi almohada la quemaría”. Lo único que usted tiene que repetir es lo que yo le digo, y no solo eso, después va a tener que pedirles a dos o tres pehuenches de su confianza que lo acompañen y va a seguir viajando, siempre hacia el sur, por el lado oriental de la cordillera, para seguir difundiendo los mismos rumores. Voy a ordenar al jefe de los depósitos que le entregue varios barriles de vino y aguardiente, para que les ablande el corazón y la lengua, porque usted va a tener que memorizar también cualquier información sobre el enemigo que pueda sernos de utilidad. No puede escribirla porque se delataría solo, en caso de que lo atrapen, ¿supongo que tendrá buena memoria?

Luis asintió con un respetuoso gesto, en tanto notaba que, cuando el jefe del estado mayor hablaba, era siempre con una afabilidad envuelta en autoridad y que su trato era fácil y franco e inspiraba confianza.

Luego de unos instantes, el hombre mayor continuó: —Sepa que no está solo, hay otros espías como usted con misiones similares, también del otro lado de la montaña, incluso Manuel Rodríguez, un gran líder guerrillero chileno que nos está siendo de mucha utilidad en esta guerra para confundir, sembrar intrigas y distraer a los realistas, y que puede ayudarlo en caso de que usted esté en peligro. ¿Estamos claros?

—Más clarito échale agua, mi general —le respondió el chico, sonriendo y visiblemente entusiasmado con la misión.

—Cuando regrese de su viaje se me presenta de nuevo en el cuartel, con la excusa de que trae unas reses para donar a la causa patriota, me dijo que tenía finca así que no creo que tenga dificultades con eso, pero debe rendirme sus informes solo a mí, nadie más debe saber que soy yo quien lo mando, ni cuál es la verdadera razón de su visita. ¿Comprendido?

—Por supuesto, mi general —afirmó el muchacho, mientras pensaba que este

jefe militar podía ser muy joven, pero era más zorro que una vizcacha, ya que acababa de sacarle, con tacto y diplomacia, un nuevo hatillo de vacas que se sumaba a los que ya venía donando desde hace rato. Todo fuese por lograr la libertad e independencia de los territorios hispanoamericanos, concluyó meneando la cabeza, con una sonrisa que estaba a medio camino entre el pesar por los bienes perdidos y el orgullo por poder contribuir a la gran causa. Como si fuese un soldado e imitando a su amado padre, volvió a cuadrar los hombros, unió las piernas, hizo la venia y se retiró del lugar con el corazón emocionado y el alma en paz. Mamá Leonor no iba a poder objetarle nada, en primer lugar, porque él no pensaba contarle su misión ni de vaina, y en segundo porque había cumplido con la promesa que le había hecho: seguía siendo un manso civil.

Fue así que, en los tres meses siguientes, y ahora sin la compañía de Mechi, realizó cuatro viajes en los que recorrió la cordillera hacia el sur, junto a tres pehuenches de su total confianza, y recolectó información sumamente valiosa sobre la cantidad de tropas enemigas, la calidad de su armamento, los lugares donde los destacamentos estaban apostados y los movimientos que hacían o pensaban hacer, cumpliendo también a rajatabla su cometido de venderles gato por liebre, ya que, siguiendo los dichos de las tribus supuestamente amigas, el jefe realista repartió buena parte de su ejército en los pasos del sur, el cual, dividido y mermado, no pudo frenar la avanzada del grueso de las tropas patriotas por los peligrosos pasos centrales de Los Patos y Uspallata. Así, terminó siendo derrotado en la crucial batalla de Chacabuco y, sobre todo, por las intrigas desplegadas por ese genial jefe y estratega que fue el general don José de San Martín.

Mientras todo esto ocurría, Mercedes quedaba a cargo del manejo de la finca, Martirio se adaptaba con paciencia, medida y frugalidad a la vida del convento en Buenos Aires y se abocaba a rezar por el alma de sus queridos muertos y de todas las víctimas de la guerra, y Leonor, tranquila en la creencia de que su obediente hijo estaba realizando pacíficos negocios comerciales a lo

largo de la cordillera, se dedicaba a mimar y malcriar a sus nietos y a evaluar los candidatos que pretendían a Mechi, en tanto pensaba que, si la joven seguía sin decidirse por ninguno, ella lo iba a tener que hacer por ella.

Por esos días, hubo un señor que se mostró tercamente inmune a los rechazos de la “coloradita”, como le decía con cariño para sí mismo. Se llamaba Hipólito Fuentes Guerra, y era un próspero hacendado y comerciante mendocino de cuarenta y seis años, que había sido un íntimo y entrañable amigo de Dalmacio, con el cual habían compartido, primero tertulias y asados y después ideales y batallas, ya que ambos se habían ido juntos a la guerra en 1810. Sin embargo, en el combate de Salta, Hipólito había recibido una herida de gravedad en un pulmón, la que lo había tenido al borde de la muerte durante más de un mes debido a una septicemia posterior, provocada por la falta de higiene en la tienda médica de campaña. De ahí en más su salud había quedado resentida, así que el alto mando decidió darle la baja y enviarlo de vuelta a su provincia natal. Siendo muy joven, se había casado con una bella sanjuanina que había muerto de tifus tres años después de su matrimonio, dejándolo viudo. Sin embargo, él no había querido volver a formar pareja, se contentaba con picotear aquí y allá, de vez en cuando, en los burdeles de las orillas, toda vez que su naturaleza pasional se lo reclamaba. Era un hombre generoso y alegre, que conocía a Mercedes desde que era bebé y la había malcriado llevándole dulces y juguetes cada vez que venía a visitarlos. Durante mucho tiempo, ella había sido para él la hija que nunca tuvo, pero esos sentimientos fraternales comenzaron a cambiar cuando, luego de cumplir sus catorce años, la chica comenzó a adquirir las formas redondeadas de una exquisita mujer. Enamorado tanto de su carácter sincero y alegre como de su belleza, durante mucho tiempo había guardado sus sentimientos para sí mismo, debido a la diferencia de edades, pero, al ver el afecto y la confianza con los que ella lo trataba, y al saber que, a pesar de tener ya diecisiete años, seguía rechazando a sus pretendientes uno tras otro, tomó coraje y se animó a declarársele. Sin embargo, y al igual que los demás, fue rechazado con una sorprendida pero no

menos amable cortesía. Como era un hombre terco y perseverante, solicitó hablar con Leonor para que intercediese ante la joven por él y la mujer tomó su causa como si fuese propia, hostigando a Mercedes con ruegos, argumentos lógicos y amenazas, desde la mañana al anochecer, sin poder lograr que cambiase de parecer.

Para la madre, Don Hipólito era el yerno perfecto, maduro, alto, delgado, elegante y apuesto, con grandes ojos negros en un rostro atractivo, enmarcado por espesas patillas y un cabello oscuro y todavía abundante que había comenzado a matizarse de canas en las sienes. A los ojos de la matrona, el único defecto del candidato era los casi treinta años de edad que le llevaba a su hija, pero tampoco iba a ser ni el primero ni el último enlace con esta característica. ¿O acaso el tan mentado general no le llevaba más de veinte años a su esposa Remedios? ¡Basta! Ya estaba harta de que esa mocosa desobediente le mareara la perdiz. ¡Tenía que aceptarlo y sanseacabó! Y ella sabía cómo hacer para lograrlo. Alzando la barbilla con decisión, fue hasta el cajón del escritorio, sacó una vieja carta y el sello de su esposo y, agradeciéndole a Dios el don que le había dado de poder imitar a la perfección la caligrafía de otros, tomó una hoja en blanco, papel y pluma y, en tanto que copiaba con atención la letra de Dalmacio, comenzó a escribir el encabezamiento de la nueva carta:

Mendoza; 25 de junio de 1810...

Al día siguiente, aprovechando que Mercedes andaba por los campos con los peones, la mujer llamó a un indiecito atolondrado, que le hacía de chasqui de vez en cuando, y lo mandó, a revientacaballos, hasta la casa de Hipólito, en la ciudad de Mendoza, para que le dijese que necesitaba verlo con urgencia.

El hombre llegó dos horas después, preocupado por lo acuciante del mensaje. Luego de desmontar se dirigió a grandes trancos hacia la casa y, al ver a la dueña, le preguntó: —¿Qué pasó? ¿Le sucedió algo a Mechi?

—Nada, nada, tranquilícese, solo quería que viniese temprano para poder

hablar con usted antes de que ella regrese de los campos. Venga conmigo a la biblioteca así le explico.

Cuando ambos estuvieron solos y a puertas cerradas, sentados y con el escritorio de por medio, Leonor sacó la carta que había escrito el día anterior y se la dio diciéndole:

—Léala por favor.

El hombre extendió el papel y comenzó a leer en voz baja:

“Por medio de la presente, yo, Dalmacio Gutierrez Prado, afincado en Mendoza, me comprometo con don Hipólito Fuentes Guerra, natural de la misma región, a concederle la mano de mi hija menor, Mercedes, de 12 años de edad, para que contraigan sagrado matrimonio el día en que ella cumpla sus dieciocho años. El antes mencionado, por su parte, se compromete a amarla, cuidarla y respetarla mientras duren sus vidas. Con la presencia de ambos acordantes, se firma el siguiente acta a los veinticinco días del mes de junio de 1810”.

Debajo del texto figuraba la conocida firma de puño y letra de su difunto y entrañable amigo.

A medida que avanzaba en la lectura, el hacendado se había ido poniendo pálido, al finalizar, miró serio a la mujer y le dijo: —Mire, doña Leonor, desconozco por qué razón Dalmacio escribió algo así, pero le aseguro que yo no tengo nada que ver con esto.

—Ya lo sé, tanto es así que fui yo quien escribió ese acta compromiso, la que no lo sabe es Mercedes.

—Pero la firma es idéntica a...

—Falsificada por mi hábil mano —lo interrumpió la matrona, con una sonrisa expectante que buscaba complicidad.

—No comprendo adónde quiere llegar con esto —cuestionó el hombre con gesto confundido.

—Es muy simple, piense, mi hija tiene un acendrado sentido del honor, casi

masculino, le diría yo, y si logramos hacerle creer que este matrimonio fue la última voluntad de su adorado padre, ella sería incapaz de no cumplir la palabra empeñada por él —le explicó la mujer, con tono intrigante pero calmo.

—El problema es que Mechi me ha dicho claramente que ella desea casarse por amor y que a mí me quiere solo como a un padre o un amigo.

—¿Y dónde está ese famoso amor que no aparece? Porque mire que esta mocosa se ha cansado de despreciar candidatos. Además, sus hermanas mayores contrajeron nupcias a los dieciséis años, ella ya tiene dieciocho y, si sigue dando vueltas, me va a quedar para vestir santos.

—Si eso es lo que ella prefiere... —le retrucó el hacendado alzando las manos.

—¡Lo que ella prefiere un cuerno! ¡Si esa niña caprichosa no sabe qué diantres quiere hacer con su vida! Además, ella le tiene mucho afecto, usted mismo lo reconoció, y eso es mucho más de lo que podemos decir de los otros pretendientes. Ese cariño es una buena base para comenzar un matrimonio y, con la convivencia y el tiempo, quién le dice que no pueda llegar a enamorarla.

—No sé, no me gusta la mentira, sin contar con que, a la corta o a la larga, todo termina descubriéndose.

—Esto no, va a ser un secreto que usted y yo nos vamos a llevar a la tumba, además, es por el bien de Mercedes, no se crea que no he notado lo bien que ha sabido lidiar siempre con los berrinches, las manías y el carácter voluntarioso de mi hija. Eso es lo que ella necesita, alguien que sepa comprenderla y quererla como es, sin tratar de cambiarla o doblegarla —argumentó la mujer con tono convencido, antes de tomar la pluma, mojarla en el tintero y alcanzársela con gesto seguro, en tanto finalizaba: —¡Vamos! No sea miedoso hombre, firme ese papel y le aseguré que jamás va a tener que arrepentirse.

—La hermosa y maquiavélica doña Leonor, ¿parece que aquí el fin justifica

los medios, eh? —comentó el hombre, alzando una ceja y observándola fijo, antes de tomar la pluma y colocar su firma al lado de la de su difunto amigo, mientras rogaba mentalmente que, desde el cielo o adonde diablos estuviese ese valeroso colorado, le perdonase el engaño.

—No le quepa ninguna duda, don Hipólito, no le quepa ninguna duda —le aseguró la matrona, antes de pararse y rodear el escritorio para ubicarse detrás del hacendado y darle tres suaves palmadas en la espalda en señal de aprobación. Luego, ella plegó la hoja en tres partes, encendió una vela, tomó un trozo de lacre, utilizó la llama para calentarlo, lo dejó gotear sobre la unión del papel doblado y aplicó el sello de su esposo sobre el material aún derretido. A continuación, sopló para que se secase e inundó la biblioteca del inconfundible olor a trementina que despedía esa pasta. Luego volvió a mirar una vieja carta de Dalmacio, e imitando el trazado de sus letras, escribió en el frente: “Acuerdo matrimonial”. Al finalizar, la mujer alzó la vista y aclaró con tono intrigante:

—Si queremos que esta terca hija mía nos crea, vamos a tener que cuidar todos los detalles.

La hora siguiente la pasaron elucubrando cuáles podían ser los cuestionamientos de Mercedes y qué respuesta le darían a cada uno de ellos. Finalmente, a las doce y treinta del mediodía apareció la joven, vestida con ropa de Luis, despeinada y con las manos y una mejilla cubiertas de arañazos. Al verla llegar, Leonor había abierto la boca para empezar despotricar contra su manía de andar con trazas de varón, cuando detectó que la camisa de la chica estaba manchada de sangre, así que, sobre la marcha, cambió su discurso:

—¡Dios santo bendito! ¿Qué te pasó?

—Nada, mami, nada, estoy bien, la sangre es de un animal —la tranquilizó Mechi con rapidez.

—¿Cómo que bien, si estás toda arañada? —le retrucó la matrona mientras le revisaba las palmas de las manos cubiertas de pequeñas heridas—. ¿Me

puedes explicar qué sucedió?

—Pasó que un ternero recién nacido se alejó de su madre y se enredó en un zarzal lleno de espinas, y se estaba lastimando todo el pobrecito, vieras cómo mugía que daba pena, así que traté de desenredarlo y por eso me lastimé.

—¿Y no podía pedirle a alguno de los peones que lo hiciese por usted? —le reclamó Hipólito, con tono cariñoso pero admonitorio.

—¿Cómo se le ocurre? Estaba sola con Paco y Toribio, que son dos brutos que lo hubiesen sacado a los tirones, dejando los pedazos de cuero del animalito colgando en la zarza. En cambio, yo le fui quitando las espinas despacito y, cuando lo solté, salió caminando de lo más campante —la joven terminó su relato con una sonrisa orgullosa.

—Sí, muy bonito lo tuyo, tanto que las heridas que debería tener esa bestia ahora las tienes tú. Vete ya mismo a darte un baño y ponerte un vestido decente, voy a mandarte a Tomasa para que te limpie esas heridas y te cure las manos con unto sin sal, así prevenimos la infección. ¡Y de paso me tiras a la basura esas ropas, señorita porfiada! Cuando estés nuevamente presentable, baja a la biblioteca, que necesitamos hablar un tema importante contigo.

Al escucharla, el estómago de la muchacha le dio un vuelco y su corazón comenzó a golpear contra su pecho como un tambor que anuncia zafarrancho de combate. ¿Qué se traería ahora entre manos esta comadreja metiche que le había tocado en suerte como madre? Y encima hoy estaba en yunta con don Hipólito. Mejor no hacerse mala sangre antes de tiempo, pensó antes de inclinar la cabeza en señal de obediencia, tratando de disimular sus miedos, y dirigirse con pasos rápidos hacia las amplias escaleras de madera, con balaustradas de mármol de carrara, que conducían a su espaciosa habitación.

Sin embargo, media hora después, sentada junto a su pretendiente y frente al escritorio, en tanto que escuchaba, en un silencio asombrado e incrédulo, la voz incesante de su progenitora, confirmó que había tenido reales y fundadas razones para sentir miedo.

—La cosa es así, esta mañana se presentó don Hipólito para informarme

que, una semana antes de partir juntos para ir a la guerra, Dalmacio y él firmaron un acuerdo matrimonial en tu nombre, entre don Fuentes Guerra y tú, que debía concretarse el día que cumplieses tus dieciocho años.

—¡Eso es mentira! ¡Papá me lo hubiese consultado! —le refutó la chica, antes de levantarse alarmada de su silla.

—Lo mismo dije al principio, porque, como supondrás, yo tampoco sabía nada, sucede que, como él insistía, rebusqué entre viejos papeles de tu padre y encontré esto —le respondió su madre y le alcanzó la hoja, antes de continuar—. Como verás, está lacrado, no sé lo que dice, pero por el encabezamiento, sospecho que podría tratarse de lo que don Hipólito alega.

Con las manos temblándole de puros nervios, la chica rompió el lacre y comenzó a leer en silencio, a medida que el texto avanzaba se puso del color de la tiza, y al terminar la lectura exclamó aturdida: —¡No puede ser! ¡Este documento tiene que ser falso!

—La firma es de tu papá —le retrucó su madre con tono pretendidamente calmo.

—Y yo no miento, señorita —protestó el hombre fingiéndose ofendido.

—¿Y entonces por qué no me lo dijo antes, eh? —le reclamó la joven, con duda y enojo.

—Porque quería conquistarla por mis propios méritos y no que se sintiese obligada a casarse conmigo por la palabra que empeñó Dalmacio.

—¡Pues me hubiera hecho un gran favor si hubiese continuado callado! —le informó la chica con un mohín caprichoso, antes de terminar—. Además, mi padre fue un desconsiderado que me comprometió sin consultarme, así que yo no me siento obligada a respetar su acuerdo.

—¡Pues lo vas a respetar quieras o no! Porque tu padre era un hombre de honor, que siempre cumplió con la palabra empeñada y tú no eres quién para ensuciar así su buen nombre.

—¡Pues me hubiese preguntado! —insistió la joven con gesto acorralado.

—¡Tenías doce años! —le retrucó Leonor con tono alterado.

—¡Con más razón, entonces! ¿Por qué no lo comprometió con mis hermanas mayores, que aún eran solteras, eh?

—Porque yo la elegí a usted, así de simple —intervino el hacendado, contemplándola con gesto firme y cansado.

—Siempre fuiste la preferida de este señor y lo sabes, además, Hipólito me contó que tu padre tenía miedo de morir en la guerra y dejarnos desprotegidas, por eso le pidió que, en caso de que a él o a Manuel les pasase algo, quería que su amigo se hiciese cargo de nosotras.

—¡Pues si la pensaba dejar viuda lo hubiese casado con usted! ¿Tienen casi la misma edad, o no? ¡Era más lógico! —volvió a porfiar la muchacha con tono irónico.

El fuerte cachetazo que le dio la madre resonó en la habitación cerrada, y un hilo de sangre comenzó a correr lento por la comisura de la boca de Mercedes. —¡Mocosa insolente! ¡Jamás me vuelvas a faltar el respeto de esa manera si no quieres que te despelleje la espalda a latigazos! ¡No voy a permitir que el alma de tu padre ande vagando en pena porque le tocó una hija necia y díscola que no es capaz de respetar sus últimos deseos! Vas a casarte con don Hipólito antes de que finalice este año o ya puedes irte olvidando de que alguna vez tuviste una familia —finalizó la matrona, con tono terminante y enérgico.

La joven los miró a ambos con gesto acorralado, en tanto que las lágrimas, que se le habían ido acumulando en los ojos desde que había recibido esa bofetada, comenzaron a rodar libremente por sus mejillas acaloradas. —Está bien, pero denme tres meses de tiempo para acostumbrarme a la idea, por favor, solo tres meses.

—Estoy de acuerdo, no se angustie tanto Mercedes, todo va a salir bien, ya verá que sí —la animó el hombre, con gesto triste pero esperanzado, antes de inclinar la cabeza en señal de saludo y retirarse despacio hacia la puerta de calle.

Claro que sí, ¡cuando las vacas vuelen! Pensó la chica con ironía, antes de

echarse a correr hacia su habitación para poder llorar con libertad.

Leonor quedó sola en el campo de batalla abandonado, con la culpable conciencia golpeteándole las sienas como un pájaro carpintero, pero satisfecha con el resultado de la contienda.

Dos días después del altercado, Luis regresó de uno de sus viajes por la cordillera, lo cual representó para Mercedes un enorme alivio, ya que su hermano era quien mejor la comprendía y sabía calmarla y aconsejarla en las dificultades, pero, al bajar corriendo las escaleras para echarse en sus brazos en señal de bienvenida, el corazón se le cayó a los pies al ver la cara de velorio trasnochado que él traía. ¿Qué le habría sucedido? Tuvo que aguantarse la curiosidad hasta que su mellizo desayunó y puso al día a su madre de todas las novedades ocurridas en la campaña en los últimos días. Luego lo invitó a caminar hacia los corrales con la excusa de ver unos caballos cimarrones que Eustaquio, el rastreador más eficaz de la finca, había atrapado mientras pastaban en la base de la montaña. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos del casco, la chica le preguntó: —¿Qué te pasa que llegaste con esa cara de muerto resucitado?

Él sonrió con tristeza antes de responder: —Tal parece que a ti no puedo ocultarte nada, hermanita.

—Por supuesto, si soy tu otro yo —le respondió Mechi, desordenándole el cabello con un gesto cariñoso antes de volver a la carga: —¿Me vas a contar sí o no?

—Sol está embarazada —le soltó él con un suspiro desolado, antes de apoyarse contra la tranquera.

—¿Voy a ser tía? ¡No, tía sola no, madrina, porque va a ser mi ahijado! ¿Sí o no? ¡Qué alegría tan grande! ¡Felicitaciones, hermanito! —lo atosigó la muchacha en una mezcla interminable de atolondrado palabrerío, abrazos y besos.

—¡Ja, otra que madrina, lo más probable es que termines criando a tu ahijado, porque, cuando se entere doña Robustiana, nos degüella como a dos

pobres corderitos! —se lamentó el chico con gesto aterrado.

—¡Bueno che, que no es para armar tanto alboroto! ¡No van a ser los primeros ni los últimos! Son cosas que pasan —lo consoló Mechi con una suave palmadita en la espalda.

—No cuando los novios no han estado ni un segundo a solas, “supuestamente”. Tú no tienes una idea de lo moralista y tirana que es mi suegra —dijo el muchacho con tono quejoso.

—No será para tanto.

—¿No? ¡No te das una idea de lo que es! Cada vez que voy a visitar a Sol nos permite sentarnos juntos a tomar mate y conversar en el sillón, pero, con la excusa de tejer ponchos para el ejército, se ubica con su famoso telar delante nuestro, nos da la espalda como con desprecio, y no se levanta de allí hasta que no me voy. ¡Ojalá se le paspe el culo! ¡Vieja zaina! ¡No te rías! Y eso no es todo, si intentamos hablar más bajo, de cosas íntimas, nos ruge como una ogra: “¡Hablen fuerte!”.

Para ese momento su hermana ya se reía a carcajadas. —¡No te lo puedo creer!

—¿Qué no? ¡Y no queda ahí! ¿Puedes creer que una vez que, viendo que el bulldog con pelliza estaba entretenida teje que te teje, intenté acariciarle un pecho a mi novia, esta bola con patas me advirtió: “¡Hasta que esté casado, guarde las manitos en los bolsillitos, mi querido!” —la imitó furioso—. ¿Cómo hizo para verme, me quieres explicar? ¡Para mí que tiene ojos en la nuca!

A esas alturas, Mercedes ya tenía el estómago acalambrado de tanto reírse. Mientras lágrimas de hilaridad le corrían por las mejillas bronceadas por el sol, le agradeció a Dios el haberla bendecido con ese delirante hermano. Cuando pudo recomponerse un poco, le preguntó: —¿Y cómo es que, con toda esa vigilancia, se las ingeniaron para fabricar un bebé?

La culpa también la tiene la vieja, porque de veras que, para evitar disgustos con doña Robustiana, estaba dispuesto a aguantarme y esperar hasta que

estuviésemos casados. Lo que pasó es que un día que Sol le pidió permiso a su madre para acompañarme hasta la tranquera, al llegar allí y viendo que la bruja no estaba visible, aproveché y la besé en la boca. Pero qué te cuento que la harpía nos estaba vigilando por la ventana, porque salió hecha una tromba de la casa y la llevó a mi novia adentro a rebencazo limpio. Me quedé preocupado, así que esa noche, a las tres de la madrugada, me guardé dos pedazos de hígado y unas piedritas en el morral y partí para la casa de los Urrutia.

—¿Y para qué querías tú esas cosas? —le preguntó su hermana con curiosidad.

—Estrategia, hermanita, no te olvides de que soy un ferviente admirador de mi general: el hígado era para dárselo a los perros guardianes, así no me atacaban si me desconocían, y las piedritas para tirárselas a Sol en la ventana.

—Eso es lo que se llama no escarmentar —comentó Mechi con tono zumbón.

—Ni que lo digas, lo cierto es que mi amorcito me escuchó, me hizo señas de que la esperase, bajó sin hacer ruido y, para que no nos vieran, nos fuimos a esconder en los establos.

—¿Y?

—Y lo que sigue no te lo puedo contar porque eres muy jovencita e inexperta para saber esas cosas —le respondió él con gesto incómodo.

—Es que me dejas la historia a la mitad. ¡Así no vale! —protestó la chica haciendo un puchero.

—Está bien, fue así, Sol quiso bajarse el camisón para mostrarme las marcas de los rebencazos que le había dejado la madre en la espalda y ahí comenzó todo —agregó su hermano, antes de ponerse rojo como un tomate al evocar lo que vino después.

—No comprendo qué tiene que ver eso con hacer un bebé —comentó la chica con perplejidad y curiosidad instantes más tarde, ya que, aunque era bastante inocente en esas cuestiones, sí había visto aparearse a algunos animales y suponía que la cosa no debía de ser muy diferente con los humanos.

—Algún día lo vas a entender, pero las cosas son como yo te las digo, ¡la culpa de todo la tuvo la vieja! —afirmó el muchacho con lo que, según concluiría Mercedes meses más tarde y ya con más conocimiento en el tema, era una muestra de total desparpajo y caradurez.

En las dos semanas siguientes a Luis le dio un apuro, imprevisto e inexplicable para su madre y absolutamente justificable para Mercedes, por casarse con su novia lo más pronto posible, así que, con el beneplácito de su respetable y odiada suegra, que ignoraba por completo que la iban a hacer abuela antes de lo previsto, los jóvenes acudieron a la catedral de Mendoza a pedir las dispensas matrimoniales y poner fecha para la boda. Después, comenzaron los preparativos de la fiesta, las invitaciones, el vestido, la luna de miel y otros pormenores. Mientras tanto Leonor, que no había tenido ningún empacho en casar a sus hijas mayores siendo casi unas niñas, andaba llorando por los rincones la angustia de que le arrebatasen tan pronto a su hijo varón, con solo dieciocho tiernos añitos y sin ninguna necesidad.

Mercedes, por su parte, lloraba la amargura de saber cada vez más cercana la fecha de su propia boda, porque iba a tener que casarse, pero no por las amenazas de su madre, sino porque jamás iba a poder dormir en paz si no cumplía la última voluntad de su papá, aunque se muriese de la tristeza en el intento.

Mientras la familia Gutierrez Prado se revolucionaba con los últimos eventos, el general José de San Martín concluía la preparación de sus tropas y, en la mañana del 5 de enero de 1817, el Ejército de los Andes entraba en Mendoza en medio del sonar de los tambores y el cariño de la gente. Al amanecer de ese día habían salido de su campamento de El Plumerillo, y la antigua ciudad los recibió entre los repiques de campanas y las manifestaciones de apoyo de un pueblo que, en su mayor parte, confiaba en la victoria y en el jefe que los llevaría a lograrla. Por eso, los fueron siguiendo a lo largo de su camino hasta llegar frente al templo de San Francisco. Desde allí, con la imagen de nuestra Señora del Carmen, patrona del ejército, se

inició una multitudinaria procesión encabezada por el general, vestido con su uniforme de gala, con galones dorados y botones de bronce que refulgían al sol, y su estado mayor, más las autoridades civiles y eclesiásticas. Llegando a la antigua Catedral se formó una guardia de honor, integrada por granaderos y piquetes de infantería, los cuales se ubicaron frente al altar mayor, cubierto de rosas blancas. Allí, con profunda emoción patriota, se bendijo el bastón de mando del jefe del ejército y la bandera de los Andes. Esta había sido bordada por doña Remedios Escalada y otras damas mendocinas meses atrás, tomando como modelo el escudo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que había sido creado por la asamblea en el año 1813, durante el segundo triunvirato.

Afuera tronaban las salvas de artillería. Al finalizar la misa, San Martín y la guardia se trasladaron hasta la plaza para presentar la bandera a la tropa y al pueblo. El general, desde lo alto de un gran palco levantado en el lugar, enarboló la insignia nacional y con la voz potente que lo caracterizaba, dijo con profunda emoción: *“Soldados, esta es la primera bandera que se ha levantado en la América libre. ¿Juráis sostenerla, muriendo en su defensa, como yo lo juro?”*. Las tropas respondieron con firmeza y sin dudas: *“¡Lo juramos!”*. Era el principio de lo que sería una ardua y gloriosa campaña, durante la cual, muchos de los que juraron con orgullo ese día, no podrían retornar a sus hogares y sus familias, quedando solo en los anales de la historia y en una tumba abandonada en tierras lejanas, pero que eran ya también profundamente americanas, libres y soberanas. Con motivo de los festejos y agasajos al admirado jefe y a sus oficiales, las familias más destacadas de Mendoza organizaron también una fiesta en honor a estos, donde acudieron la crema y nata de la sociedad cuyana.

Pero la algarabía no abundaba en forma pareja por esos pagos, hubo algunos que, al paso del ejército, cerraron las ventanas para no verlo, en una clara señal de desprecio o rechazo, unos porque simpatizaban con los realistas, otros porque estaban hartos de tantos tributos obligados, tanta muerte y tanta

guerra y pensaban que, durante la colonia, aunque estuviesen bajo dominio español, por lo menos había paz. Este último era el caso de Leonor, que se negó de plano a asistir a la fiesta. Sin embargo, a instancias de doña Robustiana, cedió a los ruegos de Mercedes para que la dejase ir a ella, acompañando a Sol, ya que Luis andaba de nuevo por la cordillera en plan de comercio, o eso era lo que creían todos, salvo Mechi y su prometida, ya que el muchacho no había querido seguir ocultándoles a ellas su papel de espía para el general.

Las jóvenes se vistieron y peinaron con detallado esmero, porque era la primera vez que iban a poder ver a San Martín desde cerca. Ambas eligieron un estilo muy en boga en ese momento, al que llamaban “vestido camisa”, de sencillo corte neoclásico, con cintura alta, jubones cortos y entallados y chales de encaje. Haciendo honor a su nombre, Sol vistió un modelo de seda en color amarillo oro que destacaba su rubio cabello, recogido en media cola, sostenida por una hebilla bordeada por diamantes, y peinado con tirabuzones que su criada le había estado haciendo con pinzas calientes durante casi tres horas y que ahora caían sobre sus hombros hasta mitad de la espalda. Mercedes, por su parte, optó por el tono verde claro, que hacía juego con el color de sus ojos, sus aros y su collar, estos últimos de esmeraldas engastadas en oro que le había regalado su tía madrina, Eduviges, cuando cumplió quince años. Combinó todo con zapatos de raso, chal y guantes blancos. Para terminar, los ribetes de su jubón estaban bordados con hilos de oro y pequeños canutillos en un verde más oscuro. Como no tenía la paciencia para estar tres horas sentada, soportando el desagradable olor a pelo chamuscado que despedían las pinzas, no aceptó que le hicieran bucles, en cambio, dejó su abundante cabello suelto y enmarcado por dos finas y delicadas trenzas que partían desde las sienes y se unían bajo la nuca enlazadas por pequeñas flores de azahar. Los únicos maquillajes utilizados, a escondidas de doña Robustiana, fueron pétalos de rosas rojas, que frotaron sobre sus mejillas para darles color, y manteca de cacao para poner brillo en sus labios. Sol estaba

hermosa, además, su embarazo de apenas dos meses le había abultado los pechos y dado una luminosidad especial en la mirada, pero Mechi era sencillamente deslumbrante, tanto fue así que, al entrar a la fiesta, no hubo joven o viejo, viudo, casado o soltero que no se diese vuelta para mirarla, maravillados con su exótica belleza.

—Bueno, cuñada, tú haz tu entrada triunfal que, mientras tanto, yo me robo el bastón de mando del general sin que nadie se dé cuenta —comentó Sol con ironía y una pizca de celos, que la avergonzaban, pero que no podía evitar sentir al ver cómo su amiga acaparaba todas las miradas.

—No seas ridícula, si sabes que estás preciosa —la amonestó Mercedes con una palmada cariñosa.

—Sí, pero creo que ni entrando con un pavo real sobre mi cabeza podría lograr que algún caballero me tome en cuenta teniéndote a ti al lado.

—¿Y para qué los quieres, si tú ya tienes a tu propio caballero andante que besa el suelo en que pisas?

—Simple y mezquina coquetería, mi querida cuñada —respondió la menuda rubiecita con una sonrisa pícaro y simpática.

El salón también estaba resplandeciente, con sus arañas de cristal colgando del techo y candelabros de bronce pulido, distribuidos por toda la estancia y cubiertos de infinidad de velas encendidas que le daban una tenue luminosidad al ambiente. Colgando de los ventanales, se veían cortinas de brocato en color beige, bordadas con hilos de oro. Hacia la izquierda, una joven robusta y morena, con voz de soprano, cantaba y tocaba pasablemente, sentada a un lustroso piano de cola. Aquí y allá se veían amplios sillones y alargadas banquetas de cuero con patas torneadas donde la gente se sentaba a conversar. A la derecha se encontraba una larga mesa de roble, cubierta con un mantel de hilo blanco, que sostenía infinidad de copas de cristal de diferentes tamaños, y fuentes con cucharones transparentes conteniendo ponche. Había también pequeños bocados dulces y salados distribuidos artísticamente sobre pesadas bandejas de bronce, de las que los comensales se servían al pasar. En todas

partes los diálogos eran amenos y el clima de ansiedad y expectativa.

—¿Viste a ese oficial? —comentó Sol por lo bajo, dando un pequeño codazo en las costillas a su cuñada.

—¿Cuál? Hay cientos —le respondió Mechi, distraída, en tanto se frotaba disimuladamente el costado dolorido.

—Sí que hay, pero este es buenmocísimo, está parado a cinco metros detrás de ti y no te ha quitado los ojos de encima desde que entró, no mires todavía, que si no se va a dar cuenta de que hablamos de él. Por los galones me parece que es capitán.

—A ver, cabeza de chorlito, ¿para qué quiero verlo si en tres meses voy a estar casada con otro, que encima puede ser mi abuelito? No soy masoquista para que lo sepas.

—No tiene nada de malo recrearse la vista con un papaíto de estos, además, lo de tu matrimonio está por verse, Luis no está muy de acuerdo con eso y quiere convencer a tu mamá de que anule ese contrato, y con lo que ella lo consiente en todo, quién te dice que lo logre —le dijo la rubia con una mirada esperanzada.

—Sí, el día que los peces troten —comentó Mercedes con ironía. Igualmente, la otra había logrado picar su curiosidad, así que, lo más disimulada que pudo, giró la cabeza y se encontró con los ojos azules más preciosos que había visto en su corta vida clavados con insistencia en ella. ¡Qué descarado! ¿No sabe que mirar así es de mala educación? Pensó molesta. Iba a bajar la vista rápido cuando, en un acto de pura rebeldía, le sostuvo la mirada para ver si era capaz de hacerlo desistir, en tanto alzaba una ceja con ironía.

El oficial imitó su gesto unos segundos y luego, esbozando una lenta sonrisa avergonzada y pícara, aunque no menos seductora, inclinó la cabeza en señal de saludo. Mechi le respondió también con una leve inclinación y un gesto de autosuficiencia, ya que había logrado ponerlo en su lugar, claro que no del todo a su provecho, porque la belleza salvaje y masculina de ese hombre la

había dejado sin aire. Se puso de espaldas, suspiró y meneó la cabeza con gesto soñador, antes de empezar a enumerar sus características y atributos: él llevaba el uniforme de gala de los granaderos a caballo: chaqueta y pantalón azul, con botones dorados y cuello y galones dorados y rojos, banda, cinturón y guantes blancos y lustrosas botas negras hasta la rodilla, y, efectivamente, portaba el distintivo de capitán. Era alto, más de un metro con ochenta y cinco, calculó, delgado, de espaldas anchas, vientre plano y caderas estrechas, manos grandes con dedos largos y fuertes. Tenía el cabello castaño oscuro y ondulado, al que llevaba corto y peinado hacia las sienes siguiendo la moda neoclásica, destacadas patillas, frente amplia, corte de cara cuadrado, cejas anchas y rectas y pestañas tupidas, nariz levemente aguileña, con un sobrehueso a mitad del puente, y labios gruesos, los cuales, al sonreír, dibujaban dos hoyuelos en sus mejillas y dejaban ver unos dientes blancos y parejos. Completaba la imagen una piel trigueña y bronceada, que resaltaba el azul cobalto de esos ojos que tanto la habían deslumbrado, y una postura erguida y autosuficiente, rayana en la arrogancia, que demostraba fuerza y seguridad en sí mismo. Por las facciones exóticas y el color de su piel ella podía casi asegurar que era de origen árabe, solo la coloración de sus iris la hacía dudar. Al espiar de nuevo por el rabillo del ojo, vio que el joven, ¿qué edad tendría?, se dirigía hacia el anfitrión de la fiesta, don Francisco Suarez Hurtado, y le hablaba en el oído sin dejar de observarla. Luego de escucharlo, el hombre asintió con una sonrisa y ambos comenzaron a caminar directo hasta donde se encontraba ella. “¡Trágame tierra!”, pensó la chica antes de volver a ponerse de espaldas.

—Buenas noches, mis bellísimas damitas, aquí el oficial me ha solicitado ser presentado ante ustedes, así que, como dueño de casa, me corresponde hacer los honores: el capitán Jhon Williams, del Escuadrón Escolta del Regimiento de Granaderos a Caballo, y dos fervientes colaboradoras de la causa patriota, la señorita Sol Urrutia y su futura cuñada, la señorita Mercedes Gutierrez Prado. —Mientras hablaba, con tono pomposo y afectado, el

hombretón bajo y entrado en carnes, iba señalando a los presentados, los cuales inclinaron la cabeza en señal de cortesía.

—Bueno, los dejo solos para que se conozcan mejor —finalizó don Francisco, alejándose con una amable sonrisa.

—En realidad me dicen Juan. Encantado de conocerlas —les dijo el muchacho sonriendo también, en tanto que se inclinaba ante ellas en señal de respeto, tomaba primero la mano de Sol y luego la de Mercedes y las besaba en el dorso con suavidad.

—Así que ya le acriollamos el nombre —comentó la rubia con una sonrisa simpática.

—Eso parece —respondió el joven, con las manos enlazadas tras su espalda y mirando fijamente a Mercedes.

—Miembro de la escolta personal del general, todo un honor tengo entendido —le dijo Mechi con tono cortés pero seco, porque su forma insistente de mirar había vuelto a incomodarla.

—Por cierto que sí —le respondió él, antes de cambiar rápido la vista hacia la pianista que tocaba un aria nostálgica, al notar que la hermosa chica de cabellos color fuego estaba molesta. A él también lo inquietaba y avergonzaba el no haber podido tener el suficiente dominio de sí mismo para dejar de observarla, sobre todo porque no podía ni iba a poder aspirar a ella jamás, pero no podía hacer otra cosa, la exótica belleza de esa joven lo atraía con la fuerza de un tornado.

—Nunca supe por qué los llaman cazadores, ¿no son acaso todos granaderos? —intervino Sol con gesto curioso.

—Por supuesto, señorita, la palabra solo define a un conjunto de hombres dentro del regimiento —aclaró Juan con un gesto cortés.

—Por su apellido, supongo que es inglés —volvió a preguntar Sol, la cual, al ver la cara de boba con la que su cuñada se había quedado viendo a ese guapetón, estaba decidida a averiguar la mayor cantidad de datos posibles sobre él.

—Supone bien, soy inglés por parte de padre, aunque mi madre es de pura cepa andaluza —le informó él, sonriendo con paciencia ante su curiosidad.

¡Ahí estaban sus rasgos árabes! Pensó Mercedes con una suave mueca de autosuficiencia que se congeló cuando apareció un joven teniente de caballería, de corto cabello rubio y ojos oscuros y le dio al capitán dos fuertes palmadas en la espalda, a la vez que lo miraba sonriente, antes de exclamar:

—¡Enhorabuena, Juan, acabo de enterarme que Carmina y tú van a ser padres!

El capitán la miró con incomodidad, y luego se dirigió a su amigo y compañero de armas, que había visitado su casa varias veces en Buenos Aires, con una mueca que simulaba una sonrisa. —Gracias, Santiago, estamos muy contentos.

—¡Pues yo también me alegro muchísimo! —le contestó el otro, antes de seguir su camino respondiendo al llamado de su coronel.

—Casado, por lo que veo —comentó la colorada con tono mordaz, para remarcarle que consideraba mayor aún su desfachatez ahora que conocía su estado civil. Estaba perpleja, desilusionada y triste, como si de golpe le hubiesen volcado un balde de agua helada sobre la cabeza y la hubiesen despertado a la cruda realidad. Lo que había sucedido era que, cuando notó que él la observaba de esa forma insistente, había dado por supuesto que era un soltero echado a la conquista de jóvenes casaderas y ahora venía a descubrir que era un simple rabo verde buscando engañar a su, de seguro, joven y bella esposa.

Juan suspiró, con gesto triste y resignado, como si él también estuviese volviendo a una realidad que no le era del todo satisfactoria, y le respondió con tono de disculpa:

—En efecto, me casé hace casi cuatro años y voy a ser padre dentro de cuatro meses, pero eso no me impide admirar una belleza excepcional como la suya cuando la encuentro.

—Pues no debería, en su estado civil es de muy mala educación, créame —

lo amonestó Mercedes alzando una ceja y con tono más seco, para castigarlo inconscientemente por haberle roto las ilusiones de forma inesperada.

—Perdóneme si la molesté, le aseguro que no fue mi intención —se disculpó él, antes de inclinar la cabeza en señal de respeto y alejarse con trancos firmes hacia el patio de verano. Necesitaba con urgencia tomar un poco de aire, porque sentía que se estaba ahogando. Al llegar afuera, respiró hondo y se aflojó el cuello de la chaqueta. La chica tenía razón en estar molesta. ¿Qué rayos le había pasado? Nunca antes había mirado en forma tan obvia y desfachatada a una mujer, ni siquiera siendo soltero. Es que no había podido evitarlo, esa muchacha lo atrajo como un imán al metal, desde el primer momento en que la vio allí, de espaldas, con ese espeso, ondulado y glorioso cabello, de un raro tono dorado rojizo, que le llegaba por debajo de una cintura pequeña, la cual se ensanchaba hacia unas caderas generosas, que podían apreciarse más allá del vestido que caía con muy poco vuelo, desde mitad del torso.

Y luego ella había girado hacia él y ahí sí lo había dejado sin palabras. Sus ojos asombrados habían ido recorriéndola lento: sus pechos erguidos y llenos pero casi totalmente cubiertos por el recatado escote del vestido, sus hombros redondeados, su piel blanca e inmaculada, que se pintaba de tenues y pequeñas pecas en el puente de la nariz, que era fina y recta, pero tendía a curvarse en la punta cuando sonreía. En el rostro pequeño y ovalado se destacaban los ojos inmensos y rasgados, de un raro tono verde esmeralda, sombreados por espesas y arqueadas pestañas oscuras y enmarcados por unas cejas de mediano grosor, los pómulos altos y la boca ancha y bien delineada lo hacían sospechar que, a pesar de su color de piel, por sus venas corría sangre indígena. Y tal vez era ese mestizaje lo que la hacía más hermosa aún. Sin dudas, esa hembra era un auténtico regalo para los ojos de un hombre, sobre todo los de uno que lo único que podía hacer era mirarla.

En las dos horas siguientes, y a pesar de que era consciente de que no tenía ningún derecho a hacerlo, esa fuerte atracción que sentía hacia ella hizo que

Juan se lo pasase averiguando nuevos datos sobre la joven, entre los naturales del lugar. Supo, por ejemplo, de la muerte de su padre y hermano, de la existencia de un mellizo casi idéntico a ella y de su próxima boda con un hombre muy querido y respetado en el lugar, pero que le llevaba casi treinta años.

Observó también la llegada de un caballero atractivo y maduro que, desde el mismo instante en que entró al salón, no se separó de la muchacha más que para buscarle un refrigerio. Hubo un momento, hacia las dos de la madrugada, en el que Mercedes, aprovechando que Sol bailaba con su padre e Hipólito se había enfrascado en una discusión política con varios lugareños, se alejó con disimulo de su asfixiante prometido y buscó, en un balcón alejado y oscuro, la tranquilidad que había perdido desde que los curiosos ojos azules del oficial la habían mirado taladrándole el alma. Al llegar allí, apoyó sus pequeñas manos en las barandas, echó la cabeza hacia atrás con cansancio y pudo apreciar la belleza de la luna llena, mientras reflexionaba sobre su ininterrumpida mala suerte. ¿Por qué su padre había firmado ese contrato sin consultarla? ¿Por qué él y Manuel habían tenido el mal gusto de morirse dejándola a merced de una madre tirana? ¿Y por qué, Dios santísimo, resultaba que el único hombre que le había gustado en su vida estaba casado?

—¿Disfrutando del aire fresco? —le preguntó Juan en tono bajo, en tanto se acercaba por detrás con pasos silenciosos.

“Esa voz. ¡Él otra vez! ¿Es que este rabo verde no pensaba escarmentar?”, pensó la chica, antes de responderle con tono cortante e irónico: —No, buscando soledad y tranquilidad para observar la luna sin que nadie me moleste.

El muchacho comprendió la indirecta, pero prefirió hacerse el sonso para poder pasar unos minutos más a solas con ella. —A mí también me encanta ver la luna en soledad —comentó, tratando de justificar su presencia allí.

—Pues ahí se la dejo, es toda suya —le dijo la joven, luego giró, lo esquivó y comenzó a caminar hacia el salón.

El oficial tuvo un hondo e irracional sentimiento de pérdida y, antes de que ella transpusiese la puerta balcón y sin medir las consecuencias, la tomó de un brazo y le rogó con tono manso: —Por favor no se vaya, Mercedes, no me deje, solo deseo conversar con usted, nada más.

Algo en el timbre anhelante y triste de su voz hizo que la chica se detuviese, ella lo estaba maltratando por algo de lo que él no era culpable, o no del todo, pensó con pena, además, en pocos días el joven se iba a embarcar en una campaña casi suicida de la que era difícil que regresase con vida, y, por todos los mártires y santos, ella también deseaba hablarle.

—Está bien, pero no me toque —le respondió ella, alejando su brazo con brusquedad, porque el contacto de esos dedos cálidos sobre su piel desnuda le habían provocado una sensación tan intensa e íntima que la asustó.

—Disculpe, lo hice sin pensar —se excusó él con tono contrito.

—¿Y de qué quiere hablar?

“De cualquier cosa con tal de escuchar su voz”, pensó Juan, antes de carraspear y responderle con lo primero que se le ocurrió para retenerla, pero con un tono serio que desmentía su apurada improvisación: —Me gustaría conocer su opinión y la de sus coterráneos sobre esta campaña, cuáles son sus esperanzas y sus miedos, qué piensa sobre las medidas políticas tomadas por el directorio, no sé, usted decide.

Mechi soltó una suave y amarga carcajada antes de contestarle: —¿Pensar, opinar sobre la guerra o la política? Soy una simple mujer, capitán, y las mujeres no tenemos permiso para opinar.

—Eso no es verdad —afirmó él, y al ver que ella lo miraba interrogante, aclaró: —No dudo de que es una hermosa mujer, ¿pero simple? Eso jamás —aseguró el oficial contemplándola fijo.

—¿Y en qué razones se basa para sostener eso? —le preguntó la joven, curiosa y molesta.

—Intuición y atención en los detalles, además de algunas averiguaciones hechas con discreción —le respondió él con una enigmática sonrisa.

—¿Detalles como cuáles, por ejemplo? —volvió a interrogarlo ella con tono demandante.

—Varios: el bronceado de su cara y cuello, a diferencia de la palidez de las otras señoritas, me hace pensar que usted pasa mucho tiempo al aire libre. La forma en la que me sostuvo la mirada cuando nos conocimos y la manera segura con la que se mueve habla de un carácter fuerte y aguerrido. También el modo en que todos, incluso yo, la rodean, deja ver que la consideran alguien inteligente con quien se puede hablar de cosas interesantes. —Antes de continuar Juan le preguntó contrito: —¿Me permite? —Después tomó la mano de la chica con cuidado y la giró hacia arriba para inspeccionar sus palmas, en tanto proseguía con tono confiado:

—¡Ve, lo sabía! Esos callos en la palma solo pueden significar que usted pasa mucho tiempo cabalgando, y juraría que es una gran amazona, y este del dedo índice es la marca inequívoca que deja el gatillo, con lo que puedo suponer que también sabe disparar armas de fuego... Sí, Mercedes, ahora más que nunca puedo afirmar que usted puede ser todo, menos una mujer simple. Ese adjetivo no se ha hecho para usted, créame —terminó él con una sonrisa convencida al ver los ojos asombrados con los que la chica lo observaba.

—¿Sabe que usted es un tremendo caradura? —le espetó ella frunciendo el ceño, mientras retiraba su mano para esconderla detrás de su espalda en un gesto infantil.

—¿Acerté o no? —le retrucó Juan alzando una ceja con suficiencia. Después, envalentonado al ver que ella resoplaba de un modo poco femenino y guardaba silencio, se animó a agregar:

—Y si miro sus ojos tristes y desolados y sus gestos de fastidio cuando está con él, puedo adivinar que no está conforme con el hombre que le han elegido para esposo y que ansía rebelarse contra la decisión tomada por sus padres. Hágalo, Mercedes, usted es una joven demasiado valiosa como para pasar el resto de sus días con un viejo que le dobla la edad y que no sabría cómo hacerla feliz ni en la cama ni en la vida —finalizó el capitán con tono sincero

y apasionado, al tiempo que se acercaba lento a ella.

La furia ciega que sintió Mechi, al ver que él era capaz de hablarle con tanta crudeza y desfachatez cuando apenas la conocía y el dolor de saber que lo que le había dicho no era más que la pura y cruel verdad, hicieron que ella alzara la mano y le diera una fuerte bofetada que le dejó la palma ardiendo, en tanto que le siseaba en voz baja y rabiosa:

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa forma? ¿Quién cuernos se cree que es? ¡Bestia! ¿Y qué diablos le importa con quién me case?

—No debería importarme, pero me importa, y no sé por qué... le juro que, si pudiese elegir, preferiría que no me importara, es más, preferiría no haberla conocido nunca... —le contestó él alzando las palmas de las manos con sinceridad, antes de suspirar hondo y terminar:

—Le pido disculpas de nuevo si la ofendí, no fue esa mi intención, aunque recién la conozco yo la respeto, Mercedes, de la misma forma en que respeto a mi esposa, pero parece que esta noche no puedo pensar con claridad.

—¡Ah, aquí estabas, te estuve buscando por todas partes! —exclamó Fuentes Guerra apareciendo desde el salón, con una copa llena en cada mano y mirando al apuesto oficial con desconfianza.

—Tenía mucho calor y salí a tomar aire, Hipólito, te presento al capitán Juan Williams, de la guardia personal del general —le dijo Mercedes, en tanto que tomaba una de las copas y señalaba al muchacho con la frente, antes de beber varios sorbos del refrescante líquido.

—Un gusto, capitán.

—Lo mismo digo, don Hipólito.

—Se está haciendo tarde. ¿Vamos, mi cielo? —preguntó el hombre mayor, antes de tomarla de un brazo y girar hacia la salida.

—Como quieras —respondió la chica con una sonrisa resignada. Antes de retirarse del todo, se volvió hacia Juan y le dijo con voz suave y triste: —Si no vuelvo a verlo, le deseo la mejor de las suertes para este cruce, que Dios nuestro señor lo acompañe y le permita volver sano y salvo a conocer a su

hijito.

El joven leyó una tregua o una velada disculpa en esa despedida, así que le respondió en el mismo tono: —Gracias, Mercedes, suerte también para usted y que Dios la bendiga. —Se inclinó respetuosamente ante ambos y se retiró del lugar dando largas zancadas.

—Mechi, no lo tomes como un reproche, pero te informo que no es bien visto que una joven comprometida dialogue a solas, en un lugar oscuro y con un hombre joven. La gente podría murmurar.

—Ay, Hipólito, es necesario que te recuerde que siempre me ha importado un rábano lo que opine o murmure la gente, ahora, si eso te disgusta, te libero del compromiso que hiciste con mi padre y...

—No, por favor, no quise decir eso, solo te aconsejaba que...

—Mira, Hipólito, el día que necesite consejos tuyos, voy y te los pido, en tanto, abstente de dármelos —puntualizó la joven, luego se dirigió hacia el salón y dio por terminado el diálogo.

Capítulo 4

JUAN

Jhon Eduard Williams había nacido en Buenos Aires en 1790. Su padre, Lord Brandon Williams, un rubio alto y delgado, con ojos profundamente azules, era un comerciante inglés que había llegado al territorio del Río de la Plata en 1775 y se había afincado allí para dedicarse al contrabando de la plata extraída de las minas de Potosí. En lugar de embarcarse en el puerto de El Callao, en naves españolas con destino hacia la madre patria, se desviaba por tierra, a lomo de mulas, en dirección a los puertos de Buenos Aires y Montevideo, los cuales eran menos vigilados por la metrópoli debido a su lejanía de los centros de poder virreinal. Una vez llegado allí, el preciado metal era embarcado en barcos extranjeros, en su mayoría ingleses, que pagaban por los lingotes un precio mucho menor al estipulado por la esquilhada corona borbónica. Dejaban además, a cambio, diferentes y variadas mercancías, como telas finas, especias, perfumes y piedras preciosas, entre otras, muy apreciadas por los criollos y que eran traídas no solo desde Gran Bretaña sino también de sus colonias en la India y el norte de América.

Así, el puerto porteño constituía un lugar ideal para hacer negocios y enriquecerse rápido, si se tenía buen ojo para comerciar y espíritu aventurero, dos características que Lord Brandon poseía de sobra. A pesar de que iba a pasar los próximos treinta años de su vida embarcado y viajando entre Inglaterra, la India, África y Buenos Aires, decidió adquirir una antigua y

espaciosa casona en un barrio del sur de la ciudad y comprometerse con María Aranguren. Esta era una preciosa joven de cabellos negros, piel trigueña, nariz aguileña, labios gruesos y ojos color miel, la que era hija de una reconocida familia criolla, de origen andaluz, que había llegado al lugar cincuenta años antes y había adquirido, en aquel entonces a muy bajo precio, una extensa estancia ubicada en la fértil llanura pampeana. El inglés estaba convencido de que esta alianza matrimonial le iba a dar más estabilidad a su vida aventurera y mayores y mejores contactos para realizar pingues transacciones comerciales. Lo que nunca había calculado es que iba a terminar enamorándose profundamente de la dulzura, gracia y calidez de su bella esposa, la que le dio cinco hijos en los primeros diez años de casados. Los tres primeros fueron varones, aunque el segundo falleció en el parto, ahogado por dos vueltas de cordón, y las dos últimas, unas niñas simpáticas y parlanchinas que se convirtieron en el mayor orgullo y debilidad de su padre. Según María, si no tuvieron más niños fue porque su marido se la pasaba ausente del hogar ocho de los doce meses que tiene el año, comprándole y vendiéndole al resto del mundo con sumo placer, casi el mismo que sentía cuando, a la vuelta de alguno de sus interminables viajes, se enterraba entre las piernas de su fogosa andaluza.

Así, Juan fue el tercer hijo varón, criado con afecto en una familia numerosa y unida, poblada de abuelos, tíos y primos por parte materna, que se llegaban, de tarde en tarde, a matear bajo la amplia parra del jardín, entre risas y chismes, mientras los más pequeños jugaban a la escondida o el gallito ciego en el enorme patio cubierto por una variada vegetación. Esta era el orgullo de María y había tanto autóctona como exótica, ya que a Brandon le encantaba traerle raras plantas como regalos a su esposa, porque sabía que ella era una eximia jardinera, que las adoraba y cuidaba con esmero. Es más, con el tiempo, su casa terminó teniendo el jardín más bello de toda la ciudad, e hicieron falta tres mulatos para que la ayudasen a mantenerlo en condiciones.

Cuando su hijo menor tenía doce años, sabiendo el comerciante inglés que su

empresa naviera iba a ser manejada en un futuro por su hijo mayor, Stuart, y sospechando, con su espíritu siempre calculador, que en el nuevo mundo de las guerras napoleónicas la carrera que le iba a convenir para progresar rápido era la militar, envió al chico a España, a vivir con unos tíos de Madrid, parientes de su esposa, para que se inscribiera en la milicia. Allí el joven aprendió técnicas y estrategias de combate, al mismo tiempo que su cuerpo adolescente crecía, se fortalecía e iba tomando las formas de un apuesto y aguerrido soldado que, con el tiempo, pasó a integrar el Regimiento de Caballería de Borbón.

Juan estuvo de acuerdo con la propuesta de su padre, primero, porque no quería depender de su hermano, el cual, por privilegio de nacimiento, siempre iba a tener mayor autoridad en los negocios de la familia, segundo, porque había heredado de su progenitor el espíritu de aventura y las ganas de conocer y recorrer otras regiones y otras culturas, y tercero porque siempre había sido ambicioso y valiente y le temía menos a la muerte que a una vida corriente, vacía y sin gloria. Fue así como, en el año 1808, cuando tenía diecisiete años, terminó combatiendo contra los invasores franceses, en la batalla de Bailén, por primera vez bajo las órdenes del entonces capitán José de San Martín, un joven que, a fuerza de inteligencia, tesón y coraje, estaba labrándose un lugar en esa interminable guerra contra Napoleón y que lograría otro ascenso gracias a su desempeño de ese día. A partir de allí, el soldado Williams y su jefe, más de doce años mayor, jamás se separaron, juntos pelearon en infinidad de batallas, juntos recibieron heridas y condecoraciones y juntos fueron escalando posiciones en la carrera militar. Asimismo, cuando el ya teniente coronel San Martín, en septiembre de 1811, tomó la decisión de pedir la baja del ejército español y viajar a Londres para tomar contacto con las logias masónicas inglesas, en las que también participaban jóvenes americanos, para, meses después, terminar embarcándose hacia el Río de la Plata, con la intención de ofrecer su brazo y su experiencia para la causa revolucionaria, el inglesito, como llamaban todos a Juan, no dudó ni por un instante en seguirlo

en esa empresa. Por eso, en marzo de 1812, ambos desembarcaban, junto a los oficiales Carlos María de Alvear, Alejandro Chilavert y José Matías Zapiola, entre otros, en el amado puerto de Buenos Aires. Siete años después de su partida, Jhon Williams había vuelto a su hogar con la ambición de seguir ascendiendo en la carrera militar y la ilusión de poner, él también, su granito de arena para construir una nueva patria libre y soberana.

En esos años su familia se había ampliado, su hermano mayor y sus dos hermanas estaban casados y le habían dado ya cuatro hermosos sobrinos. Sus padres lucían más encanecidos, pero felices, porque Brandon había delegado su oficio de comerciante y viajero incansable en Stuart y se había instalado definitivamente junto a su María. Como las luchas se estaban dando en territorios alejados, y a pesar de la guerra, en Buenos Aires todavía se vivía en una relativa tranquilidad. Si bien todos lo recibieron con gran alegría, Juan ya no se sentía cómodo en su casa paterna, tanto tiempo alejado de los suyos y viviendo en forma independiente lo hicieron desear tener un lugar propio para habitar. Por otra parte, pronto iba a cumplir veintidós años y, con el mismo espíritu organizado y calculador de su progenitor, comenzó a rondar por su cabeza el deseo de buscar una esposa que le diese hijos, para dejar descendencia en caso de que algo le sucediese, ya que, con la vida de riesgos y peligros constantes que llevaba, no contaba con morir de viejo ni de milagro.

Fue así que comenzó a asistir a las fiestas y tertulias que se realizaban con regularidad en la ciudad, en busca de muchachas casaderas. El uniforme de oficial de granaderos era un cebo que atraía tanto a jóvenes inocentes como a esposas infieles, sin embargo, él no estaba interesado en estas últimas, por otra parte, de cometer algún desliz, el ojo vigilante de las matronas de la alta sociedad porteña lo hubiese descartado rápido como candidato para sus protegidas hijas. En esos ambientes pacatos, el respeto por la moral y las buenas costumbres suponían una carta de presentación con un peso casi equiparable al del dinero o al de un apellido de abolengo. Nunca había sido

mujeriego, si bien desde los dieciséis años, allá en Madrid, había frecuentado algún que otro burdel, siempre se había cuidado de buscar mujeres limpias por temor al contagio de sífilis. Su necesidad de sexo seguro se vio recompensada el día en que, tres años antes de partir de España, un soldado herido de muerte en la batalla le encomendó que le llevase una carta de despedida a su joven esposa, que vivía en un poblado cercano a la capital. La viuda resultó ser una atractiva y simpática morena de veintitrés años, discreta y necesitada de consuelo, que tres meses después, charlas y paseos de por medio, se convirtió en su amante. Se separaron en malos términos, ya que la dama se había hecho ilusiones de convertirlo en su segundo marido, algo que no estaba en los planes del muchacho, el cual, aunque declinó la propuesta matrimonial de ella con tacto y caballerosidad, igual tuvo que retirarse de la casa con las orejas ardiéndole por los insultos y gritos de su ya ex amante.

Volviendo a su objetivo actual, cuando Juan ya había descartado a varias candidatas por considerarlas demasiado tontas, o muy parlanchinas o poco agraciadas, conoció a Carmina Miranda. Ella había llegado desde la localidad de Cruz del Eje, provincia de Córdoba, hacía unos cuatro meses, y se había instalado con su familia en una amplia casona de las afueras de la ciudad. Tenía diecisiete años y era única hija. Su padre era abogado y terrateniente, además de uno de los miembros más respetables del Cabildo. Desde el punto de vista práctico, para el joven, solo estos hechos le aseguraban una cuantiosa dote, además de nuevas relaciones influyentes. Sin embargo, eso no hubiese influido en su decisión de proponerle matrimonio si no hubiese sentido desde el principio una especie de comunión espiritual con esa chica, había algo en su sonrisa triste y en la mirada cálida y distante de sus ojos color café que lo atraía, que lo impulsaba a protegerla de todo y de todos. Era tímida, silenciosa y reservada, pero cuando hablaba tenía la palabra certera y justa, lo que demostraba que, además de hermosa, era culta e inteligente. Tenía cabello lacio y largo de un brillante castaño oscuro, piel blanca y límpida, nariz respingada y boca de labios medianos y apenas dibujados, su figura era

esbelta, de senos y cintura pequeños, y caminaba con porte y elegancia. Luego de bailar y dialogar con ella, en una tertulia para recaudar fondos destinados al Ejército del Norte, el muchacho solicitó a su futura suegra, doña Magdalena, su permiso para visitarla en su casa y acompañarla en sus paseos vespertinos por la alameda. La madre, que desde el mismísimo momento en que los jóvenes comenzaron a bailar se había estado ocupando de averiguar vida y obra del candidato, entre sus nuevas amistades, luego de sopesar los pro y los contra, lo consideró un pretendiente apropiado y le dio su visto bueno, siempre y cuando permaneciesen a toda hora acompañados de una chaperona.

El día que Juan conoció a quien sería su suegro, don Alcides Miranda, comprendió la mirada triste de su novia y la forma en la que ella se anulaba en presencia de su padre hasta convertirse casi en una sombra de sí misma. Este era un hombre robusto, de grandes ojos verdes y cabello rubio, autoritario, déspota y cruel con la servidumbre, que le tenía terror. El muchacho tuvo una clara muestra del carácter de don Miranda la tarde en que una esclava negra, cuyas manos temblaban de miedo, le volcó unas gotas de té, de la taza que intentaba alcanzarle, sobre sus pantalones, de inmediato el abogado ordenó que le diesen veinte latigazos y que la dejaran todo el día atada al poste de los flagelos, para que aprendiese a no ser descuidada en su trabajo.

Los ojos de muda desesperación y ruego con los que Carmina miró a Juan y lo injusto de la orden lo llevaron a interceder por la criada, así que le dijo al terrateniente, con tono calmo pero firme: —Con todo respeto, don Alcides, me parece que la ofensa no ha sido tan grave como para merecer semejante castigo, el ser magnánimo con los más débiles es un don que poseen los grandes y me parece que...

Su despótico suegro, después de observarlo con menosprecio y echando chispas por los ojos, lo interrumpió: —Mire, joven, el día en que usted tenga su propia casa, decida en ella como se le dé la gana, pero en la mía mando yo, ¿estamos claros?

El oficial lo miró fijamente durante unos instantes eternos, con una chispa de rebeldía brillando detrás de sus pupilas azules y con el párpado izquierdo temblándole de pura furia e impotencia. Por un momento, pensó en ofrecerle comprar a la esclava para evitarle el cruel castigo, pero supo que sería inútil, algo le decía que ese supuesto señor disfrutaba con el dolor ajeno, así que inclinó la frente en señal de obediencia. Las lágrimas de angustia que el muchacho alcanzó a ver en los ojos de Carmina, antes de que se las limpiase con rabia, lo hicieron tomar la decisión de casarse lo más pronto posible, para sacar a su novia de la influencia de ese monstruo. Como ella estuvo de acuerdo con él, cuatro meses después, en enero de 1813, se casaban ante Dios y con el beneplácito de ambas familias.

Brandon les compró una casa con un enorme jardín, ubicada a dos manzanas de la suya, como regalo de bodas, y la joven esposa usó su dote para amoblarla con sencillez, elegancia y buen gusto. Los primeros meses de matrimonio fueron de apacible calma, si bien las prácticas en el cuartel y las campañas militares a veces los mantenían separados durante días y hasta semanas, como ocurrió la vez que Juan debió ir a combatir en la batalla de San Lorenzo, cuando estaban juntos disfrutaban de su mutua compañía. Durante el día, tenían un matrimonio tranquilo y armonioso, Carmina resultó ser una buena administradora del hogar, una eximia cocinera, una pianista y cantante aceptable y, al igual que su suegra, una excelente cultivadora de huerta y jardín. Aunque seguía siendo muy callada, su delgado rostro se colmaba de risa cada vez que lo veía llegar, y tenía pensamientos muy claros sobre la política, la guerra y la religión, pero solo se animaba a expresarlos cuando nadie estaba con ellos, ya que consideraba de mala educación opinar sobre esos temas habiendo otros hombres presentes. Por más que lo intentó, su esposo nunca pudo convencerla de lo contrario.

El problema surgía en las sombras, ya desde la primera noche de bodas las cosas no habían funcionado como debería haber sido. Cuando Juan la vio aparecer con el cabello trenzado en su espalda y ese largo camisón blanco,

cerrado hasta el cuello y los puños, a pesar de los treinta y seis grados de calor que hacía, y con ese gran ojal bordado primorosamente enfrente de su pubis, no pudo evitar un ataque de risa. En España le habían hablado de esa pacata y ultracatólica ropa de dormir, hecha para que los esposos pudiesen procrear sin desnudarse y sin que sus pieles se tocasen, pero verla de cerca le resultó demasiado delirante. Supuestamente, él tenía que embocar primero su miembro dentro de ese ridículo ojal para luego encontrar el sexo de su mujer en medio de ese enredo de telas. ¡Genial! Mientras dejaba vagar libre su hilaridad y su imaginación, vio cómo el rostro de su inocente mujercita tomaba un color encarnado y se obligó a ponerse serio. Se bajó de la cama y le tendió una mano para invitarla a acercarse a él, luego la abrazó con ternura e intentó darle el primer beso de verdad desde que la había conocido, porque los anteriores solo habían sido suaves roces sobre los labios y a escondidas de sus suegros. Sin embargo, cuando, excitado y con la respiración agitada, trató de introducir su lengua dentro de la boca de la chica, esta reaccionó empujándolo y alejándose hasta chocar contra la puerta, como si la hubiese atacado una yarará, mientras le reclamaba: —¡Nunca vuelvas a besarme de esa forma, eso es pecado!

—¿Quién te dijo esa estupidez? —le preguntó él desconcertado, en tanto que se mesaba el oscuro cabello de pura frustración.

—¡Yo lo sé!

—Está bien, si algo no te gusta o te incomoda, solo dímelo y no lo haré, pero puedo asegurarte que no es un pecado, es algo que todos los esposos hacen y...

—¡Yo no! —le retrucó la joven con tono cortante y mirada desafiante.

Juan pensó que no valía la pena discutir ahora por eso, iba a tener toda una vida por delante para enseñarle a dar besos de lengua y no pensaba arruinar su noche de bodas por esa nimiedad. Sin embargo, a medida que la oscuridad avanzaba, la tensión fue creciendo dentro del cuarto. A pesar de que, luego de recostarla a su lado, él se tomó un buen tiempo para acariciarla con suavidad

por encima de la ropa y besarle las manos y el rostro con lentitud, no pudo lograr que el cuerpo de ella perdiese su rigidez de tabla ni que le devolviese las caricias, ni siquiera la oyó suspirar. Solo reaccionó crispando su mano con violencia sobre la de él, cuando el muchacho intentó subirle el camisón por encima de las caderas.

—¡No, por favor! —la escuchó decir en un susurro.

En la semioscuridad iluminada solo por una vela, él pudo ver el terror pintado en el fondo de sus retinas, mientras la sentía temblar descontroladamente. Suspiró con resignación, se enderezó en la cama y, contemplándola fijo, le habló con tono calmo:

—Está bien, Carmina, entiendo que esto sea difícil para ti, y, si te asusta o te disgusta, podemos ir más despacio, puedo esperarte el tiempo que sea necesario, pero necesito que estés tranquila, porque jamás voy a forzarte a hacer nada que tú no quieras, ¿me comprendes?

Ella asintió en silencio y con gesto agradecido, luego el muchacho se recostó contra las almohadas, la atrajo contra su pecho y le acarició la cabeza al tiempo que pensaba, preocupado, que iba a tener que apelar a una paciencia de santo y echar mano a todo su dominio de sí mismo para lograr que ella dejase de lado esos absurdos miedos y prejuicios y aceptase tener relaciones íntimas.

Sin embargo, cuatro semanas después, esa preocupación se convirtió en franca alarma al ver que el lecho matrimonial se estaba convirtiendo en una guerra campal, que resultaba terriblemente frustrante. Cada vez que intentaba seducirla, con solo rozarla, la chica daba un respingo y comenzaba a temblar como un conejo asustado, con el cuerpo en tensión y preparada para escapar al menor intento de acercamiento. De nada valieron sus argumentaciones, sus suaves caricias y sus ruegos, su esposa lo seguía mirando como si fuese un monstruo. Una noche, luego de ver que, por tercera vez, la joven volvía a alejar el rostro cuando intentaba besarla, en tanto que le clavaba las uñas en el dorso de la mano para alejarla de sus pechos, Juan perdió la calma y se levantó de la cama de un salto, mirándola con gesto ceñudo antes de

preguntarle:

—¿Qué es lo que pasa contigo, Carmina? Traté de comprender tus miedos y tu vergüenza al principio, de tener paciencia, pero esto ya pasa de castaño oscuro. ¡Por Dios santo! ¡Todas las mujeres tienen relaciones íntimas con sus esposos y nadie se ha muerto por eso!

—¡Ya lo sé, y lo intento, pero te juro que de veras no puedo! —le respondió la chica con los puños estrujando las sábanas, los ojos velados por las lágrimas y un gesto de desesperación que le dio pena.

Con un suspiro cansado, el muchacho se arrodilló sobre el lecho y la tomó de los hombros con suavidad, antes de decirle: —Necesito que me digas qué es lo que te pasa para poder ayudarte, porque tu actitud ya no es normal, mi amor. ¿No te gusto, es eso?

—¡No, por Dios, sabes que te adoro! —afirmó ella mirándolo con intensidad.

—¿Entonces qué? ¿Alguien te traumó contándote cosas malas sobre la intimidad entre esposos? ¿Te hicieron algo a la fuerza? —Ella negó con la cabeza, con la vista baja, mientras gruesas lágrimas de impotencia trazaban surcos húmedos sobre su piel sudorosa.

—¿Entonces viste alguna situación que te asustó? —La chica alzó los ojos con rapidez y él pudo leer la verdad en el terror escondido detrás de sus pupilas.

—Era eso entonces... ¿Qué es lo que viste, mi cielo? Cuéntame, mi abuela dice que, si compartes tu dolor, este suele hacerse más liviano.

—¡No, no quiero hablar de eso! ¡No puedo! —le gritó la chica, al tiempo que una sucesión de imágenes, de seis años atrás, comenzaban a pasar veloces por su mente: una mulata de doce años, con la boca tapada por una gruesa mano y pidiéndole muda ayuda con sus profundos ojos verdes aterrorizados... él, semidesnudo y resollando sobre la chica... los testículos sangrantes siendo masticados por el enorme mastín negro... los alaridos de él, el olor a carne quemada y las crueles palabras de la negra, esas palabras enloquecedoras...

Al llegar a este punto de sus recuerdos, Carmina se tapó los oídos y comenzó a dar alaridos tan fuertes como los de ese hombre, que seguían retumbando en su mente, para tratar de acallarlos. Juan se limitó a abrazarla contra su cuerpo, en tanto que le apretaba la cabeza contra su hombro y le susurraba palabras de consuelo, para tratar de paliar su dolor. Algo la había traumatizado, insensibilizándola para el amor, no sabía qué, pero entender que su rechazo tenía una razón justificada ya era un buen comienzo. Él la iba a ayudar a curarse, claro que sí, pensó, antes de separar un poco su rostro del de la joven para decirle con tono cariñoso: —Mira, Carmina, no voy a volver a presionarte para que tengas relaciones íntimas conmigo, el día en que te sientas preparada para hacerlo, solo dímelo y allí estaré para ti, pero tienes que superar lo que sea que hayas visto. Si no quieres hablarlo conmigo, hazlo con tu madre o con tu confesor, eso te va a aliviar, no quiero verte angustiada ni triste, porque no hay razón para eso.

—Pero tengo miedo de que, si no acepto estar contigo en la cama, dejes de quererme, o te busques otra y... —protestó la chica, llorosa.

—Eso no va a suceder mi amor, te elegí porque te quería y porque quería pasar el resto de mi vida a tu lado y eso no va a cambiar, vamos a superar esto, ya vas a ver —la calmó él, en tanto maldecía en su mente a las rígidas y estúpidas normas morales que prohibían que los novios se conociesen íntimamente antes de casarse. Un hombre tenía derecho a saber si su futura esposa iba a disfrutar estando con él, ¡carajo! Y no es que él fuera enfermo por el sexo, pero esta situación ya lo tenía un poco hartado, un poco bastante, para ser sinceros.

Al otro día fue a casa de su suegra, le contó, lo más delicadamente que pudo, lo que estaba pasando e intentó averiguar qué era lo que la chica podría haber visto, pero doña Magdalena le dijo que lo ignoraba. Sin embargo, algo en su mirada artera y avergonzada le hizo sospechar que la vieja sabía más de lo que quería reconocer.

Los cuatro meses siguientes transcurrieron en relativa calma, Juan dormía la

mitad de los días de la semana en el cuartel, haciendo guardias nocturnas, ya que se temían ataques de los realistas, tanto por el Río de la Plata como desde el norte y debían estar alertas, y el resto de las noches se acostaba en la enorme cama con dosel, junto a su esposa y descansaban espalda con espalda, como dos hermanos. Igualmente, para paliar su soledad, ni corto ni perezoso, el oficial ya había encontrado, de paso hacia su trabajo, una pulpera de unos treinta años de edad, Inés, una bella mestiza, de piel dorada y de ojos oscuros, simpática y limpia, que lo ayudó a sobrellevar la abstinencia sexual obligada que campeaba en su nuevo hogar.

El reloj comenzó a girar en otro sentido cuando, una tarde de domingo en la que la joven pareja se encontraba tomando el té con los padres de ella, su suegro comentó:

—Bueno, yerno, a ver si me apura los mandados, porque ya llevan más de cinco meses de casados y tengo muchas ganas de ser abuelo. Ya como que se me hace que se están tardando mucho.

Al escucharlo, Juan lo contempló en silencio, con unas ganas enormes de decirle que no se metiese en lo que no le importaba, pero Carmina se puso del color de un tomate y bajó la vista. La única que se dignó a contestarle, con tono seco, luego de clavar la mirada en su hija con intención, fue la matrona: —Los hijos vienen cuando Dios los manda y no cuando a uno se le antoja, sino fijate en nosotros, que soñábamos con tener una docena y debimos conformarnos con una sola —terminó en un mudo reproche hacia su esposo. La mujer jamás iba a perdonarle que, arguyendo que la niña era aún muy pequeña para tener un hermano y que iba a descuidarla, él la había obligado a realizarse un aborto clandestino, seis meses después del nacimiento de Carmina, del cual ella había contraído una infección que no solo la había dejado inútil para volver a ser madre, sino que casi la había llevado al pie de la tumba.

El hombre entendió el doble mensaje en el tono resentido de doña Magdalena, pero se hizo el desentendido, al responderle con una falsa sonrisa:

—Por eso mismo, querida, por eso mismo, como no pude tener mi docena de hijos, exijo al menos media docena de nietos. A ver para cuándo me traen novedades.

El viaje de regreso a su hogar estuvo matizado por los profundos sollozos de la muchacha, intercalados con una tos seca que casi la ahogaba, y el terco silencio de Juan, que, por respeto a su mujer, había tenido que aguantarse las ganas de darle a ese viejo una buena zamarreada por soberbio y metiche. Sin embargo, gracias a la intervención de don Alcides, algo cambió a partir de esa noche. Carmina volvió a aparecerse en la habitación con ese ridículo camisón con ojal, que no había vuelto a usar desde el día de su boda, y le dijo con tono serio y decidido: —Si todavía lo deseas, quiero que cohabitemos como marido y mujer, Juan.

—¿Estás segura? —le preguntó él, asombrado y dudando.

—Muy segura, quiero que tengamos un hijo y sé que no hay otro modo de lograrlo, solo te pido que apagues la luz y me permitas dejarme puesto el camisón.

La simpleza descarnada con la que ella le explicó sus razones hizo que el cuerpo de él se convirtiese en un témpano de hielo. Nada de afecto ni de tener en cuenta los sentimientos o deseos del otro, un hijo, eso era todo. “En estas condiciones va a ser bastante complicado que el chingolito asome su cabeza fuera del nido”, pensó el joven con ironía y tratando de ponerle un poco de humor a la situación, si es que no quería terminar volviéndose loco.

Al otro día, el muchacho estaba convencido de que esa primera relación sexual, luego de cinco meses de casados, había sido tan traumática y frustrante para ella como para él. Luego de soplar la única vela que estaba encendida y acostarse a su lado, su mujer había vuelto a adquirir la rigidez de una tabla de lavar ropa, rechazó en silencio sus caricias y sus intentos de besarla en la boca, ofreciéndole a cambio la mejilla, solo se limitó a abrir levemente las piernas y permitirle acostarse sobre ella, con el maldito camisón de por medio. Luego del desgarrón inicial que terminó con su virginidad, permaneció

estática durante todo el coito sin emitir ni un suspiro ni una queja. Juan ni siquiera supo cómo pudo acabar en un contexto tan desolador. A pesar de que tuvo el mayor de los cuidados, fue consciente que ella había sufrido más aún al no estar excitada, así que se consoló pensando que su frío comportamiento se debía al dolor de la primera vez. Pero dos meses después, luego de muchos, decepcionantes y frustrados coitos, durante los cuales había tenido que seguir utilizando el odiado ojal para acceder al sexo de su mujer, el joven se convenció de que la frialdad era algo que ya formaba parte de la naturaleza de su esposa y que él no iba a poder cambiar. Traumatizada o no, ella consideraba que obtener placer en el lecho de su esposo o dárselo a él era poco menos que un pecado mortal y, para ser sinceros, él no creía que eso se debiese a que era una dama de la alta sociedad, al fin que su adorada madre también lo era y había que ver la cara de contento con la que se levantaba su papá todas las mañanas, aún ahora que era un hombre maduro.

Por lo menos, lo que Carmina sí había resultado era muy fértil, ya que dos meses después de esa primera vez ya estaba embarazada. Desde el momento en que se enteró de la buena nueva, la joven se negó a volver a tener relaciones íntimas con su marido, alegando que tenía miedo de dañar al bebé, algo que él aceptó al instante, ya que esos interludios le resultaban más tortuosos que placenteros. Sin embargo, dos meses después y sin mediar razón aparente, la joven madre sufrió un inesperado aborto, y lo mismo ocurrió con otro embarazo en los años siguientes. Cuando la pareja ya desesperaba de tener descendencia, ella volvió a quedar de encargo y esta vez, reposo absoluto y hierbas medicinales de por medio, pudo transponer la barrera de los tres meses. Cuando la chica iba a entrar en el quinto mes, en noviembre de 1816, San Martín volvió a convocar a Juan a su lado, porque lo consideraba una pieza indispensable para integrar el Ejército de los Andes que iba a cruzar a Chile. Lo había llamado ya varios meses antes, pero como Carmina acababa de perder su segundo embarazo y estaba débil y angustiada, y con una persistente tos y gripe que se negaban a abandonarla, el muchacho había

solicitado permiso para quedarse a acompañarla unos meses más. Sin embargo, esta vez el oficial se preparó con entusiasmo para partir hacia Mendoza. Los médicos descartaron totalmente la posibilidad de que su esposa realizase un viaje tan largo en su delicado estado, así que decidieron, de común acuerdo, que ella lo esperaría en Buenos Aires hasta que terminase la campaña.

Al joven le dolió dejarla ya que, por un lado, si bien nunca había llegado a amarla, sí le tenía un profundo afecto, nacido de la amistad y el compañerismo que los había unido durante esos cuatro años de matrimonio y por el otro, sentía una gran ilusión con la llegada de su primer hijo y sufría al pensar que tal vez no iba a poder estar presente en su nacimiento. Pero su acendrado patriotismo, su ciega fidelidad a su líder y el deseo de ascender en la carrera militar y, de paso, darles a los godos una patada en el trasero tan fuerte y certera que los enviase de vuelta a España en menos de lo que dura un credo, le hacían hervir la sangre de impaciencia y expectativa. Así, luego de varios días de viaje, el joven capitán llegó a la región de Cuyo y se instaló en El Plumerillo, junto a otros oficiales que arribaron con él, para ponerse a las órdenes de su jefe.

Así estaba cuando, la mañana del 8 de enero de 1817, el general lo convocó con urgencia a su despacho. Al entrar encontró a San Martín y Álvarez Condarco inclinados sobre un extenso mapa de los Andes en el cual el primero iba realizando pequeñas marcas, en tanto que seguía las indicaciones del segundo. Al verlo, su jefe dejó la pluma dentro del tintero y lo saludó con un fuerte apretón de manos: —Qué gusto, capitán Williams, ¿cómo se encuentra su señora esposa?

—Muy bien, señor, gracias.

—Mire, lo mandé a llamar porque tenemos un grave problema y voy a necesitar su ayuda. Aquí mi edecán acaba de informarme que cinco de nuestros mejores espías, que estaban haciendo la guerra de Zapa, han sido emboscados y asesinados, dos de ellos por realistas, en el norte de la cordillera, y los otros

tres al sur, por los indios pehuenches —le informó su jefe mientras señalaba los lugares de los sucesos en el mapa.

—Tenía entendido que usted había parlamentado con el cacique principal, Ñacuñán, para que les permitiesen pasar a sus hombres sin hacerles daño, ¿es que han roto el trato? —lo interrogó el muchacho con el ceño fruncido.

—Él no, pero sí uno de sus capitanejos, Nahuén, que es además su sobrino, parece que se le ha declarado en rebeldía y está a favor de los realistas. Mire, además de la amargura por la pérdida de hombres que eran muy valiosos, el drama principal aquí es que cuatro de ellos hablaban el idioma pehuenche y los necesitaba como intérpretes, por si surgían conflictos con los indios durante el cruce de la montaña, y con sus muertes nos hemos quedado guachos.

—¿Y no tenemos otros soldados que lo hablen? —volvió a preguntar Juan.

—Tenemos cinco más, pero nuestro ejército va a cruzar en seis columnas diferentes y cada una tendría que tener su intérprete —intervino Condarco.

—Entonces nos falta uno —concluyó el joven oficial, en tanto que unía sus manos en la espalda, como hacía siempre que algo lo preocupaba.

—En realidad, sí lo tenemos, pero no es un soldado, es un civil que me ha prestado muy buenos servicios en estos meses —aclaró San Martín con gesto serio.

—¿Y cuál es el problema entonces? —los interrogó el muchacho con curiosidad.

—El problema está en que ese chico es el único varón que queda vivo en esa familia, el padre y el hermano murieron en Ayohuma, y su madre me ha pedido encarecidamente que no lo convoque a la lucha —le informó el jefe militar en tanto pensaba que, en realidad, más que pedírselo, se lo había ordenado.

—¿Y qué piensa hacer, señor?

—Como ya se habrá dado cuenta, no me queda otro camino que hacerlo alistarse en nuestro ejército como intérprete, la causa de la patria está primero, pero, pensando en su mamá, vamos a ubicarlo en nuestra columna, vigilado continuamente, y va a volver a su casa sano y salvo, ni bien podamos derrotar

a los matuchos.

—¿Y cuál sería mi función en todo esto? —siguió preguntando el joven oficial, mientras los latidos más rápidos de su corazón comenzaban a darle leves señales de alarma.

—Eso está claro, capitán, usted es uno de mis mejores hombres y no solo es un luchador formidable, sino que tiene la rara capacidad de estar atento a varias situaciones a la vez, por eso lo elegí. Usted es quien se va a encargar de que ese crío regrese a Mendoza sin un rasguño, va a ser su sombra, ¿me comprende? Me lo va a cuidar del frío y el calor extremos, de que no pase hambre, de las espadas y tiros del enemigo, de los desbarrancamientos, de las patadas de las mulas, de los ríos caudalosos, del soroche, de las serpientes y alimañas, en fin, de todo lo que a usted se le ocurra que pueda significar un peligro para él. —San Martín hizo una pausa para ir detrás de su escritorio, sentarse, calentar el lacre y colocar su sello en dos sobres que dejó sobre la madera, luego continuó, con esa voz de mando que no dejaba lugar a réplicas: —El mocoso tiene agallas, así que es probable que quiera combatir, ¡ni de vaina!, ¿me escuchó? Me lo coloca en el hospital de campaña como ayudante del doctor Paroissien. Eso sí, que no me le den tijeras ni escalpelos, no sea cosa que se termine hiriendo solo.

Al finalizar la parrafada de su jefe, Condarco tuvo que fingir que tosía para disimular la risa que le provocaba el gesto de angustia, decepción y desconcierto que se había instalado en el rostro del joven y recio oficial.

—Con todo respeto, mi general, que hasta hacer de niñera es un honor si es usted quien lo pide, pero ¿no le parece que está un poco obsesionado con todo este tema? —lo interpeló Juan, con tono ya algo amoscado.

—¿Está cuestionando mis órdenes, capitán Williams? —lo retó San Martín, alzando una ceja.

—Ni Dios lo permita, mi general, solo me gustaría saber si voy a poder ir a pelear junto a mis hombres en la batalla o voy a tener que quedarme en el hospital cuidando al crío —le preguntó el muchacho con un indisimulado gesto

de fastidio.

—No sea irónico, oficial, jamás dejaría fuera de combate a un hombre tan valioso como usted, durante las batallas el doctor se hará cargo de cuidar a Luis. —Antes de continuar, alzó en el aire uno de los sobres y miró fijo a su subordinado—. En esta carta le informo a esa noble y autoritaria dama que, debido a un caso de extrema necesidad para la patria, debo llevarme a su hijo a la guerra, pero también le doy mi palabra de honor de que voy a devolvérselo vivo. Usted será el responsable de que yo cumpla con la palabra que empañé. —Luego de esa afirmación, que le pesó al capitán como un collar de cañones, el jefe militar dio por terminada la charla y lo invitó, amablemente, a marcharse.

Capítulo 5

DECISIONES DE VIDA

Esa misma tarde, un soldado llegaba a todo galope a la finca Los Hermanos. Como Leonor y Robustiana se habían ido en la volanta a recorrer las chacras vecinas, llevando invitaciones para la boda, y Luis estaba volviendo de su último viaje por la cordillera, Sol y Mercedes eran las únicas que se encontraban en la casa, bordando las sábanas del ajuar de bodas a marchas forzadas. Cuando escucharon los fuertes golpes en la puerta, la fiel negra Tomasa fue a atender y regresó con dos cartas en la mano, que le entregó a Mechi mientras le explicaba: —Las trajo un soldado, mi amita, *diz* que son *pa'* su mamá y su señor hermano.

La dueña de casa las tomó, con las manos temblándole de pavor, sin pensarlo dos veces rompió el lacre y abrió la de Luis, aunque antes de leerla ya había adivinado de qué se trataba: era una citación para alistarse en el ejército y debía presentarse al día siguiente, de mañana, en el cuartel principal, llevando ropa de abrigo. La firmaba el general. Ambas jóvenes leyeron la hoja cabeza con cabeza y comenzaron a llorar al unísono, las dos pensaron en lo mismo, en Leonor y en el bebé.

—¡Ay, Dios santo, mamá se va a morir de la tristeza cuando se entere! — lloriqueó Mercedes, en tanto que se llevaba una mano a la boca, con ojos espantados de susto.

—Y no vamos a hacer tiempo a casarnos, ni siquiera sé si va a poder volver

con vida para conocer a nuestro hijo —siguió lamentándose con angustia la joven madre, al tiempo que releía el papel una y otra vez. Luego de unos minutos, se limpió las mejillas con decisión y agregó con gesto desencajado: —Vamos a hacer una cosa: no se lo contamos, a Luis tampoco, rompemos las cartas y ya está, aquí no ha pasado nada.

—¿Estás loca? ¿No sabes que, si no se presenta, podrían fusilarlo por desertor? ¡Pobrecito mi hermano! ¿Por qué justo ahora, por qué? —se lamentó Mercedes con pena.

—Podemos solicitar un permiso para enviar a un esclavo en su lugar, ¿eh? Algunos lo han hecho. A ver, lee la otra —propuso su cuñada, inquieta y angustiada.

—Pero es que esa va dirigida a mamá —protestó la pelirroja con miedo a las consecuencias, ya que sabía que Luis no iba a enojarse por abrir su correspondencia, si ellos eran uno solo, pero su madre era otra cosa.

—¿Y qué? No estamos para remilgos en estos días —le retrucó Sol, después le quitó de las manos el otro sobre y lo abrió rápido. Ambas volvieron a leer y, al terminar, la rubiecita volvió a llorar con desconsuelo antes de decir: —No podemos enviar esclavos, porque ninguno habla en pehuenche. ¡Ay Dios santo!

—Ellos no, pero yo sí —afirmó Mercedes con gesto serio luego de una larga pausa, mientras sentía que una luz de esperanza iba abriéndose camino entre sus lágrimas.

—¿Qué quieres decir? —la interrogó la novia de su mellizo con curiosidad.

—Que yo puedo presentarme en el cuartel en lugar de mi hermano —le explicó Mechi con tono seguro.

—¿Te volviste loca? —le preguntó la joven madre, con los ojos abiertos de incredulidad.

—No, jamás en mi vida estuve tan cuerda. Piensa: somos idénticos, todo el mundo lo dice, yo hablo el pehuenche mejor que Luis, y el general asegura que solo lo quiere como traductor y ayudante del hospital y que va a protegerlo

con su propia vida, así que no correría peligros y, al llegar a Chile, si ya no soy necesaria, puedo solicitar la baja del ejército e ir a pedir asilo de la tía Eduviges, que vive en Santiago y es, además, mi madrina. Por supuesto que voy a tener que quedarme un tiempo con ella, hasta que a mi madre se le pase la rabia por el escándalo que va a generar el plantón a Hipólito, pero ni modo. Eso permitiría que Luis siga haciéndose cargo de la finca, se case, críe a su hijito y deje contenta a mamá, por otra parte, me libraría de desposarme con un hombre que podría ser mi padre y al que no quiero. ¡Matamos dos pájaros de un solo tiro! ¿Qué mejor que eso?

—¡Decididamente, estás para internarte y hay unos cuantos detalles que se te escaparon! —le recordó Sol, antes de pararse y ponerse las manos en la cintura.

—¿Por ejemplo? —le preguntó Mechi retándola, en tanto que se cruzaba de brazos con gesto beligerante.

—Por ejemplo, la voz finita, los dos melones que te sobresalen por el escote y ese trasero redondo y ancho, te diré que no son para nada masculinos —le señaló su cuñada alzando una ceja.

—Bah, no son tan grandes —le retrucó Mercedes enronqueciendo la voz e imitando a la perfección el tono grave de su hermano, para contradecirla. Luego, llevando las manos hasta sus senos para comprobar que apenas las llenaban, afirmó: —Y siempre los puedo fajar.

—¿Y cómo vas a hacer para disimular esa cintura chiquita? —volvió a discutir la otra.

—Ahí Mechi frunció el ceño, preocupada, ¡preocupada pero no derrotada! Pensó, al observar el mullido almohadón rectangular, relleno con plumas de ganso, sobre el que su amiga estaba sentada. Enseguida se lo sacó de abajo de un tirón mientras le decía: —¡Permiso! —Y la dejaba despatarrada contra el espaldar del sillón. A continuación, tomó la gruesa sábana que estaba bordando y, con los dientes, rompió el orillo más duro para luego poder rasgarla en largas tiras de unos diez centímetros de ancho cada una. Sol la

observaba hacer con los ojos como platos y sin comprender, hasta que vio cómo su cuñada apoyaba el alargado almohadón contra su abdomen y por debajo de sus pechos, y luego comenzaba a vendarse apretadamente, desde debajo de las axilas hasta mitad de cadera, quedándole así un torso ancho, cuadrado y abultado en el abdomen. Al finalizar agarró dos alfileres de gancho y aseguró el final de la venda, para después tomar a la rubia de una mano y llevarla a los tirones hasta su habitación, porque quería esconderse rápido, de puro miedo a que alguien la viera así y le fuera con el cuento a Leonor. Cuando pasaba frente al antiguo cuarto de Manuel, con su cabeza convertida en un intrincado maremoto de ideas y con la adrenalina corriendo rauda por sus venas, se frenó, entró y, buscando en los cajones de la cómoda, encontró un antiguo uniforme de soldado. Se puso la chaqueta rápidamente, la prendió y, girando hacia su cuñada, le preguntó: —¿Y?

La otra se sentó sobre la cama y la miró alzando una ceja con ironía: —De cintura para arriba perfecto, pero ¿un soldado con faldas?

—¡Ufa che! —rezongó Mechi, en tanto se sacaba la pelliza y las enaguas y se ponía el pantalón, que le quedaba justo en las caderas y largo de piernas. Para solucionarlo, lo arremangó y volvió a inquirir: —¿Y?

—Mejora, pero, de todos modos, te estás olvidando un detalle importante: el general conoce a Luis —volvió a objetar Sol.

—Me mantendré lo más alejada posible, además, hace más de un mes que no se ven, puedo aducir que engordé —sostuvo Mercedes, al tiempo que se miraba en el espejo de cuerpo entero con una sonrisa satisfecha.

—¿Y cómo piensas hacer para esconder esa melena de leona que tienes? Porque no te va a entrar en un gorro —la interrogó su cuñada, en tanto que comenzaba a aceptar la loca idea de su amiga, ante el terror de que la separasen de su novio.

—Eso es lo más sencillo de todo, tú me vas a hacer un corte igual a los que le haces a mi hermano —le retrucó la pelirroja con una sonrisa compradora, al recordar que la otra era la peluquera oficial de los hombres de la familia.

—¡Jamás! ¡No cuentes conmigo para eso! ¡Sería un sacrilegio cortar un cabello tan hermoso!

—No hay otra solución, es lo único que puedo hacer si quiero que no me descubran. Vamos a hacer una cosa, esconderemos las cartas y tú vas a convencer a mamá de que me deje ir a dormir a tu casa esta noche, me llevo este uniforme y uno de los caballos de Luis y terminamos mi transformación allí, ¿qué te parece? —le preguntó Mechi, al tiempo que la tomaba de los hombros con gesto cómplice.

Sol se echó a llorar con desconsuelo y se tapó la cara con las manos, en tanto le respondía: —Me parece que todo esto es triste, muy triste, y no quiero que te sacrifiques así por nosotros, ese cruce es muy peligroso, además, según Luis, la tía Eduviges es una bruja, ¿mira si te echa a patadas de su casa? ¿Qué harías en Chile y sola?

—No lo hago por ustedes, lo hago por mí, y no te preocupes por mi madrina, he pasado veranos enteros con ella, soy su sobrina preferida y sé cómo manejarla, me va a recibir como a una reina, ya vas a ver —la tranquilizó Mercedes refiriéndose a la avinagrada solterona que había desafiado a sus padres en el pasado, ya que se había negado tanto a casarse con el hombre que le habían elegido como a internarse en un convento. Era la hermana mayor de su madre y solía ladrarle hasta a su propia sombra, pero tenía debilidad por Mechi, que era tan parecida a Dalmacio, y más cuando sabía que Leonor criticaba y ninguneaba sin razón a la chica, igual que lo había hecho toda su vida con ella misma.

Esa noche, luego de que todo resultase como lo planearon, las dos muchachas continuaban discutiendo en el cuarto de la rubiecita:

—¡No insistas! ¡No lo voy a hacer! —adujo la joven madre con gesto resuelto, en tanto que se negaba a tomar las tijeras que Mercedes intentaba darle y unía sus manos detrás de la espalda en señal de rebeldía.

—¿Ah no? ¡Está bien, si tú no te animas, lo haré yo! —aseguró su cuñada, perdiendo la poca paciencia que tenía. Acto seguido agarró las tijeras, se

sentó en un taburete bajo de terciopelo rosa, que estaba ubicado frente al espejo oval, y tomando su gruesa trenza con firmeza, la cortó a la altura de la base de la nuca. Cuando terminó era Cristóbal Colón, pero con una melenita cobriza y espesa que se aireaba por lo abundante y parecía que iba sacarla volando por la ventana. —¿Ahora sí me vas a dejar el pelo cortito? —la interrogó la pelirroja con gesto desafiante.

Sol, que había observado todo el proceso con ojos enajenados, se levantó despacio y, tomando pequeños mechones entre sus dedos, comenzó a recortar el cabello sobrante hasta dejarle un prolijo corte de varón, aunque no tan corto como los de Luis. Mientras lo hacía, lloraba con un silencio culposo, porque sabía que todo esto era una locura que ya no tenía vuelta atrás y que ella no la había frenado a tiempo porque era demasiado egoísta como para aceptar que le arrebatasen de golpe lo que más amaba.

Mercedes también derramó gruesas lágrimas, al observar, primero, su trenza cercenada, que representaba un pasado protegido y seguro, y, segundo, su nuca despojada, que simbolizaba un futuro incierto y peligroso. Pero igual no pensaba echarse atrás, la decisión que había tomado era la mejor para todos, y ella era lo suficientemente fuerte e inteligente como para soportar el sacrificio cruce de los Andes y mantener el engaño el tiempo necesario como para llegar sana y salva junto a su irascible y querida tía, y si de paso podía colaborar con la causa patriota, pues bienvenido fuera.

—Ahora sí que eres el vivo retrato de Luis, solo que no te crece barba y tu piel es infinitamente más delicada. ¿Cómo vas a disimular esos detalles, Mechi? —preguntó Sol con tono de lamento en tanto que le acariciaba el corto cabello con afecto.

—También he pensado en eso, no creas, con la barba puedo decir que soy más joven, al fin que soy baja para ser varón, y en cuanto a la piel, pienso convertirme en el soldado más sucio del Ejército de los Andes —le informó la colorada, mientras sacaba de su alforja de viaje un pote en el que había mezclado bastante tierra con un mínimo de grasa de cerdo fresca, para que se

adhiriese más, creando una pasta que comenzó a distribuir por su rostro y cuello en una fina capa, con movimientos circulares y oscureciendo su piel de forma irregular.

—¡Ay qué asco! ¿Cómo puedes aguantar ese olor? —Se alejó la rubia, que ya comenzaba a sentir náuseas ante el aroma del potaje.

—Vamos, que no está rancia, pensemos en positivo, no va a haber mosquito ni alimaña que se me acerque y eso sí que me conviene.

Otro problema a resolver era encontrar la forma de alejar a su mellizo de Mendoza por varios días, por lo menos hasta que todo el ejército ya estuviese en la cordillera, porque, si se suponía que Luis estaría en el cuartel general, no podía haber un sosias dando vueltas por el mismo territorio. Para solucionarlo, Mercedes escribió una carta a su hermano, con tono bastante dramático, en la que le decía que, como no deseaba casarse con Hipólito, había decidido sacrificar su vida al aire libre e internarse junto a Martirio en el convento de clausura de Santa Catalina de Siena como novicia. Si en algo conocía a su amado otro yo, la chica estaba segura de que este iba a salir corriendo para Buenos Aires a buscarla, ya que el muchacho la adoraba y sabía que ella tenía tanta vocación de monja como él de sacerdote. Y así fue como sucedió, su mellizo partió raudo en su rescate y recorrió medio país a todo galope, cambiando caballos en las postas para poder avanzar más rápido. Y todo solo para que al llegar, semanas después, al bendito convento, sucio, cansado, hambreado y con sueño acumulado de varios días, se encontrase con otra carta de su enredadora hermanita, esta vez enviada a Martirio, en la que les informaba que había cambiado de parecer y le había pedido a dos amables arrieros que la guiasen hasta Chile, por los pasos más seguros del sur, porque pensaba quedarse un tiempo con la avinagrada tía Eduviges. Tampoco era cuestión, pensó la pícara pelirroja, de que su querido colorado se angustiase pensando que a ella le había sucedido algo en el camino.

Muchísimos años después, cuando sus rojos cabellos habían tomado el tono del cielo en un día de lluvia y sus caras estaban pobladas de los surcos de

sabiduría que les había ido dejando la edad, Luis seguiría reprochándole a su melliza ese inútil viaje hacia la nada, que le había hecho posponer su boda durante otro largo mes, haciendo imposible la leve posibilidad, que había existido antes, de hacerle creer a la inflexible doña Robustiana que su primer nieto había nacido sietemesino.

De todos modos, la severa matrona estuvo tan feliz con la llegada del pequeño retoño que solucionó la cuestión con dos generosos sopapos, plantados con energía en las mejillas de los contritos y engañosos nuevos padres, los que aceptaron el castigo sin decir ni agua va, y nunca más se volvió a hablar del tema en esa familia.

Cinco horas después de escribir ambas cartas y encomendarle a su cuñada que enviase la de Martirio a Buenos Aires lo más pronto posible, a las cuatro de la madrugada, Mechi salía de los establos alumbrándose con un candil. Sol la seguía detrás, vigilando los alrededores con gesto precavido, en camisón y con un chal sobre los hombros. Mercedes ya se encontraba vendada, maquillada y con el uniforme reformado de Manuel, se había transformado en un Luis más oscuro, bajito, panzón y caderón, pero tan parecida a él que ni siquiera los peones que los conocían desde pequeños hubiesen notado la diferencia.

—¡Estás muy, muy loca! Pero igual te quiero mucho, voy a rezar por ti a Nuestra Señora del Carmen, y por favor escíbeme en cuanto llegues —le pidió su cuñada al tiempo que la tomaba de ambas manos.

—Lo haré, no te preocupes, pero tú tienes que guardarme el secreto, sobre todo con mi hermano, porque sería muy capaz de ir a buscarme en medio del ejército. ¿Me lo prometes, cuñadita? —la exhortó Mechi, apretándole la diestra con fuerza.

—Te lo juro. Que Dios te bendiga siempre —le respondió la rubia con un nudo en la garganta y haciéndole la señal de la cruz, antes de abrazarla con fuerza.

—A ti también, y me cuidas mucho al repollito, ¿me oyes? —le dijo la

pelirroja, mientras le acariciaba el vientre incipiente de su cuñada con suavidad.

En la semioscuridad, Sol la vio alejarse a trote lento, en tanto que pensaba que su amiga era más valiente que muchos hombres que había conocido y que le iba a estar agradecida por el resto de su vida, porque estaba convencida de que en su decisión había pesado mucho más el profundo amor que sentía por su hermano y su madre que el deseo de huir de una boda obligada.

Tres horas más tarde, Mercedes llegaba al cuartel general, con el uniforme revolcado en forma adrede y sucio de tierra y el corazón redoblando contra su pecho del miedo a ser descubierta. Ni bien transpuso el portón principal, pidió que la llevaran con el general. A pesar de ser tan temprano, el lugar era un hormiguero de gente en movimiento, por todas partes se veían soldados realizando distintas actividades: unos cuantos hachaban leña y la ataban en manojos, otros ubicaban los fardos de heno, los apretados atados de tela que, según dedujo, eran tiendas de campaña, las gruesas mantas de lana y las bolsas de charqui y harina de maíz sobre el lomo de las mulas y los aseguraban con sogas y correas. Algunos aceitaban y afilaban sus espadas a la sombra de un árbol y otros pocos arrastraban pesados toneles de madera, que contenían vino y aguardiente para las tropas, e irían también amarradas sobre el sufrido espinazo de las bestias de carga. No se veían carretas grandes por ninguna parte, algo lógico si se tenía en cuenta que iban a tener que transitar por desfiladeros escarpados que, en algunos casos, medían cuarenta centímetros de ancho. Esto la joven lo sabía por experiencia propia, ya que había ido a cazar muchas veces a la montaña, junto a su padre y hermanos, y había andado por los primeros trechos del terreno que iban a atravesar. El nuevo invento que la asombró fueron las famosas y estrechas zorras que fray Luis Beltrán había ideado para transportar los cañones.

Cuando llegó junto a San Martín, este estaba dando órdenes a diestra y siniestra, acompañado del infatigable franciscano, sobre cómo debían desarmar y cargar los dieciséis cañones y dos obuses que poseían. En terreno

llano y ancho, es decir, cuando atravesasen por valles, las ruedas de hierro y madera irían atadas a los costados de una mula, mientras que los animales de carga más grandes y fuertes llevarían, de a dos, algunos de los pesados cañones de hierro macizo cruzados sobre dos barras paralelas, ubicadas a unos 70 u 80 centímetros una de la otra y amarradas en forma horizontal a las monturas, por lo cual era importante que ambos equinos sostuviesen un tranco parejo. Pero, en su mayoría, usarían el arnés con la zorra de madera, en forma de angarilla, sobre la que ubicarían el cañón, envuelto en cueros para protegerlo de las caídas, para llevarlo de tiro. Sin embargo, no podían utilizar esos métodos en terreno demasiado escarpado, el primero porque los pasos resultaban demasiado estrechos para que circularan dos animales a la par y el segundo porque el mismo peso de la artillería podía desviar las angarillas hacia el precipicio arrastrando a las bestias a una muerte segura. Por eso, la única solución para poder atravesar los delgados y peligrosos desfiladeros era cargar los cañones más livianos sobre el lomo de las mulas e ir rotando los animales para repartir el esfuerzo, aunque el jefe no descartaba que muchas de ellas terminarían con el espinazo partido, como de hecho sucedió en algunos casos, y enviar los cañones más pesados por el paso de Uspallata que era más ancho que el de Los Patos.

Mechi escuchaba con atento respeto al jefe militar, parada en silencio detrás de él, que aún no había notado su presencia, cosa que sí hizo al girar apresuradamente y chocársela de frente. En los instantes iniciales, el hombre la quedó mirando con el ceño fruncido de asombro, pero luego empezó a hablar con su tono cordial y campechano: —¡Qué alegría verlo, muchacho! Parece que, al final, sí va a terminar siendo soldado, porque necesitamos urgente sus servicios.

Al oírlo, la joven sonrió con alivio ya que, al ver su primer gesto, había temido que la reconociese, así que, imitando la voz de Luis, le respondió animosa: —Aquí estoy para lo que guste, mi general.

—Y me alegro, pero lo noto algo raro, ¿me puede decir qué ha hecho con sus

patillas y con su estómago? ¿Y por qué carajos está tan roñoso? —le preguntó San Martín, con su estilo llano y su costumbre de hacer varias preguntas a la vez.

—Mire, don, las patillas las afeité porque me daban calor, lo mugriento es porque, cuando me avisaron, me vine directo desde la montaña a revientacaballos, y hay que ver la tierra que volaba en el camino, y el estómago, bueno... mucha torta frita, mi general —le contestó la chica con gesto serio.

—Pues dese un baño por lo menos, que el hambre del cruce ya le va a hacer bajar la panza —le sugirió el jefe militar, disimulando una sonrisa, ya que la forma de hablar de ese mocoso siempre le había hecho gracia. Luego de eso, solicitó a sus edecanes que reuniesen a todos sus oficiales en el campo de entrenamiento, para darles sus últimas explicaciones y directivas, las que deseaba que ellos les transmitiesen, a su vez, a los regimientos, escuadrones y batallones que tenían a cargo cada uno, porque a él le sería imposible hacer llegar su voz a los más de 5420 hombres que lo acompañarían en el cruce.

Rápidamente los convocados fueron acercándose, en primer lugar, los dos generales, O'Higgins y Soler, que se ubicaron a la derecha e izquierda de San Martín, y los veintiocho jefes, entre ellos Mariano Necochea, quien era el superior más directo de Juan, ya que comandaba los granaderos de la escolta. También se apersonaron los doscientos siete oficiales, entre los que la chica alcanzó a distinguir al apuesto capitán Williams. Minutos más tarde, todos se posicionaron enfrente de sus líderes, con el cuerpo firme y el gesto y el oído atentos.

Con el corazón nuevamente galopando de miedo, la muchacha se escondió detrás de unos montones de heno, para poder escuchar sin ser vista, en tanto pensaba que iba a tener que encontrar la forma de mantenerse alejada del inglés, para evitar el peligro de que la reconociese. —¡Virgencita del Carmen, protégame! —dijo bajito mientras se persignaba.

Luego de recorrer los rostros de sus subordinados con una penetrante

mirada, el general en jefe del Ejército de los Andes comenzó a hablar:

—Señores, estos son días de gloria para nuestra querida patria, porque son los días destinados a reconquistar la libertad perdida de los países hermanos y afianzar nuestra propia independencia del imperio español en forma definitiva. Es necesario que estemos más unidos que nunca, porque las jornadas que se vienen van a ser muy difíciles. Nos enfrentamos a peligros mayores que las armas enemigas: deberemos atravesar entre cuatro y cinco cordones montañosos, en fila india, pero preparados para combatir, por desfiladeros angostos e inhóspitos, a alturas de más de tres mil quinientos metros en promedio, y con temperaturas que varían más de cuarenta grados entre el día y la noche. Habrá largas travesías en las que no encontraremos agua ni leña. Los desbarrancamientos, la falta de aire por el soroche, el frío extremo y la sed pueden terminar con más vidas que la misma guerra. No deseo mentirles, los que vinieron conmigo desde Europa saben cuántos hombres perdió Napoleón en el cruce de los Alpes, pero no tenemos otro camino, los fracasos repetidos en el intento de combatir a los matuchos siguiendo la ruta al Alto Perú, me han convencido de que esta es la única forma en la que lograremos derrotarlos. Sé que el sacrificio que les pido es enorme, pero quiero decirles que he tomado los recaudos para que, en este cruce, haya la menor cantidad de bajas posibles. Por eso, hemos trazado los caminos a seguir teniendo en cuenta las fuentes de agua y cada soldado transportará un cuerno de vaca o un chifle de cuero lleno para combatir la sed. Se les ha dado también un buen calzado, ya que, con los desperdicios de cuero de las reses, he hecho construir tamangos o zapatones altos y anchos y los hice forrar por dentro con trapos y lana. Además, tendrán medias y ponchos abrigados, amén de un litro de vino diario por persona y unos cuántos barriles de aguardiente para hacerle frente al intenso frío. Por otra parte, llevamos bastante leña para calentarnos e hice tejer enjalinas hasta para las mulas. También les hemos puesto herraduras a todas las bestias. Las tiendas de campaña son solo trescientas, apenas alcanzan para todos y solo podremos armarlas cuando estemos en terreno

llano. No voy a mentirles, lamentablemente muchos días deberemos dormir a la intemperie, a lo arriero, usando por cama la montura, el poncho y el jergón, pero el heno que acarreamos para alimentar las mulas lo podemos utilizar de paso también para abrigarnos. Cargamos además toneladas de ají molido, ajo y cebolla y les pido que, cuando atravesemos las zonas muy altas, les ordenen a sus soldados que las coman y las froten debajo de su nariz y la de sus mulas, para ayudar a combatir el soroche. Por la comida no se preocupen, llevamos más de seiscientas vacas en pie para faenar durante la travesía, además de una considerable cantidad de harina de maíz, charqui desmenuzado y galletas. Les aseguro que, si de mí depende, hambre no vamos a pasar. Por otra parte, los baqueanos que nos guiarán han ido dejando, en las últimas semanas, depósitos con provisiones a lo largo del camino, camuflados en cuevas o huecos de la montaña. ¿Alguna pregunta?

Un sargento de caballería, que había llegado en esos días junto a Juan y desconocía aún muchas cuestiones de esa campaña, levantó su mano para interrogar con tono preocupado:

—Sí, señor. Sé que es la primera vez que un grupo tan numeroso realiza este cruce. ¿Qué pasará cuando debamos atravesar ríos, que me han dicho que hay varios en esta cordillera, o cuando los desfiladeros sean tan estrechos que no pueda pasar ni siquiera un hombre a pie?

—Bueno, creí que eso era algo ya conocido por todos, pero veo que me equivoqué: nuestro cuerpo de ingenieros, dirigidos por el comandante Antonio Arcos, aquí presente, ha preparado un puente colgante de cuarenta y tres metros, hecho de maromas, liviano, flexible y desarmable que servirá para que crucemos, de a uno por vez, los ríos más caudalosos. También han organizado un grupo de más de ciento veinte zapadores, barreteros y minadores, que irán adelantando a la columna principal del ejército, con barretas, azadones, hachas y pólvora, esta última cuando sea estrictamente necesario hacer explotar la piedra, para ir removiendo obstáculos, rompiendo el terreno y ensanchando los senderos muy angostos. Ellos se encargarán también de

recuperar los materiales que caigan en los precipicios. Por otra parte, en caso de accidentes o heridas de combate, llevamos además un hospital móvil de campaña, con cuarenta y siete ayudantes, bajo el mando de mi edecán y médico personal, Diego Paroissien, quien se encuentra ahora entre nosotros — terminó San Martín señalando a su subordinado y amigo, el que le respondió con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Veo que ha calculado todo, señor —comentó el sargento con tono admirativo.

—Por supuesto, oficial, de esos detalles dependen nuestras vidas, que son, para mí, lo más valioso —le respondió su jefe, con una sonrisa paciente, antes de terminar: —Mire si habremos tenido todo en cuenta que hasta nos llevamos a nuestro capellán general, don Lorenzo Güiraldes, para que interceda por nosotros ante el creador cuando la cosa se ponga brava.

—¿Y será que podremos ir todos montados, che general? —preguntó un gordito maduro y remolón para la caminata, que era subteniente del escuadrón de correntinos, unos bravos soldados, paisanos de San Martín y con una puntería infalible, que tenían la particularidad de llevar, además de espadas, pistolones y fusiles con bayonetas, lanzas y flexibles arcos de fabricación guaraní, con sus correspondientes carcajes de flechas colgados a la espalda, gracias a los cuales hicieron estragos en las filas enemigas durante todos los combates.

—Lamentablemente no, si bien llevamos más de mil seiscientos caballos de pelea, estos irán arreados en la retaguardia, junto a las vacas, y solo serán usados para la lucha, en terrenos tan escarpados viajaremos montados en mulas, que son más lentas, pero mucho más resistentes y seguras.

—Pero *io le* escuché aquí a un cuyano que *llevamo'* más de nueve mil mulitas, casi que tirando a diez mil, así que no *le veo la razón de andar a pata, che general* —insistió el oficial correntino, con un gesto ladino y comprador y esa graciosa tonada que los caracterizaba.

—Y eso es verdad, descontando las que son de carga, la mayoría de los

hombres van a poder ir montados en mulas al inicio de la travesía, pero no durante todo el viaje, hemos considerado una merma considerable de estos animales durante el trayecto, ya que no podemos llevar el heno suficiente para alimentar tanto ganado, y cuando comiencen a faltar el agua o la comida, estas pobres bestias son las que primero lo van a sufrir, eso sin contar las que se desbarranquen o queden inutilizadas a causa del frío o el soroche. Por otro lado, habrá pasos tan estrechos y escarpados que será más seguro transitarlos a pie —aclaró San Martín, con gesto serio y preocupado. Y sus miedos no eran vanos porque, al finalizar el cruce de los Andes, y por las mismas razones que había expuesto el jefe del ejército, casi cinco mil mulas terminarían muertas, regarían y señalarían, con su cuerpo y su sacrificio, el tortuoso sendero.

—¿Y a qué le *llamá' vo' soroche, che general?* —volvió a interrogar el curioso litoraleño, ya que en sus tierras bajas y cálidas jamás había escuchado esa palabra.

—Es un mal que ocurre cuando se atraviesan zonas muy altas, la persona se apuna, deja de oír, la visión se vuelve borrosa y comienza a faltarle el aire, en casos extremos puede llegar a pararse el corazón, provocando la muerte —explicó el jefe del ejército con gesto serio.

—¡*A la flauta, che general! Mirá que io le vine aquí a degollá' matucho' y no a estirar la pata de puro ahogao'* —le reclamó el correntino, con una cara de susto que provocó las risas de quienes lo rodeaban.

—Y lo va a hacer soldado, a los hombres fuertes como usted no los vence una simple montaña. Quédese tranquilo, ya va a ver que todo va a ir bien.

—*Que Dio' te oiga, che general, pero, por si las mosca', io le voy a ir prendiendo unas cuánta' velita 'a la virgen de Itatí, pa' que nos dé una manito nomá.*

Y seguramente la virgen escuchó a ese oficial, porque sobrevivió al apunamiento y a todas las batallas, en Chile y en el Perú, y logró regresar con vida a su hogar, casi diez años después de su partida, reencontrarse con su

familia y malcriar a sus nietos. Sin embargo, no sucedió lo mismo con los casi cuatrocientos hombres que, entre el soroche, la sed, los desbarrancamientos, y, en especial, el frío, perdieron la vida durante los veinticuatro días que duró el arriesgado cruce de los Andes. La mayoría de las bajas fueron afroamericanos, que perecieron por hipotermia, ya que, en muchos casos, su organismo no estaba adaptado para soportar fríos tan extremos. No obstante, los recaudos tomados por San Martín, igualmente dieron sus frutos, porque fue un número de bajas moderado si se tiene en cuenta que, por ejemplo, cuando Bolívar, en 1819, pero más al norte, realice la misma hazaña de cruzar la Cordillera de los Andes, perderá casi la mitad de su ejército en la travesía.

—Señor: ¿cuánto tiempo piensa que nos puede llevar el cruce? —preguntó Juan, a quien lo preocupaba no poder estar de vuelta para el nacimiento de su primer hijo, un tema que también angustiaba a Carmina, tal como se lo había hecho saber antes de su partida, y él deseaba que, por el bien del bebé y de ella misma, estuviese tranquila.

—No lo sabemos capitán, pero calculamos que, si no surgen grandes contratiempos, en menos de un mes estaremos pateándole las puertas a los godos en Santiago.

—¿Y cuándo va a revelarnos cuál es el paso real por el que iremos? —lo interpeló un teniente de infantería con gesto pícaro, porque su jefe les venía esquivando el bulto con ese dato y estaban más confundidos que Marcó de Pont con la dichosa guerra de zapa.

—Excelente pregunta, oficial, presten atención señores, porque es muy importante lo que voy a informarles: nuestra milicia va a atravesar la cordillera por seis caminos diferentes: al centro, los de Uspallata y Los Patos, frente a Mendoza y San Juan; al norte, el portezuelo de la Ramada y el paso de Come-Caballos, que ponen en comunicación a La Rioja con Coquimbo y Copiapó; y por último, al sur, los del Planchón y del Portillo, que conducen a los valles de Talca y Maipú.



—¿Y quiénes estarán a cargo de esas columnas? —insistió el teniente con gesto serio, mientras todos hacían un silencio de mausoleo esperando la respuesta.

—El cruce principal del grueso del ejército se hará por Los Patos, que es el paso más riesgoso y, por lo tanto, el que los matuchos menos esperan que usemos. Seremos los últimos en salir. De a una columna por día, calculamos partir más o menos entre el 19 y el 24 de enero. Los hombres serán divididos en tres grupos: la vanguardia a cargo del general O'Higgins, el centro al mando del general Soler y la retaguardia será mi responsabilidad. Otra parte de nuestras huestes y las piezas de artillería pesada saldrán el 18 de febrero por Uspallata, al cuidado de nuestro valioso fray Luis Beltrán y bajo las órdenes de Las Heras. Pero, para impedir que el enemigo nos intercepte antes de llegar a destino, cuatro destacamentos más, aunque menos numerosos, cruzarán antes por los otros pasos, de hecho, dos ya partieron: su misión

consistirá en engañar a los godos sobre el verdadero arribo de la mayor parte del ejército, distraer sus fuerzas, controlar puntos vitales y dejar incomunicados a los distintos cuerpos realistas. Es así que, al norte, por el paso de Come-Caballos, designé a un grupo comandado por el teniente coronel Francisco Zelada, que ya salió hace unos días, y a otro conducido por el teniente coronel Juan Manuel Cabot, que parte dentro de pocas horas. Por otro lado, al sur, un destacamento dirigido por el capitán de caballería José Lemos, que se marchó hace varias jornadas, debía sorprender a la guardia realista apostada en el paso de El Portillo y lograr controlarlo, difundiendo además el rumor de que por allí pasaría nuestra milicia, pero una tormenta de nieve complicó su misión y los matuchos huyeron antes de que pudiésemos atraparlos, según me informó un chasqui que acaba de llegar.

El otro grupo del sur partirá el 14 de febrero y será comandado por el teniente coronel chileno Ramón Freire, se dirigirá al paso de El Planchón con el doble objetivo de hacerle creer a los realistas que dirige la vanguardia del grueso de nuestras huestes y fomentar una insurrección en el sur de Chile. Esperamos que, de esa forma, Marcó de Pont divida sus fuerzas por toda la cordillera, quedando así más débil a la hora de la batalla.

Luego de esta larga y detallada explicación, los oficiales, no así el estado mayor que ya estaba informado de las estrategias planeadas, comenzaron a hacer comentarios admirativos por lo bajo. El peso de la enorme responsabilidad que tendrían cayó sobre sus espaldas, pero no los aplastó, sino que los hizo plantarse con valentía y orgullo porque, pasara lo que pasase, victoriosos o derrotados, ellos iban a ingresar en los anales de la historia como el único ejército del continente sudamericano que se había animado a hacerle frente a la imponente Cordillera de los Andes, detrás de una causa y un jefe por los que valía la pena vivir y morir.

En los días sucesivos fue cumpliéndose paso a paso lo planificado por San Martín y las columnas restantes fueron partiendo a tranco firme, cada una con un destino y una misión.

Entre la multitud de soldados que se aprestaban para iniciar el cruce, Mercedes encontró la forma de hacerse invisible y pasar desapercibida en ese mundo de hombres que la trataban como a uno más. Siguiendo las directivas del general, se pegó como una lapa al doctor Paroissien, con el doble objetivo de ayudarlo y aprender todo lo que pudiese sobre medicina, en los pocos días que quedaban antes de iniciar el viaje. El médico era un hombre de mediana edad, oriundo de Essex, Gran Bretaña, el cual había llegado al Río de la Plata en 1807, con los invasores ingleses y con su título recién obtenido. Encarcelado por Cisneros al sospecharse que conspiraba a favor de la emperatriz Carlota y de una tercera invasión inglesa, luego de la revolución fue liberado por Castelli, que lo defendió y apoyó en todo. Supo ver cuán valioso podía resultar ese hombre en las difíciles épocas que se venían, ya que le sobraban los dedos de una mano para contar la cantidad de doctores que había en la región. A partir de allí, el joven galeno acompañó a su protector como médico personal y cirujano del Ejército del Norte, y en 1816, al conocer el plan de los revolucionarios, se sumó al Ejército de los Andes. Iría con San Martín hasta el Alto Perú, llegando a obtener el cargo de general de brigada. Luego de que su jefe se exiliase en Francia, el médico patriota seguiría en Perú, bajo las órdenes de Sucre y Bolívar, falleciendo finalmente en altamar, en 1827, cuando solo tenía 46 años.

Por el momento, era un hombre inquieto, amable y paciente, que andaba siempre con el cabello alborotado, algo que tenía en común con la chica, la cual ni siquiera ahora, untándolos con grasa y tierra, podía gobernar esos rizos cortos y voluminosos. A la joven le resultó de mucha utilidad el ser uno de los pocos ayudantes que sabía leer y escribir, ya que eso le permitió clasificar y etiquetar las hierbas medicinales y preparados de boticarios de todo tipo, que iba guardando en frascos, y, siempre atenta a las enseñanzas del galeno, anotaba en unos pliegos sueltos las propiedades de cada planta o líquido y su utilidad. Si bien Tomasa le había enseñado mucho sobre remedios caseros, por ejemplo: que el tilo servía para calmar los nervios y el dolor de cabeza, la

miel para los malestares de garganta y el aloe vera para la piel quemada o lastimada, Mechi desconocía muchísimas cosas sobre el arte de curar, que fue enumerando prolijamente. A saber: que el preparado con hojas del árbol de la cinchona, que tiene quinina, ayudaba a bajar la fiebre, que las friegas preparadas con el romero y el laurel aliviaban las molestias musculares, que la valeriana era un potente sedante, que el opio o adormidera, combinado con vino o aguardiente, servía para atenuar dolores intensos y atontar a los pacientes durante las operaciones, que el aceite de almendras dulces era un vomitivo, que el mercurio era usado para tratar la sífilis y que la hoja de coca, cuyo uso se remontaba a los antiguos incas, se mascaba para sobrellevar el cansancio y eliminar el sueño y el dolor de estómago. Además, la muchacha cortó y enrolló infinidad de vendas, lavó y guardó el rudimentario instrumental quirúrgico, en el que aparecían desde finas pinzas y agujas, escalpelos y delgados y afilados cuchillos, hasta dos serruchos y una sierra que le provocaron pavor, al sospechar para qué serían usados.

Pero la suerte de la chica para no encontrarse con el capitán Williams terminó cuatro días después de su llegada al cuartel, cuando lo vio venir, conversando amigablemente con San Martín, en la dirección hacia donde ella se encontraba. Con el apuro de huir sin ser vista, giró rápido, se enredó en las botas militares, que le habían dado al llegar y le quedaban enormes, y cayó hacia atrás como un fardo, con tanta mala suerte que fue a dar contra una alta pila de leña, provocando un desmoronamiento de troncos que no solo la cubrió casi por completo, sino que también le llenó el cuerpo de moretones y el cráneo de chichones, debiendo soportar, además, las risas y burlas de los soldados que la vieron caer.

El general, que acababa de mostrarle a su oficial quién sería su protegido durante el viaje, se llevó las manos a la cabeza, con un gesto alarmado, en tanto que gritaba: —¡Guarda con la leña, muchacho!

A diez metros de distancia, Juan observó todo el desbarajuste provocado por el mocoso y el alma se le fue al piso. Si ese gordito colorado y retacón era tan

torpe para todo, lograr que llegase vivo al otro lado de la cordillera iba a ser más difícil que enfrentar a todas las huestes de los matuchos, con cañones y obuses incluidos. Sin embargo, cuando lo vio surgir de entre los leños, quejándose a dos bocas con un tono bastante manfloril, el capitán pasó de la desazón al asombro, ya que se encontró con unos enormes y asustados ojos verdes y las mismas delicadas facciones que venían torturándole la mente y quitándole el sueño desde el día de la fiesta.

—Arriba, mi amigo, que un tropezón no es caída —dijo el jefe del ejército, tratando de contener la risa, en tanto que se agachaba y tomaba del brazo a su intérprete para ayudarlo a levantarse, a continuación, miró a su oficial y agregó: —Le presento al soldado Luis Gutierrez Prado, él será el nuevo integrante de su escuadrón y estará a su cuidado.

Al escuchar esto, Mercedes, que estaba frotándose la mollera y tratando de decidir cuál golpe le dolía más, se puso blanca como un papel y comenzó a caer al piso, desmadejada y con la mente hecha un remolino de colores de pura y atemorizada impresión. ¿Por qué justo él, Dios santo? Esta vez Juan estaba cerca y alcanzó a sostenerla antes de que volviese a golpearse, ahora contra el duro suelo.

—Parece que los golpes fueron más graves de lo que pensamos, no sé por qué, pero sospecho que Luisito nos va a dar unos cuántos dolores de cabeza —comentó San Martín, con un leve gesto de preocupación.

—¿Usted lo sospecha? ¡Yo ya estoy muy seguro! —le respondió el joven con molesta ironía, antes de alzar en brazos al chico y comenzar a caminar con trancos ligeros hasta el hospital de campaña. Mientras lo hacía, su mente confundida trabajaba a toda velocidad, tratando de buscar una explicación al parecido... Gutierrez Prado... ¡Claro! No podía ser otro que su hermano mellizo, si hasta tenía el mismo raro color de cabellos, solo que este torpón estaba mucho más sucio y olía a grasa rancia. Sin embargo, le llamó la atención que, a pesar de su vientre levemente abultado, fuese más liviano que una pluma. Al llegar al lugar, lo recostó sobre un catre y llamó a gritos al

doctor para que viniese a atenderlo.

—¿Qué ha pasado con mi asistente? —preguntó Paroissien con preocupación, al tiempo que alzaba una mano del pelirrojo para tomarle el pulso.

—Se peleó con una pila de leños y parece que no se llevó la mejor parte en la contienda —bromeó el general, más aliviado al ver que el soldado trataba de abrir los ojos y enfocar la mirada en ellos.

—Así parece, tiene dos buenos chichones en la nuca, pero no es nada grave —comentó el médico en tanto le palpaba la cabeza, luego continuó: —No crea, resultó un ayudante muy despierto y diligente, pero ya he notado que es un poco torpe, se la pasa llevándose las cosas por delante el pobrecito, tal vez si le hiciera confeccionar unas botas a medida...

—¿Qué hay con sus botas? —interrogó el jefe.

—Son demasiado grandes, señor, y se le salen, por eso este petiso se me enreda para caminar —respondió el galeno con tono pesaroso, en tanto le sacaba el calzado a su paciente y lo apoyaba contra la base del pie del joven para mostrarles la diferencia de tamaño.

—Es que esas son las botas más pequeñas que tenemos en el ejército y no hay tiempo, por el momento, para mandarle a hacer otras —se lamentó el general antes de continuar—. Cuando se recupere, dígame que les rellene las puntas con lana de oveja, así va a andar más seguro. ¡Vamos, capitán! Que tenemos mucho por hacer antes de que termine el día —finalizó dirigiéndose a su subalterno con tono cordial.

Mercedes esperó a que se fuesen antes de animarse a abrir los ojos del todo. ¡Dios santo! ¿Por qué tanta mala suerte? ¿Por qué tenía que ser justamente él su jefe directo? ¿Es que la había orinado una manada de rinocerontes? Ese rabo verde era un metiche y la iba a terminar descubriendo. ¡San Juan y ciégale! Se dijo, utilizando una remanida frase del *Lazarillo de Tormes* que solía citar su abuelo materno en circunstancias adversas, antes de acostarse de costado y comenzar a llorar con amargura. A estas alturas, su aterrada mente la

torturaba más que su magullado cuerpo.

Para calmar su dolor y hacer que se relajase, el compasivo doctor le administró unas gotas de láudano, el mismo que usaba con su general cada vez que la acidez, y sospechada úlcera de estómago, o la gota y el reuma no le daban respiro. Diez minutos después, el galeno observó con alivio que su asistente se dormía profundamente.

A la mañana siguiente, Juan se presentó en el despacho del jefe militar para solicitarle su autorización para que, en los diez días que les quedaban antes de partir a la campaña, le permitiese entrenar en técnicas de combate al soldado Gutierrez Prado. Si bien sabía que este no iba a participar en las batallas, sí consideraba importante que aprendiese a defenderse porque, cuando las cosas se complicasen, podía quedar involucrado en situaciones peligrosas y pensaba que era necesario que aprendiese a protegerse por su cuenta, ya que él no siempre iba a poder estar a su lado.

—¿Se está queriendo sacar el lazo del cuello, capitán? —lo interrogó San Martín con sorna.

—No, señor, solo quiero tomar precauciones.

—Y me parece muy bien, vaya nomás y, de paso, a ver si me lo endereza un poco y me le quita lo torpe y lo patoso, porque la verdad que este crío me desentona un poco con mis muchachos de la guardia.

Sabiendo la infinidad de requisitos físicos, éticos y morales, tales como estatura destacada, estricta disciplina y conducta ejemplar, que el jefe del ejército había tenido en cuenta para seleccionar a sus granaderos, el oficial pensó que ese sucio espantajo no se ajustaba al grupo ni de milagro y le iba a resultar muy difícil lograr que sus hombres lo integraran en él. Luego le respondió con tono quejoso: —Con todo respeto, don José, pero le recuerdo que el que nos lo encajó fue usted. —A continuación, hizo la venia, juntó los talones y se retiró de allí rápido, porque ya se veía venir la reprimenda por su contestación.

Después se dirigió al hospital de campaña y buscó a su nuevo subordinado

entre los presentes. Lo encontró sentado y pluma en mano, concentrado en hacer anotaciones en un pliego. Al llegar a su lado le habló con tono firme:

—Buen día, soldado, venga conmigo, debe acompañarme al campo de entrenamiento.

—¿Y eso para qué? ¿No era que yo la iba a ir solo de intérprete? —luego de quedarse viendo el bello rostro de él por unos segundos, Mercedes le contestó con insolencia, molesta, más que con el capitán, consigo misma, porque no podía evitar sentir la misma lluvia de colibríes aleteándole en el estómago cada vez que volvía a verlo. El inglés seguía provocándole las mismas fuertes sensaciones que el día de la fiesta, solo que ella ahora sabía que él era un hombre prohibido y, por lo tanto, debía obligarse a anular cualquier tipo de atracción que tuviese hacia él.

¿Así que ese cuzco roñoso pensaba cuestionar sus órdenes? “¡Dios santo, dame paciencia!”, rogó mentalmente el oficial, antes de responderle: —Es necesario que incorpore algunas técnicas de combate y autodefensa, es por su propia seguridad.

—Y yo que pensaba que de mi seguridad se tenía que ocupar *usté'*—dijo la chica con ironía y la voz impostada y ronca, en tanto que se cruzaba de brazos.

—¡Vaya para el campo de entrenamiento antes de que le emboque una soberana patada en el culo, soldado! —explotó el capitán perdiendo la calma.

—¡Ah no, si me lo pone así, ahí nomás voy! —le respondió Mechi con tono gracioso mientras partía delante de él, con las manos en los bolsillos, hundiendo los hombros para invisibilizar más sus pechos torturados por las apretadas vendas y tratando de imitar las piernas estevadas y los trancos largos de su hermano. Varios integrantes del escuadrón de cazadores, que estaban limpiando y afilando sus armas, las dejaron a un costado para comenzar a observar la escena con interés. Hacía varios días que se venían haciendo el plato con el mocoso despeinado, sucio, curioso y atolondrado que les habían endilgado como nuevo compañero de armas y al que habían bautizado con el sobrenombre de “gorgojo”, y sospechaban que, con lo torpe

que era el coloradito, lo que seguía a continuación no iba a tener desperdicio.

Al llegar al depósito principal, Juan tomó una espada en una mano y un fusil con bayoneta en la otra, caminó hasta el centro del campo y le ordenó:

—Elija una.

—Me da igual, nunca usé ninguna de las dos —le informó la muchacha, en tanto que se alzaba de hombros con desinterés.

—Entonces comenzaremos con la bayoneta —decidió él, al tiempo que le ponía el arma en la mano, se alejaba a unos diez metros de distancia, se paraba con los brazos y piernas abiertos y volvía a ordenarle: —Ahora atáqueme, soldado.

—¿Qué? ¿Uste' se fumó una pipa de opio o qué? —lo interrogó la joven con gesto incrédulo.

—¡No me cuestione y atáqueme! —repitió el oficial con voz de trueno.

Mechi pensó que este tipo era el mismo sinvergüenza que le había estado arrastrando el ala y haciéndola ilusionar sabiendo que era casado, el mismo metiche culpable de que terminara aplastada por los leños y el mismo mandón que era capaz de descubrirla y arruinarle los planes, así que, con el enojo que le había empezado a hacer hervir la sangre, le respondió:

—Si usted insiste... —Y se lanzó a toda carrera hacia donde él estaba, rifle en mano y con la sana intención de hacerle un leve corte con la bayoneta en una pierna, para desquitarse por los problemas que le había causado y por los que podría llegar a causarle.

El capitán lo esperó a pie firme y, cuando vio que el mocoso se encontraba a un metro de distancia, giró veloz hacia un costado y lo hizo pasar de largo. Lo complicado fue que, el fuerte empujón que traía el petiso y la dirección demasiado baja de su bayoneta hicieron que esta se terminase enterrando en el piso y haciendo que su dueño rebotase, diese una cómica voltereta en el aire y cayese al otro lado, de espaldas contra el suelo y con un alarido de dolor, en tanto que generaba un respetable ruido y levantaba una consistente polvareda a su alrededor.

Para ese momento, Juan no sabía si imitar a sus hombres y tirarse al piso para descostillarse de la risa o actuar como correspondía a un superior e ir a ayudarlo. El decoro pudo más y, carraspeando para tratar de disimular las carcajadas propias, porque las ajenas le atronaban los oídos, fue hasta el soldado caído y le tendió una mano para tratar de levantarlo mientras le preguntaba: —¿Se encuentra bien?

—No... puedo... respirar... —le respondió la muchacha con un quejido y la mirada vidriosa, en tanto que tenía una sensación de incendio en los vapuleados pulmones. Luego inspiró con cuidado y, cuando pudo volver a hacer ingresar el aire en su organismo, le reprochó con el ceño fruncido: — ¡Tramposo!

—¡Ja! ¿Es que se creía que lo iba a dejar ensartarme como a un churrasco? No mi hijito, lo que yo hice es exactamente lo que van a hacer los entrenados militares realistas si intenta atacarlos de una forma tan absurda, por eso es prioritario que usted aprenda a embestir y a defenderse. Y otra cosa, si de veras quiere evitar que lo maten, apunte a los órganos vitales de su enemigo. En la guerra no hay lugar para la compasión —le respondió el capitán, mientras se agachaba junto a su subalterno, le pasaba la mano por debajo de la espalda para ayudarlo a enderezarse y lo miraba con un gesto de pena que contradecía lo que acababa de decirle.

—En esta lucha tan cruel, yacaré que se duerme se convierte en botas, haría bien en escuchar los consejos del jefe, gorgojito, que de esto sabe bastante — intervino el cabo Farías, un combatiente enorme y aguerrido, que estaba a cargo de uno de los pelotones que componían el escuadrón de Juan y venía luchando a sus órdenes desde que este había vuelto a su patria y que, luego de calmar su hilaridad, se había acercado también con la intención de cooperar para levantar al chico.

—¿Por qué cuernos me llamó así?! —le preguntó la chica a Farías, en tanto que adelantaba el mentón y sacudía con enojo el brazo que él intentaba tomar para alzarla.

—¡Por lo chiquito, mugriento, inútil y molesto! —le informó el cabo con gesto de hastío, antes de retirarse a tranco largo hacia la tienda de campaña.

—No sé por qué, pero sospecho que la diplomacia tampoco es su fuerte, soldado —comentó su jefe con ácida ironía, en tanto que giraba y se alejaba con pasos lentos, al tiempo que unos rabiosos ojos verdes parecían querer calcinarle la espalda con sus rayos de furia.

El entrenamiento del novato continuó durante toda la semana, dos o tres horas diarias, en los pocos ratos que Juan tenía libres, ya que sus obligaciones le demandaban cada vez más tiempo a medida que se acercaba la hora de partir. Las prácticas de lucha con bayoneta y espada fueron arduas y duraron varios mañanas, pero con las de tiro al blanco, usando mosquetes y fusil, el oficial se llevó una grata sorpresa, ya que su imprevisible nuevo subordinado acertó con eficacia todos y cada uno de los blancos que él y sus hombres le señalaron y demostró tener una puntería más certera aún que la de muchos de ellos.

—¡Bravo, muchacho! ¿Dónde aprendió a disparar así? —lo interrogó con tono admirativo el sargento Lucio Cuevas, un bravo santafesino, tan poco agraciado como valiente, que tenía el rostro picado de viruelas y el cabello lacio y oscuro, y estaba en el regimiento desde su fundación.

—Desde niño iba a cazar pumas a la montaña con mi padre y mis hermanos —le respondió Mechi con una sonrisa evocadora.

—Tenía entendido que usted tenía solo un hermano varón —comentó el capitán Williams con tono curioso, interviniendo en la conversación.

—Es que mi hermana melliza también nos acompañaba —le aclaró la joven con gesto serio y reconcentrado, al darse cuenta de que, con lo despierto que era su superior, iba a tener que estar muy atenta en lo que decía si no quería que la pescase in fraganti.

—¿Y cuál era el mejor tirador? —siguió interrogándola él.

—Mercedes, por supuesto —le contestó la chica sin faltar a la verdad, ya que su amado padre siempre había afirmado eso, con tono potente y orgulloso

y ante quien lo escuchase. Ese recuerdo agrídulce le dejó un brillo delator en las pupilas. Para que no la viesan llorar, giró y se alejó cabizbaja hacia el hospital de campaña.

—Lo sospeché desde el día en que la conocí —comentó Juan para sí mismo, con tono bajo y una sonrisa soñadora, recordando su breve diálogo con la hermosa muchacha que le seguía robando el sueño. ¿Qué tenía esa chica que no lograba quitársela de la cabeza? No era solo su belleza, Dios sabía que él había conocido a muchas mujeres bellas, era toda ella la que lo había atraído: su risa cantarina, sus vivaces gestos, sus ademanes, la forma segura, casi felina, en la que se desplazaba, sus certeros e inteligentes comentarios, hasta la tristeza escondida en sus preciosos ojos, y, por si fuera poco, ahí estaba este mocoso sucio y torpe, pero tan parecido a su melliza que lo hacía recordarla más, era por ella también que su responsabilidad de protegerlo se agigantaba, no podía permitir que otra pérdida en su familia le añadiese más dolor a su mirada.

Como ese piojo quisquilloso parecía tener una de cal y una de arena, al día siguiente, cuando iniciaron las prácticas de esgrima, el capitán volvió a perder la paciencia con él cuando, en lugar de frenar el ataque de su espada como se esperaba, el gorgojo solo intentó alzar la suya para luego tirarla al piso y comenzar a sacudir la mano con gesto de dolor.

—¿Qué carajos cree que hace, soldado? —lo interpeló con furia.

—¡Es que está muy pesada y me hice mal! —le respondió la joven con gesto ofendido. ¿Qué se pensaba ese prepotente, que ella se iba a quebrar la muñeca solo para darle el gusto?

—No es que sea tan pesada, es que usted tiene los bracitos de un renacuajo —le contestó él, en tanto tomaba su frágil muñeca y la alzaba en el aire con tono displicente. Luego miró al cabo Farías y le ordenó: —Vaya hasta la armería y pídale a fray Luis que le dé la espada más liviana que haya salido de sus fraguas, y, de paso, la que tenga menos filo —terminó con gesto impaciente, no fuese que este espantajo se terminase lastimando solo.

Cuando el cabo volvió con su pedido y se lo entregó a Mechi, con una sonrisa de burlona expectativa, a ella le vinieron unas ganas enormes de sacarle la lengua, como cuando era pequeña, pero se contuvo, tomó el arma, que era fina y ligera, y esta vez sí pudo sostenerla con firmeza, luego se giró hacia su superior y lo retó:

—A ver ahora, ¿qué era eso que quería enseñarme?

—Escuche con atención, porque no le voy a repetir las cosas, primero: desenvaine su espada con rapidez antes de entrar en combate, si es demasiado lento, su contrincante puede despenarlo antes de que se dé cuenta. ¿Comprende? Practique, soldado. —Luego de mostrarle cómo hacerlo, se alejó dos pasos y se cruzó de brazos para observarlo. Cuando notó que lograba realizarlo con relativa celeridad, el oficial continuó: —segundo: siempre deje sus pies separados a la misma altura que sus hombros y, cuando se mueva, hágalo de modo que sus piernas queden separadas. ¿Entendido? —A medida que desarrollaba su explicación, iba enseñándole las posturas—. Ahora usted, muchacho, bien, así se hace —finalizó, al ver que el pelirrojo imitaba sus movimientos con concentración y eficacia.

Mercedes estaba casi feliz, a pesar de que sus compañeros del escuadrón habían hecho un círculo a su alrededor y los miraban con atención, todavía no había escuchado risas socarronas ni burlas por lo bajo. Algo era algo.

—Bien, en tercer lugar, sea rápido en el ataque y, cuando esté defendiéndose, mantenga la hoja cerca suyo, así no debe estirarse para bloquear a su oponente, y siempre intente contraatacar la ofensiva de su enemigo, ¿ve? Ahora atáqueme, soldado —terminó el capitán, luego de acompañar sus directivas con movimientos ejemplificadores.

—¡Qué! ¿Para que vuelva a despatarrarme y ponerme en ridículo? ¡Ni pienso! Usted siga haciendo cabriolas nomás, que yo lo miro —le respondió la chica con un gesto alarmado que, ahora sí, provocó las carcajadas del improvisado público.

—No sea insolente, mocoso, no voy a lastimarlo, solo quiero mostrarle

cómo debe interponer la espada para protegerse de una embestida.

Mercedes lo observó con desconfianza y luego, con un suspiro resignado y movimientos precavidos, intentó saltar hacia adelante y adelantar su arma para golpearlo por el costado, perdiendo la estabilidad de su cuerpo en el trayecto, pero él interpuso su acero y la frenó en seco, mientras dirigía una mirada atenta a los ineptos pies de su aprendiz.

—¿Qué diablos cree que hace, muchacho? Casi termina cayéndose sobre su propia espada —lo increpó, antes de tomarlo con fuerza del brazo para enderezarlo con gesto alarmado, al ver que el gorgojo había recuperado su torpeza habitual.

—¡Oiga, don, largue que puedo solito! Me fui un poquito de costado nada más —le gritó la pelirroja, adelantando la barbilla con terquedad al tiempo que sacudía el hombro para soltarse.

—¡Y eso le sucedió porque intentó atacarme a los saltos y en puntas de pie como si fuese un bailarín clásico! ¡Por Dios santo! ¡Si hubiese hecho eso combatiendo usted ya estaría muerto! —“Y yo detrás de ti”, pensó Juan, “porque cuando el general se enterase de que su precioso intérprete había pasado a mejor vida, me degollaba sin asco”. Luego suspiró largamente, miró con fijeza al que se había convertido, en muy pocos días, en su mayor dolor de cabeza y continuó: —Debe saber que una postura firme y una apropiada ubicación de los pies son la clave para mantener el equilibrio durante la lucha. Cuanto más toque la base de su bota el piso, más firme estará en el suelo, lo que le dará mayor fuerza para sus embestidas. También tiene que tratar de mantener el pecho echado hacia adelante, eso impedirá que pierda el equilibrio cuando mueva la espada y le permitirá esquivar cualquier golpe fácilmente con un simple giro. ¿Ve cómo lo hago yo? ¡Ahora imíteme, vamos, que de los errores se aprende más!

—¡Ja, si eso fuese cierto yo ya sería un sabelotodo! —le respondió la chica con amarga ironía, antes de pararse con decisión y embestirlo como él le había mostrado. Al actuar con rapidez, lo tomó desprevenido y casi logra

desarmarlo. Cuando él pudo reponerse del ataque, vio que la miraba con una lenta, bella y apreciativa sonrisa, que le dibujó dos adorables hoyuelos en las mejillas e hizo destellar sus dientes blancos y parejos, derritiéndole el corazón. “¿Por qué tiene que ser tan hermoso, virgencita?”, se dijo la joven apartando la vista, con culpa y vergüenza por lo que él, aun inconscientemente, le hacía sentir.

—¡Muy bien, soldado! Se nota que aprende rápido. Lo felicito, pero, antes de dar por terminada la práctica de hoy, hay otras cosas importantes que debe conocer si quiere derrotar a un matucho en el campo de batalla: en primer lugar, tiene que tener en cuenta el terreno y el ambiente en el cual se dará la lucha. Por ejemplo, debe observar dónde el sol le dará a usted en los ojos para intentar hacer girar a su oponente y lograr que se encandile. Recuérdelo —le aconsejó el capitán, mientras tomaba de los hombros a su aprendiz y lo ubicaba de cara a la luz—. En segundo, cuando un godo lo ataque, su mejor defensa será dar pasos hacia los lados o deslizarse hacia los costados, eso no solo puede salvar su vida, sino que le dará la oportunidad para asestarle el golpe del triunfo. ¿Me comprende? —le preguntó a la vez que realizaba esos movimientos para ejemplificar sus dichos—. Ahora hágalo usted.

—¡Ufa! ¿Otra vez? ¡Ya estoy requete cansado!

—¡No sea maleducado, soldado! ¡Usted se cansa cuando lo autorice! Voy a atacarlo yo esta vez, así que defiéndase, vamos, es su turno, bloquéeme.

Con un gesto de impotente furia y el brazo dolorido y casi dormido de tanto sostener la espada, la chica obedeció, se corrió hacia un lado e interceptó certeramente el arma de su odioso entrenador con la suya, en tanto que gritaba como una enajenada.

A Juan le causó gracia ese alarido fuera de contexto y le preguntó con sorna:

—¿Qué fue eso, muchacho?

—¡Catarsis, mi capitán, catarsis! —le contestó la joven, aludiendo al término aristotélico usado para describir la liberación de pasiones en el teatro, porque eso era esto para ella, un enorme proscenio donde le había

tocado ser la actriz principal, pero con máscara masculina, al revés de los griegos, y en el cual no tenía margen para ningún error, porque de ello dependían la seguridad de su hermano y su felicidad futura. Dicho eso, tiró la espada a sus pies y partió a grandes trancos hacia la tienda hospital, dando por terminadas las prácticas del día.

—No se preocupe, señor, el gorgojo es terco y le falta criarse un poco, pero tiene pasta de guerrero, lo vamos a sacar bueno, ya va a ver —intervino el sargento Cuevas con un gesto apreciativo y dando una suave palmada en la espalda de Juan, que seguía mirando la retirada del cuzco desobediente con unas enormes ganas de estrangularlo, pero se las iba a tener que aguantar, vaya que sí, pensó con cansancio, al tiempo que se agachaba para alzar el arma que el otro descuidado había dejado abandonada.

Cuatro días después, las prácticas de esgrima continuaban, pero ya menos tensionadas, porque Mercedes era rápida e inteligente y había ido adquiriendo una enorme destreza, además, con el ejercicio intenso, los delgados brazos se le habían fortalecido y ya no se le acalambraban con el peso de la espada. Así y todo, debía seguir escuchando una y otra vez la misma letanía de ese porfiado inglés, que parecía obsesionado con que ella aprendiese y practicase hasta el último detalle de la lucha con arma blanca.

—Tenga siempre una defensa sólida. Errar un bloqueo o desvío puede ser fatal, así que debe protegerse bien. Para eso recuerde que tiene que mantener su acero en una posición que vaya desde la parte inferior de su torso hasta la parte superior de su cabeza. ¿Me está escuchando, soldado, o estoy hablando para los pajaritos? —lo interrogó su instructor, molesto al ver que el crío miraba hacia otra parte con gesto de hastío.

—¡Sí que lo escucho, pero soy chico, no tonto, y ya me repitió esas cosas como quinientas veces! —le retrucó la chica alzando los brazos al cielo.

—Y lo voy a seguir haciendo hasta que las aplique a la perfección, mocoso desagradecido —le respondió el joven, con tono amoscado, antes de continuar—. Solo para ver si estaba atento, dígame lo que le enseñé al principio de la

clase de hoy.

La chica lo contempló un instante, resopló, miró hacia el cielo, porque si veía esos preciosos ojos azules el pulso se le disparaba como por arte de magia y comenzaba a tartamudear, y recitó de memoria todas y cada una de las palabras que él le había dicho, pero en tono burlón y con gestos y ademanes exagerados que enfatizaran su hartazgo:

—Al inicio de la lucha su espada debería estar extendida, alejada a una distancia cómoda de su cuerpo y apuntada hacia la garganta de su enemigo, o quizás a su ojo. Esto se conoce como ponerlo “en la mira” o ponerse en guardia.

—¿Qué más? —lo acicateó el oficial, que no dejaba de asombrarse con la impresionante memoria que tenía ese bicharraco sucio.

—Mantenga los codos flexionados y cerca de su cuerpo. Un luchador inexperto tiende a estirar sus brazos para mantener a su enemigo alejado, pero esto puede disminuir su capacidad de estocar y desviar ataques rápido. Debe extender su espada hacia su enemigo y no sus brazos. ¿Ya está? ¿Me puedo ir? —terminó de recitar Mechi, impotente y angustiada porque tenerlo tan cerca de ella, siempre impecable y con aroma a limpio, cuando ella ya no soportaba más su suciedad y el olor de su propio sudor, la ponía de muy mal humor.

—Déjelo, mi capitán, ya está bueno, el “gorgojo” se ha ganado un más que merecido descanso —intervino el cabo Farías con un gesto que pretendía ser compasivo, pero que era desmentido por su tono de burla.

—¡No me llame así! —la joven se le fue encima al “convidado de piedra” con los puños cerrados, los ojos echando chispas y ganas de estrangularlo.

Para evitar una pelea, Juan se adelantó, tomó al mocosito de la tela de la parte trasera de los calzones y lo tironeó hacia atrás, mientras gritaba con voz de mando: —¡Basta los dos!

—No lo hago adrede, señor, es que el apodo se me pegó —se disculpó el cabo con tono contrito, en tanto que miraba al nuevo soldado con una sorna que volvía a desmentir su dicho.

—¡Pues se lo despega ya o se lo voy a sacar yo a patadas en el culo! —gritó la chica furiosa, después le pegó un fuerte cachetazo en el dorso de la mano a su oficial para que la soltase y volvió a arremeter contra Farías hecha un basilisco. ¡Ya estaba harta de esforzarse como una desgraciada y que estos inútiles, buenos para nada, la siguiesen tomando para el churrete!

El capitán, molesto por el golpe y la desobediencia, volvió a tomarla del amplio pantalón, agarrando esta vez una porción de trasero, en tanto que comentaba con burla: —¡Vaya, mocosos! Parece que le sigue faltando ejercicio, porque tiene las posaderas anchas y blandas como las de una mujer. En vez de andar ofreciendo patadas, yo le aconsejaría unas cuántas flexiones y sentadillas para endurecer un poco el cuerpo.

—¡Váyanse bien a la mierda! —les aulló la joven con gesto impotente y los ojos brillando de indignación, antes de alejarse corriendo hacia su catre para poder llorar a sus anchas. ¿Qué diablos se creía ese remilgado huele a cirios? ¡Jamás la habían tocado de una forma tan desvergonzada para después burlarse con crueldad como si ella fuese solo un pedazo de carne! —¡Bestia, insensible, bruto, inglés! —terminó la chica con el último insulto que se le ocurrió antes de que los fuertes sollozos le borrarán hasta los pensamientos.

—Y, cuando se enoja, también chilla como una mujercita... ¿No será medio manflorón? —comentó el cabo con duda, luego de un tenso y culposo silencio, en tanto que veía al chico alejarse a la distancia.

—La boca se le haga a un lado soldado, lo único que nos faltaba es meter a uno de esos en el regimiento. Igual no creo que lo sea, es solo un muchachito que ha quedado sin modelos masculinos familiares y está criado entre mujeres, ¡y no se le ocurra repetir sus dudas delante de nadie! ¿Está claro?

—Claro como un manantial, mi capitán.

Para Mercedes, esas dos semanas en el cuartel resultaron mucho más complicadas de lo que pensaba también en cuestiones íntimas. Por ejemplo, ella no podía orinar al aire libre cuando le viniesen ganas como hacían los otros soldados, y encima, verlos le originaba una enorme vergüenza, que debía

disimular para que no se riesen más de ella. La primera vez que un teniente había sacado desvergonzadamente su miembro delante de ella para evacuar su vejiga en el pasto, ella había salido corriendo con ojos espantados, lo que había provocado las carcajadas de los que estaban a su alrededor. Por otra parte, el excusado estaba muy lejos y siempre ocupado, y todo se hizo más difícil cuando llegó, puntual, su menstruación. Debió levantarse de noche y a escondidas para poder enterrar, en un lugar alejado, los paños sucios que había utilizado ese día, porque no tendría cómo justificar su lavado, ya que la ropa se fregaba y enjuagaba, por lo general, en las barrancas cercanas del río y a la vista de todos. Lo mismo sucedía con su higiene personal, ya que, con el intenso calor, las apretadas vendas se le hacían más insoportables y, al transpirar, le irritaban la piel, sobre todo en los senos, y mientras los demás soldados se bañaban desnudos casi a diario en la corriente de agua, ella debía conformarse con darse incómodos baños de esponja, de noche y encerrada en el excusado, porque las tiendas de campaña en las que dormía eran multitudinarias. La palabra intimidad era un vocablo inexistente en ese impúdico y desfachatado mundo de hombres y ella prefería que la siguiesen acusando de roñosa, a arriesgarse a ser descubierta. Pero las cargadas y reclamos le dolían mucho, sobre todo cuando provenían de Juan, que estaba cada vez más obsesionado con el tema de su supuesta suciedad. Es que, muy en el fondo, la mujercita que seguía escondida detrás de ese camuflaje, ansiaba que él alguna vez volviese a mirarla con la admiración con que lo hizo el día de la fiesta y no frunciendo la nariz como si su cercanía lo asqueara. ¿Sería que ese tipo había nacido con una pastilla de jabón en la mano? Se preguntó molesta luego de que él le ordenara, por tercera vez en el día, que se diese un buen baño en el río.

Como siempre, la irresistible atracción que sentía hacia el oficial, solo con escuchar el grave timbre de su voz o verlo caminar hacia ella con su cuerpo fibroso y su elegancia natural, hizo que la muchacha reaccionase con agresividad, como un torpe mecanismo de autodefensa, y le respondiese con

tono beligerante y cruzándose de brazos:

—¡No pienso ir! ¡Estoy muy cómodo así!

—Es que, si no lo hace hoy, ya no podrá hacerlo por largo tiempo, porque mañana partimos hacia la montaña —insistió él, con gesto serio y tratando de ser paciente, en tanto se preguntaba a quién carajos habría salido tan mugriento ese cristiano.

—Mire, capitán, lo aguanté cuando casi me hace matar con la bayoneta, lo aguanté con el machaque de enseñarme a usar la espada, lo aguanté con la cháchara sobre cómo disparar, cuando sé muy bien que soy mejor tirador que usted y todos esos papagayos juntos, le aguanté lo burlón y lo cargoso, ¡pero esto no se lo voy a aguantar! ¡En mi cuerpo mando yo, y si a usted no le gusta, pues se aguanta!

Para ese momento Juan ya había perdido totalmente la paciencia, emperrado en que el cuzco roñoso se bañase como fuera y sabiendo que era muy liviano, ya se había decidido a cargarlo sobre sus hombros, llevarlo hasta la correntada y tirarlo atado al agua como si fuese un matambre, cuando lo detuvo la voz imperiosa de un edecán de San Martín:

—Venga pronto, capitán, el general quiere reunir a sus oficiales para darles las últimas directivas antes de partir.

El joven asintió con desgano, luego miró fijo a su rebelde subordinado, en tanto que lo señalaba con el dedo índice y le decía: —Esto no va a quedar así, continuaremos esta discusión más tarde. —Después giró sobre sus pies y se dirigió hacia la tienda de campaña de su jefe.

Pero no hubo tiempo de volver sobre el tema, porque la reunión duró hasta el anochecer y, al terminar, decidieron cenar frugalmente, controlar los víveres, municiones y pertrechos y acostarse temprano, porque partirían al amanecer. Así fue que el 23 de enero de 1817, se puso en marcha la retaguardia del grueso del glorioso Ejército de los Andes, comandada por el valiente general José de San Martín. Estaba integrada, en su mayoría, por los escuadrones uno y dos de granaderos, la escolta y los hospitales de campaña, luego iban el

resto de la artillería más liviana y el parque de municiones y, cerrando la marcha, un grupo de experimentados gauchos arreaban un numeroso hato de vacas y una tropilla de caballos adiestrados para el combate.

Eran la última y más numerosa columna que iniciaría ese terrible cruce por el Paso de Los Patos y lo que ninguno de esos hombres: osados o asustados, soñadores o realistas, patriotas u oportunistas, que cabalgaban hacia la gloria o la muerte, sabían, era que, con ellos, pisando firme y con la frente en alto, con la mirada altiva pero dulce de su raza mestiza dirigida a la imponente montaña, viajaba una mujer.

Capítulo 6

EL CRUCE DE LOS ANDES

Al iniciar la travesía todos los hombres iban montados en mulas, avanzaban despacio, pero sin pausa, en medio de un paisaje cambiante. Había horas en las que atravesaban valles y quebradas más amplios y con mayor vegetación, donde los soldados podían cabalgar en grupos, pero, a medida que ascendían cada cordón montañoso, el pasto se volvía amarillento y escaso, los arbustos secos y espinosos comenzaban a campear por doquier, y los caminos, pedregosos y de tierra colorada, iban haciéndose más estrechos hasta convertirse en pasadizos que, a pesar de la abnegada labor de los zapadores que habían trabajado sin descanso, ampliando las sendas al frente de la vanguardia, muchas veces no llegaban a tener más de cuarenta centímetros. Aquí el riesgo de desbarrancamiento se hacía enorme, ya que un choque de la carga del animal contra las piedras o una pisada en falso sobre terrones movidos podía significar la caída de la mula y su jinete al precipicio. El peligro se volvió aún mayor cuando, avanzando los días y al llegar las tropas a los picos de la montaña, el hielo y la nieve hicieron que el sendero se tornase mucho más resbaladizo y el frío intenso entumeció los miembros, quitándoles movilidad y flexibilidad. Por otra parte, el soroche provocado por las grandes alturas, produjo desmayos por la falta de oxígeno, los que, en algunas ocasiones, terminaron en muertes por edemas pulmonares o cerebrales y paros cardiorrespiratorios, y en otras, caídas al vacío, las cuales, en el

mejor de los casos, trajeron aparejadas quebraduras y traumatismos de cráneo y, en el peor, se llevaron con ellas el aliento de vida de hombres y animales. A pesar de que todos respetaron las órdenes del jefe de estado mayor de comer mucha cebolla, ajo y ají picante, e incluso untárselos debajo de las narices, muchos soldados, sobre todo los que se habían criado en zonas llanas, no tenían organismos adaptados para soportar las grandes alturas, por eso, al vivir en zonas montañosas, los hombres que eran de origen mendocino, puntano y sanjuanino fueron los que mejor sobrellevaron el apunamiento. Como precaución, en esos pasos riesgosos la mayoría avanzaba a pie, en fila india y llevando a la mula de tiro.

Por otra parte, andando los días, a medida que ascendían, el pasto se volvió casi inexistente y debieron atravesar varios kilómetros sin encontrar ni un simple arroyo, a la vez que comenzaron a escasear las provisiones de agua y de heno. Por estas razones, las mulas comenzaron a padecer el hambre y la sed, estos, sumados al cansancio de transportar pesadas cargas, hacían que, de repente, las bestias doblasen sus patas delanteras y cayesen desplomadas al vacío.

Día por medio iban y venían los jóvenes chasquis que trasladaban la información de un general a otro, y los datos más buscados eran siempre los mismos: cuántos muertos había habido ese día en cada columna. En lugares llanos las bajas eran menores, pero en los escarpados y altos, donde el frío se acentuaba, se contaban por decenas. La mayor cantidad de fallecimientos se produjo cuando, a pesar de estar en verano, en las altas cumbres debieron afrontar, además, fuertes tormentas de nieve y viento en lugares donde no había dónde refugiarse ni espacio para armar una tienda de campaña. En esas noches, con temperaturas de diez grados bajo cero, y a pesar de las gruesas mantas con las que se envolvían, muchos soldados amanecieron sentados a lo arriero, con sus ponchos y chambergos cubiertos de escarcha e irremediablemente muertos. El violento frío hacía que incluso desvestirse para defecar trajese aparejado el riesgo de perecer escarchado. Hubo además dos

casos en los que, al tratar de sacar sus pies congelados de adentro de sus botas, los soldados dejaron uno o dos dedos pegados a estas por el hielo.

Esto se producía también porque, durante el día, avanzaban con temperaturas de más de treinta grados, esto hacía que las medias de lana se humedeciesen con el sudor y si no eran cambiadas al anochecer por otras secas, en la helada oscuridad la humedad se congelaba y pegaba la piel escarchada al calzado.

Por otra parte, el sol intenso del mediodía y el rigor de la nieve hacía que tuviesen las manos y el rostro cuarteados, despellejados y quemados, y las variaciones de temperatura entre el día y la noche les habían llenado las extremidades de dolorosos y urticantes sabañones.

Más allá de todas las peripecias, el charquicán, de carne secada al sol, tostada, molida y condimentada con grasa y ají picante, que con solo la adición de agua caliente y harina de maíz tostado proporcionaba un potaje tan nutritivo como agradable, seguía manteniendo fuertes a los vivos. A pesar de que la moral de la tropa había decaído entre tanto padecimiento, el patriotismo y la convicción de la importancia que tenía su misión para lograr la libertad de los pueblos americanos hacía que continuasen avanzando, siempre adelante, siempre hacia Chile. Pero quien más hacía que no bajasen los brazos era el mismo San Martín, quien predicaba con su ejemplo, era el primero en levantarse y el último en acostarse, no comía hasta que no veía que todos sus soldados tenían un plato lleno frente a ellos y no cesaba de alentarlos nunca. Incluso cuando volvieron a aparecerle otra vez los viejos dolores de estómago con vómitos de sangre, a lo que se le agregaron dolores reumáticos que lo dejaron casi inmóvil y debió ser transportado por varios días en una camilla, su ánimo y confianza no decayó, dándole fuerza a sus muchachos para continuar la marcha. Avanzaban entre veinticuatro y veintiocho kilómetros por día, dependiendo de las características del terreno y las dificultades que surgiesen. De vez en cuando, llegaban informes de las otras columnas, que habían tenido ya varios enfrentamientos con los realistas e iban despejando el camino hacia el país hermano.

Los días en los que arribaban a un valle entre las montañas, con un río de agua helada y cristalina a cuya orilla poder acampar, armar las tiendas y quitar las cargas a las mulas para que pudiesen descansar y pastar, que fueron muy pocos, eran jornadas de fiesta. Ahí podían bajar un poco la guardia y dormir recostados sobre mantas, y a la noche, sentados alrededor del fogón, hasta solían escucharse el rasgueo de las guitarras y las gruesas voces de los soldados entonando algún cielito de Bartolomé Hidalgo, el gaucho poeta que escribía canciones animando a las tropas. Incluso a San Martín, que sumaba a su devoción por el juego de ajedrez y su vicio por el cigarrillo, el gusto por templar las cuerdas, se lo oía, de vez en cuando, cantando con voz de tenor:

Si de todo lo criado
es el cielo lo mejor,
el cielo ha de ser el baile
de los pueblos de la unión.
Cielo, cielito cantemos,
cielito de la unidad,
unidos seremos libres,
sin unión, no hay libertad.

Y de veras había unión en ese enorme ejército, que terminó siendo conformado por rioplatenses y chilenos casi en partes iguales, a medida que las columnas patriotas avanzaban e iban sumando nuevos adeptos y combatientes del otro lado de la cordillera.

Además, en las largas y frías noches de los valles de montaña, se escuchaba el alegre sonido de los tambores, acompañados de cantos y bailes de candombe casi rituales, que los soldados afroamericanos habían heredado de sus ancestros y con los que invocaban al Dios cristiano y a sus ídolos paganos para que los condujesen hacia el triunfo y la libertad.

Porque ellos también estuvieron allí y fueron un pilar fundamental en las victorias, ya que la historia cuenta que, de los más de dos mil quinientos

valientes y arriesgados negros y mulatos libertos que conformaron los escuadrones de infantería del Ejército de los Andes, siendo casi la mitad de su número total, y que integraron las vanguardias en el frente, como carne de cañón en todas las batallas, solo ciento cuarenta y tres pudieron regresar con vida a su patria, muchos años después. Sin embargo, a pesar de su probado heroísmo, coraje y fidelidad a la causa, sus batallones no podían mezclarse con los de los hombres blancos y casi no hubo oficiales de color, salvo la excepción del soldado Barcala, único afroargentino que llegó a obtener el grado de suboficial, lo que demuestra que los siglos de racismo y discriminación, de los cuales San Martín tampoco estaba exento, siguieron jugando un destacado papel y fueron la sombra que opacó las luces de las gloriosas guerras independentistas americanas.

En un contexto tan inhóspito y peligroso, la preocupación de Juan por el bienestar y la seguridad de su rebelde protegido, cuyo cuidado le habían endilgado sin comerla ni beberla, se acrecentó al punto de volverse casi una obsesión, porque era la palabra de honor de su amado general la que estaba en juego. Por otra parte, y a pesar de que el mocoso le sacaba canas verdes, no había podido evitar encariñarse con él, ya que el gorgojo tenía el don de provocarle carcajadas con sus disparatadas ocurrencias, hasta en los peores momentos, aquellos en los que la muerte, sorpresiva e injusta, de queridos compañeros de armas, le había borrado hasta la risa. Además, el chico había resultado un gran colaborador, que nunca le hacía asco al trabajo: era el primero en levantarse, al amanecer, para encender fuego y preparar el mate cocido y el charquicán, en lo cual era muy diestro, el primero en embalar los pesados pertrechos y cargar las mulas, a pesar de que su cuerpo pequeño y sus bracitos flacos no lo acompañaban, el último en sentarse a comer, una vez que todo el grupo estaba atendido, y el último en ir a acostarse, luego de haber ordenado el desastre de ropas y elementos que sus hombres dejaban por doquier. A pesar de su eterna suciedad, el muchachito era ordenado y meticuloso como una señorita inglesa, y todo eso lo hacía sin que nadie se lo

pidiese. Por eso el capitán lo defendía y lo cuidaba de todo y de todos. Durante el día no le permitía alejarse a más de veinte metros de distancia de su lado y, cuando atravesaban terrenos escarpados, el oficial se desplazaba a pie, llevando de tiro a la mula sobre la que iba montado, e impregnado de ajo y cebolla por las dudas, su pequeño intérprete. Este, hasta el momento, no había tenido que hacer uso de sus conocimientos lingüísticos, porque los únicos seres vivientes que se habían encontrado por el camino eran serpientes, guanacos y algún que otro puma solitario, ya que estos últimos seguían de lejos al ejército, dispuestos a devorar cuanto mula u hombre cayese por el precipicio. Sin embargo, de los aguerridos pehuenches, por ahora, ni noticias. En las noches heladas, ya sea que durmiesen sentados a lo arriero o recostados sobre las monturas, a la intemperie, o dentro de las tiendas de campaña, lo hacía pegarse a su lado y lo ahogaba de ponchos y mantas, al punto tal que solo quedaban visibles los vivaces y amoscados ojos verdes.

Pero a pesar de todas las precauciones que había tomado el capitán para que el soldado Luis estuviese a resguardo, hubo varias situaciones a lo largo del viaje, en las que la vida de jovencito estuvo en peligro.

La primera sucedió tres días después de la partida, ¡culpa de la bendita manía del mocoso de irse a orinar a cinco kilómetros de la tropa! Era de tarde y habían hecho un alto en una quebrada, para merendar y descansar las piernas, cuando el oficial notó que el gorgojo no se veía por ninguna parte. Por supuesto, salió a buscarlo sin demora, ese espantajo era un imán de problemas, y él estaba seguro de que, si había un matucho, un indio o un puma escondido en los alrededores, iba a encontrar primero al crío, de cajón.

En lo que nunca pensó fue en las serpientes, eso hasta el instante en que vio, en una sola mirada y a unos diez metros de distancia, a su protegido prendiéndose los pantalones y observando el suelo con gesto horrorizado y a una yarará adulta, venenosa y letal, enroscada sobre sí misma, con las fauces abiertas y a punto de saltar hacia él.

—Quédese quieto —le ordenó Juan con tono bajo y pretendidamente calmo,

al tiempo que desenfundaba su mosquete y apuntaba al reptil, sabiendo que el menor movimiento iba a provocar que el agresivo bicho mordiese al chico. Sin embargo, el gorgojo, que estaba como atontado, en lugar de hacerle caso, giró y salió corriendo hacia él dando alaridos. Por supuesto la víbora saltó detrás. Gracias a Dios a él no le había fallado la puntería y el tiro de su mosquete había terminado decapitando a la yarará estando en el aire y con sus peligrosos colmillos a diez centímetros del gordo trasero de ese papanatas. Cuando pudo tragar el nudo que se la había formado en la garganta y que le daba toda la sensación de tener los testículos atorados allí de puro susto, el capitán comenzó a gritarle a su subordinado haciendo grandes ademanes: — ¡¿Por qué carajos hizo eso?! ¿No se da cuenta de que, si yo erraba ese disparo, usted ahora estaría agonizando?

—E es que le tengo fo fobia a las vi víboras —se justificó la chica, al tiempo que temblaba como una hoja y miraba la cabeza del reptil con gesto aterrado.

—¡¿Y qué mierda hacía tan lejos?! ¡¿No puede cagar cerca del campamento como cualquier tipo prudente y precavido?! —volvió a gritarle Juan, perdiendo totalmente la paciencia.

—¡No sea ordinario! ¡Además no estaba defecando, estaba haciendo pis! — aclaró la joven, ya más repuesta y con el ceño fruncido.

—¡Mucho peor todavía! ¿Por qué no puede mear a metros de la tienda como lo hacen todos? ¿Cuál es su maldito problema? ¡Santo Dios, está entre hombres! ¿Qué diablos tiene miedo que le vean? Si es porque la tiene muy chica, no se preocupe, nadie va a asombrarse por eso, hay varios en esa situación y no se andan escondiendo, se lo aseguro —terminó resoplando como un toro embravecido, porque, por un segundo, se había visto cargando el cajón fúnebre del fastidioso crío.

—¡Cómo se atreve a faltarme el respeto de esa forma! ¡Usted es un salvaje, una bestia, un bruto, maldigo la hora en la que al general se le antojó ponerme bajo su cuidado! —le gritó la chica, roja de la furia y la vergüenza y alzando

los brazos al cielo en plena rabieta.

—¡Pues yo también! —le retrucó él con impotente enojo, antes de girar y volverse hacia el campamento a grandes trancos, confuso y molesto, porque algo en las palabras y en la mirada de fuego del muchacho lo había hecho acordar del final de su diálogo con Mercedes, y eso le había dejado un gusto amargo en la boca y un revoltijo en el estómago. Claro, eran mellizos, era más que normal que tuviesen los mismos gestos, pero la incómoda inquietud que había tenido al notarlo no lo abandonó por el resto de la jornada.

Esa noche, por primera vez, soñó con ella: él se encontraba en su casa de Buenos Aires, acostado en su enorme cama de roble con dosel y rodeada de tules a su alrededor, para protegerlo de los mosquitos. Era verano y hacía mucho calor, por eso él estaba desnudo, pero Carmina se apareció llevando una lámpara en la mano y con el abrigado y cerrado camisón con ojal que le cubría todo el cuerpo, luego se apoyó contra la pared y se quedó quieta. De repente, iluminado con las cambiantes luces de la llama, su rostro comenzó a transfigurarse, sus ojos redondos y oscuros se almendraron y adquirieron los matices del pasto de la pampa luego de una copiosa lluvia, sus pómulos se alzaron, su boca se hizo más gruesa y marcada y su cabello se alargó más, se onduló y se aclaró, tomando la coloración del fuego... Ante él estaba ahora Mercedes, y lo miraba fijo, con el mismo gesto desafiante que había usado el día que la conoció. Él deseaba ir hacia ella, pero no podía moverse, estaba paralizado, solo podía admirarla en silencio, mientras sentía cómo su sexo se iba llenando de una sangre espesa y caliente que lo hacía alzarse hacia esa imagen. Instantes después, la chica se agachó para dejar la lámpara encendida en el piso y, luego de levantarse, tomó con ambas manos los orillos del odiado ojal y fue rasgando la tela con lentitud, hacia arriba y hacia abajo, sin despegar sus ojos de los suyos. Cuando el camisón estuvo totalmente roto, lo dejó deslizar por sus hombros hacia atrás, quedándose completamente desnuda, y dejó a su vista esa sublime belleza que él había adivinado debajo de sus ropas la noche de la fiesta. Desde el suelo, la claridad y movimiento

que proyectaban las llamas iban dibujando sus suaves contornos, su piel blanca e inmaculada, sus senos erguidos, su ombligo hundido y sus amplias caderas en cuyo centro se anidaba un pubis rojizo y oscuro. En ese momento, él sintió cómo un incontenible deseo de poseerla le destrababa los brazos y las piernas y le permitía, ahora sí, levantarse e ir hacia la joven, que seguía mirándolo con ojos enigmáticos y sensuales, alzarla en brazos y recostarla sobre el amplio colchón de plumas. Sin hablarlo, ella alzó sus brazos delgados hacia él en una muda invitación, que el Juan de su sueño aceptó con un agradecido fervor, antes de recostarse con cuidado sobre la chica y comenzar a besarla con pasión. Ella le respondió entrelazando su lengua húmeda y caliente con la de él, en un duelo tierno y lujurioso. Él empezó a acariciarle los pechos con suavidad, pero, al tiempo que su mente lo instaba a alargar esos momentos explorando despacio todo su cuerpo con las manos y la lengua, sus riñones doloridos y su sexo hinchado lo acuciaban a enterrarse en su interior sin demoras. Y fue su instinto animal el que ganó la partida porque, instantes después, ciego a todo lo que no fuese su propio placer y el de ella, la penetró con fuerza y ambos comenzaron a moverse al unísono en una danza de apareamiento exquisita y única, que le estaba provocando un goce tan intenso que era casi doloroso, hasta que, sin razón alguna, Mercedes comenzó a darle pequeños puñetazos en el estómago mientras le decía con voz alarmada:

—¡Capitán, despiértese, capitán!

Con la mente embarullada de deseo y el sexo duro como un granito, Juan debió abandonar su fogoso sueño para caer de nuevo en la triste y desoladora realidad del amanecer en la tienda, acostado de costado sobre una dura manta, rodeado de hombres sucios, barbudos y oliendo a chivo, y con unas ganas insoportables de acogotar al mocoso insufrible que lo había despertado a golpes y en el mejor momento.

Hablando con tono furioso, pero bajo, para no alertar a los otros, el oficial le espetó: —¡¿Qué mierda le pasa ahora?!

—¡Qué me está apoyando, eso me pasa! —le respondió la chica, con su

torso girado hacia él, echando chispas por los ojos y con tono rabioso, porque se había despertado alarmada, con la manaza del oficial que apretaba firmemente su cadera, con su espalda pegada al pecho de él, y con una dureza, que mejor ni preguntarse qué era, presionando con fuerza contra uno de sus glúteos.

—¿Apoyando qué?! —le preguntó el capitán, adormilado y con el cerebro todavía atontado por el maravilloso sueño que... ¿Por qué rayos no le había dejado al menos terminarlo? ¡Estaba convencido de que este incordio había entrado al Ejército de los Andes para joderle la vida a él!

—¡Pues no sé qué es, pero no es su mosquete, porque lo estoy viendo colgado ahí arriba! —le aclaró la joven, roja de vergüenza y señalando con la frente al arma que, en efecto, se encontraba prolijamente guardada en su funda de cuero y cuyo cinto estaba atado a uno de los tirantes que sostenían la tienda y colgaba directo sobre sus cabezas.

Ahora fue el oficial quien se puso de un tono escarlata y, profundamente abochornado, giró rápido, se colocó boca arriba y alzó los muslos para disimular su erección. Luego cerró los ojos con fuerza y respiró hondo varias veces para calmarse y tratar de elaborar una disculpa razonable, sin embargo, terminó saliendo con lo que pudo:

—Disculpe si lo molesté, no fue mi intención... es que estaba soñando y... bueno, usted sabe, son cosas que nos suceden a los hombres cuando dormimos —finalizó el capitán frunciendo el ceño, incómodo y humillado por su propia debilidad.

“¡Como si yo tuviese la obligación de saber algo sobre la anatomía masculina cuando ni siquiera puedo comprender la mía!”, ironizó mentalmente la chica, que había vuelto a acostarse de lado, de espaldas a él, y estaba estática. Pero, teniendo en cuenta que ese trozo de irrealidad era algo que a él lo había inquietado por completo, su espíritu fisgón pudo más y minutos después le preguntó con cautela:

—¿Y fue un buen sueño?

—Sí, fue un maravilloso sueño —le respondió el oficial, al tiempo que colocaba ambas manos detrás de su nuca con un hondo suspiro de pesar.

—¿De qué colores? —insistió la muchacha, intentando averiguar más, como en la época en la que jugaban con su padre y sus hermanos al “veo veo”.

—Blanco, rojo y verde —le contestó Juan, con una soñadora y crítica sonrisa que relumbró en la claridad del amanecer y la dejó aún más curiosa de lo que había estado antes.

Eran los inicios de febrero, al atardecer, y, días después de los dos altercados, Mechi seguía ofendida y sin dirigirle la palabra. ¿Qué se pensaba ese sinvergüenza? ¿Cómo iba a hablarle con ese desparpajo de cosas tan íntimas? ¿Y qué le importaba a él adónde hiciera ella sus necesidades? ¡Bruto! Y después, a la noche, casi le había molido los huesos de la cadera al estrujarla y encima le había apoyado esa cosa. Que era de lo único que se había disculpado, dicho sea de paso. ¡Y encima se hacía el enojado! Porque él tampoco le había hablado mucho en esos días. ¿A ver si todavía pretendía que ella le diese las gracias por salvarla de la víbora? Y la verdad es que ella debería haberlo hecho, pensó, con la culpa carcomiéndole la conciencia... y lo hubiese hecho si él no le hubiese gritado esas barbaridades. ¡Ma' sí, que se jorobe! Terminó su monólogo interior mientras lo observaba de soslayo. Bello, erguido y fuerte, él caminaba delante de la mula en la que ella cabalgaba y a la que la chica había bautizado con cariño “Lolita”, y llevaba al animal de las riendas sumido en un silencio sepulcral, el cual rompió, instantes después, para ordenarle con tono seco y sin mirarla:

—Saque los pies de los estribos.

—¿Por qué?

—Porque yo lo ordeno. ¿O es que piensa cuestionar todas mis órdenes? Sáquelos ya mismo —insistió el capitán, preocupado porque estaban atravesando el mayor pico del cordón montañoso de El Espinacito, a casi cinco mil metros de altura, y, por más que le había refregado ajo y cebolla en

el hocico, ya era la tercera vez que esa mula, que había resultado tan terca y molesta como su dueño, sacudía su cabeza como si quisiese espantarse las moscas, lo cual era una señal inequívoca de apunamiento. A él mismo le venían zumbando los oídos, le dolía la cabeza, se sentía fatigado y había perdido parte de su audición desde hacía un rato, pero se obligaba a seguir adelante, en tanto que vigilaba al mocoso, al que aún no le perdonaba que lo hubiese arrancado de ese excitante sueño y en el mejor momento. El diablito iba de lo más campante, como si la altura no lo afectase en lo más mínimo. ¡Cuyanos suertudos! Se dijo con envidia. Ya eran ocho animales y cinco cristianos los que habían muerto ese día en su columna, ahogados por sus propios pulmones, y largando sangre por nariz y boca, y el desfiladero por el que transitaban se afinaba cada vez más, a tal punto que él tuvo que ubicarse delante del equino, en fila india, para que pudiesen pasar.

Para la joven todo ocurrió en un segundo, de pronto Lolita, que venía estando inquieta desde hacía un rato, dobló sus patas delanteras e inclinó su débil corpachón hacia el precipicio, arrastrándola con ella. Mechi lanzó un alarido de desesperación, porque sabía que debajo había un abismo de más de noventa metros y nadie podía sobrevivir a un golpe así. Cuando ya creía verle la cara a la muerte, en tanto que su cuerpo se deslizaba hacia el vacío, sintió que una mano la tomaba con fuerza de la muñeca y la sostenía colgando en el aire, en tanto que escuchaba los rebuznos doloridos y el fuerte sonido que hacían los huesos de la pobre bestia al golpear contra las piedras en su caída.

—¡Aguante, muchacho, aguante! —Ella oyó la voz del oficial desde arriba, mientras un terrible ardor parecía quemarle el brazo que estaba sosteniendo todo el peso de su cuerpo. La chica dirigió su mirada hacia el fondo del acantilado y vio a su mula, deformada sobre el duro fondo en una postura extraña y en un charco de sangre, luego sintió que una gota caía sobre su mejilla y, al mirar hacia arriba con desesperación, notó que era sangre que brotaba de la nariz del capitán. “¡Dios santo, está apunado él también!”, pensó angustiada. No obstante, el hombre no la soltó, en cambio, arrodillado sobre el

sendero, le tendió la otra mano y le ordenó con voz de mando: —¡Levante su otro brazo y agárrese del mío! —Ella lo intentó, pero no pudo, el miedo la había paralizado—. ¡Vamos, Luis, usted puede! —insistió el oficial en tanto que se estiraba más hacia el vacío. Y fue allí que la muchacha, con un esfuerzo sobrehumano, alzó su mano libre y tomó la de él, que la estrechó con fuerza. Para ese momento ya habían llegado tres compañeros, que lo enlazaron del torso y lo llevaron hacia atrás y arrastraron con él a la chica.

Al verse de nuevo sobre terreno firme y a salvo, el alivio y agradecimiento que sintió Mercedes hicieron que, sin pensar en lo que hacía, se arrodillase al lado de su salvador y lo abrazase con fuerza, en tanto que lloraba a gritos y enterraba la nariz en su grueso cuello. ¡Dios santo! ¿Por qué rayos ese hombre tenía que oler siempre tan bien cuando ella era un basural ambulante? Se lamentó mentalmente, sintiendo cómo los ya conocidos colibríes, que aparecían cada vez que lo tenía tan cerca, le aleteaban rabiosos en el estómago y el vientre y le provocaban un calor quemante y doloroso. Sabía que debía alejarse, pero no lo hizo, de todos modos, él también apretaba los brazos con fuerza alrededor de su cintura, sin aparentes intenciones de soltarla. Suspiró agotada, en tanto que se felicitaba en su mente por haberlo obedecido y retirado los pies de los estribos, porque, de no hacerlo, hubiese quedado enlazada al animal y muerto junto con él. Luego de un eterno minuto, al ver que le había empapado la piel y el cuello de la chaqueta con lágrimas y baba, la joven se obligó a apartarse de su lado, lo que no pudo es obligarse a no mirarlo. ¡Su valiente capitán! Vio que él también la observaba con sus preciosos ojos azules velados por el soroche y una leve sonrisa satisfecha, y en ese instante, sin ningún género de dudas, supo lo que no había querido reconocer antes ni para sí misma: lo amaba, lo amaba con destemplanza, con desesperación, con un deseo desconocido y agrisado, amaba su rostro, su piel trigueña, su cuerpo fuerte, sus labios gruesos, sus infantiles hoyuelos, su nariz imperfecta, su voz grave, sus manos anchas, su risa franca, sus gritos y hasta sus gigantescas rabetas, lo amaba a él, con locura, sin vergüenzas, ahora y

para siempre. Pero sabía que no podía amarlo, porque en algún lugar no muy lejano, él tenía una mujer y un bebé por nacer que lo esperaban y ella jamás podría interferir entre ellos, tampoco podía seguir mirándolo con esa devoción, se amonestó a sí misma mientras se secaba las lágrimas, porque corría el riesgo de que él pudiese leer el amor en su mirada y la creyese un manflorón, o peor aún, que descubriese su verdadera identidad. Así que, con un suspiro doliente y resignado, llevó los brazos hacia atrás, tomó las manos de él para que la soltase y se alejó de su cuerpo duro y cálido, que la había confortado, con un profundo sentimiento de pérdida, pero con la convicción de que era lo único decente que ella podía hacer, si quería seguir sintiendo respeto por sí misma.

Igual, la preocupación de la joven fue en vano porque el oficial, sumido en un feroz ahogo de soroche, solo distinguía un leve esbozo de la silueta de su subordinado, de todos modos, antes de caer en un oscuro túnel de inconsciencia, alcanzó a decirle, con un tono a medio camino entre el orgullo y el alivio: —Bien hecho, soldado.

Sabiendo lo sucedido al capitán Williams y a otros integrantes de su columna, San Martín ordenó hacer un alto para descansar y darles tiempo a que los organismos se acostumbrasen a la altura. Por esa razón, Mechi pasó las siguientes dos horas sentada sobre el duro sendero, con la espalda contra las piedras y la oscura cabeza del hombre que amaba recostada sobre sus muslos. Le dio agua de a ratos para que se hidratase y soportó con entereza las ganas enormes de acariciar su rostro y su cabello, como un modo de expresarle su consuelo y su afecto.

Por esos días, los chasquis enviados por los otros grupos traían noticias venturosas: la columna de Uspallata, comandada por Las Heras, se había enfrentado a los realistas en Pichueta, Potrerillos y Guardia Vieja, con resultados auspiciosos para los patriotas.

Así luego de dos escaramuzas y un bravo combate, la misión de este grupo quedaba cumplida: ese paso hacia Chile ya había sido allanado y limpiado de realistas, solo les quedaba esperar la llegada de la columna de Los Patos, con quienes habían acordado encontrarse en la localidad de Las Rosas el 8 de febrero de 1817.

Con respecto a las columnas del norte, la primera, bajo el mando de Zelada, que había partido el 5 de enero e ido sumando refuerzos en La Rioja y Tucumán, tomó desprevenidos a los godos y logró adueñarse de la ciudad de Copiapó, a principios de febrero de 1817. Siete días más tarde se reuniría con el grupo de Cabot. Este teniente coronel, que lideraba la segunda columna del norte, logró también arrollar a los matuchos y conseguir adeptos entre la población chilena, así llegaría a Coquimbo a mediados de 1817.

En cuanto a las columnas enviadas al sur, si bien la primera, bajo el mando del capitán Lemos, no consiguió su objetivo de derrotar a la guardia realista del fuerte San Gabriel, sí pudo reunirse con el resto de las tropas luego de soportar muchas bajas por las intensas tormentas de viento y nieve. La segunda columna del sur fue la que mayores éxitos obtuvo, ya que el astuto teniente coronel chileno Ramón Freyre logró realizar su plan de hacerle creer a los enemigos que por El Planchón llegarían O'Higgins y San Martín con el grueso de las tropas, y provocó así que Marcó de Pont, ya engañado previamente por los pehuenches, destinase al final más de mil hombres a interceptar ese paso, los cuales no pudieron estar presentes en la definitiva y crucial batalla de Chacabuco. "*Divide y reinarás*", había recitado sabiamente el joven patriota Luis Gutiérrez Prado y, para mal de los realistas y bien de los revolucionarios, así resultó.

Mientras tanto, la columna de Los Patos continuaba su avance por la cordillera. La madrugada del 3 de febrero, luego de alejarse detrás de unas piedras con una palangana de lata con agua y un trapo jabonoso bajo el brazo y su pote de grasa y tierra en el bolsillo, para poder higienizarse y hacer sus necesidades sin que nadie la viese, Mercedes volvía caminando, más fresca y

limpia, con la intención de cargar y atar las provisiones en su mula y prepararse para partir, cuando vio una imagen que la hizo detenerse: sentado en un grueso banco de madera, con una filosa navaja en una mano y la brocha enjabonada en la otra, su apuesto capitán intentaba afeitarse mirándose en un espejito roto, que estaba apoyado sobre un tronco frente a él y se le caía de continuo al piso, para ensuciarse y romperse más aún.

—Siete años de mala suerte —comentó la chica con sorna, en tanto que se acercaba a él a grandes trancos.

—Buen día primero y, para su información, este maldito espejo ya estaba roto desde antes —le respondió el joven de mal humor y haciendo un gesto de dolor porque, al no poder verse, ya era la cuarta vez que se cortaba el rostro.

—¿Se puede saber qué está haciendo?

—Intento afeitarme, ¿no lo ve?

—Pues no ha tenido mucho éxito con eso, le diré, porque está perdiendo más sangre que los realistas en el combate de San Lorenzo —ironizó la muchacha mientras llegaba a su lado.

—No estaba pidiendo su opinión que yo sep... ¡Ay! —se quejó él, antes de echarse hacia atrás al lastimarse por quinta vez...

—Pero se la voy a dar igual, ya que, aunque usted no me lo crea, soy un eximio barbero —le informó Mechi, con las manos unidas detrás de su espalda y alzando las cejas con un gesto de autosuficiencia.

Juan dejó la navaja y la brocha apoyadas sobre el plato con jabón que tenía sobre sus piernas y se cruzó de brazos con hastío, antes de ironizar: —¿No me diga? ¿Y cómo es que aprendió, si se puede saber? Porque no veo un puto vello sobre esa cara sucia... —luego frunció el ceño con curiosidad y le preguntó: —A propósito, ¿qué edad tiene usted?

—Aprendí afeitando a mi papá y tengo quince años —le aclaró Mercedes, mintiendo descaradamente para justificar su baja estatura y su rostro lampiño.

—Pues viene medio lento con el crecimiento, muchacho, yo a su edad ya tenía la parte superior del labio tan poblada de vello oscuro que los soldados

veteranos españoles se burlaban de mí, preguntándome si había soplado el caño de un cañón —le contó el oficial, con una sonrisa evocadora.

La chica lo miró y no pudo evitar contagiarse y reír también, luego se acercó a él, con pasos lentos, y le propuso con un gesto que buscaba una tregua: —Si me lo permite, yo voy a buscar un trozo de alumbre para curarlo y termino de rasurarlo. —Fue hasta el atado con sus pertrechos, revolvió hasta encontrar varios trozos de metal y volvió con gesto decidido y seguro. Cuando llegó de nuevo al lado de su jefe, colocó los pequeños pedazos de alumbre sobre la piel sangrante y los sostuvo apretados contra las heridas.

—¿Qué cree que está haciendo, soldado? —le preguntó él con inquietud.

—Evito que se desangre. ¡Quédese quieto! —le ordenó la joven, echándole la cabeza hacia atrás al tiempo que iba desplazando el mineral sobre su dañado rostro.

—Deje eso y termine de afeitarme rápido, tengo cientos de cosas para hacer antes de que partamos y se está haciendo tarde —le ordenó el oficial con un tono que no admitía réplicas.

—Está bien, pero, si por apuro le rozo las lastimaduras, se aguanta —le respondió la joven refunfuñando.

—Me conformo con que no termine cortándome más —le contestó él con desconfianza. Sin embargo, tres minutos después, Juan ya estaba convencido de que el crío no había hablado en vano, porque había terminado de rasurarlo en forma eficiente y prolija y sin tocar siquiera las heridas anteriores. Cuando el mocoso le pidió, con gesto reconcentrado, que echase la cabeza hacia el costado para poder recortarle las patillas, en un raro impulso, él aprovechó su cercanía para inclinarse y oler su delgado y sucio cuello.

Mechi se echó hacia atrás, enfurecida y ofendida, mientras le reclamaba: —¿Me está olfateando como si fuese un perro, capitán?

—Exactamente eso hacía, disculpe mi atrevimiento, pero hace rato que me viene llamando la atención cómo puede ser que, cargando un quintal de mugre encima, usted nunca huele mal. Bueno, a veces su pelo tiene aroma a grasa

rancia, pero, después de que hace más de un mes que no se baña ni se lava el cabello, la verdad, debería estar oliendo a pescado podrido o a azufre. ¿Eso es algo raro, no?

La chica tuvo dos reacciones opuestas, por un lado, se ofuscó, al darse cuenta de que ese metiche le llevaba la cuenta hasta de los días que llevaba sin afeitarse, y tuvo ganas de responderle que no era nada raro si se tenía en cuenta que ella se las ingeniaba para estar siempre limpia debajo de la ropa sucia, así tuviese que salir a lavarse a las tres de la madrugada y en medio de una ventisca de nieve. Además, si bien no podía perfumarse, porque se delataría, sí frotaba el alumbre debajo de sus brazos para evitar el olor a transpiración, un consejo de su sabia abuela materna que siempre le había dado buenos resultados. Por otra parte, ese comentario, viniendo de él, que la torturaba las veinticuatro horas con el tema del baño, hasta el punto de hacerla sentirse tan roñosa como una rata de albañal, le había resultado el piropo más bonito que le habían dicho en toda su vida. Respirando profundo para calmarse, terminó de limpiarle el jabón y le respondió:

—Debe ser porque soy más chico, ¡son los viejos los que huelen a rayos!

—¡Ja, ja! Es cierto, espere a que termine este cruce infernal para seguir creciendo, entonces, porque, como sigamos así, si no nos matan los matuchos, nos va a matar la mugre —finalizó el oficial con tono pesaroso, ya que, desde la partida, él tampoco había podido darse un baño decente, porque hacer eso en las aguas congeladas de la montaña podía desembocar en una pulmonía y, si algo había adquirido en su ya larga carrera de soldado, era espíritu de supervivencia.

Esa misma tarde, sucedió un hecho que daría inicio a los combates en la columna central del Paso de Los Patos. El sargento Cuevas llegó al galope desde el fondo de la retaguardia, gritando a viva voz que San Martín solicitaba con urgencia la presencia de su intérprete y del capitán Williams al final del grupo, donde iba siendo arreado el ganado. En tanto que ambos aprestaban sus mulas y sus armas, Juan preguntó:

—¿Le dijo para qué nos necesitaba?

—Fíjese que no, *uste'* sabe que el general es parco, pero a mí se me hace que es un caso de indios ladrones, porque vi que tenían a tres maniatados —le respondió Cuevas.

—Vamos entonces —ordenó el capitán antes de partir al galope.

Al llegar se encontraron con el jefe de estado mayor, escoltado por el teniente coronel Mariano Necochea y Juan Lavalle, otro joven teniente de ojos profundamente azules que se venía destacando por su arrojo y coraje dentro del regimiento de granaderos. Frente a ellos, golpeados, con las manos atadas a su espalda y vigilados a punta de fusil se encontraban tres indios pehuenches, delgados, de piel cobriza, cabello renegrado por debajo del hombro y mirada ladina. Sobre sus altos pómulos tenían pintadas tres líneas de color rojo y negro, las que solo usaban en caso de ceremonias funerarias o de guerra. “¡Mala señal!”, pensó Mercedes. Estaban vestidos con burdas pieles de cuero, botas de potro y vinchas adornadas con plumas de colores sobre sus cabezas. Aunque las temibles boleadoras con las que podían asesinar a un cristiano a cientos de metros de distancia, junto a los arcos y flechas, les habían sido quitados y estaban amontonados a un costado. La chica los observó con atención, conocía a los otros dos solo de vista, pero el del medio era Nahuén, un capitanejo, sobrino del jefe Ñacuñán, que se le había revelado y, junto a un grupo de indios borrachos y mal entretenidos que lo seguían, le venía dando dolores de cabeza a su tío desde hacía rato.

—Buenas tardes —se adelantó San Martín a saludar a los recién llegados, antes de dirigirse directamente a Mechi: —Soldado, parece que nos están haciendo falta sus servicios. Paso a explicarles, hace una semana que mis informantes me avisaron que había un pequeño grupo de pehuenches siguiéndonos por la montaña, es raro que anden tan al norte pero, como eran pocos, los hice vigilar y los dejé pastear para que engordaran —continuó haciendo referencia a un conocido refrán, antes de continuar: —resulta que desde hace unos días los arrieros han notado que, durante la noche, nos vienen

desapareciendo caballos de la tropilla y, casualmente, esta tarde hemos atrapado a estos ladrones cabalgando sobre tres de nuestros pingos. En fin, el robo de animales me preocupa menos que la intención que puedan tener al seguirnos. Si bien ya hemos recorrido buena parte del trayecto, no quisiéramos que alertaran a los realistas sobre nuestro paso por aquí antes de tiempo, por eso quiero que les pregunte quiénes son y por qué nos siguen.

Mercedes asintió, se adelantó a un paso de los pehuenches y les hizo las preguntas en su idioma, pero cuidando impostar la voz, porque ellos también la conocían. Sin embargo, los indios la miraron fijo, en un silencio hermético.

—¿Será que no entendieron? —la interrogó el general.

—No, señor, entendieron muy bien, solo que no van a dar sus nombres porque se han levantado contra su cacique y están muy mal vistos dentro de la tribu, ya que conocen el parlamento que hizo usted con Ñacuñan y su promesa de no molestarlos, y saben que la están rompiendo al robar nuestros caballos.

—¿Y usted los conoce?

—A estos dos solo de vista, pero el del centro es Nahuén, el sobrino de Ñacuñán — informó la chica, sin saber que les estaba revelando la identidad de quien había asesinado o mandado a asesinar a los tres soldados intérpretes un mes atrás.

—¡Hijo de puta! —gritó el impulsivo Lavallo, antes de adelantarse y darle al indio un fuerte puñetazo en el estómago, ya que uno de los fallecidos había sido un gran amigo suyo.

—¡Quieto, teniente! —ordenó San Martín con voz de mando y Juan se adelantó para tomar a su tocayo y compañero de armas de los brazos y apartarlo. Sin embargo, los ojos del general también brillaban de furia contenida, porque sus traductores habían sido asesinados a traición y por la espalda, lo que le daba una idea de la catadura de esos salvajes, así que dirigiéndose al soldado Gutierrez Prado continuó:

—Quiero que les pregunte si les han informado a los realistas de nuestro paso por Los Patos y si saben algo de cuáles son los planes de los godos en

los próximos días.

Mercedes volvió a asentir y repitió las palabras de su jefe en pehuenche, pero lo único que obtuvo por respuesta fue una leve sonrisa burlona de Nahuén. Volvió a interrogarlos, pero con el mismo resultado.

Al ver que no pensaban responder, el general giró hacia tres de sus más aguerridos soldados, que estaban parados a un costado y tenían brazos del tamaño de sunchos, y acompañó su orden con una inclinación de cabeza: — Procedan.

Al instante, los hombres comenzaron a darles una feroz golpiza a los prisioneros, que eran sostenidos por detrás por otros, para que no cayesen al suelo, pero, a pesar de la paliza, los nativos seguían manteniendo un terco silencio.

La joven apartó la vista, impresionada e impotente, y se acercó a Juan para preguntarle por lo bajo por qué el teniente Lavalle había reaccionado de esa forma. Cuando el capitán se lo explicó, el miedo y la furia revolviéron el estómago de la chica, ya que uno de los asesinados podría haber sido su amado hermano, que andaba también de espía por esos días. Luego se acercó a San Martín y le dijo por lo bajo: — Señor, tengo una idea para hacerlos hablar rápido, solo necesito que usted detenga a sus soldados y diga, en voz alta y mirando en forma amenazante a sus prisioneros, cualquier castigo que tenga pensado para ellos. ¿Puede ser?

El general asintió en silencio, les hizo un ademán a sus hombres, que se apartaron a un costado, y luego habló a los pehuenches con voz de trueno, informándoles lo que, efectivamente, pensaba hacer con ellos: — En castigo por haber asesinado a traición a tres de mis intérpretes, rompiendo un trato de cooperación y no agresión hecho por su cacique Ñacuñán, meses atrás, los condeno a morir fusilados, mañana al amanecer.

Mercedes, siguiendo su plan, les tradujo a su manera: — El general sabe que son ustedes los que asesinaron a tres de sus hombres, por eso los condena a morir mañana, pero, si dicen lo que saben sobre los realistas, promete

fusilarlos en forma rápida, en cambio, si no confiesan, los va a estaquear a la intemperie, en la cima de la montaña y va a autorizar a su oficial —en este punto señaló a Lavallo, que seguía mirándolos con ojos asesinos— para que use su cuchillo de monte en ustedes, les saque el cuero cabelludo y los despelleje vivos y, cuando estén moribundos, los abandone para que se los coman los pumas salvajes y las águilas. Ustedes eligen. —A medida que hablaba, la joven vio cómo el terror iba transformando los rostros de los pehuenches, primero por la certeza de que habían sido reconocidos y no tenían salvación posible y segundo porque, como ella conocía sus creencias religiosas y la importancia que le daban a que su cuerpo no fuese profanado y se enterrase con honores y rituales para poder acceder así al más allá, usó estos datos para asustarlos y obligarlos a decir lo que sabían.

Al final, su idea resultó, porque, durante la hora siguiente, traducción de por medio, el mismo Nahuén le contó a San Martín que, aparte del robo de quince caballos, venían siguiéndolos desde hacía una semana y llevando la información de sus movimientos al comandante militar realista de San Felipe, el cual pensaba atacarlos en el momento en el que transitasen por la peligrosa garganta de Achupallas, que era una depresión terrestre profunda y rocosa, con lados escarpados, muy apta para realizar emboscadas desde arriba, porque quienes estuviesen debajo no tenían hacia dónde escapar. Los godos habían planeado esta estrategia para evitar que la columna se encontrase con el resto del ejército.

Conocido esto, el general le ordenó al teniente Lavallo y al capitán Williams que tomaran a un grupo de granaderos y fuesen al encuentro de Soler, allí debían informarle a este lo sucedido y sumar los regimientos bajo su mando para ir a ocupar y fortificar la garganta de Achupallas, el plan era ganarles de mano a los matuchos y asegurarles el paso a las tropas patriotas.

Tal y como el jefe del ejército lo había anticipado, durante el siguiente amanecer, el sonido de los fusilamientos de los tres pehuenches se dejó oír, replicado por el eco de las altas montañas.

Por otra parte, media hora después de las revelaciones de los indios, de nuevo en su campamento, Mechi observó con alarma que Juan se preparaba para partir. Como siempre le pasaba cuando se ponía muy nerviosa, comenzó a tartamudear:

—¿A adónde va u usted? —le preguntó, en tanto que se retorció las manos con inquietud.

—¿Adónde le parece que voy? —le respondió él con otra pregunta, al considerarla una obviedad, mientras cargaba su fusil y se calzaba el mosquete en la cintura.

—N no va a ma matar a nadie, ¿verdad? D digo, al fin que realistas y patriotas somos todos hijos de Dios, s siempre puede he herirlos e en una pierna o u un brazo, y listo —le propuso, medio atolondrada y asustada por el inminente combate y por las vidas que podían perderse en él.

Juan no podía creer la insensatez que estaba escuchando. “¿Este mocoso es o se hace?”, pensó anonadado, luego resopló molesto, antes de contestarle: —Mire, soldado, la última vez que tuve lástima de un enemigo y le disparé en una pierna yo era un crío de su edad, el tipo se incorporó como pudo y, desde el piso, casi me arranca un hombro de un pistoletazo. Estuve tres meses para recuperarme de esa herida, así que, discúlpeme si no comparto su opinión. Voy a tirar a matar siempre que tenga la oportunidad, porque cada enemigo que queda vivo sirve para el próximo combate, y le aseguro que él tampoco va a tener piedad de mí. En una batalla solo hay dos opciones: matar o morir, y yo elijo la primera.

—E está bien y l lo entiendo, pero... cuídese. ¡Y por favor no deje que lo maten! —le pidió la chica, con los ojos nublados de pesar, unas ganas enormes de abrazarlo fuerte y un miedo visceral a no volver a verlo vivo.

—Lo intentaré, se lo aseguro —le respondió él, antes de calzarse su gorro de capitán, subir a su caballo y partir. Se sentía molesto e inquieto. ¿Qué rayos le pasaba a ese fastidioso chico? ¡Santo Dios! Él era un militar de carrera, matar era su trabajo. ¿Y a qué venía todo ese ataque de sentimentalismo? ¿Es que, al

estar lejos de su familia, lo habría adoptado como si fuese su tierna madrecita? ¡Solo eso le faltaba!

Cordillera de los Andes, 6 de febrero de 1817

Querida Sol:

¿Cómo estás, cuñadita? ¿Y cómo se encuentran todos por allá? No quiero ni imaginarme el bonito revuelo que debo haber armado con mi partida. Mejor ni preguntar. Te cuento que yo me encuentro bien, dentro de lo que cabe, al menos sigo viva y escribiéndote en un alto del camino. No sabes la cantidad de hombres que han muerto ya, la mayoría de frío, otros desbarrancados. A algunos ni siquiera se les ha dado un entierro decente, se limitan a cubrir los cuerpos con unas piedras para que no se los coman las alimañas y seguimos la marcha, sucios y cansados hasta la extenuación. La orden es continuar, siempre adelante, “hacia la libertad”, como dice nuestro general, pero ¡cómo cuesta! Creo que, si hubiese sabido esto antes, me hubiera metido a monja junto con Martirio de lo más contenta.

Estoy bastante angustiada porque, sobre llovido, mojado, hace ya tres días que comenzaron los combates. San Martín ha enviado a varios escuadrones de granaderos, entre los que se encuentra también mi odioso capitán, a Achupallas, con el fin de tomar la garganta y facilitar el pasaje del grueso de las tropas. Según lo que nos contó un chasqui medio charlatán, que acaba de llegar con novedades, al acercarse al lugar, el mayor Arcos se anticipó a los enemigos, ordenando a sus soldados que se parapetasen a la entrada. Al enterarse de sus movimientos, el comandante militar realista de San Felipe salió con cien de sus veteranos, con la intención de prepararles una emboscada en las faldas del valle, sobre un pequeño caserío que se encontraba allí. Parece que Arcos fue advertido por un baqueano de la maniobra que preparaba su contrincante y le ganó de mano, emplazando a sus soldados en el poblado. Luego ordenó al teniente Lavalle y al capitán

Williams que cargaran, junto a otros veinticinco granaderos, contra los godos. Según el chasqui, que es un narrador bastante tremebundo y dado a la teatralidad, al verlos venir, con los caballos a todo galope, el fusil colgado en la espalda, mosquetes en mano, y gritando como endemoniados, los realistas se lanzaron también al ataque y fueron recibidos por una fuerte descarga de artillería. Llegados frente a frente, se trenzaron en un combate cuerpo a cuerpo. El oficial Williams se enfrascó en una fiera y pareja lucha con espadas contra un veterano español, al que acabó matando luego de que el otro lo hiriese en un brazo. Parece que la batalla culminó media hora después, cuando, pese a que eran muchos más, los matuchos terminaron huyendo en desorden ante el avance de los bravos granaderos que los perseguían por detrás, rematándolos sin piedad. Todo esto fue narrado de una forma que me hizo sospechar que el mentado informante se limitó a observar todo desde arriba de un árbol y camuflado entre sus ramas. ¡Qué le vamos a hacer! El hombre no dará la talla para guerrero, pero como cronista es inigualable. De esta manera, el valle de Putaendo cayó en manos de los patriotas, y, con prisa y sin pausa, el grueso del ejército revolucionario sigue adelante.

Y paso a relatarte ahora el motivo de mi mayor angustia. Por si no lo has descubierto aún: ¿adivina, entre los cientos de oficiales que hay en este ejército, bajo el mando de qué capitán me ha tocado estar? Sí, del que piensas, el mismísimo rabo verde de la fiesta. Así soy yo, llevo una nube de granizo sobre mi cabeza. Por suerte el papanatas aún no me ha reconocido, ni él ni mi general, a Dios gracias. ¡Pero qué te cuento que mi odioso capitán, en lugar de regresar aquí con los otros heridos para curarse su brazo, decidió continuar combatiendo! Cuando me lo contaron me puse verde del miedo y la furia. ¡No hay en el mundo nadie más terco e insufrible que ese cristiano! Parece que ahora los coroneles realistas Miguel de Anteno, que es el comandante del Valle del Aconcagua, y Quintanilla, que venía en su refuerzo con dos escuadrones de carabineros, han logrado

reunir más de setecientos soldados, cuatrocientos de infantería y trescientos de caballería, más dos cañones, una fuerza infinitamente superior a la de los escuadrones patriotas enviados, y, aunque me consta que mi jefecito es un gran combatiente, con ese brazo a rastras, yo estoy muerta del miedo de que me lo maten. ¡Y yo aquí, sin poder hacer otra cosa que rezar! Aunque... pensándolo bien...

La madrugada del 7 de febrero los realistas marcharon hasta Las Coimas, ocupando los cerros, con la firme intención de frenar el avance del ejército enemigo. Esa jornada, los soldados españoles llevaban puesto su uniforme con la característica casaca larga azul grisácea, con la solapa y el collarín en tono encarnado, chupa o chaqueta corta, también azulada, y calzón blanco, lo único que diferenciaba a la infantería de la caballería es que los primeros tenían un galón dorado en el cuello, mientras que en los segundos este era plateado. Los comandaba el teniente coronel Miguel Marqueli.

Por su parte, Soler, previendo nuevos ataques, había hecho adelantar al teniente coronel Mariano Necochea, con un batallón de ciento cuarenta Granaderos a Caballo, la mayoría escoltas del general José de San Martín, y entre los cuales se encontraba el capitán Williams, en misión de exploración hacia la zona de San Felipe. Al llegar a Las Coimas, descubrieron al numeroso ejército de godos ocupando una fuerte posición al este del río Putaendo, y enviaron la información a Soler, el cual, al enterarse, hizo forzar la marcha de su infantería y dispuso que el comandante José Melián saliera también en apoyo a Necochea. Sin embargo, este último decidió atacar sin esperar la llegada de refuerzos. Al ver que su tropa era insuficiente para enfrentar a un ejército que lo cuadruplicaba en número, ideó un plan por medio del cual dividió a sus hombres en tres secciones, envió una a que simulase un ataque, seguido de una rápida retirada, por el flanco izquierdo de los realistas, al mismo tiempo que la otra hacía lo mismo por la derecha. Mientras tanto, él fue a ocultarse con su grupo detrás de una frondosa arboleda.

Tal y como el teniente coronel esperaba, la caballería realista se lanzó a toda carrera en la persecución de ambos flancos, alejándose, de esa forma, de la numerosa infantería goda, y, para su sorpresa, fue contraatacada, en forma simultánea y desde tres direcciones, ya que Necochea y sus hombres los cerraron por detrás, por los bravos soldados patriotas que lograron así otra victoria en inferioridad numérica. Al finalizar la contienda, en el campo quedaron más de treinta muertos, decenas de heridos y varios matuchos fueron hechos prisioneros. La infantería realista no intervino en la lucha y retrocedió rápido hacia San Felipe, llevando la noticia de la derrota a sus partidarios. Al enterarse, el comandante Atero avisó al gobernador que abandonaba la región y, acompañado de todas sus fuerzas, se dirigió hacia Santiago, destruyendo antes el puente del río Aconcagua, para tratar, como último recurso, de evitar el paso del ejército enemigo.

Finalmente, el día 8 de febrero, las fuerzas patriotas del general en jefe del ejército entraron en San Felipe y, esa misma tarde, se reunieron con las divisiones de Soler y de O'Higgins. El día 9 el cuerpo de ingenieros de San Martín trabajó sin descanso y logró reconstruir el puente, y el comandante Melián pudo avanzar con un escuadrón de granaderos hacia Chacabuco. Para ese momento, el Cuartel General se encontraba ya instalado en la Villa de Los Andes, en Curimón.

En un promedio de entre veinte y veinticuatro días, según los caminos utilizados, las diferentes columnas del glorioso ejército patriota, contra nieves y fríos, habían realizado la esforzada epopeya de atravesar la temible Cordillera de los Andes. El cerco alrededor de los realistas se iba cerrando y las ansiadas libertad e independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata dejaban de ser un utópico sueño para comenzar a convertirse en una realidad.

Sin embargo, lo que nadie contó nunca es que una pequeña y valiente mujer también participó en el bravo combate de Las Coimas, y no lo hizo ni por patriotismo, ni por ambición de gloria, libertad o poder, lo hizo por amor a un

hombre que, aunque estaba prohibido para ella, en poco más de un mes se había convertido en su vida entera.

Ese 7 de febrero, el capitán Williams se encontraba escondido detrás de una arboleda, junto a Mariano Necochea y su sección, agachados entre los arbustos, espiaban y esperaban a que la caballería realista saliese en persecución de los otros dos grupos de granaderos, para entrar a combatir a los matuchos encerrándolos desde la retaguardia. La herida de su brazo había sido tan leve que ni siquiera había necesitado puntadas y ya casi no lo molestaba, pero el miedo y la expectativa por la arriesgada maniobra que había fraguado su superior hacían que la adrenalina corriese por su sangre como un torrente que preparaba su cuerpo, ya fogueado en infinidad de luchas, convirtiéndolo en otra certera y letal máquina de guerra. Sin embargo, instantes después, el oficial escuchó un conocido chistido detrás de él que le heló las venas. Con el corazón retumbándole en el pecho, giró despacio, sin levantarse, y se encontró con un par de aliviados ojos verdes y una suave sonrisa.

—¿Se puede saber qué mierda hace usted acá?! —lo interrogó, furioso y aterrado porque estaban a punto de entrar en un combate fiero y desigual, del que dudaba en salir con vida, y, para completarla, ahora se le aparecía de la nada ese mocoso inconsciente a terminar de complicarle el día.

—Vine a cuidarlo, ya que parece que usted no lo hace —le respondió la chica en tono bajo y señalando con las frente las vendas manchadas de sangre en el brazo del oficial.

—¿Cuidarme? ¿Se volvió loco, soldado? ¿Usted no puede combatir ni con una cucaracha!

—¡Y usted tampoco, con ese brazo lastimado, y sin embargo aquí está! ¡Si usted puede pelear en esas condiciones, pues yo también! —le contestó la muchacha al tiempo que se cruzaba de brazos con terquedad.

Juan perdió la poca paciencia que tenía y, tomándolo de los brazos, lo sacudió con rabia e impotencia: —¡Jamás! ¿Me escuchó, muchachito? ¡Jamás! Cuando el teniente coronel dé la orden de atacar, usted se va a quedar quietecito y echado de panza entre los yuyos, porque si lo veo asomar siquiera esos rulos mugrientos, ¡yo mismo le vuelo los sesos de un pistoletazo! ¿Me entendió?

—¡No! ¿Usted se cree que yo soy tonto? ¿Que no sé que los otros los superan cinco a uno? Usted va a salir a ese campo a morir degollado como un corderito, y yo no puedo permitir eso —le retrucó la joven con brío, antes de echarse un poco hacia atrás, asustada ante la furia que destilaban los ojos de él.

—¿Por qué?! Es mi profesión, soy un militar de carrera no una monja de clausura, la muerte está siempre entre mis posibilidades —trató de razonar el oficial.

—Porque si usted se muere, ¿a mí quién me cuida, eh? —le recordó la chica, con el ceño fruncido y alzando el mentón. A su lado, el sargento Cuevas y el cabo Farías, junto a otros soldados, a pesar de lo peligroso de la situación, se descostillaban de la risa, al ver la cara de furia y desconcierto de su capitán. Y realmente Juan estaba anonadado, por primera vez se había quedado sin palabras. ¿Es que ese espantajo de verdad creía en lo que estaba diciendo? ¿Y cómo rayos iba a salir a luchar él sabiendo que el crío estaba en peligro? Y la verdad es que, con la que estaba cayendo y con la que iba a caer, él no veía modo de sacar al coloradito vivo de allí ni de milagro.

Mechi lo observó con atención y, colocando una mano en su hombro e impostando la voz, le dijo:

—Tranquílcese y piense: ustedes son superados en número, yo no seré muy bueno en el combate cuerpo a cuerpo, pero tengo muy buena puntería, usted mismo lo reconoció, puedo quedarme escondido aquí, con mi fusil y mi mosquete y cubrirlos bajando a unos cuántos matuchos. Puedo hacer eso y lo sabe, no se ponga en terco que no está la cosa como para andar dudando

mucho —terminó con tono seguro.

—Lo van a descubrir por los disparos y van a venir a despenarlo —se lamentó el capitán, con un hondo suspiro y en tono bajo.

—Eso si me alcanzan, no se olvide que tengo botas nuevas, puedo correr muy ligero —dijo la chica, alzando las cejas con convicción, y aludiendo al calzado que San Martín le había hecho confeccionar a medida en los altos del viaje.

—¿Y les piensa disparar a las piernas? —le preguntó él con tono irónico y ya resignado, recordándole su pedido.

—No, señor, le aseguro que, si veo a un godo apuntando hacia usted, no voy a dudar en tirar a matar —le contestó la joven, con los brillantes ojos verdes fijos en los de él, para luego agregar con picardía: —Tampoco crea que se va a librar de mí así de fácil, le guste o no, es mi niñera oficial.

Juan se quedó mudo y estático, porque, por unos instantes, vio en el muchachito un gesto de adoración que lo conmovió y lo desconcertó. Segundos después, el estruendo de los cascos de los caballos de las dos facciones de granaderos que pasaron a todo galope, perseguidos de cerca por la caballería realista, los puso en alerta. Rápidamente, tomaron sus armas, montaron a sus potros y partieron por detrás de los matuchos haciendo tronar la tierra. Todos menos Mercedes, que se quedó, por un minuto, agachada entre los arbustos y apuntando atenta al camino, hasta que, en una fracción de segundo, vio aparecer a dos godos que venían cabalgando a toda carrera. Por más que lo intentó, no pudo tirarles a matar, así que hizo puntería y bajó al primero de un certero disparo de mosquete en el hombro. El otro frenó a su animal y, amartillando su pistolón, giró en la dirección de donde había provenido la descarga y se dirigió directo hacia ella. Mechi soltó su arma corta, porque ya no había tiempo para recargarla, tomó su fusil y tiró a su muslo izquierdo. Mientras caía, el soldado realista, que era tan joven y estaba tan asustado como ella misma, alzó su arma apuntando directamente a la cabeza de la chica. Como la herida en la pierna lo volvió lento, la muchacha giró rápida hacia un

costado y esquivó el disparo, el cual terminó arrancando el arbusto detrás del cual ella estaba escondida. Sabiendo que el mosquete del matucho estaba descargado, se acercó a él y se lo sacó de las manos, haciendo lo mismo con el del otro. Luego tomó municiones y recargó sus propias armas y las que les había quitado a sus enemigos, pero no se animó a ultimarlos. Desde el suelo, el que estaba más cerca la miraba asombrado, como si no comprendiese su compasiva e ilógica actitud de perdonavidas. Por unos segundos, la pelirroja dudó en volver a su escondite, pero, al escuchar los gritos de dolor y el sonido de las descargas de la batalla, que se estaba librando a menos de doscientos metros de distancia, la desesperación por los peligros que pudiese estar corriendo Juan pudo más y, espantando primero a los caballos de los heridos, para que no pudiesen sumarse al combate, montó sobre el suyo y partió a toda carrera, para terminar internada en medio de la refriega.

Al llegar, el humo de la pólvora, el estruendo de los cañones y el polvo levantado por las bestias la desorientaron, buscó al capitán por todas partes, pero no podía encontrarlo. Distraída como estaba con eso, no vio venir a un oficial enemigo, el cual pechó a su caballo con el suyo y la hizo caer al duro suelo. Desde allí, observó al otro tratando de aquietar a su animal al tiempo que apuntaba al pecho de la chica. Entonces ella no dudó, algo del coraje de ese bravo combatiente que había sido Dalmacio debía correr por sus venas porque, en una fracción de segundo, alzó su mosquete hacia su rival y, con gesto decidido, le pegó un tiro en el medio del torso. Mientras lo veía caer del caballo, con una violenta mancha roja que se ampliaba hacia su vientre, y sentía un nudo de lágrimas apretándole la garganta, pensó: “Matar o morir” y, al igual que el hombre al que amaba con pasión, ella también eligió vivir. Se levantó veloz, cargó su mosquete y volvió a montar su potro con la intención de seguir buscando a su capitán, pero, paradójicamente, este fue quien encontró primero a quien creía que era el soldado Luis.

Juan estaba a pie y acababa de clavar su bayoneta en un contendiente cuando, al observar a su alrededor, divisó con intensa alarma al fastidioso crío, que

cabalgaba a tranco lento entre los combatientes y miraba hacia todas partes con susto. ¿Qué carancho hacía allí? ¿Y por qué carajos era tan desobediente? ¿Es que no había entendido su orden? Cuando partía a tranco largo en su dirección, con la intención de volver a llevarlo hasta el monte, así fuese a la rastra, vio una imagen que lo estaqueó en el lugar: un veterano enemigo venía a todo galope hacia el mocoso, espada en mano y con la punta de esta dirigida hacia su barriga, y el pequeño papanatas ni siquiera lo había visto. El capitán barajó sus opciones y el alma se le cayó a los pies: ya no le quedaban municiones y, por más que corriese, nunca iba a llegar a tiempo para salvarlo, porque estaba demasiado lejos, de repente su pie chocó algo duro y, al mirar hacia el piso, notó que era la lanza de un valiente granadero correntino, que había muerto empuñándola. En el siguiente segundo, hizo las dos únicas cosas que le quedaban por hacer: se agachó, tomó el arma y la lanzó con fuerza contra el soldado realista, en tanto que gritaba a todo pulmón: —¡Cuidado, Luis! —Lo que siguió, lo contempló como ralentizado: el matucho que traspasaba con su espada el vientre del muchacho de costado, de lado a lado, el chico que caía de su caballo y la lanza correntina que se clavaba en el pecho del godo. El oficial sintió que el estómago se le daba vuelta, y le vinieron unas ganas enormes de vomitar de pura impotencia y amargura, pero se obligó a sobreponerse y correr hasta el pelirrojo, con la certeza de que todo lo que hiciese sería inútil, una herida en la barriga de ese tipo era mortal. Maldiciéndose por no haberlo dejado atado a un árbol, se arrodilló al lado del muchachito, que estaba caído boca abajo, y lo volteó. Cuál sería su sorpresa al notar que el mocoso no tenía una sola mancha de sangre, aunque su chaqueta y su camisa sí tenían las marcas por donde había entrado y salido el arma. “¡Qué diantres pasa!”, se dijo, antes de desprender ambas prendas en busca de la herida, pero lo que terminó encontrando fueron solo gruesas vendas, también agujereadas por la espada, sin embargo, lo único que brotaba de sus roturas eran unas suaves plumas de ganso, que tomó entre los dedos índice y pulgar con desconcierto, tratando de encontrar alguna explicación lógica. En eso

estaba cuando el incordioso crío, que de seguro se habría atontado con la caída, resucitó de pronto, le dio un cachetazo en la mano y le dijo molesto: — ¡Deje eso!

Juan iba a pedirle una explicación, cuando escuchó la desesperada voz de Cuevas clamando por ayuda, al girar la cabeza vio a su sargento, herido en una pierna y trabado en una lucha de espadas con dos enemigos. Se levantó veloz y corrió a socorrerlo, sable en mano. Al llegar a su lado, alcanzó a interponer su arma para frenar una estocada letal que se dirigía directo al vientre de su subordinado, luego de eso, el soldado realista al que había bloqueado se volvió hacia él, e inició un feroz contraataque. Ahora la contienda era pareja, dos contra dos.

Desde el lugar donde se encontraba, ansiosa y aterrada, Mercedes pudo confirmar lo que ya sospechaba, que a pesar de estar defendiéndose de las furiosas estocadas del experimentado matucho, el oficial era un excelente espadachín, lo que se demostró minutos después cuando, en un descuido de su adversario, el capitán terminó enterrando su espada por debajo de la nuez de Adán de su enemigo. Rápidamente se volvió hacia el otro matucho, ya que venía viendo que Cuevas estaba a punto de desvanecerse por la pérdida de sangre y a gatas interponía su arma para frenar los fieros mandobles de su contrincante. Volvió a cruzar su acero entre los contendientes, justo en el instante en el que su sargento caía desvanecido al piso, y se trabó en lucha con su otro oponente.

Al notar que alrededor del tajo que tenía en su pierna el patriota herido se iba formando una abundante mancha roja, Mechi cargó otra vez su mosquete y corrió hacia él, se arrodilló a su lado y, quitándole su cuchillo de monte, rasgó su pantalón en dos gruesas tiras y las ató apretadamente sobre el muslo del soldado y por encima de su lesión, viendo con alivio que sus venas dejaban de fluir. Sin embargo, un segundo más tarde, observó aterrada que su capitán resbalaba sobre la sangre de su compañero y caía despatarrado hacia atrás. De inmediato, su adversario aprovechó la oportunidad y alzó su sable con ambas

manos sobre su cabeza, con la intención de ultimar a su enemigo. En ese instante, la chica vio todo rojo, saltó como un puma, cuchillo en mano y, tomando desde atrás por el mentón al oficial realista, le abrió el cuello de un certero tajo, tal y como había visto tantas veces en la estancia que su padre hacía con los novillos. Segundos después, la imagen del hombre en el piso, que la miraba con fijeza y se apretaba la garganta para tratar de frenar el flujo de sus venas, y el espanto de saber lo que había hecho, le produjo a la muchacha un fuerte mareo, acompañado de una helada transpiración y, cayendo al suelo de rodillas, vomitó lo poco que había ingerido esa mañana.

El capitán Williams observó a su joven y valiente soldado con profundos agradecimiento y pena. ¡Maldita guerra! Pensó. ¡Maldita guerra que enviaba a criaturas de quince años a vivir todo ese horror! Luego se levantó rápido, lo tomó de los delgados brazos, que habían demostrado tener mucho más vigor del que él pensaba, lo alzó, le puso el mosquete cargado en una mano, el fusil en el hombro y, mientras lo sacudía, le ordenó a gritos, tratando de hacerse oír en medio del estruendo del combate: —¡Suba a ese caballo ya mismo, galope hacia el monte y escóndase allí hasta que termine la batalla! ¡Y esta vez obedézcame, porque si no lo hace le juro que...!

Su parlamento se interrumpió cuando el mocosito, mirando detrás de ellos con alarma, lo tomó con fuerza de los hombros y lo hizo caer al piso, con él encima, en el mismo instante en el que una bala enemiga pasó tan cerca de la cabeza del oficial que le quemó la oreja.

—¿Ve como sí soy necesario aquí? —le espetó Mercedes con desparpajo, para luego agregar con rebeldía: —¡No me voy a ir! No me pasé dos días cabalgando sin parar para huir ahora a esconderme como una rata y dejarlo solo, para bien o para mal estamos juntos en esto.

—¡Pero es que usted tiene que vivir! —insistió el oficial, instantes antes de tomar el fusil del chico, porque el de él se había quedado sin sus balas de plomo hacía ya rato, y ultimar a un matucho que venía a todo galope y con su sable dirigido hacia el pelirrojo.

—Si muero o si vivo, va a ser a su lado —le respondió la chica con determinación, en tanto que alzaba también su mosquete para disparar, certeramente, pero dirigiéndose a su hombro, a otro soldado enemigo que había echado una rodilla en tierra y apuntaba su arma hacia ellos.

Luego de ver, con alivio, que el godo caía desplomado y con el omóplato sangrando, Juan le aulló a su terco subordinado: —¡Ahhh! ¡Quédese entonces, pero no se atreva a moverse de mi lado! ¡Esto se ha convertido en un maldito infierno! —Después, con más calma, señaló hacia unos árboles que se hallaban a unos treinta metros de distancia y le pidió: —Venga, ayúdeme a llevar al sargento a resguardo. —Mientras lo transportaban, colgando de manos y pies y ya más consciente, el capitán preguntó: —¿Le quedan balas y pólvora? —Porque todos los combatientes llevaban, en bandolera, un pequeño depósito del detonante, para cebar la cazoleta que iniciaba el proceso de disparo, y en una bolsita al costado, las balas de plomo.

—Muy pocas, señor, pero igual puedo prestarle algunas —le respondió la chica, solícita, en tanto que se las alcanzaba—, además, tengo dos fusiles más, cargados y colgando de mi montura, que le quité al enemigo —finalizó en tanto que señalaba hacia su caballo con tono presuntuoso.

Él asintió con gesto cansado pero admirado, pensando que este renacuajo era una caja de sorpresas. No estaba bien: le dolía la herida del brazo que había vuelto a abrirse, las extremidades le quemaban por el agotamiento de sostener la lucha cuerpo a cuerpo, le ardía la oreja donde lo había rozado la bala y palpó un hilo de sangre corriendo por el costado de su cuello, sin embargo, se sentía profundamente orgulloso del desempeño de este gorgojo, que seguiría siendo chiquito y sucio, pero que era mucho menos inútil y molesto de lo que todos habían creído al principio. Desde el pasto, donde lo habían dejado apoyado al tronco de un árbol y medio escondido, el sargento Cuevas también compartía su mirada de aprecio, amén de un enorme agradecimiento, porque sabía que, si el crío no hubiese arriesgado su vida haciéndole el torniquete, él no estaría ahora contando el cuento.

—Vamos, Luis —dijo el capitán luego de cargar también sus armas—, veamos si les podemos embocar otras cuántas patadas en el culo a estos maturrangos, es la única forma que tenemos de poder seguir avanzando, pero después, cuando pase todo esto, usted y yo vamos a hablar.

La chica asintió obediente y ambos se subieron al caballo de Mercedes, ya que el de Juan se había quebrado una pata al caer en un pozo y lo había dejado a pie hacía largo rato. Instantes después, reforzados por las armas sustraídas al enemigo, partieron al galope hacia el campo de batalla. Sin embargo, mientras avanzaban, vieron asombrados que el combate estaba llegando a su fin: el choque de las fuerzas había desarticulado a los realistas de tal modo que habían comenzado a retroceder y, en la desordenada y rápida huida, terminaron arrollando a su propia infantería. Los soldados patriotas los seguían por detrás, ultimando a todo matucho que quedase rezagado, tarea a la que el capitán se abocó con ahínco. No así su pelirrojo subordinado, que le pidió bajarse del caballo para buscar una alforja de cuero lleno de agua, e irse a pie a revisar y ayudar a los heridos, porque toda esa carnicería final le parecía de una crueldad innecesaria. Con una profunda pena se fue agachando para cerrar los ojos de compañeros y enemigos, que se habían muerto mirando al cielo de la patria, propia o ajena. Después, al no contar con otra cosa, desgarró las vendas que rodeaban su almohada, colocando esta de nuevo, sostenida solo por cinturón de granadero y su uniforme, hizo ajustados torniquetes en los brazos y piernas de los heridos que se estaban desangrando, y los arrastró hasta la sombra del árbol bajo el cual habían dejado también al sargento, antes de darles de beber.

Mientras caminaba entre vivos y muertos, una mano la tomó con fuerza del tobillo, giró asustada y se encontró con los inmensos y angustiados ojos negros de un soldado español que tendría más o menos su edad, y una herida de arma blanca en el estómago para la cual, según le había explicado Paroissien, no había salvación posible. El joven realista, que la había visto, instantes antes, sin ese bulto sobre su abdomen y adivinado su identidad a través de sus

formas redondeadas, la miró intensamente y, con tono de ruego, le dijo:

—No sé por qué estáis vos aquí, pero no os vayáis, por favor. No me dejéis morir solo.

Ella lo miró con los ojos empañados en lágrimas, podría haber sido ella misma quien lo había herido, en la lucha los rostros se desdibujan, y él le pedía con humildad que se quedase a su lado. ¡Qué cruel e injusta era la guerra, Dios santo! Con infinita compasión, se sentó sobre sus talones y apoyó la cabeza del soldado sobre sus muslos, cuidando de hacer sombra sobre ese rostro manchado de pólvora y de sangre.

—Agua, por favor —le volvió a pedir el muchacho, en tanto que su cara iba tomando el color ceniciento que produce la hemorragia.

Mechi sabía que no se podía dar de beber a alguien con ese tipo de herida, porque le provocaría más dolor, así que humedeció lo que quedaba de sus vendas y fue mojando despacio los labios del moribundo, y haciendo caer pequeñas gotas dentro de su boca para aliviar en algo su sed, al tiempo que lo hacía le dijo con tono suave: —Quédese quieto y descanse, ya están viniendo los hombres de su ejército a levantar a los heridos.

—Pues no creo que lleguen a tiempo conmigo, señorita —le respondió él con un gesto de dolor. Al ver que ella lo miraba con ojos asombrados, continuó: —Sí, vos sois una bella moza... una damita, en realidad... porque solo una dama tendría su... delicadeza en esta... situación... os lo aseguro —le aclaró él, después se detuvo, con una mueca de ahogo, cuando una bocanada de sangre fluyó desde su boca hacia la chaqueta de la joven.

La chica lo contempló y le alisó el cabello rubio con profunda pena, antes de decirle: —No hable, le hace mal... —mientras lo hacía, escuchó el graznido insistente de un águila real y, al alzar la vista, la vio, en blanco y negro, furiosa e imponente, sobrevolaba bajo el firmamento con sus alas majestuosas, como reclamándole a los hombres que hubiesen venido a profanar las cumbres de las que era la única dueña y señora.

El joven español le tomó una mano y se la apretó fuerte, al tiempo que

musitaba: —Mirad, señora... de todos los combatientes... que fallezcan en este día... solo yo... podré decir... que tuve el privilegio... de abandonar este... mundo, en brazos de una... preciosa muchacha... y viendo... volar de cerca... a un águila... —Al escucharlo, Mercedes comenzó a sollozar, impotente e incontinentemente. Con su último suspiro y una suave sonrisa que presagiaba la cercanía de su muerte, él agregó: —No lloréis... por favor... mirad qué... bello y azul... está el cielo... hoy...

Diez minutos después, entre los hurras y vivas de sus camaradas de armas, que festejaban la victoria, Juan regresó de la contienda y encontró a su pequeño protegido, bañado en sangre, con el cuerpo de un soldado enemigo apretado con fuerza contra su pecho y llorando su dolor con desgarrantes gritos.

Capítulo 7

EN TIERRAS DE CHILE

El cuartel general del ejército argentino se había ubicado finalmente en Curimón, un pequeño poblado que se hallaba a cinco kilómetros al este de San Felipe y a doce kilómetros de Los Andes, y existía desde antes de la llegada de los españoles. Era un pequeño grupo de ranchos, con paredes de adobe, pisos de tierra apisonada, techos bajos de paja, y puertas y ventanas recubiertas con cuero de potro, que se situaban alrededor de una plaza central. El lugar tenía varios aljibes, destinados a juntar el agua de las lluvias, la que se extraía del mismo por medio de un balde atado a una soga, la cual se colocaba alrededor de una roldana, que era usada para bajar el cubo hasta el fondo y volverlo a subir, ya con su carga. Frente a los ranchos había varios palenques, hechos de gruesos troncos, que servían para atar los caballos y, al norte del poblado, se vislumbraban una amplia huerta y un monte frutal comunitarios, costumbre heredada de los antiguos incas, en los que los lugareños trabajaban en grupos y de los que todos podían hacer uso. Hacia el sur se dejaba ver otro monte, pero más extenso y de árboles variados y añosos, que llegaba incluso hasta cerca de una alta barranca, recubierta también por juncos y totoras, la que desembocaba en un límpido río. Este era de aguas muy frías y lo usaban tanto para bañarse y lavar la ropa y vajilla sucias como para, luego de alejarse hacia un recodo donde se formaba un hondo remanso, tirar las cañas y pescar. Hacia el este, se ubicaban dos

amplios corrales, hechos de troncos y ramas rústicos y con una sola puerta, en uno se hallaban encerrados los caballos y mulas y en el otro las pocas vacas que habían sobrevivido al cruce, y, hacia el oeste, habían hallado dos amplios galpones que se usaban para almacenar la cosecha de maíz, pero que ahora habían sido destinados a guardar las armas y la artillería pesada, bajo estricta vigilancia. En el centro de la plaza, se veía una gran fogata que permanecía encendida a todas horas, sobre la cual habían instalado una gran olla de fundición de la que se extraía el agua caliente para diversos menesteres, y a la que había que volver a llenar periódicamente. A su alrededor se habían distribuido troncos gruesos bajos y huesos de cabezas de vaca resecos, que los soldados usaban para sentarse en las noches y compartir el vino o aguardiente, que circulaba en odres de cuero, cuando no un mate amargo, al que el jefe del ejército era muy afecto, y que se servía casi hirviendo, con el agua extraída de una pava de grandes proporciones y colocada directamente sobre las brasas del fogón. Al llegar al poblado, San Martín había designado los dos ranchos más grandes para establecer, en uno, su cuartel general, y en el otro, el hospital de campaña, y distribuido las pocas casuchas restantes entre sus generales y jefes, dejado las tiendas de campaña más pequeñas y sólidas, con sus respectivos catres, para sus oficiales. Los soldados fueron ubicados, en grupos numerosos, en las tiendas más grandes y precarias, donde los camastros no alcanzaban para todos y debían turnarse para dormir, o hacerlo sobre un poncho o una manta, tendidos en el suelo. El viento frío de la noche solía colarse por los resquicios de las rústicas telas, y el hacinamiento y la falta de higiene y de aire, terminaban desembocando en olores desagradables de todo tipo. Como en otros órdenes, en este ejército, a la hora de distribuir espacios, se había aplicado la ley del gallinero, y los que tenían las plumas más coloridas y cacareaban más fuerte, se instalaban en las ramas más altas, reflexionaba Mechi días después con ironía. Sin embargo, a pesar de que ella era solo un soldado raso, se la había ubicado en una tienda más pequeña destinada a oficiales, de seguro para que su cuidador, que era perseverante y

obsesivo con su misión, no la perdiese de vista ni para dormir.

Allí habían llegado esa noche, luego de la batalla de las Coimas, los miembros del escuadrón del capitán Williams, sucios de pólvora y tierra, cubiertos de costras secas de sangre, hambreados, silenciosos y cansados hasta la extenuación, felices por la victoria, pero angustiados por las terribles postales del combate y por la muerte de algunos de sus compañeros. Los heridos de esa heroica jornada ya habían sido trasladados antes y se encontraban convaleciendo en el hospital de campaña. Mercedes solo pudo tomar un jarro de agua para aliviar su sed, pero no comió, porque supo que su estómago revuelto sería incapaz de soportar ningún alimento. Se lavó como pudo en la corriente del río, escondida en un alejado recodo, vendó su torso otra vez, se cambió el uniforme para que las manchas de sangre no delatasen su participación en la batalla ante San Martín, y luego, a pesar de su agotamiento, fue a ponerse a las órdenes de Paroissien. Sin embargo, este, al notar el estado en el que se encontraba su laborioso asistente, y teniendo en cuenta que él mismo y los otros ayudantes ya tenían a todos los heridos atendidos y había designado previamente a los que quedarían esa noche de guardia, envió al coloradito a descansar.

Mechi no discutió la orden, porque tenía la sensación de que sus piernas ya no iban a poder sostenerla en pie por mucho más tiempo, así que, con pasos cansinos, se dirigió a la pequeña tienda que le habían asignado, en la que había solo siete camastros. No sabiendo si iban a alcanzar para los demás, por las dudas y respondiendo a su generosidad natural, tiró dos mantas en el piso y se acostó en el suelo, de costado y con las piernas arrolladas contra su vientre, tal y como venía durmiendo en la travesía de los Andes. Dos horas después Juan entró a la tienda, ya había cenado y se había bañado en las aguas del río, a las que notó mucho más templadas que las de la montaña, porque su temperatura era más soportable al estar en una zona más baja y en verano. Tenía los músculos del cuerpo molidos por el esfuerzo del combate y la cabeza torturada por tanta muerte y estropicio de propios y ajenos. Al igual

que la joven, vio primero los catres alineados, y ya se disponía a tirarse sobre uno de ellos, cuando observó a su protegido, que dormía en un rincón alejado. Con una compulsiva y rara necesidad de sentirlo cerca, que no pudo ni quiso analizar, caminó despacio hasta donde estaba el chico, alzó las mantas y se acostó a su lado, el pecho cerca de su espalda, pero sin tocarlo. Por un lado, necesitaba escuchar sus latidos y su suave respiración y sentir el característico olor rancio de su cabello, para confirmarse a sí mismo que el valeroso crío seguía vivo, a pesar de los incesantes peligros que había corrido ese día, y por el otro, no hubiese podido dormir solo, con la mente atormentada por haber despenado a esos cristianos. A pesar de todos sus años de carrera militar, el oficial seguía sin acostumbrarse al después de los combates, cuando su conciencia culposa le martillaba las sienes sin pausa y sin que hubiese encontrado aún la forma de acallarla. Solo la cercanía de ese valiente y rebelde mocoso, que había arriesgado su vida para ir a ayudarlo y al que estaba aprendiendo a querer cada día más, de una forma confusa e inexplicable, pudo ayudarlo a bloquear su mente y descansar por el resto de la noche.

Al día siguiente, el capitán se acercó al soldado Luis, que estaba en el hospital de campaña, ya calmado pero tristón, y ayudaba a Paroissien a vendar a un herido, y le dijo con tono bajo: —Cuando se desocupe, quiero hablar con usted.

Quince minutos después, la joven salía de la tienda, hecha un manojito de nervios por el interrogatorio que se le venía encima y el miedo a cómo podía terminar. Su apuesto jefe le hizo una seña para que lo siguiese y comenzó a caminar hasta la orilla del río. Al llegar a las barrancas se detuvo, giró hacia su subordinado, se cruzó de brazos, frunció el ceño y le espetó con tono serio:

—Quiero que me explique cómo es eso de que lo dejo seguro en el campamento, con órdenes de no moverse de allí, y se me aparece dos días después, solo y en medio de una batalla.

—Es que, cuando llegó el parte de Soler, decía que usted había sido uno de

los heridos en Achupallas, pero que igual se estaba aprontando para ir a luchar a Las Coimas... y la verdad, no me pareció... digo... pensé que en esas condiciones no iba a poder defenderse y me lo iban a traer de vuelta con más agujeros que un colador. Y bueno... me aloqué y le pedí a un baqueano que me llevase hasta donde se encontraba usted —se justificó la chica alzando las cejas y con los enormes ojos verdes asustados, mientras se retorció las manos con nerviosismo.

—¿Y cómo es que logró convencerlo? Porque, que yo recuerde, San Martín nunca autorizó a que usted estuviese en un campo de combate.

Ahí, los almendrados ojos de la chica tomaron el tamaño de un plato y lo miró con gesto culpable, antes de responderle: —Es que... le dije una mentira... una chiquita nomás.

—¿Qué le dijo? —volvió a inquirir él, fingiendo calma.

—Bueno, escribí cuatro sandeces en un papel, imitando la caligrafía de don José, y le dije al hombre que debía guiarme hasta usted, porque yo tenía que llevarle un mensaje urgente del general —ella le respondió rápido, antes de retroceder dos pasos, asustada ante el gesto furioso de él.

—¿Metió de por medio la palabra del jefe del ejército?! ¡No lo puedo creer! ¡Está más loco de lo que yo pensaba! ¿Qué va a pasar con usted si ese baqueano habla? —le gritó el oficial, en tanto que alzaba las manos al cielo con ganas de arrancarse los cabellos de pura rabia.

—¡No, no, no! No va a poder hablar el pobrecito, porque se ve que él también se prendió en la lucha, y lo degollaron en Las Coimas, yo mismo le cerré los ojos. Además, con toda la gente que San Martín tiene a cargo, y los zafarranchos que le caen de regalo para resolver, ni siquiera notó que yo me había ido. ¡Y tampoco tiene por qué enterarse si no hay ningún metiche que vaya y se lo cuente! —terminó también ella, ofuscada por la posibilidad de que su capitán la echase de cabeza con el general.

—¿Sabe una cosa, soldado? ¡Usted se merecería que lo deje dos días estaqueado al sol, como castigo por desobedecer y mentir a sus superiores!

Pero no lo voy a hacer, es más, voy a mantener su imperdonable comportamiento en secreto, porque soy un hombre que sabe agradecer, y tengo muy claro que yo no estaría hoy hablando aquí si no fuese por usted. Le debo mi vida y tendrá mi gratitud eterna por eso.

—No fue nada, además, “*vaya un pato por tantas gallinas*” —le respondió la chica con gesto pícaro, usando un conocido refrán que aludía a todas las veces que él la había salvado de morir a ella.

Juan no pudo evitar sonreír, meneando la cabeza, ese mocoso era un caso perdido. Luego se puso de espaldas, mirando hacia el río y estiró sus brazos agarrotados hacia atrás, para tratar de aliviar sus músculos doloridos, antes de continuar hablando:

—Ahora quiero que me diga por qué cuernos se venda la panza y se pone esa ridícula almohada debajo, porque, salvo que haya inventado una nueva y moderna cota de malla, con eficacia deplorable, por cierto, no encuentro una explicación razonable para eso —la interrogó el oficial con tono burlón pero firme.

Ahí la chica inhaló y exhaló con fuerza, porque, de que él le creyese lo que iba a decirle dependían su futuro y el de su hermano, que podría ser acusado de desertor y fusilado sin asco si ella era descubierta y pensaban que él era su cómplice. Luego le soltó a quemarropa:

—Es que tengo una hernia de ombligo y, si no me lo vendo, ¡plop! Se salta para afuera y me duele como un demonio.

—¿Qué?! ¿Me está diciendo que estuvo todo este mes cargando y descargando trastos pesados, sabiendo que se le podía salir una tripa por ese puto ombligo y estrangularse?! —explotó otra vez el capitán, mientras miraba a su soldado con el ceño fruncido y con ganas de tirarlo al suelo y saltarle encima por inconsciente.

—Vendado no, señor —aclaró la muchacha con gesto serio.

—¿Y yo cuidándolo del frío, Dios santísimo! Pensó el capitán con ironía, antes de continuar con su interrogatorio: —¿Y cómo es que lo dejaron ingresar

al ejército con ese problema? ¿Y qué cuernos tiene que ver esa ridícula almohada con su hernia?

—¿Qué desea que le responda primero, señor? —le retrucó la chica con cara de monaguillo.

—No se haga el sonso y contésteme, en orden, si es posible —la acorraló él, al tiempo que la miraba fijo y con las manos en la cintura.

—Cómo no capitán, de lo primero, nadie me desvistió ni me revisó, recuerde que yo no vine aquí a combatir, sino a traducir pehuenche, y yo tampoco les dije nada.

—¡El que tendría que haber recordado eso es usted, mocoso, no yo! —le ladró Juan, achicando los ojos con furia, al recordar el susto que había sentido cuando se lo encontró en Las Coimas de lo más campante, luego terminó: —Prosiga.

—Y la almohada, bueno, me la puse porque las vendas son rústicas, se me clavaban en la panza y dolían y ardían como un demonio, y el almohadón las aísla y es más suavecito.

—¿Y en pos de su comodidad es que prefiere pasearse por el campamento hecho un globo aerostático? —le preguntó el hombre con sorna, aludiendo al invento creado por el francés Montgolfier en 1783.

—Es que también las plumas de ganso son muy calentitas, señor, juraría que en estas noches heladas he pasado cinco veces menos frío que usted —afirmó la joven, alzando las cejas con gesto serio, antes de hacer una larga pausa para observar las reacciones de su jefe y tratar de adivinar qué es lo que iba a decidir con respecto a ella. Como él se quedó callado, con las manos en la cintura y mirando hacia el suelo, la chica se atrevió a continuar con tono curioso: —¿Qué va a hacer ahora? ¿Le va a ir con el chisme de mi hernia al general para que me mande zumbando de vuelta a Mendoza, o se va a quedar calladito como lo haría un buen jefe? —lo acicateó.

—No me presione si sabe lo que le conviene, soldado, mire que todavía le tengo guardadas unas cuantas patadas en el culo por todos los nervios que me

ha hecho pasar —lo amenazó el oficial con tono de advertencia. Después prosiguió, más calmo: —Dios sabe que me encantaría enviarlo de vuelta y con aviso de no retornar jamás, sin embargo, es muy probable que todavía lo necesitemos, así que voy a guardar silencio por esta vez, pero con una condición.

—¿Cuál? —le preguntó la chica, uniendo sus manos esperanzada.

—De ahora en más, le prohíbo, ¿me oye? ¡Le prohíbo que vuelva a levantar algo más pesado que una pluma! Y va a dejar de andar atendiendo vagos y juntando la mugre de todo el escuadrón, al fin que nadie se lo agradece, que se arregle cada quien con sus cosas y se acabó. ¿Está claro? —le insistió él con voz de mando.

La chica, una vez conseguido su objetivo, le respondió contrita y haciendo la venia respetuosamente: —¡Clarito, clarito, mi capitán!

Mientras el oficial se alejaba a tranco largo hacia las tiendas de campaña, convencido de que San Martín le había endilgado a ese espantajo para joderle la vida, pensó con ironía: “¡A ver si todavía lo voy a tener que seguir sacando de todos los berenjenales en los que se mete, para que el crío se me termine muriendo de una tripa estrangulada!”.

Dos días después de su llegada al campamento, Mercedes se despertó al amanecer, se vistió y, sin desayunar, tomó un pan de jabón blanco, una toalla y abandonó la tienda de campaña con la firme intención de aprovechar la soledad del río en ese horario para darse un buen baño y lavar su uniforme y sus vendas, ya que no soportaba más la suciedad y los olores de su cuerpo y sus ropas. Por otra parte, tenía una picazón intensa en todas partes y el torso al rojo vivo y escaldado por la suciedad de la almohada y los rústicos lienzos, y sentía que la mezcla de tierra y sudor ya se le habían convertido casi en una segunda piel. El cuero cabelludo estaba lastimado e irritado de tanto rascarse, por lo cual sospechaba que, junto con la mugre, habían llegado unos pequeños visitantes inesperados que se habían instalado cómodamente en su cabeza, y la única culpable de todo era ella, porque, ante el miedo a ser descubierta y con

la intención de afearse, se había pasado los últimos diez días sin lavar ni peinar su espeso cabello. Confiaba en el intenso sol de la mañana para que su ropa se secase rápido, por lo que planeaba esconderse en el monte por unas horas y colgar sus prendas de las ramas más altas de los árboles hasta que se orearan. Le llamó la atención que los alrededores de su tienda de campaña estuviesen desiertos y silenciosos, pero pensó que los hombres habrían ido a explorar los alrededores. Ayer un baqueano había mencionado a un pequeño destacamento de realistas a dos leguas de distancia y su Juan era perseguidor como perro con su hueso cuando de godos se trataba. Se dirigió directo al recodo del río, rodeado por una barranca con altos juncos que había encontrado en su caminata del día anterior y que, si se mantenía agachada en el agua, podía aislarla de miradas curiosas.

Mucha fue su sorpresa cuando, al llegar cerca de la orilla, descubrió a un grupo de treinta o cuarenta soldados y oficiales de su escuadrón, que se bañaban en el agua límpida de la corriente, la que se había vuelto turbia por la abundante espuma del jabón que ellos utilizaban para fregarse el cabello y el cuerpo. Todos tenían los torsos desnudos, pero, afortunadamente, el agua les llegaba hasta las caderas, lo que le evitaba a ella la vergüenza de tener que ver sus partes íntimas. “¡Adiós baño!”, se dijo con rabia e impotencia. Para mayores males, su capitán también se encontraba allí, conversando sonriente con sus hombres al tiempo que enjabonaba con energía ese pecho amplio y trigüeño, de músculos flexibles y firmes, que a ella tanto le gustaba mirar.

Comenzó a retroceder despacio, agazapada para que no la viesan al tiempo que los vigilaba, con tanta mala suerte que, al chocar su talón con la raíz de un sauce que sobresalía, cayó hacia atrás despatarrada y dando alaridos. Por supuesto, cuando se incorporó, en tanto que se frotaba el trasero dolorido por la caída, se encontró con treinta pares de ojos que la observaban entre carcajadas. ¡Y cómo no, si ella era absolutamente patética!

Cuando pudo dejar de reírse, Juan alzó el brazo y le hizo señas para que se acercara mientras le decía con burla: —¿Qué hace, soldado, está tratando de

pasar a mejor vida por su propia mano antes de que los godos lo hagan por usted? Venga con nosotros, he ordenado que todo el escuadrón se dé un buen baño, ahora que por fin podemos hacerlo.

—¡Ni lo sueñe! —le respondió la joven, antes de detenerse alarmada y cruzarse de brazos con gesto terco.

—¿Va a desobedecer las órdenes de un oficial? —le preguntó el capitán con tono amenazante.

—¡Si obedecerlo significa que voy a tener que mostrarle mi trasero a esta banda de gandules, por supuesto que lo voy a desobedecer! ¡Además, ya le dije cien veces que si quiero estar sucio es un problema mío, usted no tiene por qué andar de metiche! —le gritó la chica, al tiempo que comenzaba a retroceder de nuevo.

—¡Sí es una cuestión mía desde el mismísimo momento en que tengo que convivir y dormir en una misma tienda con usted, soportando sus olores! ¡Lo aguanté en la montaña porque no teníamos otra opción, pero ahora sí la hay, así que desvístase y métase al agua ahora mismo! ¡Estamos entre hombres, carajo! ¿Cuál es su maldito problema? —le retrucó él furioso, en tanto que comenzaba a vadear el río hacia la orilla. “¿Es que este mocoso porfiado no es capaz de obedecer una sola orden sin protestar?”, se preguntó ya en plena rabieta.

“¡Mi problema es que yo no soy un hombre, pedazo de tonto!”, pensó la chica con impotencia antes de hacer bocina con las manos y gritarle a todo pulmón:

—¡Usted no va a obligarme a mostrarle mi trasero y es definitivo!

—¡Uy! ¡Qué *feito* sonó eso, mi capitán! —intervino el cabo Farías con tono socarrón.

Y eso fue el acabose. Resoplando como un toro embravecido, el jefe llegó hasta la barranca, se tomó de una rama del sauce y la trepó de un solo salto. ¡Cuzco malcriado! ¿Por qué, con todos los destacamentos, escuadrones y divisiones que había en este maldito ejército, esta plaga tenía que tocarle justo

a él? ¿Cómo es que había logrado ser tan suertudo? ¡Lo único que faltaba ahora es que ese mequetrefe sucio y mal entrazado lo volviese a poner en ridículo delante de sus hombres! ¡Basta! ¡No solo lo iba a obligar a bañarse, sino que también le iba a dejar el culo rojo a rebencazos!

Mercedes lo vio venir corriendo hacia ella con gesto enfurecido, dando alaridos como un loco, desnudo como un recién nacido y con sus testículos y su sexo blando y dormido que rebotaban con sus largos trancos y se tentó. “¡Si alguien vio alguna vez algo más ridículo que un hombre corriendo furioso y sin ropas que por favor me lo diga!”, pensó, antes de empezar a correr como una condenada, al ver que su risa burlona lo había enfurecido aún más.

Pero él tenía piernas más largas y mejor estado físico, así que diez metros después, cuando se encontraba a dos de distancia de la chica, saltó en picada, como un puma lanzado a una violenta cacería y la enlazó por la cintura, ambos cayeron al pasto con el envión.

A pesar de que, en un último instante de lucidez y sabiendo que el chico era mucho más delgado y liviano y podía lastimarlo en la caída, Juan giró el cuerpo para recibir el mayor impacto y amortiguarle el golpe, el gorgojo cayó de costado sobre él y comenzó a gritar como si lo estuviesen desollando. De todos modos, no pensaba tenerle más lástima ni contemplaciones, así que, como si fuese una bolsa de papas, se lo cargó al hombro y, sin escuchar sus chillidos casi femeninos, llegó a la orilla de la barranca, lo alzó en el aire y lo lanzó con fuerza al agua. Después sonrió satisfecho al verlo caer despatarrado en una zona más honda del río.

Mercedes emergió escupiendo agua y maldiciendo las carcajadas de los soldados y de su maldito capitán. Mientras sentía cómo el peso de la almohada, al llenarse de agua, buscaba arrastrarla hacia el fondo y trataba de luchar contra la corriente, vio cómo ese maldito hombre, no contento con tratar de ahogarla, se lanzaba también al río, nadaba hacia ella, la tomaba con brusquedad de un brazo y le desprendía la chaqueta sin escuchar sus protestas.

—¿Qué cuernos cree que hace, pedazo de imbécil? —le gritó la chica

enfurecida, al tiempo que forcejeaba para tratar de volver a prender los botones.

—¡Desnudarle para que se bañe como corresponde! —le ladró él, en tanto que tironeaba de su chaqueta y lograba quitársela, para dejarla solo con la camisa.

Mechi supo que era solamente cuestión de segundos para que ellos descubriesen su identidad y entró en pánico. Sin poder evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas de impotencia y, como último recurso, lo tomó de los brazos con expresión enloquecida e hizo algo que nunca en su corta vida había hecho: rogó.

—¡Por favor, por favor, no me desnude delante de ellos, se lo ruego, se lo suplico!

Juan vio cómo un llanto grueso y no fingido resbalaba por sus mejillas y pensó que, seguramente, sentiría vergüenza de que viesen su ombligo herniado, recordó las continuas burlas de sus hombres hacia el muchacho, escuchó sus carcajadas expectantes y sintió pena. Parecía un animalito acorralado a punto de recibir el disparo de gracia, pero él no era quien iba a dárselo, no ese día por lo menos, y lo más seguro es que no lo hiciera nunca. ¡Maldito mocosos! ¡Con prepotencia o con lágrimas siempre terminaba saliéndose con la suya! Molesto por su incontrolable debilidad hacia ese espantajo y con la rabia que se le iba junto con la corriente del río, el capitán suspiró y lo soltó despacio, no sin antes decirle: —Está bien, nosotros casi terminamos, puede desnudarse cuando nos hayamos ido, pero le ordeno que tome un jabón y se lave ya mismo esa cara y ese pelo grasientos. Me gustaría saber cuál es el aspecto real de su rostro debajo de toda esa mugre.

—¡Comprendido, mi capitán! —respondió Mercedes asintiendo con energía, en tanto que hacía la venia con un gesto de alivio.

Juan se alejó nadando y, al llegar cerca de uno de sus hombres, le pidió el grueso jabón blanco y lo lanzó hacia el chico, el cual, por supuesto, torpe como era, no pudo atraparlo en el aire y tuvo que bucear bajo el río para

poder encontrarlo, antes de emerger y comenzar a enjabonarse la cabeza con energía. Mientras lo observaba y sonreía satisfecho, el oficial comentó:

—Lo que sea de cada quien, que nadie diga que este cuzco no es capaz de retroceder y huir a refugiarse en la retaguardia cuando se las ve perdidas.

Cinco minutos después, la chica notó que el capitán le hacía señas de que viniese hacia donde estaban ellos y obedeció de mala gana. Al acercarse vio cómo su torturador se quedaba mirándola con la boca abierta y expresión de asombro y confusión, luego de unos segundos mudo, lo oyó decir:

—Con la cara limpia, es increíble cuánto se parece usted a su hermana.

Mechi entró en pánico de nuevo, aterrada ante la idea de que la reconociese, así que buscó rápida un comentario masculino y burlón que lo enojase y lo hiciese alejarse del recuerdo de su imagen femenina. Hizo bocina con una mano e impostando la voz, con tono socarrón, se dirigió a los soldados en un volumen lo suficientemente alto como para que él también la oyese, al tiempo que lo señalaba con la frente:

—¡Y después dicen que el manflorón soy yo! ¡Este pasó un mes a pan y agua y ya me está viendo parecidiiiiito a mi hermanita! —Luego de escuchar las risas contenidas de sus compañeros y ver la mirada de incendio con que la cocinó su capitán, remató: —No hay caso, muchachos, por las dudas, vamos a tener que comenzar a hacer la venia con el culo contra la pared. —Ahí sí que los hombres ya no pudieron seguir conteniéndose y estallaron en ruidosas carcajadas.

—¡Desaparezca de mi vista antes de que lo estrangule! —vociferó Juan, molesto porque ese renacuajo siempre lograba sacarlo de las casillas y ponerlo en ridículo. ¡Va, él solito se había puesto en ridículo cuando se quedó mirando como un bobo la rara belleza de esa cara limpia!

—¡Comprendido, mi capitán! —respondió la chica apresurada, antes de hacer la venia y nadar tan velozmente como un pato que es corrido por diez yacarés hambrientos, hasta perderse en el recodo del río.

Ese mediodía, luego de lavar sus vendas y su ropa, escurrir cien veces su

almohada para quitarle el agua y esperar cuatro horas escondida en el monte, con sus petates colgados de ramas para que se secasen al sol, Mechi se vistió y volvió a tranco cansino hacia el campamento, mientras escuchaba cómo su estómago crujía de hambre. Llegó cuando todos estaban almorzando y, tomando un pedazo de galleta seca, otro de charqui y un jarro de agua fresca, se sentó en un tronco alejado, y comenzó a masticar, con la cabeza gacha y tratando de evitar las miradas de los demás. Era la primera vez que aparecía ante ellos con su rostro y su cabello libres de grasa y tierra y eso la hacía sentirse más vulnerable y desprotegida.

Juan lo vio venir desde lejos, con su andar encorvado y torpe, asombrado por los reflejos cobrizos y dorados que el sol del mediodía pintaba sobre su pelo, corto, pero de una coloración tan bella y rara como la de su hermana, y se arrepintió de haberlo comparado con ella de un modo tan cruel. Él también era un hermoso ejemplar masculino, solo le faltaban unos años para terminar de criarse, enderezarse y desarrollar musculatura y altura, y de seguro haría suspirar a más de una mujer; pensó el capitán, sin saber que, semanas después, se reiría a carcajadas de esas reflexiones absurdas, inútiles y falaces.

Esa misma tarde llegó un chasqui trayendo cartas para los soldados, las que fue repartiendo diligentemente, a medida que iba llamando a cada destinatario, los que las recibían con expectativa y exclamaciones de alegría. La mayoría habían sido escritas hacía casi un mes, pero habían llegado hasta ellos luego de un largo y tortuoso recorrido. Hubo varias que debieron ser enviadas de vuelta, junto a los elementos personales de los soldados a los que venían dirigidas y que ya nunca iban a poder leerlas, porque habían dejado sus sueños y su vida en el campo de batalla. A Juan le entregaron dos sobres: uno de su madre y otro de su esposa, y a Mercedes uno del único ser humano que conocía su paradero: su cuñada Sol. Sin embargo, la chica debió esperar un rato para poder leerla, porque muchos de sus compañeros, que no sabían leer y escribir, una realidad que afectaba casi al noventa por ciento de las tropas patriotas, le pidieron de favor que les leyese las cartas que habían recibido.

Ella aceptó, compasiva, y así fue conociendo más de la vida de sus camaradas de armas: supo, por ejemplo, que el sargento Cuevas era viudo, con tres hijos ya adolescentes y se había vuelto a casar con una joven cuyana a la que había conocido durante su estancia en Mendoza. Se enteró también que el cabo Farías vivía en concubinato con una mulata que le había dado ya seis niños, todos varones, que estaban esperando la llegada del séptimo, y que rogaban a Dios y todos los santos que esta vez fuese niña, porque si no corrían el peligro de convertirse en padres de un lobizón. En aquella época, las arcaicas supersticiones eran casi tan fuertes como la fe en Cristo, y, a pesar de que la iglesia las combatía a biblia y espada, seguían torturando las mentes crédulas de esa pobre gente tanto como el miedo a los tormentos del infierno que les inculcaban desde los sagrados púlpitos. Entendió por fin la profunda tristeza en la mirada de Tobías, un muchacho negro, robusto y callado, que acababa de cumplir diecinueve años, era solo meses mayor que ella, y cuya novia de la adolescencia, Felipa, había sido vendida por su dueño, en Córdoba, a un comerciante que se la había llevado lejos. Al principio desconocía adónde, pero la esclava le había dictado la carta a un escribiente, quien se había encargado también de enviársela a él, con la intención de que su hombre conociese su nuevo paradero. Fue sumamente gratificante para Mercedes revelarle al soldado que su amor se encontraba viviendo en Montevideo, así que, cuando terminase esta guerra cruel, solo tenía que volver a Buenos Aires y “saltar el charco”, aludiendo al cruce del Río de la Plata hacia la Banda Oriental, para reencontrarse con su Felipa, que le prometía esperarlo siempre. Al escucharla, los hermosos ojos negros del sufrido esclavo dejaron caer gruesas lágrimas de esperanzada alegría. ¡Ahora sí que tenía una razón por la cual luchar! Sin embargo, a pesar de que peleó como un león en los campos de batalla independentistas de Chile y de Perú, Tobías nunca más iba a volver a ver a su novia, porque su joven cuerpo terminaría despedazado por una bala de cañón realista, en octubre de 1820, durante la campaña de la sierra comandada por el bravo general Arenales en tierras peruanas. Su amada

Felipa, por su parte, sin saber jamás de su muerte, lo amó y lo esperó por el resto de sus días, nunca se casó y ni siquiera con el pasar de los años aceptó las caricias de otros hombres. Vivió para cuidar de su vieja ama, madre del comerciante que la había comprado a ella y, cuando la anciana murió y le dio la libertad en su testamento, la nueva liberta fue a pedir asilo, como criada, en un convento montevideano. Estando en este, todas las tardecitas ella subía a lo alto del campanario para mirar hacia el ancho río, con la cabeza llena de recuerdos y la esperanza inútil de que algún barco le trajese de vuelta a su eterno enamorado.

Pero en ese momento, al terminar de leer la carta de la esclava, los ojos de Mechi y de Tobías se pintaron de alegría, porque el futuro todavía era, para ellos, una página en blanco. Antes de alejarse, el muchacho le dio un fuerte apretón de manos en agradecimiento, en tanto que se prometía, en su interior, no volver a llamar gorgojo al generoso colorado en lo que restara de la campaña.

Luego la chica se alejó, buscando la sombra de un frondoso árbol y se sentó, por fin, a leer las noticias de su hogar. Al final, con su partida intempestiva hacia Las Coimas, no había podido terminar su carta para Sol, y mucho menos enviársela. Era mejor así, porque no estaba demasiado segura de que fuese una buena idea contarle a su cuñada que el único hombre por el cual se había sentido atraída en su vida era ahora su jefe directo.

Tal y como se lo esperaba, Sol le decía que, al enterarse de su desaparición, Leonor casi hizo volar los techos de la casa con sus gritos, y su alarmado hermano tiró cuatro prendas y provisiones en su maleta de viaje y partió a revientacaballos hacia Buenos Aires, más apurado por escapar a la ira de su sacrosanta madre que por buscar a su melliza, según pensaba su cuñada. Don Hipólito había venido solo una vez, con el gesto desolado, y, al mirar a la que iba a ser su futura consuegra, le había hecho un críptico comentario: “Nos lo tenemos merecido”. La mayor complicación, por esos lados, era que habían tenido que cambiar la fecha de su boda, porque Luis no iba a poder volver a

tiempo, pero, por órdenes de doña Leonor, que confiaba en poder traer a su díscola y desobediente hija de vuelta más rápido que volando, la familia había guardado un hermético silencio sobre las razones del viaje, y todavía no habían comenzado las habladurías sobre su repentina desaparición. “¡Ja! Seguro que, si Luis ya encontró mi otra carta, a estas alturas todo Mendoza está hirviendo de chismes”, pensó la chica con pesar. Pero “ni modo, todo ha sido por una buena razón y de nada va a servir llorar sobre la leche derramada”, se dijo, en tanto que se acercaba de nuevo al campamento y, con disimulo, tiraba la carta al fuego para que nadie más pudiese leerla.

Por su parte, Juan caminó hasta la orilla del río, se sentó sobre una piedra y abrió, primero, la carta de Carmina, sintiéndose culpable porque, en los casi dos meses transcurridos desde su partida de Buenos Aires, muy pocas veces había pensado en ella y en el bebé. Sin embargo, se justificó a sí mismo por el hecho de que ese cruce infernal había estado tan plagado de peligros y sinsabores que el miedo cotidiano a su propia muerte o a la de su protegido y la preocupación por sobrevivir cada día habían ocupado su mente por completo. Al comenzar a leer, se encontró con la caligrafía cuidada y redondeada, pero plagada de errores ortográficos, de su bella esposa, ya que la buena formación intelectual no era algo que interesase demasiado a los padres de las jóvenes de la época, los que preferían, en cambio, que las preparasen para ser excelentes cocineras, madres y amas de casa. Tales eran, por lo menos, las ideas de su despreciado suegro y de muchos otros hombres como él. Carmina le contaba que su embarazo marchaba muy bien y casi no tenía dolores y molestias, a pesar de lo cual ella seguía guardando reposo absoluto por precaución. Lo que sí la preocupaba era que ese resfriado con tos seca que solía atacarla todos los inviernos desde su niñez, porque esta vez se había extendido incluso en el verano, y ella tenía miedo de que su salud resentida perjudicara también a su bebé. Luego de comunicarle las novedades y cotilleos sobre sus vecinos y amigos, finalizaba diciéndole que lo adoraba y extrañaba muchísimo y que no veía la hora de que él regresase a su lado para

que su felicidad fuese completa. Ahí Juan alzó una ceja con descreimiento, porque, si era verdad que ella lo amaba tanto como aseguraba, cómo era posible que lo rechazase con tanta intensidad en el plano físico. Si bien a lo largo de su historia afectiva él había conocido muchas veces la pasión sin que hubiese amor, siempre había estado seguro de que no podía darse una ecuación inversa, es decir que, si una pareja de verdad se amaba, era más que obvio que debían disfrutar la intimidad de una cama. Sin embargo, ese no era el caso de su mujer, y la verdad que tampoco el suyo, pero, por lo menos, él nunca había asegurado que estaba perdidamente enamorado de su esposa. Ella era para él una buena compañera, una amiga confiable, alguien a quien le tenía mucho afecto, pero ¡vamos! Siendo sincero, Carmina jamás le había provocado ni le provocaría esa profunda e inexplicable atracción, esos fuertes sentimientos encontrados y ese deseo loco e irrefrenable de tocarla o de sentirla cerca, que sí le inspiró esa bella y casi desconocida pelirroja mendocina, al punto incluso de que la seguía viendo en sus sueños, pasionales y tortuosos, como una prohibida obsesión de la que no podía ni quería deshacerse. No obstante, y más allá de todo, él tenía muy claro que se había casado para toda la vida y que debía luchar porque su matrimonio mejorase, para lo cual deseaba de corazón que el bebé les trajese más unión y armonía.

Pero este no era el momento para dudas ni preocupaciones personales, las columnas de Uspallata y Los Patos se habían reencontrado por fin, la batalla definitiva con los realistas para poder adueñarse de Santiago, la ciudad capital, se avecinaba y estaba en juego la libertad de Chile y de toda Sudamérica, por lo cual, todos y cada uno de los patriotas, debían poner su granito de arena para que ese terrible cruce, que había resultado mortal para muchos, valiese la pena. En este combate y contra su propio deseo, Mechi debió quedarse en el campamento para atender a los heridos que llegasen, ya que su querido capitán la había extorsionado con contarle a San Martín de su hernia de ombligo, de su mentira al baqueano y de su participación no autorizada en la batalla de Las Coimas, y ella había tenido que agachar las

orejas e irse chiflando bajito. Esta vez sí que ese horno no estaba para bollos, y el as de espadas escondido en la manga, ahora, lo tenía él. Así que la chica debió resignarse a verlo partir, con su uniforme de oficial de granaderos brillando de limpio, montado sobre su caballo alazán, bello y arrogante, la espalda erguida y los preciosos ojos azules que miraban hacia lo lejos.

Tres días antes, reunidos los integrantes del estado mayor patriota, junto a sus principales oficiales, se había resuelto atacar en la madrugada del día 12 de febrero, luego de atraer a las tropas enemigas hasta la cuesta de Chacabuco, que estaba a cincuenta kilómetros al norte de Santiago. El plan del jefe del Ejército de los Andes era que una de las columnas arremetiera de frente a los realistas, para inmovilizarlos en el terreno, dando así tiempo a la otra a avanzar, haciendo un rodeo, y embestirlos por el flanco y la retaguardia en un movimiento envolvente. Esa era una táctica napoleónica, llamada “de pinzas” que San Martín había tenido tiempo de estudiar muy bien. Con este fin, separó a las tropas disponibles en dos:

La primera división, al mando de Miguel Soler, debía atacar por el oeste y estaba compuesta por varios batallones y compañías de Granaderos y Cazadores y el escuadrón escolta del general en jefe, entre los cuales se encontraba el capitán Williams, más siete piezas de artillería con ochenta artilleros. Eran en total unos dos mil hombres, dispuestos para la lucha.

La segunda división, al mando de O’Higgins, debía atacar por el este, y estaba formada por las compañías de fusileros, varios escuadrones de Granaderos a Caballo y dos piezas de artillería, que perderían en el desfiladero, junto con un batallón de artilleros. Estos sumaban otros mil quinientos soldados.

Mientras Soler rodeaba a los realistas por el camino de Montenegro, más suave pero mucho más largo, O’Higgins lo haría por Cuesta Vieja, más corto, pero en pendiente y mucho más peligroso. Al inicio, hicieron todo tal y como se había pactado. El general O’Higgins organizó a sus huestes en dos columnas, con la intención de encontrarse con el grueso del ejército realista,

por lo que decidió avanzar hacia el cerro y desplegar allí sus fuerzas, al tiempo que despachaba un mensajero para informar de la situación al general San Martín.

Las fuerzas realistas, inferiores en número, ya que más de mil hombres habían quedado varados en el sur, estaban compuestas por el batallón Talavera, de soldados peninsulares, más otros dos provenientes principalmente de Chiloé y Valdivia y una compañía de húsares. En este ejército, solo los generales y jefes eran españoles, la mayoría de los oficiales y soldados eran americanos que le eran fieles al rey y no deseaban separarse de España. De todos ellos, los únicos que tenían una amplia experiencia militar eran los del regimiento de Talavera, que habían peleado en España y eran indisciplinados y crueles, pero muy bravos a la hora de combatir.

Inicialmente, el brigadier Rafael Maroto, que había sido designado como jefe de los godos en esa batalla, consciente de la debilidad de sus tropas, había conseguido que el gobernador apoyase la idea de retirarse hacia el río Maule y unir sus fuerzas a las de Concepción, para después presentar batalla. Pero Marcó de Pont, volviendo a errar en su táctica, cambió de opinión rápidamente y le ordenó impedir que los revolucionarios avanzaran sobre Santiago. Maroto escogió la cuesta de Chacabuco como una posición defensiva, esperaba detener al enemigo en tanto que llegaban los refuerzos desde el sur. No obstante, en un reconocimiento efectuado el día 12, el jefe realista notó, con profunda sorpresa, que la cuesta ya estaba ocupada por los patriotas, e incapaz de tomarla, tuvo que escoger entre retroceder o defender las posiciones donde estaba su ejército, delante del cerro de Victoria y cerca de la Hacienda de Chacabuco. Optó por esto último, y esta decisión fue la que permitió a San Martín rodearlo con sus fuerzas más numerosas.

El plan del jefe patriota era que mientras O'Higgins atacara por el este y Soler por el oeste, él y sus huestes irían de frente, pero, al acercarse la hora del combate, el general chileno, que debía esperar a que arribase Soler, se impacientó, y, resuelta e imprudentemente, desenvainando el sable, gritó:

“¡Vivir con honor o morir con gloria, el que sea valiente que me siga!”. E inició así el ataque al enemigo, sin embargo, fracasó en su primera carga y se vio obligado a retroceder. Cuando San Martín se dio cuenta de esto, alarmado, envió a un mensajero para que Soler apurase su avance. Pero, como ya no había tiempo, decidió ir él mismo por el frente en ayuda de O’Higgins. Media hora después, una división de adelantados de Soler arribó al lugar y se produjo el envolvimiento completo. Mariano Necochea y el escuadrón de granaderos de la escolta, entre los que se hallaba el capitán Williams, junto a otro grupo al mando de Manuel de Escalada, cuñado del jefe del ejército, penetraron por la retaguardia y arrollaron a la caballería goda por la izquierda, al tiempo que Zapiola ejecutaba la misma maniobra por la derecha. En la hora siguiente, los afilados sables de los granaderos hicieron estragos, y se consolidó así una aplastante victoria a favor de los revolucionarios. La batalla concluyó a las dos de la tarde. Los restos del ejército realista huyeron en desbandada, perseguidos por los patriotas, hacia las casas de Chacabuco que estaban a pocos kilómetros, y dejaron cientos de heridos abandonados en el campo. Por esa razón, San Martín llamó a Osorio, otro general goda, y le dio una tregua para que los retirase en una muestra de clara humanidad, ya que muchos de sus oficiales estaban a favor de ultimarlos. Como resultado final de la batalla, hubo quinientos realistas muertos y seiscientos prisioneros, la mayoría de infantería, y fue requisada toda su artillería. Una parte de las tropas huyó hacia el puerto de Valparaíso, y se embarcó, junto al general Maroto, con destino a Lima, la capital de Perú, pero Marcó de Pont no llegó a tiempo. Los revolucionarios perdieron al inicio solo doce hombres, pero tuvieron más de ciento veinte heridos, muchos de los cuales murieron luego a causa de la gangrena y la infección.

Dos días después de ocurrida la Batalla de Chacabuco, San Martín y su ejército entraban triunfales en Santiago, en medio de ovaciones y festejos populares, y desde allí, ese 14 de febrero, el Libertador escribía una carta al gobernador intendente de Cuyo, Toribio de Luzuriaga, en la que comentaba lo

ocurrido en la jornada:

“Glóriese el admirable Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile ya es nuestro. El 12 del corriente, sobre el llano de Chacabuco nos batimos con una división enemiga, fuerte de más de 2.000 hombres. Al cabo de cuatro horas de un fuego vivísimo la victoria coronó nuestras armas...El presidente Marcó fugó la noche de ese mismo día a Valparaíso, pero no hallando buque, camina para el sur sin ninguna fuerza, adonde ya le persiguen mis partidas. Hoy entró nuestro ejército en esta capital. Un inmenso parque de artillería de todo calibre se ha encontrado en ella. La premura del tiempo no me permite comunicar a V.S. un detalle de las repetidas e inesperadas ocurrencias. Me anticipo a darlas en globo para satisfacción de ese gobierno y pueblo benemérito. Dios guarde a V.S. muchos años”.

Fiel a su estilo, claro y sin demasiados rodeos, San Martín comunicaba, desde su cuartel general, el triunfo obtenido, agradeciendo el esfuerzo del pueblo cuyano y convencido, en aquel entonces, de que se había logrado la libertad absoluta de Chile y derrotado para siempre a los godos en esa región. Sin embargo, no podría ocultar su alegría y orgullo en la conocida misiva que escribiría, días más tarde, el 22 de febrero, a su amigo y director supremo de las Provincias Unidas, Juan Martín de Pueyrredón, en la que le decía: *“En 24 días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos libertad a Chile”.*

Rápida como un rayo, la noticia de Chacabuco circuló por toda América, el mismo virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, reconocería que: *“la desgracia”* ocurrida en ese combate *“transformó enteramente el estado de las cosas y se cambió el curso de la guerra”*. Sin duda, esta batalla significaría la primera victoria lograda a la luz de las estrategias y tácticas militares europeas y aislaría al poder español en el recinto de Perú.

El 16 de febrero, los patriotas más acaudalados organizaron un baile en honor a los vencedores. Las damas concurrieron con coronas de flores en sus

cabezas y los caballeros con gorros frigos rojos y cintas azules y blancas. Cuando llegó la hora de brindar, San Martín arrojó su copa contra el piso, según dijo: —“*Para que nadie pueda profanarla después con un pensamiento contrario*”. —Y los presentes lo imitaron, provocando una avalancha de algarabía y vidrios rotos. Luego trajeron a su presencia a Marcó de Pont, que había sido capturado y hecho prisionero, y el insigne jefe patriota le dijo con tono socarrón: —“*Oh, general, venga esa blanca mano*”— haciendo alusión a lo que el ahora ex gobernador de Chile le había dicho a Condarco cuando fue a llevarle el acta de independencia de las Provincias Unidas, en 1816: —“*Yo firmo con mano blanca, no como la de su jefe, que es negra*”. —Se refería despectivamente al color de piel trigueña del jefe del ejército patriota.

Al día siguiente de los festejos, se expandió un bando que convocaba a un cabildo abierto a los ciudadanos más notables de la ciudad, con el objeto de nombrar al nuevo director supremo del Estado. Los cien representantes de la asamblea declararon su voluntad unánime de nombrar al propio San Martín como gobernador de Chile, pero el general rehusó ese honor, y propuso, en cambio, a O’Higgins para ese cargo, ya que era nativo del país y podía establecer una alianza ofensivo-defensiva con las Provincias Unidas. De esta forma dejó en claro que sus intenciones no eran ni ocupar cargos políticos, cosa que jamás le interesó, ni anexar a Chile a la Argentina, como muchos dijeron, sino simplemente la de colaborar en el logro de su libertad.

Casi un mes después del triunfo, a principios de marzo, San Martín partiría hacia Buenos Aires acompañado de algunos oficiales, pues si bien la primera parte del plan continental parecía estar cumplida, aún restaba trabajar para poner en marcha la nueva empresa: la expedición al Perú; y para ello era necesario concretar la alianza entre el recién restaurado gobierno de Chile, en manos de O’Higgins, y el de Buenos Aires, con Pueyrredón a la cabeza. Llegaría a la ciudad capital de su país, finalmente, el 30 de marzo y sería recibido, allí también, con enormes ovaciones y festejos.

En esos momentos, pese a que todo el arco político y militar estaba tan convencido como el propio San Martín de que Chacabuco había acabado por completo con los realistas en Chile, lo cierto es que los restos de los ejércitos godos se habían acantonado y guarecido en el fuerte inexpugnable de Talcahuano, donde esperaban refuerzos del Perú para fortalecer la resistencia y comenzar la reconquista. Así pasaría que, durante todo 1817, la lucha en el sur de Chile se encarnizaría, la guerra quedaría estancada y resurgiría en feroces combates en los que se disputaría el terreno palmo a palmo, hasta que, a comienzos del año siguiente, llegarían la derrota de Chancha Rayada y el posterior triunfo completo de Maipú.

Si bien Chacabuco no significó la victoria final que San Martín había pensado, sin dudas sí fue el triunfo que alentó a las guerras de la independencia, generó esperanzas tanto en Buenos Aires como en Santiago, Lima, Bogotá y el resto de los centros revolucionarios americanos y permitió el avance incontenible de la causa patriota.

Mercedes recordaría con angustia, por el resto de sus días, las jornadas posteriores a esa memorable batalla, porque si bien existió también un grupo de atención para cada columna, un centro sanitario móvil y un sistema de evacuación con postas estratégicamente ubicadas, el hospital general de campaña se pobló de heridos de bala o arma blanca, dos de los cuales llegaron, incluso, sosteniendo sus tripas para que no se les saliesen del vientre abierto por el filo de las espadas. Los catres fueron insuficientes para alojarlos y Paroissien y sus asistentes no alcanzaban a atender a unos que ya llegaban nuevos. El antes silencioso lugar se inundó de llantos, gritos y alaridos de dolor y desesperación, y en los rincones se fueron acumulando uniformes y botas manchados de barro y sangre y vendas empapadas, que no hacían tiempo a lavar todavía, porque la atención de los maltrechos soldados estaba primero. El olor del láudano y el opio, usados para narcotizar a los pacientes que sufrían lesiones y dolores extremos o debían ser operados, y de

las llagas infectadas o con declarada gangrena, impregnaba las fosas nasales, al igual que el nítido tufo a excremento de los intestinos cercenados. Además de limpiar, desinfectar con aguardiente y vendar las magulladuras más leves, la joven tuvo que ayudar a sostener a tres hombres que debieron ser amputados, para evitar que las balas de plomo y la pólvora, que indefectiblemente envenenaban la sangre, siguiesen provocando una infección que desembocaría en la temible gangrena, o también cuando los proyectiles habían roto arterias que era imposible suturar y corrían el riesgo de morir desangrados. A dos de ellos se les cortó la pierna, a uno arriba de la rodilla y al otro por debajo, y a un tercero, el brazo por encima del codo. A dos más, cuyas extremidades habían sido arrancadas por balas de cañón, solo fue necesario limpiarles, emparejarles y coserles la herida, o cauterizarla usando cuchillos calentados al rojo vivo, haciendo hemostasia por quemadura, es decir, quemando la piel y las venas para que el calor extremo coagulase la sangre y poder controlar así la hemorragia.

A pesar de que la chica, en los peores momentos de la intervención, cerraba los ojos para no ver los escalpelos mutilando las carnes, no podía evitar escuchar los alaridos de dolor, que el láudano no alcanzaba a calmar, y el chirriante sonido de los dientes de la sierra cuando serruchaban los huesos. Después venían los tortuosos días de convalecencia, algunos morían en las horas siguientes a la intervención, debido a la gravedad de las heridas y la pérdida de sangre. Otros deliraban, atacados por una fiebre tan intensa que ni siquiera el uso de la quinina o los paños fríos podían frenar, y unos pocos lograban combatir la calentura y la infección y comenzaban, en forma lenta y con el paso de las horas y los días, a recuperarse. Al tener, casi todos los pacientes, lesiones que provocaban mucho sangrado, en la mayoría de ellos no se realizaron sangrías ni se le colocaron sanguijuelas para bajar la fiebre, se prefirieron, en cambio, los otros métodos. En las primeras tres jornadas posteriores al combate, el hospital de campaña fue un caos. En su desvelo porque todos los pacientes estuviesen bien atendidos, Mercedes comió muy

poco y casi no descansó, se limitaba a dormitar, sentada en una silla, al lado de los heridos más delicados, o a deambular en las largas noches, con una lámpara de aceite en mano, entre los soldados que no podían moverse y pedían ayuda para calmar su dolor o su sed y vaciar su vejiga llena. En esos días, la joven aprendió más de la anatomía masculina que en toda su corta vida, ya que, debido a las heridas y el calor de las habitaciones atestadas, la mayoría de los soldados se encontraban desnudos o semidesnudos. Por otra parte, andando el tiempo, cuando todos los pacientes estuvieron ya atendidos y comenzaron a decantarse por la vida o por la muerte, llegó el momento de higienizarlos más concienzudamente y vestirlos con ropa limpia y cómoda. Lo más complicado fue bañar a aquellos que, por su estado delicado, no podían valerse por sí mismos. Gracias a Dios, para ello, contaron también con la ayuda de varias maduras matronas, chilenas y patriotas, que se ofrecieron en forma voluntaria a ayudar en el nosocomio y no sentían la terrible vergüenza de la chica al tener que ver o lavar el cuerpo desnudo de un soldado. Así, la muchacha delegó ese trabajo perturbador e incómodo en ellas y los demás asistentes, y se abocó a trasladar hasta el río, fregar contra las piedras, enjuagar y tender, junto a otras mujeres, los cientos de uniformes, vendas y sábanas sucios que se habían ido acumulando. Sin embargo, pronto debió regresar al caluroso y atestado hospital, porque los mismos pacientes reclamaron la presencia, dulce y compasiva a veces, graciosa y rezongona en otras, de ese asistente coloradito y medio manflorón, que había trabajado como una hormiga y sin descanso y los había acompañado en los peores momentos.

Con un poco más de tiempo disponible, la chica se abocó a abrir ventanas y puertas para hacer circular el aire, barrer y limpiar concienzudamente hasta debajo de las camas, ahuecar almohadas hundidas, estirar sábanas arrugadas y cambiar las sucias, rasurar la barba de los convalecientes, hacerles masajes con un ungüento en los músculos agarrotados y hasta alimentarlos y darles de beber, ya que algunos estaban tan graves que ni siquiera podían alzar un

tenedor.

Como notó que algunos soldados estaban aburridos o deprimidos, en las tardes, cuando se sentaba un rato a descansar, comenzó a narrarles historias divertidas, pero el repertorio se le acabó muy pronto, ya que los relatos infantiles que les contaba a sus pequeños sobrinos resultarían tontos para estos recios hombres. Así que, acudiendo a todo su ingenio, le pidió al capitán Williams que tomase por asalto las bibliotecas de los realistas de Santiago, a los que el ejército patriota les había confiscado sus bienes, y le consiguiese un buen número de libros. Él obedeció de mala gana, ya que lo consideraba una actividad inferior a su rango, pero lo hizo porque le apenaba ver las ojeras violetas debajo de los vivaces ojos verdes de ese rostro flaco y mugriento, los que, a pesar de toda su fatiga, seguían reluciendo con el entusiasmo de traerles un poco de entretenimiento a sus pacientes, que los ayudase a olvidar el dolor de sus cuerpos magullados y lacerados, el miedo a la muerte y la tristeza de hallarse lejos de sus familias y de su hogar. Por eso, en el mismo instante en el que Juan, que había llegado empapado de sangre enemiga, pero no había sufrido ni un rasguño en la contienda, volvió de su encargo con una bolsa repleta de libros confiscados, la chica, que era una lectora voraz y empedernida, se abocó a la tarea de seleccionar las comedias, relatos cortos, poesías o novelas que fuesen más graciosas, o que narrasen aventuras disparatadas. Buscó historias que pudiesen trasladar a sus enfermos a un mundo más seguro y feliz que este que les había tocado vivir, donde la parca los rondaba a cada instante, y amenazaba con atraparlos a la vuelta de la esquina. Eligió obras tan disímiles como *Las fábulas de Esopo*, *El avaro*, de Moliere, *El lazarrillo de Tormes*, de autor anónimo, los cuentos orientales de *Las mil y una noches*, *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, y hasta el *Decamerón*, de Bocaccio, que le hizo arder las mejillas de vergüenza con sus relatos plagados de erotismo, picardía y fuertes críticas a la iglesia. Luego, ella comenzó a leerles en voz alta, todas las tardes de tres a cinco, en un silencio atento, interesado y tan profundo que podía escucharse hasta el vuelo

de una mosca. Leía exagerando los diálogos, y usando diferentes gestos, matices y tonos de voz, a veces chillones y otras graves, para cada personaje, leía ralentizando o acelerando la narración, con la intención de generar suspenso o aliviar intrigas, leía incorporando onomatopeyas de su invención, salteando los fragmentos tristes o aburridos y resaltando los graciosos, y hacía descostillar de la risa a los que ya estaban en franca recuperación e incluso, a veces, a los de estado delicado, motivo por el cual el médico jefe los llamó al orden más de una vez, de puro miedo a que a alguno de sus pacientes más remendados se le soltase algún punto. Leía con entusiasmo, con emoción, con gracia, con ternura, leía porque leer se había convertido en una forma pacífica de combatir contra la desolación, la desesperanza, la añoranza, el miedo y la profunda tristeza de esos hombres que libraban una dura batalla con la muerte. Y sus lecturas lograron en parte su objetivo, porque los soldados heridos rieron hasta las lágrimas, e incluso los que estaban sanos comenzaron a acercarse en ese horario hasta el hospital, para escucharla, calladitos y desde afuera, apostados al lado de las ventanas. Ese fue también el caso de Juan, que venía todas las tardes un rato, solo para oír la voz envolvente, modulada y graciosa, de ese maravilloso, disparatado y compasivo ser que tanto había aprendido a querer. Así fue que los hombres se evadieron de su tortuosa realidad, viajando hacia mundos mágicos, donde una alfombra podía trasladarte adonde le pidieses, o una lámpara concederte todos los deseos, donde un cura irreverente podía alzar el hábito de una monja hasta su cintura sin que esta se pusiese colorada, un joven pícaro podía ganarle la pulseada al hambre, aceptando ser mantenido por quien le era infiel, o un viejo loco se pasase todo el día, de enredo en enredo, y abrazado tercamente a su olla de oro. Sin embargo, sus lecturas no pudieron evitar que la infección y la gangrena avanzasen y que la parca se llevara, de a poco y luego de terribles agonías, en las dos semanas siguientes, a más de la mitad de los internados. Y la muchacha lloró cada muerte con profunda pena, porque había empezado a querer a cada uno de sus pacientes, a conocerlos más, a ellos y a sus familias,

a través de las cartas de sus esposas, padres o hijos, que les leía, y cuyas respuestas escribía a pedido de ellos, aunque sabía que, en muchos casos, esas misivas contendrían las últimas palabras de afecto de los heridos hacia sus seres queridos. En las calurosas noches, cuando veía que ya nadie la necesitaba e iba a acostarse por dos o tres horas en su angosto camastro de campaña, ubicado siempre al lado del de su capitán, la joven sollozaba con angustia e impotencia, y se decía que era inútil, que ella no servía para ver tanto dolor. Así, se decidía a renunciar al hospital y a pedir que le asignasen otra función. Pero, al día siguiente, ya más descansada y repuesta, se obligaba a levantarse, desayunar, vestirse y sacar de la galera su mejor sonrisa, ideando pullas y chistes para entretener o sacar de su letargo de láudano a los convalecientes, porque sabía que ese era su lugar en el mundo en este momento, que tal vez las mujeres, como ella, no tenían permiso para ir a la universidad a estudiar medicina, pero sí tenían mucho amor para dar, oídos para escuchar y aprender y manos para cuidar y que, aunque se ahogara de la pena en el proceso, estaba donde debía estar.

Y fue tanto así que, cuando San Martín, diez días después de la batalla de Chacabuco, le informó a Paroissien que el soldado Luis Gutierrez Prado había cumplido en forma satisfactoria con su función de intérprete y que por eso iba a darle la baja del ejército y a enviarlo de regreso a Mendoza, el médico le pidió encarecidamente que se lo dejase aunque fuese un mes más, porque el muchacho había sido un colaborador invalorable para él, ya que, además de ser un trabajador incansable y voluntarioso, ayudaba a levantar la moral y el ánimo de sus pacientes, con sus dichos, sus chanzas y sus libros, como ningún otro. Cosa que era verdad. Lo que el galeno no le confesó es que a él también le encantaba escuchar los relatos y lecturas del joven y, salvo por alguna urgencia imponderable, no se los perdía ni soñando. El general aceptó a regañadientes, porque ya se veía con las manos de la tal doña Leonor enlazadas alrededor de su cuello, pero con la sana intención de estrangularlo. Sin embargo, pensó, el chico no corría ningún peligro encerrado en un

hospital, y más aún cuando se había hecho querer por todos y encontrado otra forma de ser útil. Así que, por el momento y salvo que el joven se lo pidiese, pospuso la baja para más adelante.

Para Juan, los días posteriores a la victoria de Chacabuco fueron de festejo y algarabía, por fin habían logrado derrotar a los matuchos y, si Dios y el destino lo acompañaban, iba a poder llegar a tiempo a Buenos Aires para el nacimiento de su primer hijo. Sin embargo, el día del baile que los patriotas chilenos ofrecieron a San Martín, ocurrió un hecho que cambió su vida por completo e hizo que pospusiese su viaje al hogar por casi un mes.

Ese 16 de febrero de 1817, a las dos de la madrugada, el oficial Williams volvía de Santiago. Se dirigía al trote hacia su campamento, con varias copas de vino encima, cansado de los gritos y estruendos de las celebraciones de los señores y del pueblo, pero lúcido y atento a lo que ocurría a su alrededor. Estaba intranquilo porque el porfiado crío no había querido ir con los demás a la ciudad para festejar la victoria y se había quedado de guardia en el hospital, cuando sabía que no le correspondía. Lo preocupaba también lo poco que había comido y descansado el gorgojo en esos días y, fiel a la promesa hecha a su jefe de cuidarlo de todo y de todos, el capitán venía dispuesto a arrancarlo de su silla al lado de los pacientes y llevarlo hasta la tienda, así fuese a la rastra, para que se lavase, comiese y descansase en un camastro toda la noche, como Dios manda. ¡A ver si ahora también se iba a tener que preocupar de que ese espantajo no terminase palmando de puro agotamiento! Pero, cuando iba llegando al lugar, vio a lo lejos algo que lo puso en alerta: era el movimiento furtivo de una sombra que caminaba sigilosa hacia la zona del río, en tanto que miraba hacia todas partes con recelo, y con un gran atado blanco bajo su brazo. Alarmado, Juan se bajó del caballo, lo ató a un poste cercano para no ser descubierto por el otro con el sonido de los cascos, y partió a pie detrás del sospechoso. Fue parapetándose contra los árboles para que no lo viese. Le preocupaba además que, ese mismo día, habían sido avistadas pequeñas partidas de soldados realistas que ellos no habían podido capturar. Era

evidente que esos enemigos tampoco habían llegado a tiempo para subir al barco hacia Lima o ir a refugiarse en Talcahuano, y andaban rodando, se escondían en el monte y atacaban a los patriotas que encontrasen desprevenidos. El capitán temía que, habiéndose enterado de la fiesta en Santiago, aprovecharan que el campamento había quedado casi desierto y estaba poco vigilado, para arrojarse contra los que hubiesen quedado allí. En ese instante, el miedo por la seguridad de Luis puso alas a sus pies y, cargando su mosquete, comenzó a correr para interceptar al caminante nocturno. Sin embargo, cuando se hallaba a unos treinta o cuarenta metros de distancia, el otro giró el rostro de golpe hacia donde se encontraba él, vigilando los alrededores, la luz de la luna llena lo alumbró, y Juan casi se cae sentado de pura sorpresa: ¿qué carajos hacía ese mocoso, a esa hora, en ese lugar, desarmado y con toda la pinta de andar tramando algo? ¿No sabía acaso que San Martín había ordenado que nadie se alejase solo del campamento, por prevención ante un ataque de los enemigos que andaban merodeando? ¡¿Es que siempre se iba a pasar por el culo las órdenes de sus superiores?! De la intranquilidad pasó al enojo y la irritación, pero decidió seguirlo igual, solo para ver en qué andaba metido esta vez y, de paso, oficiarle de guardaespaldas. Echado de panza y escondido detrás de unos juncos, a unos doce o quince metros de distancia del chico, observó que el pelirrojo llegaba hasta la orilla del río, en un recodo escondido, dejaba su atado sobre una piedra, lo abría y sacaba de él un uniforme militar nuevo, al que colgó sobre las ramas de un sauce, unas telas dobladas que, por la blancura, parecían ser toallas limpias y un pan de jabón. El crío se iba a bañar. ¡Al fin! Y, con lo vergonzoso y quisquilloso que era, había elegido estas silenciosas horitas de la madrugada para hacerlo, cuando todos estaban divirtiéndose o durmiendo a pierna suelta y nadie pudiese verlo. Va, todos salvo él que, con la modorra que traía, le había tocado hacer de comedida niñera. Cuando ya se disponía a echarse una breve siestita, mientras el molesto gorgojo terminaba de bañarse, volvió a mirar hacia el río y, con la luz plateada de la luna llena que se colaba

entre los árboles, vio algo que le heló las venas. Luis acababa de sacarse la casaca, las botas y los pantalones del uniforme y se había quedado solo con la camisa y unos sucios calzones con puntillas que se ajustaban sobre las rodillas y se tensaban sobre el trasero redondeado y los muslos firmes, dejando ver unas pantorrillas delgadas, torneadas, sin vellos y decididamente femeninas, que desembocaban en unos pies pequeños, delicados y blanquísimos. Con el corazón latiéndole con violencia, el oficial se parapetó más, para poder observar mejor sin ser descubierto. ¿Qué cuernos significaba eso? Con movimientos suaves y seguros, de espaldas a su espía, el chico se sacó también la camisa, desprendió las alfileres que sostenían las vendas y las fue desenrollando hasta dejarlas caer en el pasto, alrededor de sus pies, luego tiró la almohada a un lado y descubrió, a los ojos de Juan, un cuello fino, unos hombros cremosos y redondeados y una espalda lisa y delicada, aunque cruzada por las líneas rojas que le habían dejado las ajustadas vendas, que desembocaba en una cintura pequeña, la cual se ensanchaba de nuevo hacia unas caderas contundentemente femeninas. Después la chica se inclinó y giró hacia un costado, para levantar y apoyar las vendas sucias sobre las piedras, y el capitán pudo ver, con el deseo que comenzaba a latirle en las ingles, dos pechos preciosos, blancos y llenos, que ya había vislumbrado antes en sus caóticos sueños.

Cuando Mercedes, ignorante del par de voyeristas ojos azules que estaban clavados en su cuerpo, se volvió hacia donde estaba él, para sacarse el calzón con movimientos firmes y seguros, dejarlo a un costado, e incorporarse, erguida, en todo el esplendor de su belleza, él supo extasiado, aún antes de verlos, que iba a encontrarse con un vientre suave y redondeado, un ombligo hundido y perfecto, y un monte de venus rojizo y oscuro que, en sus fantasías oníricas, había sentido húmedo y tibio contra su mano. Su sexo, antes adormecido por las matanzas y la guerra, reaccionó ahora con intemperancia, se hinchó y se endureció contra el frío suelo de un modo tan intenso que el oficial tuvo que incorporarse un poco y arrodillarse sobre el piso, para calmar

el dolor agri dulce que sentía en el bajo vientre. Al tiempo que lo hacía, observó que la chica se dirigía al río, se internaba en el agua y se zambullía de golpe, para emerger después y comenzar a enjabonar con energía su sucio cabello, su rostro manchado de tierra, sus axilas y sus bellísimos pechos, que ahora estaban dibujados y maltratados por gruesas líneas rojas que le habían dejado las ásperas vendas. Con el corazón batiendo como un tambor y la mente embarullada él se preguntó: ¿qué hacía Mercedes allí? ¿Por qué su hermano habría permitido que una mujer fuese a la guerra? ¿Es que su autoritaria madre la habría obligado a ir en lugar de él? ¿O sería la joven la que habría aceptado irse para escapar de un matrimonio que no deseaba? El capitán recordó también, con bochorno, todas las veces que él o sus hombres habían orinado delante de ella, su terca negación a desvestirse delante de ellos, la tonta justificación para el uso de esa ridícula almohada que la había convertido en un gordo espantajo y las veces que él se había sentido avergonzado y abochornado, durante las heladas noches de la montaña, por haber despertado abrazado a quien creía ser Luis, con el pecho contra su espalda y el brazo alrededor de su cintura, cuando en realidad siempre había sido ella, su preciosa y temperamental pelirroja de ojos color esmeralda y cabellos de fuego, que ahora habían sido cruelmente cercenados. ¡Y ellos creían que era un manflorón! ¡Santo Dios! ¡Los había hecho quedar a todos como una camada de idiotas! ¡Y a él más que a ninguno! Porque todas las pruebas estuvieron siempre ahí, solo que, cegado por su aparente mugre, no había sabido verlas. Aunque ahora Juan entendía más sus propias reacciones hacia ella: su intensa necesidad de protegerla, su preocupación constante por su bienestar, el deseo de tenerla siempre cerca y el profundo cariño que le había ido cobrando y que iban mucho más allá del cumplimiento de su promesa a San Martín. Pensó que tal vez fuese el instinto animal de su propio cuerpo, que se manifestaba a través de esos fogosos sueños, el que le advertía en forma inconsciente que la chica de sus fantasías estaba en realidad allí, siempre a su lado.

Mientras todas esas preguntas y conjeturas giraban desordenadas en su cabeza, y lo atontaban, el oficial siguió observando, maravillado, la hermosura de su rostro limpio, que emergió luego del enjuague, y el movimiento suave y sensual de sus manos pequeñas que desparramaban el jabón por su cuerpo una y otra vez, haciendo que el sexo de él, apretado por el ceñido calzón de granadero, le pulsase y doliese de deseo insatisfecho, con cada intenso bombeo de su corazón. El joven rogó que esa exquisita tortura terminase de una buena vez, porque, para su desgracia, este no era uno de esos placenteros sueños donde él podía acercarse a ella, recostarla y hacerle el amor con vehemencia, sino que era la cruda realidad, en la cual él era un capitán de granaderos, casado por la santa madre iglesia y con un hijo en camino, y ella una bella joven soltera, de seguro inocente e hija de una acaudalada y respetable familia mendocina, y como tal, tenía el deber de respetarla, porque él no podía ofrecerle nada. Y al final, por más que le doliera como un lanzazo en el estómago, en este mundo real no había lugar para sus sueños.

Por un segundo pensó en esperar a que se vistiese, abordarla y presionarla para que le dijese qué razón tan poderosa había tenido para abandonar la comodidad de su hogar y arriesgar su vida de esa forma, pero luego desistió de su idea. Seguramente iba a asustarla y hacer que huyese despavorida. Además, no se había dado antes otro caso de una mujer que se metiese al ejército, se hiciese pasar por un varón y dejase que otro desertase, pero suponía que el castigo para ese delito debía ser severo. No, tenía que seguir protegiéndola. Por esa razón, en cambio, decidió permanecer escondido, esperar a que ella volviese al campamento y, al otro día, enviar una carta urgente con un chasqui conocido suyo, que era más rápido que una liebre, a Miguel Roldán, un abogado español amigo de él que estaba temporariamente residiendo en Cuyo, para que le averiguase todo lo que pudiese sobre la chica, su familia, sus circunstancias y su cobarde e irresponsable hermano, que había preferido mandar una tierna muchacha a la guerra en lugar de asumir sus obligaciones para con la patria como correspondía.

Minutos después, el oficial observó que Mercedes salía del río, se secaba el cuerpo con las toallas, frotándolo con suavidad, se colocaba ese odiado camuflaje de vendas y almohada, además de una camisa y un calzón limpios, y se sentaba sobre una piedra a peinarse el corto cabello húmedo. Luego sacaba un pote oscuro de su atado, lo abría y comenzaba a untar el contenido del frasco sobre su precioso rostro, con movimientos circulares que lo fueron oscureciendo y manchando. Al finalizar su maquillaje, la vio realizar el mismo proceso con su cabello, que fue perdiendo sus suaves ondas hasta convertirse en un pegote sucio y de mal aspecto. Y ahí a Juan le volvieron unas ganas irrefrenables de ponerla sobre sus rodillas y darle unos cuántos azotes en ese trasero redondo y respingón. ¡Así que eso hacía para parecer siempre un basurero ambulante! Y él dándole cháchara desde la mañana hasta el anochecer con el cuento de que se bañase, cuando esa mocosa estaba, de seguro, más limpia que él debajo de la ropa, por eso era que nunca olía mal. ¿Qué edad tendría en realidad? Porque, con esos pechos rozagantes, no tenía quince ni de vaina. ¿Y dónde carajos los había escondido? No había caso, él debía ser un pelotudo muy importante para no haber notado nunca esas dos bellezas durmiendo a su lado. Volvió a enfurecerse consigo mismo, en tanto que veía cómo la chica enjabonaba, lavaba y escurría las vendas sucias en la orilla de la corriente, se colocaba el uniforme nuevo, hacía un atado con el resto de su ropa, lo colocaba debajo de su brazo, y partía de nuevo hacia el campamento. En el aspecto exterior, había vuelto a ser Luis, solo que ahora no estaban ni la espalda encorvada, ni los hombros esmirriados, ni el caminar torpe y desgarbado, con las piernas abiertas. En cambio, la joven avanzaba a tranco firme, con la cabeza en alto y la espalda erguida, haciendo bambolear sus caderas con elegancia y sensualidad, debajo de todo ese ridículo disfraz. A Juan volvieron a asaltarlo unas ganas locas de arrancarse los cabellos por estúpido. ¡Ah, pero por Dios santísimo que la iba a hacer pagar sus burlas y su engaño! ¡Como que se llamaba Jhon Eduard Williams que lo iba a hacer! ¡Esa pícara cuyana no iba a volver a burlarse de su credulidad ni de la de los suyos

nunca más!

Amoscado y avergonzado, aunque aliviado de haber podido cerrar, de una buena vez, todos esos postigos de dudas e inquietudes que venían golpeando contra las paredes de su cabeza desde hacía días, Juan esperó a que ella llegase a la tienda de campaña donde dormían y, yendo primero a buscar a su caballo, que seguía fielmente atado a un poste, montó sobre él y se dirigió, a galope tendido, hasta el frente de su tienda. Luego se bajó y, sacando con disimulo un pequeño cuchillo que llevaba escondido en su bota, cortó, despacio y en silencio, la tela de su catre, que estaba ubicado al lado del de la muchacha. Ella ya se había quitado la chaqueta y el calzado, y se encontraba durmiendo de costado, de espaldas a él. Después el capitán se tiró con fuerza sobre el camastro, logrando así que, por un lado, este terminase de rasgarse del todo y, por el otro, obteniendo la excusa perfecta para incomodarla y burlarse de su credulidad, como ella había hecho con él y sus hombres durante más de cuarenta días. Ahora el juego del gato y el ratón se había invertido y él quería ver cuánto tiempo lograba ella mantener su charada sin mandarlo al demonio. Así que, levantándose primero del piso, donde había caído luego de que su catre se desfondase, se desnudó adrede, quedándose solo con los calzones, y se acostó al lado de la chica, en el estrecho camastro, con el pecho apretado contra su espalda, como cuando estaban en la montaña y había que compartir el calor para evitar congelarse, y su mano descansando sobre las vendas y a la altura de sus apretados senos, a los que nunca, jamás de los jamases, pensaba volver a confundir con gordura.

Mercedes lo había escuchado llegar, haciendo un gran ruido a su paso, pero, agotada por una intensa jornada de trabajo, ya se disponía a dormir cuando, al sentirlo detrás de ella, se revolvió como una yarará, giró hacia él, enfurecida, y le espetó: —¿Qué cuernos cree que está haciendo?

—Me acuesto con usted. ¿No lo ve? —le respondió él, con los ojos cerrados y rostro de inocente monaguillo.

—¿Y por qué no duerme en su catre, si es que puede saberse? —insistió la

chica, al tiempo que le clavaba un fino dedo en el centro del pecho lampiño y desnudo.

—Porque acaba de romperse y dejarme despatarrado en el piso —le explicó él, mientras fingía paciencia.

—Pues le diré que hay otros camastros desocupados, si quiere acostarse —le comentó Mechi con sorna, comprendiendo ahora a qué se había debido ese fuerte ruido.

—Sí los hay, pero mis hombres están por llegar y no quiero hacerlos dormir en el suelo —argumentó Juan, antes de volver a cerrar los ojos y fingir un enorme bostezo.

—¿Y entonces por qué no se acuesta usted en el piso? Al fin que hay mantas de sobra —volvió a insistir la muchacha con fastidio, en tanto que se arrodillaba sobre el catre de cara a él.

—¡Ahhh! ¿Cuál es su maldito problema, soldado? ¿Durmió más de veinte días pegado a mí como una lapa, cuando me necesitó para calentar su cuerpo en la montaña, y ahora arma un escándalo porque no quiere dormir conmigo una sola noche? ¡Genial! Si tanto le molesta, acuéstese usted en el piso —protestó el oficial, con toda la aviesa intención de hacerla sentir culpable, y lo logró.

—Es que el catre es muy angosto para los dos, y el suelo es muy duro y está frío —se quejó la chica con tono semiresignado.

—Déjese de molestar, vuelva a acostarse a mi lado y duérmase de una maldita vez, que, con el cansancio que trae acumulado, no va a sentir ni los mosquitos —le ordenó el capitán, en tanto que disfrutaba por anticipado de la incomodidad de la joven. ¿Fingía ser hombre? ¡Pues que se aguantase! Pensó con ánimo revanchista.

Con un suspiro compungido, Mercedes volvió a acostarse de costado, tratando de ubicarse en el filo del camastro para no tocarlo a él, pero con la íntima sensación de bienestar y seguridad que le había provocado siempre dormir encerrada por su brazo, y rodeada por su cuerpo, duro y tibio a la vez.

Minutos después, el agotamiento la sumió en un sueño profundo y la inercia del angosto camastro fue deslizándola despacio hacia el centro, pegando su suave y turgente anatomía a la de Juan.

Y fue en ese preciso momento cuando al capitán la venganza se le volvió en contra, ya que, mientras la muchacha descansaba plácida, cómoda e ignorante de todo, él sentía su trasero respingón apretado contra su ingle y el suave aroma de la piel limpia de su cuello y su sexo traicionero volvía a reaccionar, endureciéndose como una piedra y comenzando a latir, aun contra la voluntad de su dueño y sin poder encontrar ningún alivio, lo que convirtió a su vientre en un doloroso maremoto de lava hirviendo. Tratando de calmarse, abrazó a la chica, la apretó más contra él y hundió la nariz en su garganta, pero fue peor. Media hora después, con un ya intolerable dolor en los riñones y a punto de explotar de deseo insatisfecho, el oficial se rindió, se levantó despacio de la cama y se dirigió hacia el monte, para aliviarse solo, como en sus viejas épocas de adolescente, con la frente apoyada con fuerza contra un árbol añoso, y la mente embarullada por las imágenes de la joven erguida ante él y con su precioso cuerpo gloriosamente desnudo. Al regresar a la tienda, ya más liviano y con la sensación etérea de estar caminando sobre algodones, se dirigió, contrito, al camastro vacío más alejado y, despacio para no despertarla, se recostó en él, solo y avergonzado de sí mismo. Al final era él quien había aprendido la lección, y, para revelaciones y torturas, esa noche había tenido más que suficiente.

Capítulo 8

ENTRE EL AMOR Y EL HONOR

A pesar de que, al otro día, él tomó la firme decisión de mantenerse alejado de Mercedes por el bien de ella misma y por su propia cordura, ya que le costaba controlar las reacciones de su cuerpo cuando la tenía cerca, no se atrevió a irse a Buenos Aires y dejarla sola en ese campamento de hombres. Temía que, así como él la había descubierto, lo mismo podían hacer otros que tuviesen menos escrúpulos y lo aterraba la idea de que pudiesen abusar de la muchacha en esa situación. Esto no hubiese sido nada extraño, en vista de que la noche de los festejos, el alcohol y el revanchismo de la victoria habían hecho estragos en las tropas, y, a pesar de la orden de San Martín de que no molestasen a los civiles, varios soldados patriotas tomaron por asalto y violaron a jóvenes chilenas, cuyas familias habían apoyado a la causa realista. Por supuesto, al saber la noticia, el general mandó a los culpables, primero al estaqueadero, y luego al calabozo, pero el mal ya estaba hecho. ¡Y antes muerto que permitir que a la chica le pasase algo así! Por eso, mientras esperaba la respuesta de su carta a Mendoza, se decidió a seguir cuidándola desde lejos.

Sin embargo, en los días siguientes y al comenzar las sesiones de lectura en las calurosas horas de la siesta, con la excusa de escuchar sus relatos, el oficial se ubicaba contra la pared exterior del hospital y la espiaba por la ventana y se llenaba los ojos con la gracia de sus gestos y los oídos con el

suave, aunque siempre impostado, timbre de su voz, tratando de encontrar, escondida debajo de ese eficaz disfraz, a la joven muchacha que lo había deslumbrado en la fiesta de Mendoza y lo seguía maravillando ahora, más de cuarenta días después, con su calidez, su humor pícaro, sus ocurrencias, su valentía, su ternura, su infinita compasión y su entrega hacia el prójimo. ¿Sería que todo ese desasosiego y esas reacciones tan intensas que ella le provocaba era lo que llamaban amor? A final, el capitán respondió a su duda en uno de esos días, luego de que ella terminara la lectura de “Simbad el marino”, en medio de un aplauso de ovación, se parara, y se inclinara con gracia frente a su pequeño público de convalecientes, con una enorme sonrisa y el gorro de granadero en la mano, con el cual rozó floridamente el piso luego de hacerle dar un amplio arco. En ese instante, Juan se encontró preguntándose a sí mismo con pena, al tiempo que una amarga lágrima corría por su mejilla sin rasurar, ¿por qué tuve que conocerte tan tarde, mi vida?

Más allá de vigilarla y protegerla, el oficial se decidió también a tomar otras medidas precautorias: como el sitio a Talcahuano parecía que iba a tener para largo, por lo que iban a permanecer un tiempo más en Chile, él aprovechó la ida a Santiago para buscarle libros, y, llevándose una carreta y dos soldados, entró a una de las casas de españoles realistas que habían huido en barco a Perú y habían dejado abandonados sus muebles, y confiscó también, con permiso de su superior, varias sillas, una mesa de roble, un mediano ropero, vajilla, sábanas y toallas, un biombo de madera plegable y una amplia bañera de cobre, para terminar llevando todo a su tienda de campaña. Hizo esto porque, por un lado, más allá de que convivían allí con otros cinco oficiales, entre ellos Cuevas y Farías, deseaba que Mercedes estuviese más cómoda y, por el otro, ahora que sabía que a la chica sí le gustaba estar limpia, no quería que siguiese arriesgándose a ser descubierta y pasando frío en las heladas aguas del río, durante las noches. Así que planeaba dejarle la tina allí, detrás del biombo y llevarse a sus hombres, de vez en cuando, con la excusa de explorar los alrededores en busca de matuchos, para que ella pudiese bañarse

a solas, pero en un lugar cerrado, cálido y protegido.

Al entrar ese atardecer a su tienda, triste y angustiada, luego de una intensa jornada de trabajo donde le había tocado, además, cerrar para siempre los ojos de dos de los pacientes que estaban más graves, Mechi se encontró con la grata sorpresa del nuevo mobiliario y, al ver la bañera y el biombo, no pudo evitar esbozar una enorme sonrisa, en tanto que sus ojos brillaban de expectativa. Iba a ser un placer volver a bañarse en una, eso siempre y cuando esos seis mastodontes sucios y desordenados con los que convivía se fuesen a pastorear y le diesen un ratito de respiro y ocio, pensó la chica al tiempo que alzaba las cejas con duda.

Desde un rincón, Juan observaba sus reacciones con deleite. “Pobrecita, con qué poco es feliz”, pensó meneando su cabeza e imaginando cuántas comodidades, mucho mejores que esas, había perdido ella al venir aquí.

De repente, Mercedes giró hacia donde estaba él y lo vio, hacía tres días que el capitán no se le acercaba, y evitaba hablarle, aunque ella lo había descubierto varias veces contemplándola con fijeza y con una expresión indescifrable. Luego de la sorpresa inicial por encontrarlo allí, la joven encorvó su espalda y, adoptando su conocido tono grave de muchachito, lo increpó: —¿Qué hace usted allí, quietito y callado como si fuese una momia?

—¿Esperando un “gracias señor, no se hubiese molestado”, tal vez? —le respondió él, alzando una gruesa ceja oscura, que destacaba el azul de sus ojos, con ironía.

—¿Se puede saber de dónde los sacó?

—Menos pregunta Dios y perdona.

—Más vale ni imaginarlo. De todos modos, gracias capitán, nos hacían mucha falta, sobre todo el ropero. Ya mismo voy a dividirlo en siete partes, y a escribir el nombre de cada soldado de esta tienda en el estante correspondiente, a ver si cada uno se acostumbra a guardar sus cosas allí, como es debido, porque ya estoy cansado de andar juntando la ropa que esos roñosos dejan por todas partes —dijo la muchacha, en tanto que planificaba

ya, de acuerdo a su mente laboriosa, cuáles eran los pasos a seguir en el que, según parecía, iba a ser su hogar por unos cuántos meses.

—Miren quién habla de roña, dicho sea de paso, podría usar esa bendita tina para darse un buen baño, ya hasta tiene el color de un esclavo de tanta mugre que carga en esa cara. Además, si mal no recuerdo, le ordené que dejase de atender a los demás, pero, como siempre, usted hace lo que se le antoja, así que no se queje.

—¿Eso lo incluiría a usted también? —le preguntó la chica con una sonrisa pícaro, recordando la infinidad de veces que lo había afeitado, le había preparado el charquicán, tendido las mantas, o le había lavado y ordenado la ropa.

Juan se rascó el cuello con incomodidad, al tiempo que rememoraba, con culpa, lo mismo que la joven, ya que él también se había vuelto un cómodo sin remedio al tenerla a ella, luego carraspeó y le respondió: —Sí, vale para mí también, al fin que siempre me arreglé solo con mis cosas cuando usted no estaba. ¿Y va a usar esa bañera, sí o no? —insistió.

—Si ustedes se van y me dan un rato de privacidad, cómo no —le retrucó Mechi con tono sugerente.

—Cierto que usted es muy tímido, “hay que ver lo que pesa tener un ombligo herniado” —le recordó él su mentira, con íntima ironía, antes de retirarse a grandes trancos y llamar a sus hombres, con la intención de llevarlos a cazar al monte, aprovechando las últimas horas del día, para traer algún pedazo de carne fresca que echar a la olla, ya que estaba hasta la coronilla del nutritivo charquicán. Entretanto, vio que la pelirroja salía también, con un balde de lata en una mano, y se dirigía hacia la enorme olla de fundición, ubicada sobre el fuego encendido en medio del patio y que permanecía siempre llena de agua caliente, la llenaba y partía con ella otra vez hacia su tienda. Mientras sus soldados iban llegando, en respuesta a su llamado, él tomó otro balde, lo llenó de agua hirviendo, y lo llevó hacia adentro para ayudarla, en tanto que le ordenaba a Cuevas, Farías y Ludueña, un sargento sanjuanino, valiente como

pocos, que se había unido al ejército hacía solo dos años, que hiciesen lo mismo, pero trayendo agua fría de la corriente del río. Cuando terminaron de llenar la tina, Juan cargó su fusil, subió a su caballo, y le dijo a la joven:

—Por favor no tire esa agua, porque, cuando vuelva, yo también quiero bañarme.

—¿Y no le va a importar que ya esté sucia? —lo interrogó la chica con gesto asombrado.

“No si tiene el olor de tu piel”, pensó él para sí, pero le respondió: —Sí, pero más me importa tener que acarrearla de nuevo del río, yendo y viniendo como una hormiga, se lo aseguro. —Luego montó en su potro y partió al galope con sus hombres detrás.

La joven esperó a que desapareciesen en el horizonte para correr a prepararse ropa limpia, desnudarse y bañarse, con una indescriptible expresión de placer en su pequeño rostro. Sin embargo, no se quedó mucho tiempo sumergida, porque temía que alguno de los muchos soldados que merodeaban por el campamento se metiese detrás del biombo sin llamar y la descubriese, ya que en la mayoría de esos hombres las normas de educación y cortesía brillaban por su ausencia. Luego de vestirse y camuflarse, le pidió ayuda a tres soldados negros, que pasaron frente a su tienda, para que la ayudasen a vaciar la tina y volver a llenarla con agua del río. Así, para cuando Juan regresó, sin ningún animal con que llenar la olla, pero con tres matuchos maniatados, que se andaban escondiendo en el monte junto a otros dos que habían logrado escapar, encontró la bañera nuevamente llena, limpia y cubierta con un lienzo para conservar la temperatura. Al instante, aprovechó la excusa de los fugitivos para enviar a los cinco oficiales que compartían su tienda y estaban bajo su mando a patrullar la zona en los alrededores del campamento, a ver si podían capturar a los realistas que habían huido, y con la secreta intención de quedarse a solas con Mercedes. Luego de que los otros partieran, el capitán le agradeció a la chica por su atención y, veloz, se desnudó y se metió en la tina, con la misma expresión placentera que había

puesto la joven horas antes. Luego de relajarse y holgazanear un rato, y al sentir ruido de movimientos en el perímetro exterior, la llamó:

—¡Soldado Luis, venga aquí de inmediato! —al instante escuchó la voz nerviosa de la muchacha:

—¡Ya voy! —No obstante, al entrar al lugar y ver que él se encontraba todavía detrás del biombo, se frenó en seco y preguntó con duda: —¿Será que ya se encuentra vestido, señor?

—No, todavía estoy desnudo, pero lo llamé porque necesito que me enjabone la espalda —le explicó él con un gesto de pícaro expectativa.

—¡Si será fresco! ¿Y no puede enjabonársela usted solo? —le preguntó ella, amoscada, al tiempo que pensaba: “¡No hay caso, a este tipo le das una mano y te agarra hasta el omóplato!”.

—No, no puedo, porque tengo un terrible dolor en los brazos y la espalda, y los músculos agarrotados, es más, me parece que, de tanto tiempo que pasé cargando esa pesada espada me he recalcado un brazo, porque ni siquiera puedo girarlo hacia atrás para enjabonarme —le informó el capitán, con voz doliente y quejosa y exagerando sus males, ya que, si bien era verdad que luego de cada batalla las extremidades le dolían y pesaban como si fueran de plomo, por el esfuerzo de la lucha sostenida, y esta vez no había sido la excepción, tampoco se sentía tan mal como decía. La realidad era que, con la excusa revanchista de incomodarla para vengarse de su engaño, lo único que deseaba en realidad era sentir esas manos pequeñas y suaves sobre su cuerpo, aunque fuese solo unos instantes. Él era consciente de que lo que estaba haciendo estaba mal y se sentía culpable por Carmina, pero, por un lado, no podía evitar la enorme atracción que Mercedes le inspiraba, y, por el otro, ya estaba harto de mantenerse alejado de ella, sobre todo ahora que ni siquiera tenía la excusa del frío para dormir a su lado. Tampoco era que pensase deshonorarla ni mucho menos, lo único que deseaba era sentirla un ratito cerca, nada más.

—¿De veras no puede? —lo interrogó ella con duda y preocupación.

—De veras que no —le respondió él fingiendo pesar, pero con una sonrisa de oreja a oreja, al ver que ella se había tragado el engaño.

—¿No quiere que llame al doctor para que lo revise? —volvió a insistir la chica.

—No, solo quiero terminar de bañarme de una bendita vez, así que venga —negó él alarmado, porque no iba a ser tan fácil engañar también a Paroissien.

—En ese caso, no se atreva a levantarse de la bañera porque allí voy —le respondió la joven. Después exhaló con fuerza, se metió detrás del biombo, tratando de no mirar lo que había debajo del agua ya turbia por la espuma, enjabonó con energía un trapo y, sentándose sobre sus talones junto a la tina y detrás de él, que se inclinó hacia adelante para facilitarle el trabajo, comenzó a frotar su ancha espalda con energía.

—Deje esa tela rústica, que me va a despellejar la piel, use solo sus manos y el jabón —le ordenó él al ver que la muchacha, avergonzada y molesta, ¡bien por eso!, usaba solo el trapo para evitar tocarlo.

—¿Eso es una orden?

—¡Sí!

Mercedes lo obedeció, al principio de mala gana, pero luego, cuando empezó a extender el jabón en pequeños círculos sobre su espalda lisa y trigüeña, notó que de verdad tenía los músculos agarrotados y llenos de nervios duros, así que, maldiciendo su naturaleza generosa y con un suspiro de resignación, comenzó a aplicarle una mayor fuerza a sus manos para presionar, usando unas veces solo el pulgar, y otras toda la palma para aflojar su tensión y desarmar los nudos que aparecían por debajo de su piel. Vio que él alzaba sus rodillas y flexionaba sus brazos, apoyándolos sobre ellas, para recostar luego su cara sobre los antebrazos, frunciendo el oscuro ceño cuando la presión le provocaba dolor, y relajando el rostro cuando le traía alivio. Ella siguió trabajando en silencio, mientras observaba maravillada la belleza incomparable de ese rostro varonil que tanto amaba. Cuando sintió, incómoda, que el contacto de su suave piel comenzaba a alborotarle los inquietos

colibríes que se instalaban en su bajo vientre cada vez que lo tenía cerca, y vio que su mañoso capitán estaba comenzando a adormecerse, con una placentera sonrisa dibujada bajo su imperfecta nariz, el diablito interior que siempre guardaba dentro impulsó a Mechi a tomar un balde de agua fría, ubicado a su costado, pararse despacio, alzarlo en el aire y volcarlo de golpe sobre la espalda de él, en una muda venganza por obligarla a atenderlo, y provocarle todas esas sensaciones tan intensas que eran casi dolorosas.

Juan se encontraba en el mejor de los mundos posibles, relajado dentro del agua tibia, con la sensación de haber reingresado al vientre materno, con las manos mágicas de la mujer que amaba, porque ya no quería seguir negándose a sí mismo esa verdad, obrando maravillas sobre su espalda dolorida y agarrotada y con el sexo tercamente endurecido al sentirla tan cerca, cuando, sin previo aviso, esa pícara cuyana le congeló la venas de un baldazo imprevisto y traidor. —¿Qué rayos hace?! —le gritó, pasando del placer a la furia en un instante.

—Lo enjuago, por supuesto —le respondió la chica, al tiempo que alzaba las cejas con fingida seriedad y con gesto de Carmelita descalza.

El capitán iba a incorporarse, con la aviesa intención de agarrar a esa mocosa, hundirle la cabeza bajo el agua y mantenerla allí unos veinte minutos o el tiempo que le durase la rabia, cuando el dolor de sus riñones le recordó su sexo hinchado y supo que no podía delatarse ante ella, así que se obligó a quedarse bajo el agua y, recordando su mentira inicial, cambió de táctica para hacer que ella volviese a acercarse. —¡Ay! —exclamó él de repente, antes de fruncir el ceño y frotarse el brazo derecho.

—¿Qué le pasa? ¿Le duele algo? —Se acercó la joven de nuevo, con gesto de alarma.

Juan iba a estirar su brazo con la intención de atraparla y sumergirla en venganza, cuando volvió a cambiar de idea, ya que su papel de pobrecito herido le daba mejores resultados, teniendo en cuenta el bondadoso corazón de Mercedes, así que le respondió: —Nada, nada, lo que pasa es que esa agua

helada me hizo dar un respingo que me provocó un fuerte tirón en el brazo que ya tenía sentido.

—¡Perdóneme, de veras que lo siento! —se lamentó la joven antes de continuar: —Vamos a hacer una cosa, usted sale, se seca, se pone sus pantalones y se recuesta en su catre, que yo enseguida vuelvo.

—¿Y adónde va ahora?

—Voy al hospital, a buscar un aceite preparado con romero y laurel que se usa para aliviar los dolores musculares y es excelente, ya verá cómo lo calma, y, si mañana sigue dolorido, tendrá que ir al médico —le respondió la muchacha con tono firme y seguro, antes de irse corriendo.

Luego de asentir, el oficial obedeció a todos sus pedidos y, cuando ella regresó, con la lámpara en una mano y el unguento en la otra, diez minutos después, lo encontró recostado sobre su camastro, boca arriba, con el ancho pecho desnudo, las manos sobre su abdomen, el cabello mojado y peinado hacia atrás y los preciosos ojos azules brillando en la penumbra de la tienda. Para la chica, fue verlo y morirse de puro amor, pero respiró profundo y disimuló sus reacciones, ya que no hubiese quedado muy bien que se lo quedase mirando como una boba, cuando fingía ser un muchachito y sabiendo que el capitán estaba felizmente casado. Después, se acercó con pasos lentos al catre, se sentó en una orilla, abrió el frasco y, tomando un poco de aceite, comenzó a desparramarlo sobre su antebrazo con masajes circulares, en tanto que le preguntaba: —¿En dónde le duele más?

—Ahí, en el pecho, el cuello y el omóplato —le contestó él sin faltar a la verdad, ya que realmente le dolían esos tendones, solo que él nunca les había hecho caso, se limitaba a soportar el dolor después de cada batalla, hasta que este iba desapareciendo solo con el paso de los días.

—Bien. ¿Puede colocarlo por detrás de su cabeza? —le preguntó la chica, al tiempo que lo tomaba de la muñeca y se la llevaba despacio hacia arriba.

—Creo que sí —respondió él antes de obedecer a sus indicaciones. Luego la joven comenzó a masajear con fuerza la cara interna y posterior de su brazo,

todo a lo largo y usando solo los pulgares, lo que le provocó un alivio inmediato, que él agradeció con un suspiro placentero.

—¿Vio? Se lo dije, este unguento es mágico —le comentó Mercedes con una sonrisa complacida, en tanto que extendía el aceite por su cuello y la parte superior de su pecho con las palmas abiertas y movimientos circulares que se iban ampliando.

“Usted es mágica”, pensó él, con la garganta cerrada de emoción y con unas ganas enormes de tomarla de la nuca, acercarla a él y besarla hasta perder el aliento. Pero se contuvo porque la respetaba demasiado y porque, sencillamente y por más que la amase con locura, ella siempre había estado prohibida para él. Solo le quedaba disfrutar de los pequeños momentos que pudiesen compartir juntos mientras durase la guerra, pero sin atentar contra su honor ni el de su esposa. Luego de carraspear y echar también el brazo izquierdo hacia atrás para que ella lo frotase de la misma forma, cosa que la joven hizo sin necesidad de que él se lo pidiese, le preguntó con curiosidad:

—¿Dónde aprendió a hacer tan buenos masajes?

—Con mi papá, por supuesto, y a veces con mi hermano Manuel. Es que ellos regresaban de cada batalla así, con los músculos todos anudados como los tiene usted, y me llevaba días volver a acomodarlos a los dos —recordó la chica con una suave sonrisa.

—¿Y no hubiese sido más lógico que les pidiesen ese favor a sus hermanas? —la interrogó él, solo para ver si seguía atenta a su papel de muchachito, ya que, en el silencio y la penumbra de la tienda, la voz se le había suavizado y era de nuevo ella.

Mechi alzó la vista con alarma, recordando de golpe su papel, antes de responderle: —Sí, y lo hicieron, pero mis hermanas mayores son muy remilgadas para estas cosas y Mercedes es demasiado torpe. —El que era muy torpe para eso, en realidad, era Luis, pero no pensaba contárselo a él.

—¿No me diga? ¿Así que la señorita perfecta sí tiene un defecto? —continuó él para acicatearla, en tanto que intentaba saber más cosas sobre ella.

Mercedes lo contempló con gesto de enojo, molesta al darse cuenta que estaba sintiendo celos de sí misma, o de la imagen inmaculada que él se había formado de ella, así que, con la firme intención de rebajarla ante sus ojos, le respondió con petulancia, tratando de enumerar todos los defectos que le había ido enrostrando su madre a lo largo de los años:

—Uno no, tiene varios. Es rebelde, desobediente, salvaje, mal hablada, no hace caso a los consejos de sus mayores, monta a horcajadas como un marimacho, anda siempre despeinada y con la ropa llena de pelos de tanto alzar perros y gatos, se viste con mi ropa y me la arruina y cuenta chistes verdes.

—Y no sabe hacer masajes —agregó él a su larga lista de defectos—. ¡Vaya, vaya! ¡Y yo que creía que era su hermana preferida! —comentó luego Juan con tono irónico, pero feliz de haberse enterado, en una sola parrafada, de tantas cosas sobre ella.

—Y lo es, porque las otras tres sí que son un lastre, pero es que mi melliza, a veces, se vuelve insoportable —le respondió la chica, en un intento de enmendarse un poco para no ponerse en evidencia. Luego le pegó dos suaves palmadas en el estómago y le ordenó:

—Dese vuelta, a ver si este unguento nos ayuda a desanudar un poco más esa espalda.

Él la obedeció de buena gana, porque el contacto de sus pequeñas y eficientes manos había comenzado a excitarlo otra vez, y por nada del mundo deseaba que ella notase su erección, sobre todo cuando se suponía que quien lo había puesto así era un muchacho. Luego de colocarse boca abajo y girar su rostro, para apoyar su mejilla en los antebrazos y poder seguir viéndola, Juan continuó interrogándola: —Pero supongo que su hermana también tendrá algunas virtudes, no por nada me contaron que rechazó varias propuestas de matrimonio. ¿Es eso verdad?

—Sí que lo es. Lo que sucede es que la mayoría de los hombres son tremendos tontos, que lo único que ven es su aparente belleza, y Mercedes

quiere casarse por amor —le reveló la joven, casi sin pensarlo y con los ojos repentinamente tristes, al recordar que ese era un sueño antiguo que nunca más iba a poder realizar.

—¿Y si no encontrase a quien amar? —la interrogó él con interés, antes de alzar su cuello para observarla serio, asombrado ante la fuerza de sus convicciones y la profundidad de sus afirmaciones.

—Entonces se va a quedar solterona como la tía Eduviges.

—¿Y quién es esa?

—Una autoritaria y avinagrada hermana de mi madre, que vive aquí en Chile y es la madrina de Mechi —aclaró la chica, mientras usaba los pulgares y ejercía presión con movimientos circulares, para tratar de aflojar un músculo anudado en su omóplato.

—¿Así es como la llaman en su familia, entonces?

—Sí, pero deje de hacer preguntas sobre mi hermana que usted es un hombre casado, no sea rabo verde —lo amonestó la muchacha con el ceño fruncido.

Juan pensó que de verdad se merecía el reto, así que se llamó a silencio por unos minutos, dedicado por entero a disfrutar de su pericia. —Yo creo que es usted el que tiene manos mágicas —comentó él después, cerrando los ojos con deleite.

—Lo mismo dicen los heridos del hospital. —Sonrió ella ensimismada.

—¿¡Qué?! ¿No me diga que usted también les hace estos masajes a los soldados? —le ladró él, antes de enderezarse en su camastro con alarma, en medio de un furioso e irracional ataque de celos.

—Solo a los que realmente lo necesitan, como usted —se justificó ella con tono conciliador.

—¡Le prohíbo! ¿Me oye? ¡Le prohíbo terminantemente que vuelva a hacerle masajes a los heridos! Usted está para curarlos, no para darles mañas.

—¡Mi labor aquí es ayudar a sanar a las personas, en lo físico y lo emocional, y si eso ayuda a aliviar sus dolores o sus penas lo voy a seguir haciendo, aunque a usted no le guste! —le retrucó la chica, al tiempo que se

paraba, llevaba sus manos a la cintura y alzaba el mentón con un gesto de pura rebeldía.

—¡Sobre mi cadáver! Además, le recuerdo que soy su superior y se lo estoy mandando —vociferó él, al tiempo que se levantaba del catre, con su pecho desnudo e imponente, y alzaba su dedo índice hacia la nariz de la chica.

—¿Por qué? —le preguntó Mechi con impotencia.

—¡Porque yo lo digo y ya! —le respondió él, echando chispas por los ojos azules.

—Pues yo no creo en la obediencia debida, ¿sabe? Y considero que, como soldado, tengo el derecho a desobedecer una orden de mi superior cuando esta es injusta —le retrucó la joven, en tanto que se acercaba hacia él con enojo.

—¡Excelente lo suyo! ¡Por si no lo sabe, mi hijito, la milicia es verticalista! ¡Duraría dos minutos en el ejército si expresara ante otros ese pensamiento tan anárquico! —le espetó el capitán, antes de acercarse hasta casi tocar su nariz con la suya.

—¿Acaso usted nunca desobedeció una orden injusta? —le preguntó ella antes de dar un paso atrás, fruncir el ceño y cruzarse de brazos.

Juan la quedó mirando fijo y en silencio, antes de responderle: —Tal vez sí fui rebelde e hice de las mías cuando tenía su edad, pero desde que comencé a servir bajo el mando de San Martín nunca más volví a desobedecer, porque siempre me dio órdenes justas.

—Ve, ahí está la diferencia entre usted y yo, para mí una orden, además de ser justa, que la suya no lo es, debe ser compasiva y humana.

—No hay compasión ni humanidad posible en la guerra, soldado —sostuvo él con tono serio.

—Eso es falso —discutió la chica.

—¿Ah sí? Pues no recuerdo que se haya acordado de la compasión ni de la humanidad cuando degolló al matucho —le retrucó él casi sin pensar, aunque de inmediato se arrepintió, al ver cómo los almendrados ojos verdes de la joven comenzaban a brillar con lágrimas contenidas, mientras sus labios

anchos y delineados temblaban de dolor y de furia.

—¿Cómo puede recordarme algo así? ¡Bestia, bruto, insensato! ¿Usted se cree que para mí fue fácil? ¡Lo hice para salvarlo a usted! ¡Era su vida o la de él! ¡Por Dios! ¡Voy a recordar la mirada torturada de ese hombre por el resto de mis días! —le gritó la chica al tiempo que lloraba con desconsuelo.

—Perdóneme por favor, fui cruel con usted y hablé sin pensar. Sé que lo hizo por mí y no me va a alcanzar la vida para agradecerse. Perdónenme —se disculpó él, con ganas de llorar también por haberla angustiada tanto. ¿Cómo había podido ser tan animal? Viendo que Mercedes se tapaba el rostro con las manos y seguía sollozando con fuerza, intentó acercarse y abrazarla, pero ella lo apartó de un manotazo furioso.

—No se atreva a tocarme —le gritó ella, dolida, mientras daba un paso hacia atrás.

—Está bien, no voy a tocarlo si no lo quiere... solo me gustaría saber: ¿Por qué era tan importante para usted que yo no muriese? —le preguntó él, con tono triste y la mente torturada por la duda. Muy en el fondo de su corazón, él sospechaba que la joven también lo amaba, porque solo amando mucho a alguien se podía arriesgar la vida por él de la forma tan temeraria en que ella lo había hecho.

La muchacha lo miró fijo durante unos instantes eternos, luego inhaló y exhaló con fuerza, antes de responderle: —En la vida, hay porqués que nunca podrán responderse, capitán. —Luego volvió a llorar con desconsuelo, se alejó de su jefe y terminó recostándose de espaldas a él, en su catre. Media hora después, acostado boca arriba, con los ojos abiertos como platos y un nudo en la garganta que le dificultaba hasta respirar, Juan seguía escuchando, con profunda impotencia, el llanto silencioso de la chica.

Los días siguientes fueron de tensión para ambos, ella seguía ofendida por lo que él le había dicho, e inquieta ante las fuertes sensaciones que le provocaba su cercanía, por lo que, como un débil mecanismo de defensa, optaba por retirarse de un lugar cada vez que él llegaba. Él mantenía distancia porque

pensaba que eso era lo mejor para los dos, aunque no dejaba de cuidarla y vigilarla, y más ahora que los realistas sobrevivientes a Chacabuco se habían organizado en pequeñas guerrillas y atacaban a los patriotas que encontrasen en grupos pequeños o desprevenidos. El día anterior, por ejemplo, habían hallado la cabeza cercenada de un teniente de infantería que pertenecía a la columna de Soler, expuesta en una pica y clavada en la arena al lado del río, lo que quedaba del cuerpo del oficial había aparecido flotando desnudo cerca de la barranca, por lo que se pensaba que lo habían atrapado cuando se estaba bañando. Esta era la forma que los matuchos habían usado para hacerles ver que no se habían rendido aún, y que seguirían presentando batalla. Mientras tanto, la lucha continuaba en el sur y se concentraba en el fuerte de Talcahuano. San Martín había enviado al lugar al coronel Juan Gregorio Las Heras, con una división de mil trescientos hombres que salió de Santiago el 19 de febrero de 1817 y llegaría hasta el río Maule recién el 23 de marzo, porque contaban con pocos caballos y mulas y debieron avanzar, la mayoría, a pie. Ese tiempo precioso fue aprovechado por el tozudo jefe realista, Ordóñez, para fortificar la construcción. El lugar era un punto estratégico que permitiría el desembarco de fuerzas de apoyo desde Lima, y el enemigo no podía sitiario por hambre, ya que poseía una salida al mar y a sus recursos, motivos por los que ordenó continuar el foso en la bahía de San Vicente y prolongarlo hasta la isla de Rocuant. El objetivo era cortar el paso de los revolucionarios hacia la península de Tumbes, al tiempo que levantaban sólidas defensas y se preparaban para el sitio que, de seguro, iban a efectuar los patriotas. Además, Ordoñez había ordenado el repliegue de todas las unidades dispersas en el sur, para que se concentrasen solo en Concepción y Talcahuano.

El teniente coronel chileno Freire y sus tropas del sur avanzaron también, en tanto que perseguían a los realistas en retirada y tomaban todos los pueblos a su paso. Recién el 2 de abril llegarían a reunirse con la división de Las Heras y, en la madrugada del día 5, serían atacados por una compañía española, al mando del comandante Campillo, en una lucha desesperada en la que los

revolucionarios lograrían la victoria, avanzarían hacia Concepción y alcanzarían el cerro Gavilán, un punto neurálgico que dominaba los caminos que conducían hacia Talcahuano, al atardecer del mismo día.

Por otra parte, en el campamento militar patriota, San Martín preparaba su viaje a Buenos Aires, con la intención de partir el 11 de marzo. Creyendo casi resuelta la libertad de Chile, quería reunirse con Pueyrredón con la firme intención de solicitarle nuevos fondos, soldados y pertrechos, para embarcarse hacia el Perú y terminar con el dominio español en Sudamérica. Diez días antes de su salida, llegó al campamento militar de Curimón un chasqui con otra bolsa repleta de cartas para los soldados. Juan sabía que era demasiado pronto como para que su amigo abogado le enviase una respuesta desde Mendoza, pero sí volvió a recibir dos cartas desde Buenos Aires, una de su madre y otra de su esposa, fechadas veinticinco días atrás. En la primera, con su estilo alegre y cariñoso, María le contaba que todo marchaba bien en su familia, aunque su padre estaba con un ataque de gota que lo había echado al sillón y lo tenía rezongando todo el día, y que Antonia, su hermana menor, iba a darle un sobrino. Luego de comentarle los últimos sucesos políticos en la ciudad, terminaba pidiéndole que se cuidase y que le escribiese ni bien llegase a Chile, cosa que, por supuesto, él ya había hecho, pero, como las cartas viajaban a lomo de tortuga renga, su mamá todavía no la habría recibido. Al terminarla, abrió la segunda y comenzó a leer:

Buenos Aires, 4 de febrero de 1817

Querido Juan:

Ya pasó mucho tiempo desde que te fuiste y cada día te extraño más, creo que nunca voy a terminar de acostumbrarme a tu profesión y a su manía de alejarte de mi lado. Nuestro bebé sigue creciendo sano y fuerte, vieras las patadotas que me da, y, según doña María, que me mide el diámetro de la panza con un centímetro, va a ser grandote como su papá. La comadrona

dice que, de acuerdo a la fecha de mi última menstruación, es probable que nazca entre el 15 y el 20 de abril. Tu madre y tu padre me visitan casi todas las tardes, ya que ella está empeñada en atenderme el jardín, ahora que yo ya no puedo, y se trae para ello a tres de sus criados cargando herramientas. La mía también viene seguido, pero para atosigarme y darme lata con que me cuide, que me abrigue, que no tome frío, que no camine, en fin, que no me deja ni respirar. Gracias a Dios, Alcides no la acompaña casi nunca, sino mi tortura sería mucho mayor. No es para preocuparte, pero esa tos seca y con catarro sigue sin abandonarme. A veces me da tan fuerte que siento que me ahogo, y me entristezco y temo por la salud del niño, pero sé que cuando regreses esa tristeza desaparecerá, porque tú eres y serás la luz de mi vida. Te extraño mucho, mi amor. Escíbeme pronto y, en cuanto termines con tu misión, ven rápido a Buenos Aires, por favor, porque deseo que, cuando nuestro hijo nazca, lo primero que vea sean tus preciosos ojos. Te quiere siempre;

Carmina

Juan leyó toda su carta con una nebulosa de culpa flotando alrededor de su cabeza, ¿cómo podía haberse olvidado tanto de su esposa? ¿Cómo era posible que, después de todo lo que él había deseado tener ese hijo, ahora lo considerase casi una carga? ¿Por qué había permitido que su amor por Mercedes lo pusiese de cabeza, impidiéndole pensar en nadie más? Y luego: ¿por qué Carmina llamaba por su nombre a su padre? ¿Qué oscuro secreto podía hacer que la joven le temiese y lo aborreciese al punto de no llamarlo padre? ¿Por qué era tan afectuosa con él en sus cartas y tan fría en la intimidad? Tantas preguntas, para las que tenía pocas respuestas, rondando por su mente, hicieron que la cabeza comenzase a dolerle con fuerza. Se sentía entre la espada y la pared, entre su profundo amor a Mechi, como había comenzado a llamarla para sí, y el honroso deber para con su esposa, con su familia y consigo mismo, que su conciencia culposa le recordaba a cada

instante, negándose tercamente a darle un respiro. Maldiciendo para sus adentros, partió con trancos largos en dirección al río.

Minutos antes Mercedes también se había alejado e ido bajo la sombra de un árbol para tratar de capear el caluroso día. Allí había comenzado a leer la carta de Sol, que acababa de recibir:

Mendoza, 6 de febrero de 1817

Hola, cuñada:

Espero de corazón que hayas superado ese horrible cruce y que te encuentres gozando de buena salud, como soldado del ejército o como niña refugiada de la tía Eduviges y, por sobre todo, espero que recibas esta carta, porque si no, todos mis buenos deseos irían a parar al tacho de la basura. ¿Cómo estás? Me tienes medio desesperada por no recibir noticias tuyas. Supongo que, cuando mi carta te llegue, ya estarás en Chile, así que: ¡escribeme chica! Mira que ya no puedo más de tanta inquietud, sin hablar de la ansiedad y preocupación con que me tienes, que es tanta que Luis ha comenzado a preguntarme por qué estoy tan alunada, y tengo miedo de que este petiso ladino ya esté empezando a sospechar que sé más cosas de las que le conté. Aquí ha pasado de todo. Tu hermano regresó de su viaje a Buenos Aires, cansado como un esclavo el pobrecito, y con la firme intención de ir a buscarte también de tía Eduviges, pero tu madre puso el grito en el cielo, con que los caminos se habían puesto muy peligrosos con la guerra y que “ni muerta” lo dejaba ir, ya sabes lo obsesiva que es con él, además de quejarse de un, dudoso creo yo, dolor en el pecho, y el tontín de mi amor terminó obedeciéndola por miedo a que le diese un patatús. Tres días después de su vuelta nos casamos, pero todavía no tuvimos luna de miel porque, con todo este lío de la guerra, Luis no quiso abandonar la finca. Y aquí me tienes, disfrutando de las caricias de mi adorado esposo en una amplia y cómoda cama y esperando a que pase un tiempo prudencial para

decirle a mi madre que estoy de encargo. ¡Y a ver qué pasa, a ver! Te dejé para lo último las malas noticias: si Luis se quedó tranquilo es porque doña Leonor le prometió que, en cuanto se libere la batalla definitiva, esperando que ganemos, por supuesto, y haya algún camino más seguro y bajo el control de los patriotas, va a ir a Chile a buscarte junto con don Hipólito. Lamentablemente, amiga mía, ella sigue empeñada en que te cases con él, hasta ha hablado de llevar el contrato matrimonial ante la justicia para obligarte a aceptarlo. Tu hermano se opone, por supuesto, ya sabes todo lo que te quiere y te defiende, y vieras la de gritos y manazos sobre la mesa que se arman a la hora de comer. Yo me levanto calladita, me voy despacito a mi cuarto y ¡que se maten! porque tengo que velar por mi salud mental y la de mi bebé, que están bastante vapuleadas con tanta alharaca. Y ahí verás tú cómo haces con todo este berenjenal, pero, decidas lo que decidas, cuídate mucho, Mechi, porque aquí somos varios los que te queremos un montón, y yo no puedo más con la culpa por haberte permitido sacrificarte así por nosotros. Un abrazo enorme a la distancia;

Sol

P.D.: ¡Escríbeme, no lo olvides!

Mercedes terminó la carta con una sonrisa de pesar, por un lado, el estilo único de su cuñada la hacía reír a carcajadas, pero, por el otro, las noticias no eran muy halagüeñas que digamos. Con esto quedaba descartada la posibilidad de ir a vivir con la tía Eduviges, porque, si antes ya no quería casarse con Hipólito, ahora, luego de todo lo que había vivido en esos días y de saber de verdad lo que era amar a alguien, esa posibilidad quedaba totalmente descartada, moriría solterona y dedicada a malcriar sobrinos y, aunque su padre se lo reclamase desde el cielo, jamás iba a casarse sin amor. En esas disquisiciones estaba cuando vio pasar a Juan. Él caminaba a grandes trancos

hacia el río, en camisa y pantalones, descalzo, con el ceño fruncido, la mirada perdida y sin ningún arma para protegerse de un eventual ataque. Rezongando por lo bajo sobre lo descuidado que era ese hombre, y sospechando que había recibido alguna mala noticia, ella se levantó, corrió hacia su tienda de campaña, cargó dos mosquetes, se los calzó en el cinto, y se dirigió, con pasos ligeros, detrás de él. Al llegar cerca de la barranca, lo encontró sentado sobre esta, con los pies desnudos metidos en el agua, lanzando pequeñas piedras, que caían formando círculos concéntricos en la parte más baja de la corriente, y con una expresión frustrada y triste que la preocupó más todavía. Despacio, se acercó a él y se sentó a su lado, con las piernas flexionadas y cruzadas, al estilo indio, luego respiró profundo para hacer coraje y le preguntó:

—¿Malas noticias, capitán?

Él la miró con intensidad, maravillado, como siempre, por la belleza de su rostro, aún con toda esa mugre, y gratamente asombrado de que ella volviese a hablarle. Trató de encontrar las palabras justas para responderle, pero terminó diciendo lo que le salió del alma:

—¿Por qué vivir es tan difícil a veces?

—Porque la vida no es fácil, señor, si alguien le dijo lo contrario, le mintió cobardemente —le contestó la chica, con la vista clavada en sus bellos y doloridos ojos azules. Luego hizo una pausa y se animó a repreguntar: —¿Qué le pasa?

—Nada... todo... tengo una profesión que cada día me cuesta más realizar, no amo a mi esposa y no quiero irme y abandonarlo aquí a usted, pero deberé hacerlo en menos de quince días, porque mi hijo nace a mediados de abril y debo estar allí antes —le contestó él con un hondo suspiro de pesar, mientras pensaba que, además de todo eso, tenía unas ganas enormes de terminar con toda esta charada, recostarla en el pasto y hacerle el amor, y la frustración de no poder concretarlo no lo estaba dejando vivir.

Ella se quedó unos instantes en silencio, porque, aunque las otras cosas ya las sospechaba, la revelación sobre su mujer la había dejado muda, luego

respiró profundo y comenzó a hablar: —Mi padre tenía un dicho para estos casos: “*Lo que tiene solución, se soluciona, y lo que no, de qué nos sirve preocuparnos*”. Así que, en cuanto a lo primero, usted siempre puede pedir la baja del ejército, si ya no soporta convivir con tanta muerte.

—No es tan fácil, no se olvide que yo vivo de mi paga de oficial y tengo una familia que mantener —la interrumpió él con tristeza.

—Pero no es imposible, usted es joven, trabajador e inteligente, y estoy seguro de que puede dedicarse a otra cosa, eso es una excusa. Y de mi seguridad no se preocupe más, porque usted ya cumplió su función con eso, además, yo me he hecho mi lugar en este campamento, tengo amigos y me encuentro muy cómodo y protegido, no va a sucederme nada porque pierda mi niño, se lo aseguro.

—¿Por qué no se vuelve a Mendoza? Ya no tiene nada que hacer aquí, puedo llevarlo hasta allí por el paso más corto y seguro, y luego seguir camino a Buenos Aires —le propuso él con tono esperanzado.

—Porque los pacientes todavía me necesitan, y el doctor también, no olvide que San Martín quiso darme la baja y Pariossien le pidió que me dejase quedarme un mes más, además, tengo mis buenas razones para no volver.

—¿Por qué no me las cuenta? —le preguntó él, al tiempo que sospechaba que la respuesta era un prometido viejo, abandonado y furioso y el miedo a que colgasen a su hermano por desertor.

—Porque son mis razones, no las tuyas, no sea tan metiche.

—¡Ah sí, qué bien! ¿Y resulta que yo sí tengo que contarle a usted incluso mis problemas más íntimos, pero no puedo enterarme de lo que le preocupa? ¡Lindo amigo resultó!

—Usted y yo jamás podríamos ser amigos, no sea iluso —le respondió la joven casi sin pensar. Cómo iba a considerarlo su amigo cuando los molestos y torturantes colibríes de su vientre la impulsaban a abrazarlo con fuerza y besar su rostro por todas partes, hasta borrarle la angustia y la tristeza. Luego agregó con un gesto de fastidio: —Y en cuanto a lo de su esposa, pues

goróbase. ¿Para qué se casó con ella si no estaba seguro de quererla, eh?

—¡Ja! Tiene razón, debí haber seguido el ejemplo de su hermana. Fui un estúpido.

—El que lo dijo fue usted, no yo —intercaló ella con picardía.

—Usted no entiende, cuando conocí a Carmina yo todavía no sabía lo que era amar a alguien de verdad. Me casé con ella porque pensé que ya tenía la edad suficiente para sentar cabeza y quería dejar descendencia por si algo me sucedía en batalla.

—Típico de un insensato como usted, mire que querer tener un hijo para dejarlo huérfano, con lo bonito que es quedarse sin papá —comentó la muchacha con tono quejoso y un gesto de dolor. Luego agregó con tono convencido: —De todos modos, no creo que se haya casado solo por eso, tiene que haber habido algo más que lo atrajo de ella.

—Por supuesto que sí, Carmina es hermosa, de buena familia, inteligente, sensible, educada, buena compañera y excelente cocinera —le informó él con gesto seguro.

Mercedes sintió que una punzada de celos le retorció el estómago, porque ese “dechado de virtudes” poseía todo lo que ella deseaba en este mundo y jamás iba a poder tener. Después, acicateada por la curiosidad, volvió a interrogarlo: —¿Y cómo es que no pudo llegar a amarla, entonces?

—Porque hay otras cosas que me alejan de ella y que usted es demasiado joven e inexperto para entender —le contestó Juan, antes de fruncir el ceño y volver a arrojar piedras al agua.

—No me menosprecie, yo soy mucho más maduro de lo que usted piensa. Y explíquemelas, no va a dejarme ahora con la intriga —le reclamó la chica, más curiosa aún.

—Es que... mi esposa... tiene una especie de... repulsión a tener relaciones íntimas. No sé si me entiende... —le dijo él, incómodo, en tanto que contemplaba el río.

—Creo que sí, usted habla de las cosas que un matrimonio hace para

fabricar bebés —dedujo Mechi, con las mejillas ardidadas de la vergüenza y al tiempo que pensaba que esa mujer debía ser una redomada estúpida.

—Sí, algo así —sonrió el muchacho, tentado por el rojo subido que había tomado el rostro de ella. ¿Quería saber? Pues que se aguantase, pensó inquieto.

—Pero ustedes van a tener un hijo... o sea que su mujer sí aceptó estar con usted —continuó la joven con incomodidad.

—Tal cual, pero con el único objeto de hacer un niño, y no se imagina lo degradante que es para un hombre que lo tomen solo como un semental. Eso le quita las ganas y el entusiasmo a cualquiera, se lo aseguro —le respondió Juan con tono avergonzado.

Mercedes se quedó muda por unos instantes, pero después volvió a la carga: —¿Y no será que usted no la quiere porque se enamoró de otra? Porque recuerdo que dijo que, cuando se casó, no sabía lo que era amar, ¿eso quiere decir que ahora sí lo sabe? —finalizó, en tanto que temblaba de expectativa por su respuesta y miraba hacia el piso, ahogada de la vergüenza de haberse animado a preguntarle algo tan personal.

—Claro que sí, pero esa joven no tiene la culpa de nada, porque los problemas con Carmina venían desde años atrás, y no me pregunte quién es ella porque no pienso contárselo, y menos ahora que tiene dos mosquetes cargados en su cintura —le respondió el joven meneando la cabeza, en tanto que sonreía con ironía y asombro de sí mismo. “¡Hay que ver las formas raras y retorcidas que un hombre puede usar para declarársele a la mujer que ama!”, pensó. Viendo que la chica se quedaba muda y dirigía la vista hacia lo lejos con el rostro serio y los ojos brillantes de emoción, el capitán supo, sin ninguna duda, que ella había entendido su mensaje: ella era su amor y siempre lo iba a ser. Después, para romper el incómodo y tenso silencio que se había creado entre los dos, agregó:

—A propósito, ¿se puede saber por qué se vino armado como para ir a tomar Talcahuano?

—¡Porque vi que usted venía hacia aquí “desarmado”, y le recuerdo que, veinte metros más allá, los matuchos nos dejaron de regalo la cabeza de un patriota! ¡Encima usted ni siquiera iba a poder correr, con tanta piedra suelta y esos pies descalzos! ¡No entiendo cómo puede ser tan tonto! —rezongó la muchacha, al tiempo que giraba hacia él con el ceño fruncido.

—Y yo no entiendo cómo puede andar usted de botas y chaqueta con estas temperaturas del infierno. ¿Es que no sufre el calor? —la interrogó él, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí que lo sufro, pero me lo aguanto —le informó Mechi con gesto firme y decidido.

—Pues no hace falta que siga haciéndolo, no cuando está aquí conmigo, por lo menos —le respondió el muchacho con gesto pícaro y ladino, al tiempo que la tomaba de la chaqueta, se la desprendía rápido y se la sacaba por detrás de los brazos, con una sonrisa satisfecha.

Mientras tanto, la joven, a la que al principio había tomado desprevenida, se retorció como una víbora y le pegaba puñetazos en el estómago, en tanto que le gritaba: —¿Qué está haciendo? ¡Animal! ¡Bruto! ¿Acaso se volvió loco?

—¡No, estoy mucho más cuerdo que usted, que va a terminar muriéndose del ahogo, metido adentro de tanta ropa! —le retrucó Juan, agitado por la lucha, al tiempo que volcaba su ancho torso sobre los muslos de ella, para inmovilizarla, le sacaba las botas y las medias y las arrojaba hacia atrás, hasta verlas caer en medio de los juncos. Luego, sin escuchar sus protestas ni hacerle caso a sus golpes y patadas, le subió las mangas de la camisa hasta los codos y los calzones militares hasta las rodillas, la tomó del inicio de las pantorrillas, le dio un fuerte y certero tirón hacia la orilla de la barranca e hizo que estas quedaran flexionadas y colgando hacia abajo, con los pequeños y blanquísimos pies sumergidos en el agua fresca. Para finalizar, la abrazó de costado, entre fuertes carcajadas, y le inmovilizó los brazos para que se quedase quieta y para evitar que siguiese golpeándolo, en tanto que le pedía: —Cálmese de una buena vez y disfrute un rato del agua fresca, recuerde que a

mí no tiene que ocultarme más su ridícula almohada porque ya la conozco.

—¡Mi almohada no es ridícula! ¡Y suélteme los brazos! —le gritó la joven enfurecida, al tiempo que pataleaba y los salpicaba a ambos con el agua.

—Está bien, pero solo si me prometes que se va a quedar quieto —la condicionó él, con la mirada clavada, primero, en el verde de incendio de sus ojos, y luego, en su boca ancha, delineada y sensual que parecía invitarlo a besarla.

—Se lo prometo —le respondió Mercedes, antes de apartarse con rapidez y confusión, ni bien él la soltó, al adivinarle el pensamiento. ¿Sería que, después de acusarla de manflorón durante más de un mes, iba a resultar que el invertido era él? Porque estaba casi segura de que su capitán había acercado su rostro al suyo con toda la intención de besarla, ¡o besarlo! ¡Dios santísimo! ¿Es que ella se habría enamorado de un degenerado? ¡Qué puntería, señor!

Al darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer, Juan también se alejó, incómodo y aturdido, y flexionó las rodillas contra su pecho, al tiempo que las enlazaba con sus brazos para ocultar su terca erección, en tanto que se decía a sí mismo que tenía que volver a Buenos Aires cuanto antes, porque tenerla tan cerca se estaba convirtiendo en una inmanejable tortura, y él la respetaba demasiado como para aprovecharse de su inocencia. Luego carraspeó, para aclararse la garganta, y le dijo con tono de disculpa:

—Perdóneme si le hice mal, solo quería que usted estuviese más fresco.

—Está bien, pero la próxima vez me lo dice y listo, que yo hace rato que aprendí a descambiarme solito —lo amonestó la chica con tono rezongón, pero sin atreverse a mirarlo por pura vergüenza. Momentos después se inclinó sobre la barranca para refrescarse el rostro y los brazos con el agua clara y, con los primeros botones de la camisa abiertos, el oficial pudo espiar el nacimiento de sus senos, fuertemente apretados por las vendas. ¡Genial! Justo ahora que estaba comenzando a controlar su excitación. Con la intención de ver si lograba enfriarse un poco, él se paró y, en pocos segundos, se sacó la camisa y los pantalones, quedándose solo con su ropa interior, se lanzó de

cabeza en la parte más profunda del río y la salpicó en el proceso.

—¡Ey, que me hizo pato! —le reclamó la joven entre risas, pero mentalmente agradecida porque, en el fondo, esa agua fría le había servido para aliviar el calor y las ya conocidas pulsaciones en el bajo vientre.

—¡Vamos, anímese... métase al río conmigo! —la invitó el capitán con un ademán alegre, en medio de dos chapuzones enérgicos.

—¡No puedo jefe, mi ridícula almohada se llena de agua y me hunde! —le gritó Mechi, haciendo bocina con la mano. Al ver que él se reía a carcajadas, agregó con tono de reproche: —No sé qué es lo que lo divierte, tanto cuidarme de todo y casi me ahoga ese día que me lanzó en plena correntada.

—Sáquesela entonces —la acicateó él.

—¡Ni muerto! —le respondió la muchacha con alarma, después buscó su chaqueta, la hizo un bollo para usarla de almohada, controló la carga de los mosquetes, los colocó a su lado y se recostó en el pasto de la orilla, con las manos detrás de la nuca, en tanto que le decía con tono satisfecho: —Pienso quedarme aquí, a la sombra, haciendo una siestecita con un ojo mientras, con el otro, vigilo los alrededores hasta que termine de bañarse.

—No sabía que habíamos invertido los roles —le comentó él con ironía.

—Error, jefecito, por si aún no se dio cuenta, le informo que nuestros roles siempre fueron recíprocos porque, aunque usted nunca lo notase, yo también lo cuidó mucho —afirmó la colorada, en medio de un bostezo gigante después del cual cerró los ojos y se durmió profundamente, desmintiendo, de esa forma, lo que acababa de asegurar.

Quince minutos más tarde, Juan salió del agua tratando de no hacer ruido y se tendió a su lado, en silencio y de costado hacia ella y apoyó la cabeza sobre su mano, con la intención de secar su cuerpo con la brisa y dedicarse a lo que había sido su deporte favorito en los últimos quince días, más explícitamente, desde el mismísimo día en que se había enterado de que Luis era Mercedes: observarla dormir; y, al igual que lo había hecho muchas de esas madrugadas, arrodillado al lado de su catre, se dejó enamorar por sus cejas arqueadas y

levemente gruesas, de un tono rojizo oscuro, sus pestañas tupidas, sus pómulos pehuenches, su piel inmaculada y suave y su boca ancha y sensual, mientras se preguntaba con asombro: ¿Cómo se puede querer tanto, mi amor?

Dos noches después, esa breve tregua que se había establecido entre ambos, se interrumpió cuando trajeron a Juan de madrugada, inconsciente y tendido sobre su caballo. Mercedes se hallaba sentada en su catre, desayunando mate cocido con galletas, cuando escuchó el griterío de los hombres y el tropel de las bestias. Alarmada, porque todos sus compañeros de tienda estaban en una redada, salió hacia afuera y, con las luces del amanecer pintándose en el horizonte, los vio llegar. Era un grupo de unos quince granaderos que habían partido esa noche de recorrida, con la intención de capturar a una pequeña partida de realistas que andaban merodeando la zona desde hacía dos semanas y que, suponían, habían asesinado al teniente patriota hacía pocos días. Con el corazón batiéndole como un tambor, la chica notó que uno de los tres animales que traía un herido cruzado sobre el lomo era el de su capitán, quiso correr hacia él, pero no sentía sus piernas, quiso preguntar, pero la voz no le salió, solo pudo mirar al cabo Farías en un mudo y desolado pedido de explicación.

El hombre interpretó su gesto porque le gritó con voz de mando, mientras saltaba de su caballo y se encaminaba hacia el de Juan, al que había traído de tiro, para bajar a su jefe del lomo del animal: —Nos emboscaron a tres kilómetros de aquí, eran más de treinta matuchos. Corra y dígame a Paroissien que prepare la sala de operaciones, porque tenemos tres hombres con heridas de bala. —Al ver que el pelirrojo se quedaba mirándolo como si no entendiese, volvió a gritarle: —¡Corra, gorgojo! ¿Qué espera? ¡Se están desangrando, carajo!

Recién allí la joven pudo reaccionar y, soportando sus ganas de correr hacia el hombre que amaba, se dirigió, en cambio, hacia el hospital de campaña y cumpliendo, obediente y con las manos temblorosas de puro pánico, con lo que le habían mandado, ayudó a preparar el instrumental y los catres para recibir a los heridos. Fue tarde para el sargento Ludueña, ya que la muerte,

personificada en una bala enemiga que se alojó en su estómago, se había llevado al bravo sanjuanino en medio del galope, doscientos metros antes de llegar al campamento. El soldado Rivas, un joven y apuesto puntano de veintidós años que se había unido al ejército hacía solo seis meses, tenía un pedazo de plomo de mosquete incrustado en el hueso de su muslo izquierdo y el capitán Williams, por su parte, había llegado ensangrentado y con una bala de fusil enterrada en su costado y por encima del hueso de la cadera, pero ya había comenzado a recuperar la conciencia.

Por órdenes del médico jefe, mientras Cuevas y Farías se llevaban el cadáver de Ludueña, Mercedes y dos asistentes desvistieron a los dos hombres, les dieron agua y lavaron sus heridas con aguardiente. Luego les administraron una abundante dosis de láudano y, minutos después, José Cladera, un porteño ayudante del hospital, despierto y eficiente, se encargó de hurgar, usado unas pinzas largas y finas, el hondo agujero que tenía Rivas en la parte superior de su pierna, hasta encontrar la bala enterrada en el fémur, apresarla, y moverla hacia ambos lados hasta poder desprenderla del hueso. A pesar del narcótico, los aullidos del herido les pusieron a todos los nervios de punta, hasta que, al final, se desmayó del dolor y el asistente pudo terminar de desinfectar y coser las carnes, que se habían desgarrado más en el proceso, luego dejó un pequeño drenaje para que supurase.

Mientras tanto, Juan se encontraba tendido en la camilla de operaciones, aislada por uno de los amplios biombos, con estructura rectangular de metal y recubierto de gruesas telas blancas, que el médico jefe se había hecho fabricar con fray Luis para separar entre sí los camastros y darles más intimidad a los pacientes que no podían movilizarse cuando deseaban hacer sus necesidades o había que bañarlos. En ese momento, Paroissien se abocaba a extraer los fragmentos de la bala que, al chocar contra el filo del hueso de la cadera del oficial, se había desintegrado en varias partes rompiendo los músculos del costado a su alrededor. Por fortuna, daba la impresión de que las vísceras del vientre del capitán no habían sido dañadas, y que la munición se había

limitado a destrozar las carnes de la zona ubicada entre la cadera y la cintura. El médico trabajaba sumamente atento a que no quedase ninguna partícula de metal, ya que era bien sabido que un resto de plomo en el organismo terminaba envenenando la sangre, lo que era seguido en forma irremediable por la infección. De no darse mejorías, en el mejor de los casos, cuando se trataba de un miembro, era necesario amputarlo para evitar la gangrena y, en el peor, cuando lo afectado era el tronco del cuerpo, la carne del paciente se iba pudriendo hasta que terminaba falleciendo en medio de las peores agonías. Desnudo sobre la camilla y con solo una toalla, que cruzaba su vientre tapando sus partes íntimas, Juan se encontraba consciente de lo que ocurría a su alrededor. Aunque la mezcla de alcohol y opio y la abundante pérdida de sangre lo habían atontado, podía sentir el dolor lacerante y casi insoportable de las pinzas hurgando en su costado, pero, al notar el calor confortable de las pequeñas manos de Mercedes presionando la suya, y ver su carita sucia surcada de lágrimas y sus preciosos ojos clavados en los de él en un mudo mensaje que lo decía todo, el muchacho se obligó a soportar esa tortura, apretando los dientes y sin gritar, para no angustiarse más de lo que ya estaba. Luego de media hora de intervención, en la que había tenido mucho cuidado para no afectar más vasos o nervios, el galeno consideró que su trabajo estaba terminado, suturó la herida y le dejó un pequeño drenaje. Al final le pidió a su pelirrojo asistente, que no se había separado del herido en ningún momento, que lo vendase, vigilase su temperatura, y le avisase en caso de que apareciese la fiebre. El médico no podía dejar de asombrarse del enorme afecto que el muchachito le había cobrado a su capitán y, a pesar de que los había escuchado gritarse uno al otro con rabia más de una vez, era de ver la paciencia que el recio oficial demostraba hacia el crío, además de estar permanentemente pendiente de dónde y cómo se encontraba. Y, para decir la verdad, él también había comenzado a adorar a ese sucio mocoso, que estaba siempre dispuesto a alegrar y a hacer más llevadera la vida de los demás, al punto tal que había vuelto a pedirle a San Martín que se lo dejase como

ayudante permanente, a lo que el jefe había respondido que eso dependía de la decisión de Luis.

Mercedes no se separó de los convalecientes más que el tiempo suficiente para ir a asearse, comer algo y traer varios baldes llenos de agua fresca del aljibe, que usó para, por un lado, lavar el barro, el pasto y la transpiración que la piel de ambos hombres tenía adheridos y, por el otro, para bajarles la fiebre que se presentó esa misma noche. Así, les fue colocando paños fríos en distintas partes del cuerpo, mientras prendía velas a la virgen y le rezaba a Dios, a todos los santos del cielo y a los mártires del purgatorio, para que los ayudasen a sanarse. Y sus rezos fueron eficaces con el joven soldado Rivas, el cual, luego de dos días, había superado la calentura, se alimentaba bien y ya se desplazaba, de a ratos, por el hospital, usando muletas. Sin embargo, no surtieron el mismo efecto con Juan, a pesar de que era a él a quien más iban destinadas sus plegarias, ya que la fiebre fue acrecentándose con el correr de los días y, en el tercero, el galeno tuvo que punzar la herida para que drenase el pus. Aunque le administraban quinina cada seis horas y Mechi se afanaba en tratar de bajarle la temperatura, ahora con toallas empapadas en agua helada, el cuerpo del capitán ardía y había comenzado a delirar. En sus sueños febriles, él nombraba a su madre, le reclamaba o rogaba a su esposa, gritaba aterrado al revivir crueles escenas de los campos de batalla y rezongaba contra Luis, pero sobre todo, la llamaba a ella, a su Mercedes, una y otra vez, con una voz frustrada y doliente que la hacía morderse los labios, para no claudicar ante las ganas de gritarle que ella estaba allí, siempre a su lado. Por otra parte, el enfermo casi no comía, se limitaba solo a tragar el caldo que ella lo obligaba a ingerir a cucharadas y su cuerpo, antes fibroso y robusto, estaba comenzando a adelgazar rápido.

En el atardecer del cuarto día de internación, Paroissién tomó un escalpelo con la firme intención de practicarle una sangría para aliviar la calentura, pero su pelirrojo asistente se interpuso entre él y el enfermo con gesto decidido, al tiempo que lo interrogaba con el ceño fruncido:

—¿Qué piensa hacer con eso?

—Sangrarlo, por supuesto, es la única solución que nos queda para bajar su temperatura —le respondió el médico, asombrado de la actitud beligerante del chico, el cual, hasta el momento, siempre había sido muy educado con él.

—Con todo respeto, señor, pero no estoy de acuerdo, el capitán perdió demasiada sangre hasta que lo trajeron aquí y, si usted hace eso, lo único que va a lograr es debilitarlo más todavía —argumentó Mechi con gesto alarmado.

—Usted no tiene conocimientos ni autoridad para discutir mis decisiones, jovencito —le respondió el jefe del hospital con tono amoscado.

—No, pero sí tengo ojos y oídos atentos y no me olvido que, de los tres hombres que ya habían tenido hemorragias y usted volvió a sangrar, dos fallecieron —le recordó Mechi, incómoda e inquieta por tener que contradecir a ese hombre al que había aprendido a querer y respetar mucho, pero la vida de Juan estaba por encima de todo.

—¿Está insinuando que yo maté a esos pobres soldados, muchacho? —lo interrogó Paroissién, molesto y alzando el mentón con gesto ofendido.

—Ni Dios lo permita, señor, pero, de acuerdo a lo poco que he podido observar, pienso que ese método es eficaz solo cuando no ha habido pérdidas de sangre anteriores y...

—¡Está bien! Por esta vez haremos como quiere, pero, si su querido capitán se muere cocinado por la fiebre, el único responsable de eso va a ser usted —la interrumpió el hombre, antes de retirarse a grandes trancos.

Luego de su partida, el hospital quedó casi desierto, ya que Rivas había sido dado de alta y vuelto a su tienda de campaña y otros tres pacientes, que estaban todavía recuperándose de amputaciones posteriores a la batalla de Chacabuco, dormían, aislados de Juan por los amplios biombos sanitarios y ayudados por la valeriana, que era un eficaz sedante en esas situaciones de largas convalecencias. Aprovechando la soledad y aterrada por el miedo a haberse equivocado, la chica se sentó en una silla, al lado del camastro de él, y se puso a llorar con desconsuelo. Luego de unos minutos, se levantó, se

acercó al oficial, le tocó la frente por centésima vez en el día y, al encontrarla ardiendo, volvió a hacerle tragar una cucharada de quinina y a colocarle toallas con agua helada en la cabeza y en el pecho, mientras le acariciaba el cabello y el rostro, a la vez que le reprochaba, entre llantos e hipos, hablando sin ton ni son, medio atontada por el cansancio y tratando de hacerlo enojar para que reaccionase y luchase contra esa infección que amenazaba con llevárselo:

—¿Qué cuernos pasa con usted, eh? ¿Tanto corpachón fuerte y duro para nada? ¿Va a dejar que a esa terca cadera inglesa la venza una simple bala? ¡Es una vergüenza para el regimiento, capitán!... Mire nomás, ese alfeñique con patas de Rivas ya le anda coqueteando a cuanta cuartelera se le cruza, ¡y usted aquí, dejándose morir en una cama! ¡Despiértese, piense en su hijito y luche contra la fiebre, carajo! ¡Luche con la misma pasión con la que lo vi combatir en Las Coimas!... Porque, si usted se muere y me deja aquí sola, yo tampoco voy a poder vivir... yo me voy a morir con usted... —terminó la chica, mientras lloraba a gritos, con desesperación, con destemplanza, con impotencia, con furia contra Dios y contra el mundo por pretender arrancarle lo que ella más amaba. Después, ya más calmada, le acarició la frente y le dio un beso suave en los labios gruesos y calientes en tanto que le decía: —Tienes que vivir, mi amor... tienes que vivir por ti y por mí... ¡Porque yo te amo! ¿Me escuchas? —insistió, en tanto que le apoyaba la palma abierta sobre el pecho caliente y lo sacudía con desesperación: —Te amo tanto, tanto, tanto... terminó, al tiempo que acariciaba de nuevo su rostro y lloraba con mayor desconsuelo, al ver que no podía sacarlo de su letargo de fiebre.

En medio de su sopor semiinconsciente, él la escuchó, y terminó de confirmar así lo que ya sospechaba, pero se sentía tan débil que ni siquiera pudo abrir los ojos. Las horas siguieron transcurriendo lentas. A las dos de la madrugada, luego de haber ido por tercera vez al aljibe a traer agua fría, con la cual siguió refrescando su cuerpo hirviente, Mercedes levantó la venda que él tenía apoyada sobre la herida, y vio que, debajo de la fina piel de la cicatriz

apenas cerrada, inflamada y rojiza, habían vuelto a formarse pústulas de pus. Recordando lo que había visto hacer tantas veces al doctor, fue hasta el instrumental, tomó un filoso escalpelo y, esterilizándolo primero con aguardiente y haciéndose antes varias veces la señal de la cruz, en tanto que le rogaba a la virgen no estar equivocada, punzó la unión de la lesión y apretó con suavidad los bordes para que el absceso comenzase a supurar. Viendo que Juan apenas se quejaba, continuó haciendo presión y limpiando la purulencia y la sangre machucada que brotaban. Sin embargo, mientras lo hacía, palpó alarmada un objeto duro y punzante que se encontraba debajo de la piel, pero estaba segura de que no era el hueso de la cadera, ahí había algo más. ¡Claro! ¡Esa tenía que ser la explicación a todo! Volvió a limpiar y tapar la herida y salió, como alma que lleva el diablo, hacia el rancho donde dormía Paroissien junto a otros jefes. Entró sin llamar y, dirigiéndose directo a su camastro, le apoyó la mano en el hombro y lo sacudió con fuerza, al tiempo que le decía: —¡Despiértese, doctor, tiene que venir conmigo rápido!

El galeno, que estaba siendo acunado plácidamente por los brazos de Morfeo, abrió los ojos sobresaltado y con el corazón a punto de escapársele del pecho, para encontrarse con la sucia cara de su cargoso asistente encima de su nariz. Enderezándose en la cama, atontado, y con la mente a medio camino entre la vigilia y el sueño, le espetó en voz baja, para no despertar al resto de los oficiales que descansaban a su lado:

—¿Qué pasa muchacho? ¿Se puede saber por qué me despierta a estas horas? —Luego consultó su redondo reloj de bolsillo, que estaba sobre un banco rústico al lado de su catre, y confirmó que eran las dos y treinta de la madrugada.

—Perdóneme, señor, pero es que he palpado un elemento duro y punzante bajo la piel de la herida del capitán y pienso que, si es otra esquirla de la bala de plomo, como creo, es probable que sea eso lo que sigue provocándole la infección y le impide curarse, así que le pido por favor que venga a sacársela.

—¿Usted se ha vuelto loco, mocoso? ¡Es de noche y no tenemos luz para

hacer una intervención!

—¡Es que es urgente, señor! —insistió la joven, pateando el piso con impotencia.

—Pero no se puede hacer nada ahora, vaya a descansar un rato y, si es como usted dice, le prometo que mañana al amanecer me ocuparé de eso personalmente.

—¡No! ¡Tiene que ser ahora! ¡Para la madrugada el capitán podría terminar muerto por la fiebre! —volvió a insistir Mercedes con gesto terco.

—¡Ya le dije que ahora no se puede! ¡Váyase a dormir y déjese de jorobar, soldado, que la vida o la muerte de cada ser humano está ya escrita en su destino, nosotros nada podemos hacer! —terminó el hombre, antes de volver a recostarse y darle la espalda.

—¡Se equivoca! ¡Cada hombre construye su destino con sus propias acciones y usted no va a acortar el de Juan solo para dormir un rato más! ¿Necesita luz? ¡Puedo conseguir y encender las velas y lámparas de todo el campamento en su maldito hospital, pero, si no levanta ese trasero cómodo y aplastado ya mismo de ese catre y me acompaña, le juro que soy capaz de sacarlo yo y llevarlo a la rastra! —le gritó la muchacha, angustiada, furiosa y haciendo que los demás jefes se despertasen, molestos por el griterío.

El galeno leyó tanta firmeza y decisión en sus ojos de gato, que supo que el chico era muy capaz de cumplir su amenaza, así que, con un sonoro resoplido y un gesto cansado y claudicante, se levantó, se puso los pantalones, se calzó las botas y partió hacia afuera. Sin embargo, antes de llegar a la puerta del hospital se dio vuelta y, señalando al mocosito con el índice, le informó con tono serio: —Suceda lo que suceda con su querido jefe, lo castigo a usted con tres días de arresto en el calabozo, a pan y agua, para que aprenda a no faltarle el respeto a sus superiores.

—Totalmente de acuerdo, señor, eso sí, espere a que el capitán esté curado —le respondió el enano pelirrojo, con los ojos grandotes del susto, pero con una frescura y un desparpajo que, a pesar de todo el afecto que el médico le

tenía a ese espantajo, le entraron unas ganas enormes de agarrarlo de ese flaco cuello y retorcérselo como a una gallina copetona. En lugar de eso le informó con voz de trueno: —¡Contándolos a partir de mañana!

Fue así que Paroissien terminó hurgando la herida del capitán, a las tres de la madrugada, muerto de sueño, bajo la fuerte luz de dos lámparas de aceite y un candelabro de cuatro velas, sostenidos por las manos de su atento y vigilante asistente, y maldiciendo a los cuatro vientos el haberle pedido a San Martín que le dejase un tiempo más a esa plaga.

Por supuesto, tal y como la joven había sospechado, el médico halló, debajo de la piel infectada e incrustado en el hueso de la cadera, una alargada e irregular esquirla de plomo, que era la principal causante de que el enfermo no se recuperase. A las tres y media, luego de terminar de limpiar y vendar la lesión, el galeno volvió hasta su tienda, rezongando contra las esquirlas inesperadas y los críos maleducados, pero feliz de haber encontrado por fin, luego de casi cinco interminables días, la espina en la bota que le estaba quitando el apetito.

Juan se hallaba tan débil que ni siquiera habían necesitado usar el láudano para adormecerlo y, a pesar de haber quitado ese efecto ponzoñoso de su organismo, la fiebre persistió hasta la madrugada. Sin embargo, cuando los tonos ocres y rosados del amanecer comenzaron a colarse por la ventana, junto con el sonido del canto de los pájaros del monte y el manso mugir de las vacas encerradas en el corral, el oficial empezó a sentir su cuerpo un poco más fresco y a entrar en un estado de lánguido e incipiente bienestar que presagiaba el principio de su recuperación. Al abrir levemente los ojos, la vio. Ahora Mercedes se encontraba de espaldas, agachada y escurriendo una toalla en un balde de lata. En medio de sus delirios de fiebre, a lo largo de esos interminables días, la había escuchado hablar a su lado, había sentido su respiración sobre el rostro y sus manos pequeñas tratando de refrescar su cuerpo, hora tras hora sin alejarse nunca, incluso le parecía haberla escuchado sermonearlo y decirle que lo amaba. La observó caminar lento hacia la

ventana, descalza y vestida solo con su camisa, arremangada por el calor, y sus calzones de granadero, y estirar los delgados brazos hacia arriba y hacia atrás, tratando de descontracturar su espalda, de seguro dolorida por dormir sentada a su lado. Cuando ella giró de nuevo hacia el oficial, él cerró con suavidad los ojos y la llamó con el pensamiento. A pesar de que percibía su cuerpo menos caliente, deseó volver a hervir de fiebre, solo para sentir las manos tibias de la mujer que amaba otra vez sobre su piel. Ella pareció escucharlo, porque oyó que la muchacha tomaba un balde con agua fresca, lo acercaba al camastro y volvía a tocar la frente de su capitán, para comprobar si el calor estaba cediendo, pensó Juan, en tanto que la espiaba por el rabillo del ojo y notaba que, luego de suspirar con alivio, Mechi se inclinaba, tomaba un paño más pequeño, lo enjabonaba, y comenzaba a lavar el cuerpo de él, con suavidad, pero ejerciendo una leve presión y con movimientos circulares, para frotar los músculos agarrotados después de casi cinco días de inmovilidad. Fingiéndose dormido y con un placentero deleite, él sintió cómo las manos de ella iban masajeadas, lavando, enjuagando y secando, despacio y con cuidado, las plantas de sus pies, sus pantorrillas, sus muslos gruesos, sus rodillas, a las que la chica flexionó lento hacia arriba, para poder lavar las piernas de él también por debajo, el costado de sus caderas, su pecho, sus axilas, su rostro, sus orejas, e incluso pasó un brazo por detrás de su espalda para poder alzarlo, lento y con mucho cuidado, contra el hombro de ella y frotar el paño húmedo allí también. No obstante, en ningún momento se atrevió a alzar la toalla que tapaba sus partes íntimas para higienizarlas. Luego de unos minutos en los que el capitán, conociendo su timidez y su inocencia, la adivinó, parada al lado de su catre y dudando sobre si debía continuar o no, la escuchó inhalar y exhalar con decisión y, volviendo a escurrir el paño en el agua y enjabonarlo, él sintió, con un estremecimiento de placer que comenzó a bombear la sangre y el calor hacia su miembro viril con la fuerza de un volcán, que ella al fin se rendía, lo destapaba y comenzaba a lavar sus partes íntimas. Concienzudamente, pero sin masajearlo ni ejercer presión, la sintió

separarle más las piernas para higienizar mejor sus testículos y sus ingles, y, al espiarla por entre las pestañas, se maravilló del rojo subido que había adquirido sus mejillas. El oficial trató de permanecer inmóvil y fingirse inconsciente, para no avergonzarla más todavía, pero no pudo evitar que su sexo, impenitente y cegado de placer, se alzase, con la consistencia del granito, para buscar el calor de las suaves y mágicas manos de la mujer que amaba hasta la desesperación.

Luego de decidirse a lavar también las partes íntimas del capitán, que lo necesitaban mucho luego de cinco días de transpirar y sudar fiebre, Mercedes comenzó a sentir que sus familiares colibríes empezaron a golpear con fuerza contra su vientre, como si estuviesen intentando un suicidio masivo, cuando frotó el sexo de él con el paño enjabonado, y vio cómo crecía de una forma desconocida y asombrosa para ella. Si bien le había tocado ver muchos soldados desnudos en esa maldita guerra, jamás en su vida había contemplado uno excitado. Notando que las mejillas le ardían y concluyendo que, al final, ella había tenido razón, es decir, que el organismo de un hombre funcionaba en forma parecida al de los sementales de su finca, se obligó a mirar hacia otro lado. En tanto que lavaba sus testículos, sintió, al contacto con su dureza y su calor, una indescriptible corriente de placer que corría desde sus dedos hasta su pubis y hacía que este comenzase a latir en una forma dolorosa y extraña, que la hizo sentir húmeda y acalorada. Asustada y confusa, retiró su mano de un tirón, solo para notar que, al instante, Juan la tomaba de la muñeca con firmeza y la llevaba otra vez hasta su sexo hinchado, le cerraba los dedos a su alrededor con fuerza y apretaba la mano de la joven con la de él para que no lo soltase. Ella volvió a tratar de alejarse, pero él la sujetó con decisión al tiempo que le pedía, con los ojos cerrados, el ceño fruncido, los músculos tensos y la piel acalorada y brillante:

—Por favor, por favor Mercedes, por favor...

¿Qué quería él que ella hiciese? ¿Sería consciente de sus actos o estaría delirando? No, de seguro deliraba de fiebre y estaba soñando otra vez con

ella, como las noches anteriores, sino no la hubiese llamado por su nombre. “¿Qué hago, virgen santa?”, se preguntó, aún más confusa, acalorada y excitada. Finalmente, luego de unos eternos segundos de duda, ella relajó su mano, por miedo a hacerle mal si seguía forcejeando. Lo que siguió a continuación fue no solo su primera experiencia sexual sino una que iba a recordar con avergonzada intensidad por el resto de su vida, porque, al notar que ella se rendía, él le apretó los dedos contra su miembro duro y caliente y, con los ojos cerrados con fuerza, movió varias veces su mano hacia arriba y hacia abajo, primero más lento y luego cada vez más rápido, al tiempo que alzaba sus caderas en una danza lujuriosa y extraña, sin importarle que su herida se abriese y comenzase a sangrar, al tiempo que resollaba y gemía en forma audible, como si sufriese algún dolor intenso. Más confusa aún y pensando que le estaba haciendo daño, ella intentó retirar su mano de nuevo, pero el oficial volvió a apretarla contra su sexo en un mudo pedido. En tanto que Mercedes sentía, contra su palma y sus yemas, el calor y los últimos movimientos compulsivos de su pelvis y de ese tótem viviente y que parecía haber cobrado vida propia, y lo escuchaba gemir con fuerza por última vez, la chica observó que de su miembro surgía un líquido espeso y blancuzco, que se elevaba con el ímpetu y el calor de la lava, y caía luego manso sobre sus manos unidas, una grande y morena, la otra blanca y pequeña, y sobre el estómago plano y sudado de él.

Paralizada por la impresión, con el vientre dolorido por una insatisfacción que no podía precisar, con su centro de placer húmedo y pulsante y con una sensación a mitad de camino entre la vergüenza, la irrealidad y el extrañamiento, Mercedes observó cómo él se relajaba al fin, la soltaba y dejaba descansar sus brazos y sus piernas ya flácidas sobre el camastro, con el rostro embellecido por un suave y placentero gesto que la fascinó. Instantes después su capitán se sumió en un profundo y aliviado sueño. Eso le provocó a la chica una avergonzada paz, porque, sin comprender demasiado lo que habían hecho, supo que aun delirando y afiebrado, con el solo hecho de

dejarlo actuar, ella le había regalado unos breves instantes de felicidad, luego de esos largos días de terrible sufrimiento para los dos. Y no quiso preguntarse ni cuestionarse más nada, para evitar que la culpa y el arrepentimiento comenzasen a carcomerle la conciencia. Si de algo estaba segura era de que, lo que fuese que habían hecho no estaba nada bien y más sabiendo que él no era un hombre libre.

Minutos después, despacio para no despertarlo, Mechi volvió a tomar el paño enjabonado, limpió las manchas de lo que, sospechó, debía de ser la semilla que servía para fabricar bebés, y del hilo de sangre que corría por el costado de la cadera de él, comprobó, aliviada, que su cuerpo ya tenía una temperatura más baja, lo vendó de nuevo, lo tapó con suavidad y se sentó en la silla, al lado de su catre, recostando los brazos y la cabeza sobre el colchón de lana y contra el brazo de él. Ahora sí, al ver que su amor imposible iba a sobrevivir al fin, acunada por el canto de los gallos domésticos y el trinar de los pájaros del monte, ella se durmió profundamente, mientras los primeros rayos del sol pintaban reflejos luminosos sobre su sucia y bella carita.

Juan se despertó dos horas después, molesto por una fina columna de luz, que surgía desde la ventana que estaba ubicada enfrente de su catre, atravesaba el ancho pasillo, formado por los biombos blancos ubicados a los costados de su cama, y aterrizaba directo sobre la mitad de su rostro, que había comenzado a picarle debido a que tenía barba de varios días. Al alzar su cabeza la vio, con su torso recostado contra la orilla del colchón y durmiendo como un ángel, con una expresión pacífica en su pequeño rostro. De inmediato recordó lo sucedido en la madrugada y las mejillas barbudas se tornaron del color de la grana, mientras la culpa y el arrepentimiento le retorcían el estómago. Se sintió una cucaracha, una rata inmunda, y volvió a recostarse, totalmente abochornado y avergonzado de sí mismo. ¿Cómo es que había sido capaz de obligar a una joven pura y buena como ella a masturbarlo? ¿Qué diablo se le había metido en el cuerpo para hacerle algo así? La había tratado como si fuese una prostituta, atentando contra su honor y más aun sabiendo que

era casado y no podía cumplirle. Además, ella no se lo merecía. Lo peor de todo es que él era dolorosamente consciente de que se había aprovechado de la inocencia de la chica, de su amor hacia él y de su miedo a que muriese, que la habían dejado indefensa y con la guardia baja. ¡No tenía perdón! ¿Y él se decía granadero? Si San Martín llegaba a enterarse de esto era muy capaz de hacerlo colgar de las pelotas, por atentar contra la honra y la moral de la muchacha y del regimiento entero, y él lo tendría más que merecido. Lo único que lo tranquilizaba de todo esto era que Mercedes no había salido huyendo aterrada, sino que se había quedado con él, lo que significaba que tal vez, o no había entendido demasiado lo que había sucedido, por su falta de experiencia, y eso era muy probable teniendo en cuenta la expresión confusa de su rostro en esos momentos, o creía que él había actuado así en un estado de delirio o inconsciencia provocado por la fiebre. Como fuese, y a pesar de que se moría de las ganas de pedirle disculpas, lo que más le convenía a él, en esa situación, era fingir que no recordaba nada para tratar de capear el temporal.

Observándola dormir tranquila al tiempo que evocaba, de nuevo avergonzado, el intenso e indescriptible placer que había sentido ese amanecer, con su pequeña mano rodeando su sexo, el capitán escuchó los inconfundibles trancos largos y decididos de Paroissien, que se dirigían hacia donde ellos estaban. Al llegar a su lado, el galeno puso su mano sobre el hombro de la chica y la sacudió con energía, en tanto que le decía:

—¡Aquí está, soldado! Me imaginé que iba a encontrarlo aquí. Levántese y sígame, que tiene que cumplir con su arresto.

Mientras Mechi se despertaba, desorientada y confusa, miraba primero al médico y luego a Juan y se ponía roja de la vergüenza al recordar lo sucedido, el oficial se incorporaba, alarmado, en la cama e interpelaba al otro: —¿De qué arresto habla?

—Ah, veo que ya se encuentra mejor, capitán, y me alegro. Me refiero a los tres días encerrado en el calabozo, a pan y agua e incomunicado, que le impuse a mi asistente —le aclaró el médico que, como se consideraba un

hombre de palabra, luego de desayunar había salido a campear al desobediente pelirrojo.

—¡Qué! ¿Tres días? ¿Se volvió loco? ¡Luis es casi un crío! —lo cuestionó el convaleciente, al tiempo que hacía una mueca por el dolor que había sentido al alzarse de forma brusca.

—Sí, un crío que me despertó a las dos y media de la madrugada, con muy malos modos, y me faltó el respeto delante de todos los jefes, y eso no se lo pienso tolerar.

—Disculpe, señor, pero le recuerdo que el soldado Gutierrez Prado se encuentra bajo mi mando directo, así que es a mí a quien me corresponde castigarlo, en caso de que se lo merezca —argumentó Juan, con incomodidad, pero tono firme.

Paroissien, que no pensaba entrar a detallar la insolente y ofensiva frase sobre su “*trasero cómodo y aplastado*”, suspiró con fuerza antes de retrucarle: —En primer lugar, le recuerdo que yo tengo también un rango militar y es superior al suyo, así que puedo sancionar a los soldados de su escuadrón como se me dé la gana, y, en segundo, si dejo la decisión sobre la pena en manos de usted, lo más probable es que solo le dé una suave palmadita sobre la cabeza, porque ya he visto que ese mocoso maleducado le hace lo que se le antoja.

—Está bien, capitán, vuelva a acostarse y quédese quietito, que se le va a volver a abrir la herida, al fin que el matasanos tiene razón, yo me lo merezco —intervino la muchacha con tono serio, en tanto que apoyaba sus manos en los hombros de Juan para volver a recostarlo hacia atrás y luego miraba el rostro encarnado y nuevamente furioso de Paroissien con un gesto de disculpa, sin darse cuenta de que la había vuelto a embarrar con el nuevo adjetivo.

—¡Rectifico, ahora son cuatro días! Voy a ordenar que le preparen el calabozo y lo quiero allí en menos de diez minutos, porque, si tengo que volver a buscarlo, van a ser quince en lugar de cuatro —le gritó el galeno, antes de girar, partir hecho una furia andante, y chocarse un biombo con el

hombro al pasar, el cual quedó meciéndose en el lugar como un tentempié.

—¿Se puede saber qué es lo que hizo para enojarlo de esa forma? —interrogó Juan a la chica, al tiempo que la tomaba de la muñeca para que no se escapase y le diese una explicación, olvidado ya de su sentimiento de culpa.

Mercedes iba a comenzar a responderle, con tono airado, que el único culpable de todo era él, pero miró su mano morena sujetando su muñeca y, en ese momento, recordó con incomodidad y vergüenza lo sucedido en esa madrugada luego de que él le hiciese lo mismo, y apartó la vista con las mejillas encendidas antes de contestarle con gesto turbado:

—Pregúnteselo al doctor.

El oficial le leyó el pensamiento y, ahora sí, ahogado por el cargo de conciencia, la soltó al instante. La chica aprovechó para marcharse rápido, no obstante, antes de desaparecer detrás del biombo, le pidió: —Por favor cuídese, señor, ni se le ocurra volver a enfermarse así cuando yo no esté a su lado. ¿Me oye? Tiene que recuperarse y ponerse fuerte, porque en Buenos Aires lo está esperando su hijito —terminó Mechi mientras se recordaba también a sí misma, con un gesto triste y desolado, que no había esperanzas para ellos dos.

Esa misma tarde, Juan aprovechó la visita de su médico para volver a pedirle explicaciones por el arresto del muchacho. Así fue como se enteró de que la chica, posiblemente, había vuelto a salvarle la vida y, como recompensa, en lugar de premiarla la habían encerrado, concluyó con impotencia. Aunque también comprendía un poco al doctor, porque ella, sobre todo en su papel de mocosos, era capaz de sacar de quicio a cualquiera, incluso hasta al paciente Paroissien. Terminó de entender la actitud intransigente del galeno cuando, dos días después, Mariano Necochea, que dormía junto al médico, le contó las ofensivas palabras que le había soltado la bella y temperamental chica. “¡Ay, amor mío!”, se dijo él con pesar, por suerte no era un varón, porque ese corazón rebelde, aunque noble y valiente, nunca iba a congeniar con las normas rígidas y verticalistas del ejército de San Martín.

Sin embargo, se abocó igual a la tarea de convencer al médico para que le rebajase la pena, usando todo tipo de argumentos: que era muy joven y se podía traumar solo ahí adentro, que estaba nervioso porque llevaba días sin dormir, que le iba a dar un síncope en ese calabozo diminuto y caluroso, que el crío solo había querido ayudarlo y etcétera, etcétera, etcétera. Pero no hubo caso, Paroissien no solo se mantuvo imperturbable, sino que dejó de curarle la herida, para evitar que lo atosigase con sus ruegos, y envió, en su lugar, al ayudante José Cladera. No obstante, el problema para el galeno no terminaba allí, ya que cada vez que ponía un maldito pie fuera del hospital, tenía a los otros cuatro oficiales que habían quedado viviendo con el “gorgojo” luego de la muerte de Ludueña, que le torturaban las orejas con que la tienda era un desastre, que no podían encontrar nada entre tanto lío, ahora que no tenían al crío para ordenarlo todo, que no había uno solo de ellos que supiese cocinar un triste churrasco en ese puto fogón e iban camino a morirse de hambre, y que fuera generoso y lo perdonara porque, muy en el fondo, ese espantajo era un buen chico. Además, argumentó Cuevas, que era el más insistente, si seguía dejando a sus pacientes sin sus lecturas vespertinas, solo por uno o dos insultos de morondanga y dichos sin pensar, se le iban a terminar deprimiendo de puro aburrimiento e iba a tener más trabajo.

Finalmente, el pobre médico no pudo seguir soportando más la presión y en el atardecer del tercer día de arresto ordenó que liberasen al pelirrojo. ¡A ver si así lo dejaban de joder de una buena vez!

Mercedes salió del calabozo entrecerrando los ojos, encandilada por el sol de la tardecita, luego de haber pasado tanto tiempo a oscuras. Le dolían todos los huesos y no podía girar el cuello, que estaba contracturado después de haber dormido dos noches en el duro suelo y con la chaqueta militar enrollada como almohada, tenía un hambre famélica y se sentía tan sucia que ya no soportaba los olores de su cuerpo un segundo más. Sin embargo, su primera intención fue correr hasta el hospital de campaña para ver cómo se encontraba Juan, ya que había estado incomunicada y vigilada en forma permanente por

dos soldados y no había sabido más nada de él. Al entrar y dirigirse a su camastro, el corazón comenzó a latirle con violencia al ver que él no se encontraba allí. Con los ojos agrandados de puro miedo, corrió hacia afuera, buscando a alguien que le dijese qué había sucedido con el capitán, pero al girar hacia la tienda, con profundo alivio, lo vio: parado frente a la entrada, descalzo y en calzones y camisa, más pálido y delgado que nunca, apoyado precariamente en un bastón, con el rostro aún barbudo porque no había aceptado que nadie más lo afeitase, pero dándole una cálida bienvenida, con una mirada azul y acariciante, y una enorme y silenciosa sonrisa de dientes relampagueantes y labios gruesos y sensuales. A pesar de su aspecto calamitoso la chica pensó, emocionada y muda, que jamás lo había visto más hermoso y nunca podría amarlo más de lo que lo amó ese día.

Para evitar las enormes ganas de abrazarlo que le hacían picar las manos, las unió con fuerza detrás de su espalda y caminó despacio hacia él, sonriendo con timidez y vergüenza. Luego, para tratar de calmar el nudo de felicidad que sentía en la garganta al verlo tan repuesto y para romper con la emotividad del momento, muy poco adecuada cuando se dirigía hacia un hombre casado y que, encima, venía de quien él creía de su mismo género, lo acicateó:

—¿Así que, después de todo, ese cuerpo grandote y torpe no va a ser pasto de los gusanos?

—¿Así que, después de todo, nuestro molesto y valiente gorgojo sigue vivo? —la chanceó él mientras se inclinaba hacia adelante y usaba el mismo tono juguetón, pero con un tono grave y ronco que delató las intensas emociones que estaba sintiendo al verla otra vez, más delgada, sucia y despeinada que nunca, pero tan íntimamente suya como si fuera carne de su carne y piel de su piel.

—¿A poco se creían que se habían librado de mí? ¡Ni lo sueñen! ¡Aquí me tienen, vivito y coleando! —le retrucó la chica con un pícaro mohín que lo enamoró más aún.

Él frunció el ceño y la nariz con gesto ladino, antes de volver a picanearla

con una sonrisa ladeada: —Pues con el olor que trae encima, yo diría que más que a vivos usted huele a difuntos...

—Cierre ese grosero pico inglés si no quiere que le vuelva a abrir la herida de un puñetazo, capitán, que no acabo de salir de un lecho de rosas, precisamente —le respondió Mechi, ya amoscada por la continua obsesión de él con su suciedad, sobre todo ahora que era más que cierta.

—Pues vamos a solucionar eso, venga conmigo adentro, que le tenemos preparada una sorpresa —le dijo Juan, con una suave mirada que buscaba una tregua.

Al entrar a la tienda, la chica no pudo evitar conmoverse hasta llorar: los otros cuatro habitantes de “la cueva”, como la habían bautizado para sí mismos, la recibieron con un aplauso de ovación, que fue seguido por carcajadas de alegría y por fuertes palmadas en la espalda que casi le hacen escupir los pulmones por la boca. Sumado a eso, el lugar se encontraba impecable, el piso de tierra barrido, los camastros tendidos, la ropa ordenada y la mesa servida con cubiertos para un comensal y con un rico asado, acompañado de papas hervidas y tomate, todo cocinado expresamente para ella. Para completar su alegría, al ver el vapor surgiendo detrás del biombo, se asomó y se encontró con una bañera llena de agua transparente y humeante y dos toallas inmaculadas y apiladas a un costado. Limpiándose las lágrimas con vergüenza, la muchacha giró de nuevo hacia ellos y solo pudo atinar a decirles:

—Gracias, de veras muchas gracias.

—De nada, gorgojito, usted se lo merece —le respondió el sargento Cuevas con gesto serio y emocionado.

Mercedes meneó la cabeza mientras pensaba, resignada y sonriente, que iba a tener que acostumbrarse a ese horrible apodo, porque, por más que patalease, ya lo habían incorporado a sus vocablos cotidianos como si fuese algo tan natural como respirar.

—Vamos, muchachos, necesito que realicen un rastrillaje por los

alrededores para ver que todo esté en orden, además, de seguro Luis quiere privacidad para comer y bañarse —les dijo Juan, con un tono serio y firme que estaba a mitad de camino entre el pedido y la orden. Viendo que la chica se lo agradecía con una inclinación de cabeza, encabezó la marcha hacia afuera para darle mayor intimidad.

Como él apenas podía caminar, ya que acababa de darse el alta solito, solo dos horas antes, para preparar la bienvenida a Mercedes, se sentó en el filo de una silla de madera con asiento de paja, ubicada frente a su tienda, estiró la pierna para que la cadera no le doliese tanto, y vigilando que nadie entrase a molestarla, y se abocó al que se había convertido en su deporte favorito de los últimos tres días: pensar qué rayos iba a hacer con Mercedes y con el maremoto de emociones que ella le provocaba. Casado por la santa madre iglesia y habiendo un hijo de por medio, quedaba descartada la posibilidad de separarse de su esposa, y tampoco podía seguir estando tan cerca de Mechi, cuando la amaba y la deseaba de la forma tan intensa en que lo hacía y sin poder tocarla, porque cualquier día iba a terminar cometiendo una locura, y ella no se merecía que la convirtiesen en la amante de nadie, ni siquiera de él. ¡Va, como si ella fuese a pensar siquiera en aceptarlo! Se lamentó afligido. Era una mujer tan valiosa que tenía todo el derecho a casarse con un hombre libre de ataduras, que pudiese llevarla por la calle del brazo con orgullo y darle hijos legítimos. Por eso era necesario que, por más que se le desgarrase el alma en el intento, él diese un paso al costado. Ella tenía derecho a una vida digna y feliz y él, por más que lo lamentase, no podía dársela. Por quinta vez en el día volvió a abrir y releer la carta de Miguel Roldán, su amigo abogado, que le había llegado esa misma mañana.

Mendoza; 28 de febrero de 1817

Querido amigo:

¿Cómo estás? Espero de corazón que te encuentres bien de salud, quedando

yo en lo mismo, gracias a Dios. Paso a relatarte el corto periplo de mis averiguaciones sobre la señorita Mercedes Gutierrez Prado, que, a propósito, no me has dicho para qué las necesitabas con tanta urgencia y ya estoy sospechando de tus buenas intenciones, porque lo primero que me han contado es que la joven en cuestión es toda una belleza. Preguntando entre los lugareños más antiguos y confiables me enteré de que es hija de un teniente coronel, héroe de guerra y fallecido en Ayohuma junto a su hijo mayor, y de *doña Leonor Sánchez, una matrona bella, autoritaria y, según cuentan, de muy mal carácter, hija de una conocida familia de la región. La muchacha tiene, además, tres hermanas mayores, dos casadas y una que se metió a monja, en el convento de las Catalinas de Buenos Aires, y Luis, un mellizo varón que se casó hace más de un mes con doña Sol Urrutía, hija de nuestro conocido oficial, y, según dicen las malas lenguas, de apuro, porque parece que la niña está de encargo. Lo cierto es que la tal Mercedes desapareció del mapa a inicios de enero y nadie supo darme más datos de ella. En los corrillos de la ciudad se comentaba que había huido escapando a una boda con un hombre treinta años mayor, que había sido acordada por su padre antes de morir, pero nada más. Y allí estaba yo, estancado en la investigación cuando qué te cuento que, para mi suerte y la tuya, resultó que Justina, una madura liberta que trabaja en mi casa hace unos meses, era amiga íntima de Tomasa, la esclava negra que crió a la chica y, sabiendo de mis averiguaciones, ya sabes tú que estos morenos se la pasan con el oído pegado detrás de la puerta, vino de motu proprio y me contó que, el día anterior, estando de visita y mateando en la cocina de Tomasa, escuchó una fuerte discusión entre Luis y su madre: parece que el muchacho había ido a Buenos Aires a buscar a su melliza, porque ella había dejado una carta diciendo que se metería también a monja para no casarse, pero, en lugar de encontrarla allí, topó con otra carta en la que le decía que había cambiado de parecer y se había ido a Chile, a vivir con una tía solterona. ¡Ya ves tú lo móviles que son las mujeres! Y hete aquí que el joven estaba medio*

desesperado y quería ir a buscar a su hermana también allí, pero la tal Leonor se oponía de plano, por el peligro de que fuese atacado en los caminos por las guerrillas realistas. Además, parece que la doña había decidido ir ella a Chile, cuando los pasos fueran más seguros, junto al prometido de la chica, para hacerlos casar aunque fuese a la fuerza. ¡Y hasta aquí llegué yo, chaval! Que me parece que con esto ya tienes más que suficiente tela para cortar. De todos modos, me comprometo a mantenerte informado, en el caso de que la muchacha apareciese, que lo dudo, porque, si es cierto que es tan bella, ya debe haber encontrado de seguro algún gavilán que le oficie de protector y la pasee de su florido brazo. Mis más cordiales saludos, Juancito, y espero haberte sido útil.

Miguel

Y claro que lo había sido, porque ahora Juan podía encastrar, por fin, las piezas del rompecabezas que le faltaban para poder comprender esa alocada e intempestiva decisión de la joven de disfrazarse de varón e irse a la guerra, extrayendo, en el proceso, varias conclusiones: primera y principal: había juzgado mal al verdadero Luis, porque no solo el chico no sabía nada de ella, sino que, además, su pícara hermana lo había hecho recorrer todas las Provincias Unidas buscándola, de seguro para alejarlo así de Mendoza hasta que el ejército partiese. Segunda: adivinaba que Mechi había hecho esa locura impulsada por distintas razones: una, el amor a su hermano y el afán de protegerlo, más aún sabiendo que iba a ser padre. ¡Y cómo no! Si esa niña tonta era capaz de proteger hasta a un asesino en serie así fuese a costa de sí misma, como bien lo sabía él, y dos, la necesidad de escapar a un matrimonio que no quería y a una madre dominadora y autoritaria. Tres: ¿quién podía saber qué otras ideas locas pasaban debajo de ese retorcido manojito de rulos? Pero ahora sí estaba seguro de otras dos cosas: una: ella se negaba a volver a su hogar porque sabía que doña Leonor seguía firme en su idea de casarla y

dos: tenía un cómplice, que era quien se lo había dicho a través de sus cartas, que la chica se había cuidado muy bien de destruir después de leerlas, porque él había estado hurgando en sus cosas y no había podido encontrarlas.

Ante la ausencia de San Martín, que se encontraba aún en Santiago, capital de Chile, preparando su viaje a Buenos Aires y por la imposibilidad de moverse demasiado debido a su herida, esa misma mañana, luego de leer por primera vez la carta, Juan le había enviado una misiva al general para que lo autorizase a viajar, con varios de sus hombres, al sitio de Talcahuano en apoyo de Las Heras. Según los informes llegados hacía dos días, la situación allí se estaba volviendo cada vez más compleja, con el coronel Ordoñez que estaba atrincherado en Concepción y sumaba cada vez más adeptos, al igual que las guerrillas realistas, que habían recrudecido en el sur y atacaban a las poblaciones indefensas que habían apoyado a la causa patriota. Además de su acendrado patriotismo, la verdadera razón de su pedido era que necesitaba alejarse de Mercedes con urgencia, porque el honor y el buen nombre de la chica corrían más peligro teniéndolo a él a su lado que conviviendo con todo un ejército, disfrazada de varón. Además, ella ya tenía muchos amigos en el lugar que la defenderían con su vida, por eso el capitán había decidido dejar en el campamento a Farías y Cuevas, con la orden expresa de que la cuidasen hasta de su propia sombra, mientras él estuviese ausente. Había descartado de plano la posibilidad, que se le había ocurrido antes de leer la carta de Miguel, de devolverla a Mendoza así fuese maniatada y amordazada, porque no soportaba la idea de verla infelizmente casada con alguien que no amaba, pero, por otra parte, a su regreso pensaba rastrillar todo Santiago en busca de la famosa tía, para rogarle que acogiese a la chica con ella, hasta tanto él viese qué podía hacer para convencer a la tal doña Leonor de que respetase los deseos de su hija. Lamentaba no saber si iba a poder llegar a tiempo a Buenos Aires para el nacimiento de su hijo, pero la seguridad de Mercedes y la causa patriota estaban primero para él en este momento.

Más tranquilo con las decisiones tomadas, en los días siguientes el oficial

intentó mantenerse lo más alejado posible de la joven, aunque dejó que ella siguiese afeitándolo y curándole la herida, que había dejado de supurar y estaba cicatrizando muy bien, pero no lo suficiente como para que pudiese caminar sin la ayuda de un bastón. Esos fueron los únicos lujos que se permitió para poder tenerla cerca, aunque fuese un ratito. Por lo demás, ella también se mantenía apartada de él, desviaba la vista, rápido y con incomodidad, si él la miraba y lo hablaba lo menos posible, por lo que Juan, que jamás le había mencionado nada de lo sucedido esa vez, sospechaba que esa fatídica y sublime noche del hospital la había asustado y escandalizado más de la cuenta.

Así fue que la madrugada del 14 de marzo, chisme de Cuevas de por medio, Mercedes se desayunó con la desagradable noticia de que su jefe, diez días después de haber sido herido y luego de recibir la autorización de San Martín, junto a ochenta hombres de su escuadrón, se aprontaba para partir hacia el sur en apoyo de Las Heras y con la intención de defender y fortificar los pueblos atacados, información que el capitán le había ocultado antes para no ponerla sobre aviso.

—¿Se puede saber adónde rayos cree que va? —le soltó furiosa, en tanto que se acercaba a él a grandes trancos, al tiempo que lo veía cargar el chifle con agua y las provisiones sobre su caballo.

—Bueno, bueno, parece que recuperó la voz, soldado, ya estaba pensando que le habían comido la lengua los ratones —le respondió él con tono burlón, cansado de que la muchacha fingiese ignorarlo.

—¡No se haga el sonso y respóndame!

—Nos vamos para el sitio de Talcahuano —le informó él con tono serio, al tiempo que ajustaba las cinchas de su montura.

—¡¿Qué?! ¿Acaso se volvió loco? Son cientos de kilómetros y, en sus condiciones, usted no puede cabalgar ni hasta la esquina —argumentó la chica con alarma.

—Sí que puedo.

—¡No, no puede!

—No estoy pidiendo su opinión, soldado.

—Ya sé que no, pero se la voy a dar igual, porque yo sé muy bien lo que le va a pasar. Esa herida está muy fresca y con el traqueteo se le va a volver a abrir, de ahí a que vuelva a infectarse y hacerlo volar de fiebre hay un tranco, y de eso a la muerte hay un pasito más corto todavía. ¿Qué es lo que busca, suicidarse?

—Solo cumplo con mi deber —le contestó él, sin mirarla.

—¡Pues hágalo cuando ya esté sano, carajo! —le gritó la joven, alzando los brazos al cielo con impotencia antes de continuar: —Además, su hijito está a un mes y medio de nacer, tiene que cuidarse unos días más, así puede estar bien para ir a conocerlo.

—Y lo voy a hacer, Luis, solo que un poco más tarde —le respondió Juan con gesto cansado y triste, porque se acercaba el momento de la despedida y alejarse de ella le pesaba tanto como una lápida de mármol sobre el pecho. Luego se volvió hacia Mechi, la tomó de los hombros y, mirándola con ojos desolados, le pidió: —Cuídese mucho, por favor, manténgase dentro del campamento, no les busque pleitos a los soldados, no insulte a sus superiores y por ningún motivo se le ocurra ir a bañarse solo al río. Dejo aquí a Cuevas y Farías para que estén al pendiente suyo, pero no los complique. Le suplico que sea precavido, porque estas no son épocas fáciles para un crío como usted. ¿Me lo promete?

—No voy a hacer una promesa que no pienso cumplir —le respondió Mercedes, en tanto que se cruzaba de brazos con gesto terco porque ya había decidido que, fuese adonde fuese él, ella lo iba a seguir.

Él la miró con desamparo anticipado al pensar que, tal vez, iban a transcurrir varios meses antes de que volviese a verla, luego no soportó más y la abrazó y la apretó fuerte contra su pecho, aun cuando ella continuaba con los brazos cruzados y gesto enfurruñado. —Cuídese —le repitió emocionado, antes de subir a su caballo de un salto y partir al galope, con sus hombres detrás y con

los iris azules velados por amargas lágrimas. Sin embargo, la angustia iba a durarle poco porque, luego de diez minutos de marchar a trote parejo, escuchó el sonido de los cascos de un potro que venía a toda carrera y, al girar, la vio. Venía con su uniforme de granadero, armada hasta los dientes y con sus rulos colorados volando al viento. Primero se puso pálido y luego la furia lo lanzó a galope tendido en dirección a la chica. Al llegar a su lado, emparejó su caballo al de ella en sentido contrario y le ladró:

—¿Se puede saber qué mierda está haciendo usted acá?

—Lo acompaño a luchar, ¿no lo ve?

—¡No se haga el vivo conmigo! ¡Usted sabe perfectamente que no tiene el permiso de San Martín para combatir! —le recordó él mientras la señalaba con el índice.

—No se preocupe por eso, cuando lleguemos a Talcahuano le envío una notita y se lo pido —lo tranquilizó Mechi, en tanto que se alzaba de hombros como si le restara importancia al asunto.

—¡Talcahuano un carajo! ¡Usted no puede ir allí porque no está lo suficientemente preparado para luchar! —le gritó él con los ojos azules echando chispas de pura furia.

—Y no lo voy a hacer: pongámoslo de este modo, es a usted al que le gusta destripar matuchos, no a mí, así que usted hace lo suyo y yo le cuido las espaldas, de esa forma no va a correr tanto peligro —le informó la muchacha con gesto seguro y convencido.

—Es que voy a estar más en peligro si usted viene, porque no voy a poder combatir tranquilo sabiendo que, en cualquier momento, le pueden volar la cabeza de un cañonazo. ¿No lo entiende? —volvió a gritarle el oficial con impotencia. Luego suspiró tratando de calmarse, porque con tanto griterío los dos caballos habían comenzado a girar sobre sí mismos y a encabritarse, mientras sus hombres seguían la discusión desde lejos con preocupación. Al fin, perdida del todo la paciencia, le ordenó con tono amenazante:

—Dé vuelta su montura y regrese ya mismo al campamento, si es que sabe lo

que le conviene, soldado.

—¡No, no lo voy a hacer y usted no puede obligarme! —le contestó Mercedes, con el ceño fruncido y sujetando con fuerza las bridas para tratar de controlar al nervioso animal.

—¡Está bien, usted se lo buscó! —le gritó el capitán con furia, antes de inclinarse con decisión hacia ella y quitarle las riendas de las manos, para luego girar hacia su tropa y ordenarles:

—Espérenme aquí, muchachos, soluciono este pequeño inconveniente y vuelvo con ustedes.

Después se volteó de nuevo hacia la joven y le ordenó: —¡Sujétese de las crines! —Pero, al ver que la chica intentaba lanzarse del caballo, volvió a inclinarse hacia ella estirando el brazo, la enlazó por la cintura y, de un solo tirón, la hizo volar de una montura a la otra, para ubicarla sentada de costado, delante de él y contra su pecho. Instantes después partió al galope, llevando de tiro al potro de Mechi. Diez minutos más tarde, en medio de un rabioso silencio, llegaban frente a la tienda. Sin importarle el dolor de su cadera, que había sido bloqueado por la furia y la adrenalina que ella le provocaba, Juan desmontó primero y luego la aprisionó por la cintura y la bajó de un tirón. Acto seguido la agarró de la mano y la arrastró hasta el interior de su vivienda. Allí se detuvo y miró hacia todas partes buscando una soga. Al ver una colgada, la tomó y, sujetando las muñecas de Mercedes, las giró por detrás de su espalda, con la intención de amarrárselas al grueso poste que sostenía el centro de las telas de campaña.

Ella se volvió para observarlo, furiosa y burlona, al tiempo que le espetaba: —¿Qué quiere hacer, atarme? ¡Qué poca imaginación, capitán! Además, pierde su tiempo, tengo muchos recursos para obligarlos a que me suelten y usted lo sabe. ¡Voy a volver a seguirlo por más que no quiera!

Él se detuvo, impotente, sabiendo que lo que ella le decía era la pura verdad, tanto era así que jamás en su vida había conocido a otra persona tan terca y manipuladora como ella. Con un ademán rabioso, lanzó las cuerdas

contra el camastro más cercano y le gritó:

—¡No, usted no va a venir!

—¡Sí que voy!

—¡No! ¡Basta, Mercedes, se acabó! —le rugió Juan, con un gesto furioso que la asustó. Sumado a eso el hecho de que, además, la llamase por su nombre, la puso a temblar como una hoja. Así que, llevándose una mano al pecho, con tono de profunda alarma, le preguntó:

—¿Por qué me llamó así?

—Porque ese es su verdadero nombre —le respondió él con firmeza y enojo, al ver que ella seguía negando lo evidente.

—No, no, no... usted se equivoca... mi nombre es Luis —negó tercamente la chica, a pesar de que sus pulmones habían comenzado a hiperventilar con la fuerza de un fuelle.

En ese instante, el capitán terminó de perder la escasa paciencia que le quedaba, se le fue encima y la arrinconó contra el grueso poste central, en tanto que le rugía con expresión rabiosa:

—¡¿Ah sí, ah sí?! Y entonces, si usted es Luis, ¡¿dónde rayos están sus pelotas, soldado?! —En tanto que decía esto último, pasó una mano por debajo de la pelvis de la joven y la alzó en el aire, dejándola con la espalda apoyada contra el poste y los pies colgando a unos quince centímetros del suelo. Mientras observaba su expresión aterrada, a la vez que sentía el envolvente calor del sexo de la chica apretado contra su palma y el suave temblor de su cuerpo escuchó, con enamorado asombro, el gemido audible y profundo que brotó de los labios de ella y que parecía provenir desde lo más hondo de sus entrañas. En ese instante el capitán perdió toda noción de la realidad, porque lo que él encontró, no solo en su sonido sino en el fondo de esos enormes y preciosos ojos verdes clavados en los suyos, no fue solamente miedo, sino pasión, placer, necesidad, deseo, el mismo ciego deseo que le estaba carcomiendo las ingles a él desde el mismísimo instante en el que la había visto desnuda a la orilla del río.

Sin pensar en lo que hacía, con la mente cegada a cualquier cosa que no fuese darle goce y alivio, Juan la bajó lo suficiente como para que las puntas de sus pies pudiesen tocar el piso, y al tiempo que comenzaba a acariciar su sexo, profunda y decididamente femenino, ejerciendo presión con apretados movimientos circulares por encima de los calzones de granadero de la chica, pasó la otra mano por detrás de su nuca para acercar su rostro y besarla en la boca por primera vez, con lujuria, con deseo, con destemplanza, pero sobre todo con un profundo amor. Le acarició los dientes y el paladar con su lengua, buscando enlazarla con la de ella, en una maravillosa lucha de pasiones que habían librado alguna vez todos los enamorados del mundo. Mientras lo hacía, el oficial, recordando las frustradas experiencias vividas con Carmina, tembló del miedo a que Mercedes lo rechazase, pero cuando ella finalmente alzó sus delgados brazos, para enlazarlos alrededor del cuello de él y responder a sus besos de forma decidida, aun cuando se notaba su falta de experiencia y timidez, Juan suspiró aliviado y dejó de besarla solo los segundos suficientes para escuchar la música sublime que eran, para él, los gemidos cada vez más intensos de la muchacha.

Envalentonado por la fogosa respuesta de la chica, él quiso ir más allá, para brindarle el mismo éxtasis que ella le había dado y, luego de desprender el calzón de la joven, metió su mano por dentro de él, siguiendo la línea de su vientre suave, hasta encontrar su pequeño centro de placer, húmedo y caliente contra sus dedos, y siguió acariciándola, con círculos más rápidos y apretados que buscaban una respuesta, en tanto que seguía besándola con pasión.

Mercedes se encontraba en un limbo, con su cuerpo atacado, desde todos los frentes, por sensaciones tan exquisitas que eran casi dolorosas. Desde el mismo instante en que su capitán la había alzado en el aire de esa forma tan íntima, provocándole una explosión de placer, que se esparció desde su pubis hasta su vientre, ella había perdido la capacidad de pensar o razonar. Mientras sentía sus mágicas manos que le provocaban un goce único y desconocido, se dejó enamorar por su aliento tibio, por el gusto de su boca, por su lengua

inquieta y demandante, cuyos movimientos trataba de imitar, en tanto que presentía que, por más que lo que estaban haciendo fuese un horrible pecado, estar así, pegada a él y acunada en cuerpo y alma por sus brazos, era su mejor lugar en el mundo. Sin embargo, cuando notó que un delgado dedo de él se introducía lento en su interior y la frotaba con suavidad, a pesar del inmenso placer que le daba, la chica se retrajo y lo tomó de la muñeca con fuerza intentando apartarlo, al tiempo que le rogaba: —No haga eso, por favor.

—Déjeme, Mercedes, le juro que no voy a deshonrarla por esto, solo quiero hacerla gozar, déjeme por favor —le susurró el oficial en el oído, en tanto que le acariciaba el rostro, brillante, acalorado y hermoso en la pasión, para volver luego a besar sus labios hinchados que le sabían a miel.

En ese instante la muchacha volvió a relajarse, soltó su muñeca y le dio así un silencioso y avergonzado permiso para continuar. Segundos después, ella sintió que toda esa tensión que se había ido acumulando en su vientre explotaba como un placentero huracán contra los dedos de él y la dejaba laxa, aliviada y con las piernas tan desmadejadas que tuvo que agarrarse de sus anchos hombros para no caerse al piso. La asustó que él siguiese respirando agitado, casi en resuellos, y la apretara con su cuerpo contra el poste, frotando su dura erección contra la pelvis de la chica, pero, a pesar de eso, no intentó desvestirla ni ir más allá.

Después de escuchar los profundos gemidos, provocados por el orgasmo, que brotaban con fuerza de la garganta de la joven, y sentir las paredes de su apretada vagina contrayéndose en torno a su dedo, Juan solo se limitó a retirar despacio su mano del sexo de ella y abrazarla con dulzura contra él, mientras le acariciaba el cabello rojizo y besaba sus labios y su rostro con suavidad, una y otra vez. En su interior, le agradeció a Dios y a todos los santos que, a pesar de ser un impenitente y un pecador, le hubiesen permitido este regalo de sentirla gozar entre sus brazos, y, por más que se muriese de las ganas de mandar todo al demonio y terminar con la virginidad de ella y el dolor de sus testículos, que lo estaba torturando, sabía que no podía hacerle algo así, que

quien fuese su futuro esposo de seguro iba a querer una novia pura. Así que, con entereza, él hundió la nariz en su pelo, plagado de ese terrible olor a grasa rancia que él igual había aprendido a amar, porque era el que le anunciaba que ella estaba cerca, cerró los ojos con fuerza y se quedó en silencio, en tanto que la sostenía contra él con suavidad y maldecía en su interior a esa odiosa almohada que no le permitía sentir el calor de sus senos y su vientre contra su cuerpo.

Mientras Mercedes empezaba a respirar con más normalidad, luego de las intensas sensaciones que le habían barrido el vientre como lo hacían las olas con la arena, todo el peso de la culpa y la vergüenza, por lo que ella había hecho y por lo que le había permitido hacer a él, cayó sobre su conciencia como una espada justiciera. En ese instante le vino a la cabeza la imagen sin rostro de la esposa, a punto de parir, y un profundo arrepentimiento la puso a llorar con desconsuelo.

Juan sintió los sonidos ahogados de su garganta, se apartó alarmado, y tomó el rostro de la chica entre sus manos, para encontrarse con las lagunas verdes de sus preciosos ojos derramando amargas lágrimas, en tanto que su boca sensual y ancha temblaba de angustia. Asustado, él le preguntó con ternura:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está llorando? ¿Le hice mal? ¿Le duele algo?

Mechi se apartó del oficial mientras se limpiaba las mejillas con rabia, antes de inspirar profundo y responderle: —No, no me hizo mal, lo único que me duele es la conciencia.

—Mi amor... —le dijo él con pena, sin encontrar las palabras para consolarla, pero se acercó de nuevo y trató de volver a abrazarla.

Ella lo alejó de un manotazo, con una dolorosa furia que iba dirigida tanto hacia él como hacia ella misma, al tiempo que le gritaba: —¡Suélteme y no vuelva a tocarme de esa forma nunca más! ¡No podemos volver a hacer esto! ¿Lo entiende? ¡Es un pecado horrible!

—No, Mercedes, se equivoca, lo que nos pasó es algo que puede suceder cuando dos personas se aman tanto como nosotros dos porque, aunque me lo

niegue, yo sé que usted también me ama, lo siento aquí adentro —le respondió él, con tono dolorido y sincero, golpeando su ancho pecho, a la altura del corazón y con el puño cerrado, para reafirmar lo dicho.

—¡Pero eso está muy mal! ¡Yo no puedo amarlo, porque usted no es un hombre libre y nunca lo va a ser, y usted tampoco puede! —le gritó la muchacha al tiempo que alzaba la palma de su mano frente a su cuerpo para alejarlo de ella y retrocedía dos pasos hacia atrás, sollozando con mayor desconsuelo.

—Sí que puedo, claro que puedo, mi amor por usted es tan inmenso e incondicional que a veces hasta siento que me falta el aire si no la tengo cerca. Usted ni siquiera se imagina la tortura que es para mí quererla y desearla tanto, sin tener ni siquiera el derecho a tocarla —le respondió el capitán con el ceño fruncido y atormentado, pero sin intentar volver a acercarse a la joven.

—Pues hoy lo disimuló muy bien, se lo aseguro —le respondió Mechi con amarga ironía, mientras tomaba un pañuelo y se soplabla la nariz, que se le había congestionado de tanto llanto.

—No sea cruel conmigo y permíteme por favor, lo único que yo quería era hacerle sentir el mismo placer que usted me brindó esa noche en el hospital...

Al escucharlo y comprender lo que él le estaba revelando sin pensar, el corazón de la chica comenzó a golpear con furia contra su pecho y se fue encima de él en tanto que lo interpelaba, con los ojos brillantes de indignación y vergüenza: —¿Me está diciendo que usted sabía quién era yo, que estaba consciente de lo que hacía, que recuerda lo que pasó esa noche?!

—Recuerdo cada precioso segundo de ese amanecer, y lo voy a recordar por el resto de mi vida —le respondió Juan con tono emocionado.

—¡Desgraciado! —le gritó la muchacha antes de abalanzarse contra él, con los pequeños puños cerrados, y comenzar a golpearlo en el pecho con toda la fuerza de la que era capaz, en tanto que le reclamaba: —¿Tiene una maldita idea de lo mal que me hizo sentir? Me trató como si fuese su puta, capitán, sin tener la menor consideración por mis deseos ni por mis sentimientos. ¡Y yo

creía que se estaba muriendo, santo Dios!

—Tiene toda la razón y lo lamento, perdóneme por favor. Creo que, al sentir sus manos en ese lugar, enloquecí de deseo y perdí la noción de lo que hacía. ¡Perdóneme, Mercedes, le aseguro que jamás se me cruzaría por la cabeza usar ese calificativo con usted! Yo soy el único culpable de lo que pasó. De veras que lo siento —se justificó el oficial alzando las palmas de sus manos, pero sin intentar detenerla, porque sabía que se merecía esos golpes.

—¡Mentiroso! ¡No lo lamenta nada, porque volvió a hacerme lo mismo hoy! ¿Cuánto hace que sabe quién soy? —lo interrogó Mechi, luego de dejar de golpearlo y alejarse un paso para observar sus gestos con atención, con la intención de descubrir si le decía la verdad.

—Desde el día de la fiesta por la victoria de Chacabuco. Esa noche volví más temprano y la vi cuando iba a bañarse al río, le juro que la seguí solo por el impulso de cuidarla, no era mi intención espiarla, de verdad —le respondió el oficial antes de tragar con dificultad, debido al nudo de nervios que se le había formado en la garganta.

—¿Hace más de un mes?! ¿Y recién ahora me lo dice? ¿Y me vio desnuda? ¡Maldito fisgón! ¡Usted tiene menos honor y decencia que una rata de alcantarilla! —aulló la joven con renovada furia.

—Puede ser, pero le recuerdo que usted también se pasó casi dos meses haciéndonos creer a todos que era un varón, y también nos vio desnudos, así que estamos a mano —le retrucó él ya algo amoscado por sus insultos y porque, a fin de cuentas, ella, al igual que él, tenía sus culpas que esconder.

—Ya sé que los vi, pero no lo hice a propósito, yo no tengo la culpa de que ustedes sean tan desvergonzados e impúdicos de sacarse las ropas delante de mí —se justificó Mechi, inquieta e incómoda, porque era muy consciente de la piedra que llevaba en el zapato.

—Disculpe que la corrija, pero tanto mis hombres como yo nos desnudamos delante de quien creíamos otro varón, ¿o usted se piensa que lo hubiésemos hecho si hubiéramos sabido que era una mujer disfrazada de mocoso, eh? —le

reclamó él, señalándola con el índice en tanto que alzaba una ceja y la desafiaba a que lo contradijese.

“¡Lo que demuestra lo tontos y manipulables que pueden ser ustedes a veces!”, pensó Mechi con autosuficiencia, pero se quedó callada y mirando hacia el piso con gesto contrito porque presintió que, por esta vez, el reclamo no daba lugar a réplicas.

—¿Por qué hizo esta locura, Mercedes?

—Porque querían obligarme a casarme con un hombre que no amaba y porque no deseaba que Luis terminase muerto en esta odiada guerra. Además, él va a ser papá, estaba a punto de casarse y es el único varón que queda vivo en mi familia, y mi mamá se hubiese enloquecido de la pena si le pasaba algo, porque lo adora —le respondió la muchacha con tono sincero.

—¿Y usted, Mechi? Usted también podría haber muerto varias veces en estos meses. ¿Cree que, en ese caso, su madre no hubiese sufrido? —la interrogó Juan con un suave gesto, pero sin animarse a tocarla.

—Mi madre tiene otras tres hijas más, y a mí nunca me quiso de verdad... a veces pienso que ella solo deseaba otro varón y yo le vine a caer como de estorbo... Por otra parte, siempre nos llevamos muy mal, jamás pude adaptarme a sus rígidas reglas sobre los que debe ser una perfecta señorita, toda mi vida la decepcioné y hasta la avergoncé así que, discúlpeme, pero no creo que mi mamá me hubiese extrañado demasiado si yo moría —le contó la chica con un tono de amarga crudeza, pero también con una dolorida tristeza en el fondo de sus cálidos ojos verdes.

—Qué pobre opinión tiene de sí misma, mi vida. ¿No se da cuenta de la maravillosa persona que es? ¿De que todos, empezando por mí, giramos todo el día a su alrededor buscando su compañía cálida y luminosa? Usted es la mujer más buena, bella, generosa, simpática, humana y solidaria que he conocido, y si su madre no sabe apreciar eso es que no merece tener una hija así.

—Y usted está hablando igualito que mi abuela, ya hasta voy a empezar a

creer que de verdad me ama —ironizó la muchacha, con las mejillas arreboladas por tantos halagos.

—Mire, Mercedes, en estos tres meses que llevamos juntos, le he demostrado que la amo de todas las formas posibles. Creo que comencé a amarla desde el mismísimo instante en que la conocí en esa fiesta de Mendoza. Después la quise de una forma rara, inexplicable y obsesiva cuando la creía un pillete, y ahora, que sé que siempre fue usted, la adoro todavía más, y si no es capaz de reconocer eso, francamente, voy a tener que empezar a dudar de su opinión sobre los sentimientos de su madre hacia su persona —la amonestó él, al tiempo que meneaba la cabeza con una sonrisa ladeada e incrédula.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó la chica con tono manso para cambiar de tema, porque sus dulces revelaciones habían comenzado a alborotar de nuevo los revoltosos colibríes de su vientre.

—Adivino que no va a dejarme ir solo y en paz a Talcahuano —afirmó él con un suspiro de pesar.

—Por supuesto, usted no se encuentra en condiciones de viajar todavía, y menos sin mí —le respondió Mechi con el ceño fruncido.

—¿Y entonces? —insistió él, para ver adónde quería llegar esa loca cabecita.

—Entonces usted se va a quedar aquí, reposando por una semanita más, y luego, cuando ya esté realmente curado, va a viajar a Buenos Aires para esperar el nacimiento de su hijito. Y no se preocupe por mí, porque tengo decidido no molestarlo y mantenerme alejada, es más, puedo buscarme otra tienda para dormir si...

—¡Ni se le ocurra! —la interrumpió el capitán con alarma—. No podría pegar un ojo si supiera que no está a mi lado. Pero, por esta vez tiene razón, la herida me está doliendo demasiado como para intentar hacer este viaje —reconoció luego, al tiempo que se frotaba el costado con gesto incómodo.

—¡Pues lo tiene merecido por querer hacerse el Hércules, levantando mujeres en el aire de esa forma tan impúdica! —lo amonestó ella con el ceño

fruncido y las mejillas al rojo vivo, porque no se le había escapado el gesto de dolor que él hizo cuando la alzó. Después, la joven se dirigió hacia afuera con trancos decididos, subió a su caballo y partió al galope, en dirección a donde se encontraba el escuadrón esperando, para informarles que su jefe tenía un profundo dolor en su herida y que, debido a eso, el viaje se suspendía por tiempo indeterminado.

La semana siguiente transcurrió con lentitud. En el campamento patriota, la ausencia de San Martín y la inactividad forzada de ese compás de espera entre una y otra batalla estaba empezando a inquietar a los hombres. Los días se iban acortando con la cercanía del otoño, y las noches se hacían más frescas. El lugar se estaba convirtiendo, a todas luces, en un poblado, ya que se estaban construyendo nuevos ranchos para alojar a los soldados que se iban sumando a la causa y eran entrenados por los oficiales más expertos. Además, los primeros llegaban muchas veces trayendo a sus esposas o concubinas, las que, a pesar de la oposición de los jefes, los que sostenían que “donde hay mujeres, los conflictos son mayores”, fueron haciéndose un lugar en ese mundo de hombres y de lucha. Con ellas llegaron también los perros, algunos con dueño y otros callejeros, y comenzaron a proliferar las huertas y los corrales de gallinas y patos. Por fortuna, no habían vuelto a tener escaramuzas con los realistas, que no habían dado más señales de vida. Por otra parte, un espía que trabajaba para los revolucionarios les había informado que, respondiendo a un llamado de Ordoñez, los pocos grupos de godos que quedaban en la zona, estaban viajando también hacia Concepción y Talcahuano para colaborar en la resistencia, por lo que los patriotas esperaban que, al regreso de San Martín, los trasladasen al lugar donde se libraban ahora los combates.

Mientras tanto, Mercedes y Juan se hallaban inmersos en una tregua silenciosa, en la que ya no existían esas maratónicas discusiones del pasado, que tanta diversión gratuita les habían deparado a los soldados, pero tampoco había diálogo. Ella se limitaba a limpiar la tienda, cocinar, lavar y mantener en orden la ropa de sus compañeros, callada y con la mirada ausente, pero

hecho esto, y consciente de la constante presencia de su capitán, que se quedaba allí la mayor parte del día con la intención de recuperarse de una buena vez, la chica se escapaba de las miradas incendiarias de él, para seguir cumpliendo con su papel de asistente del médico. Con esa relativa calma que precede a las tormentas, en el hospital quedaba ya poco trabajo, aunque igual Mechi se pasaba todo el día en el lugar, acompañando a los tres soldados lisiados que permanecerían internados aún por bastante tiempo. Los atendía y les leía durante las tardes, para que el aburrimiento y la inmovilidad no los deprimiese, y ayudaba en todo lo que se la necesitase. Para su alivio, ahora las consultas más comunes eran por gripe, dolores musculares o indigestión. Sin embargo, hubo un día en el que Mercedes también fue testigo del parto de una cuartelera, amancebada con un soldado chileno, que se había ido a vivir con él al campamento. Parece que el nacimiento se había complicado porque el bebé venía de nalgas, y la comadrona había llegado, angustiada, a pedir la ayuda del doctor, porque temía que la parturienta se le fuese en sangre. A pesar de que Paroissien seguía ofendido con quien creía Luis y no le dirigía la palabra, contra todo pronóstico la eligió para que lo acompañase hasta el humilde rancho, con paredes de adobe, puerta de cuero y techo de paja, en el que habitaba la pareja. Treinta metros antes de llegar allí ya se escuchaban los gritos de dolor de la mujer y, cuando entraron al pequeño y oscuro lugar, la encontraron en un charco de sangre. Al inicio, Mechi presintió que iba a descomponerse de la impresión, pero se recompuso con esfuerzo y obedeció, en silencio y con eficiencia, todas las indicaciones que le fue dando el galeno. Horrorizada y maravillada a la vez, fue testigo del momento en que el médico realizaba un pequeño corte en las partes íntimas de la mujer y, tomando al bebé de las nalgas que comenzaban a asomarse, tiraba con fuerza hacia afuera, en tanto que le pedía a ella que presionase la parte superior del abdomen de la paciente para terminar, finalmente, sacando al niño del vientre de su madre, al revés que el común de los nacimientos: primero las piernas, y luego el tronco y la cabeza. Al principio, el recién nacido que era un varón, tenía un tono de

piel a medio camino entre el morado, el violeta y el azul, y no lloraba, pero, luego de que Paroissien lo tomase de los piecitos y lo sacudiese cabeza abajo, comenzó a gritar a todo pulmón, provocando las risas aliviadas de todos los presentes. Gracias a Dios, luego de suturar el corte y desgarró posterior que tenía la joven madre y con la ayuda de unas hierbas aportadas por la comadrona, pudieron controlar la hemorragia y, dos horas después, al retirarse de allí, dejaron a la mujer amamantando al precioso bebé, con la espalda recostada contra el pecho de su hombre.

Esa tarde, Mercedes caminó hasta su tienda ensimismada, pensaba en la cara de profunda dicha del soldado chileno y con la certeza de que, en menos de un mes, Juan iba a vivir esa maravillosa experiencia junto a su esposa, la envidia hacia Carmina y la tristeza, además de avergonzarla, le provocaron un dolor casi físico, que la hizo derramar lágrimas amargas. Cuando iba llegando a su tienda, luego de lavarse la cara con el agua del aljibe para disimular su pena, escuchó un quejido en el piso y, al mirar hacia abajo, se encontró con un pequeño cachorrito lanudo, blanco y con manchas té con leche, de no más de dos meses y con una grandes y graciosas orejas, al que acababa de pisarle la patita. Rápidamente se agachó, lo tomó en brazos y lo arrulló contra su pecho, al tiempo que le acariciaba el lomo entre palabras tiernas y se preguntaba de dónde habría salido, hasta que oyó la voz de Juan, que le aclaró sus dudas:

—Se lo pedí a la esposa de un soldado que vive aquí, a unos doscientos metros. Parece que un puma del monte mató a la perra y él y dos hermanitos se quedaron huérfanos. Cuando los vi, me acordé de que una vez me había comentado que usted andaba todo el día con la ropa llena de pelos de sus animales, y decidí traérselo para que lo termine de criar y para que la cuide cuando yo no esté... igual puedo llevarlo de vuelta si no lo quiere o la incomoda —finalizó el capitán con gesto expectante.

Viniendo de alguien que hacía días que no le dirigía la palabra, esa explicación tan larga la dejó asombrada y, profundamente agradecida por el regalo, ya que ella sabía muy bien lo que era quedarse huérfana y necesitada

de afecto, Mercedes le respondió con timidez:

—No, déjeme, es precioso, fue una maravillosa idea, de verdad se lo agradezco —Mientras decía esto, el cuzquito alzó su trompa y, a pesar de su patita dolorida, empezó a dar suaves lametazos en el mentón de la chica que comenzó a reír por las cosquillas que le hacía. Luego ella continuó hablándole a su nueva y diminuta mascota, al tiempo que lo alzaba en el aire hasta la altura de su rostro: —Vamos a tener que bañarlo, señorito, porque usted sí que está muy sucio.

—Y creo que también está con hambre, si usted quiere puedo ir hasta lo de doña Alda, que tiene una vaca con cría, y pedirle que me dé un poco de leche para el cuzco —le dijo él, deleitado con la alegría que iluminaba de nuevo el rostro de la chica.

—Se lo agradecería mucho, si no le es molestia.

—No, qué va, si sigo sentado aquí sin hacer nada voy a terminar muriendo del aburrimiento, además, el ejercicio me hace bien, enseguida vuelvo —le respondió el oficial, antes de alejarse rápido y con una sonrisa que hizo centellar sus dientes, siempre blancos y relucientes.

Al regresar con el jarro de leche en la mano, la encontró sentada en el suelo, con el trasero apoyado sobre sus pantorrillas, sonriente y enjabonando concienzudamente al perrito dentro de un balde de lata con agua, del cual el animalito intentaba escapar dando saltitos. Se quedó allí y la observó en silencio, maravillado por la gracia y la pericia de sus movimientos. Luego, al ver que ella había terminado de lavarlo, le propuso: —Si quiere le traigo más agua del aljibe y lo enjuagamos. —Por toda respuesta, la chica se limitó a asentir, sin alzar la vista y él corrió a hacer lo que le había dicho. Volvió minutos después, con otro balde lleno y Mechi, al verlo, alzó en el aire a “Manchitas”, como acababa de bautizarlo, en un mudo pedido. Entonces el capitán se apresuró a volcar el contenido sobre el cuerpo del cachorro y la salpicó también a ella en el proceso.

—Gracias —le dijo la joven con una suave sonrisa, esta vez dirigida a él,

que le alegró la semana y la vida. Luego se incorporó, envolvió al cachorro en un paño viejo, se sentó en su catre, lo puso sobre sus piernas y comenzó a secarlo con movimientos rápidos. Mientras tanto, Juan tomó un plato de lata del armario, lo llenó de leche y lo dejó a los pies de la muchacha. Cuando ella puso al perrito en el piso, este se sacudió con energía, para eliminar el agua que quedaba en su pelaje, y luego se abocó a alimentarse con voracidad.

—Pues sí que tenía hambre —comentó Mechi con una sonrisa de deleite, al tiempo que lo miraba comer.

El capitán se arrodilló a su lado y le dijo: —Hace un rato recibí la respuesta de Soler, autorizando mi licencia. Pasado mañana parto hacia Buenos Aires. Conmigo viajan otros tres oficiales y un baqueano, pensamos atravesar la montaña por el paso de El portillo, que es más corto y más seguro, así que no se preocupe porque vamos a estar bien.

—Los dos sabíamos que esto iba a pasar... —comentó la chica con un suspiro resignado.

—Ya lo sé, pero no estoy tranquilo, de solo pensar que se va a quedar sola y durmiendo junto a cuatro hombres y que ya no voy a estar para cuidarla, se me revuelve el estómago.

—Se preocupa de gusto, usted sabe que los oficiales son como mis hermanitos. Además, me creen un varón —lo tranquilizó la joven con tono calmo.

—Sí, lo sé, pero ¿qué pasaría si averiguasen su verdadera identidad? ¿De verdad cree que la seguirían tratando igual? No sea ilusa, Mercedes, son hombres, por Dios —insistió Juan, en tanto que la observaba con fijeza, pero ella rehuyó su mirada. Luego él se sentó también sobre el camastro y la tomó de los hombros con gesto firme, antes de continuar:

—Escúcheme, comprendo que no quiera volver a Mendoza, pero, si usted me dice la dirección de su tía en Santiago, podemos pedir su baja del ejército a Soler, al fin que San Martín dejó esa decisión en sus manos, y yo puedo llevarla allí, incluso puedo dejarle dinero a su tía para que la mantenga, si es

que ella no puede hacerlo.

—¡Ja! Mi madrina ha sabido administrar muy bien su herencia, es más rica que Creso, se lo aseguro, pero igual no pienso ir allí, porque es el primer lugar donde mi madre e Hipólito irán a buscarme. Deje de preocuparse por mí, soy demasiado lista como para que estos pazguatos me descubran y no pienso volver a bañarme sola en el río si eso lo tranquiliza. Además, usted sabe que duermo vestida y puedo higienizarme y cambiarme encerrada en el excusado, como lo hago casi siempre —le respondió la chica, en tanto que sacudía sus hombros haciendo que él la soltase, avergonzado.

—¿Y la bañera? —le preguntó él, arrepentido de habérsela traído.

—Tampoco voy a volver a usarla. No ahora que sé que usted no estará para vigilar que nadie entre mientras me baño.

—Jamás creí que algún día iba a terminar alegrándome de que estuviese sucia —le comentó el oficial con una sonrisa ladeada e irónica. Luego la miró con seriedad y continuó: —Pero tampoco puede pasar el resto de su vida viviendo como una paria y fingiendo ser su hermano, tiene que tomar una decisión sobre su vida futura, Mercedes. Voy a dejarla hacer su voluntad ahora, pero cuando regrese, que supongo será antes de dos meses, usted y yo vamos a hablar.

—No puede regresar tan pronto, entre viaje y viaje, casi no va a poder estar con su hijo, quédese un tiempo más con él, disfrútelo, crecen tan rápido cuando son piojitos —le insistió ella, al recordar lo pronto que se habían puesto grandes sus sobrinos.

—Sabe muy bien que no puedo estar tanto tiempo sin usted —le dijo el oficial con tono desolado.

—Usted y yo no tenemos futuro —afirmó Mechi, con la vista clavada en sus rodillas y unas ganas enormes de echarse a llorar de pura tristeza.

—Nadie lo sabe, mi vida, el futuro no está escrito —la contradijo Juan, antes de levantarse de su lado y caminar lento hacia afuera porque, si continuaba allí, no iba a poder seguir soportando las ganas de besarla hasta

quedarse sin aire.

Dos días después, a las cuatro de la madrugada el capitán partió, querían realizar el primer tramo de su viaje aprovechando el fresco. Como tantas otras veces, antes de irse, se arrodilló un rato al lado del catre de la chica para observarla dormir, embelesado, aprovechando la luz tenue que se filtraba por la entrada, ya que las telas de ingreso habían sido atadas para que circulase el aire, pero no se animó a tocarla para no despertarla. Solo dijo bajito, casi para sí mismo: —Adiós, mi vida, cuídate mucho, por favor. —Luego se levantó, cargó sus alforjas en el caballo, le hizo una seña con la frente a los oficiales y baqueanos que estaban esperándolo y partieron al galope con destino a la montaña.

Acostada en su camastro, Mercedes, que se había fingido dormida para evitar despedirlo, aguantó hasta escuchar el sonido de los cascos de los potros que retumbaban en la tierra y se puso a llorar con desconsuelo. Desde su catre el cabo Farías la escuchó con inquietud, intrigado y dudoso ante la rara relación y el obsesivo y casi anormal afecto que se profesaban mutuamente ese muchachito y su capitán.

Capítulo 9

CON UNA CORDILLERA DE POR MEDIO

A mediados de abril, cuatro meses después de su partida inicial hacia Mendoza, y luego de veinticuatro arduas jornadas desde Chile, al anochecer de un día que había sido nublado y fresco, Juan llegaba frente a la casa que compartía con Carmina. Venía sucio, barbudo y agotado, luego de ese eterno viaje al que habían interrumpido solo para descansar durante las noches otoñales, ya sea a la intemperie, en un alto del sendero, o a partir del final de la cordillera y su llegada a Tunuyán, en Mendoza, en postas ubicadas estratégicamente a lo largo del camino que los conducía a Buenos Aires, en las cuales también fueron haciendo recambio de sus caballos por otros que estuviesen más descansados, para poder así avanzar más rápido. Para su suerte, no habían tenido enfrentamientos ni con pehuenches alzados, ni con guerrillas de realistas. Con los primeros porque, si bien los fueron siguiendo a la distancia en una buena parte del tramo por la montaña, no se animaron a atacarlos porque los indios eran muy pocos y tenían un temeroso respeto por las armas de fuego de los aguerridos granaderos, y con los segundos, porque la mayoría ya se habían desplazado hacia el sur. En el majestuoso silencio de la alta cordillera, solo interrumpido por el graznido de algún águila sobrevolando el cielo, el rugido lejano de un puma o la corrida de una manada

de guanacos salvajes, que huían despavoridos al verlos llegar, el capitán tuvo mucho tiempo para pensar en su situación y la de la joven. Estaba atado de pies y manos con la suya, pero sí podía ayudar a Mercedes. Antes de partir hacia Buenos Aires, Soler le había entregado una suculenta paga en pesos fuertes por su participación en la Campaña de los Andes. Pensó que este dinero, sumado a otro que tenía ahorrado desde hacía un tiempo, iba a destinarlo a comprar alguna chacra chica en las afueras de la ciudad, con huerta, animales, monte frutal, y algún terreno sembrado con maíz. Planeaba alquilarla después por un tiempo, pero con la intención de convencer a la joven para que fuese a vivir allí, en caso de que continuase el conflicto con doña Leonor. De algo estaba seguro: ese mundo de violencia y de barbarie que eran las guerras revolucionarias no era el adecuado para que lo soportase una persona tan frágil, sensible y humana como ella y tenía que sacarla de allí lo antes posible. Tal vez ahora, en ese tiempo de tregua en el cual San Martín preparaba la campaña al Perú, la muchacha estuviese segura, pero en cuanto se iniciasen otra vez las operaciones militares, él sospechaba que, incluso el campamento con hospital incluido, iban a convertirse en un maldito polvorín. Por otra parte, le constaba que ella poseía un espíritu demasiado libre y rebelde como para depender de los demás y deseaba que tuviese su propio lugar, donde pudiese decidir, hacer y deshacer sin tener que rendirle cuentas a nadie. Como sabía también que su terco orgullo y el miedo y la desconfianza a que él tuviese malas intenciones ocultas de seguro la iban a llevar a rechazar su regalo, pensaba proponerle que ella se lo fuese pagando despacio, con las ganancias obtenidas de lo que produjese la chacra, que descontaba que Mechi iba a saber administrar muy bien porque, aun en el poco tiempo que había pasado a su lado, le constaba cuán trabajadora, inteligente y emprendedora era su inquieta mendocina. Para finalizar, solo sabiéndola tranquila y segura, y en un ámbito que fuese similar al lugar en el que ella se había criado, él iba a poder tener la suficiente templanza como para poder irse a combatir en la campaña al Perú y, si al final su destino de soldado era morir allí, lo iba a

hacer con la conciencia en paz, sabiendo que la mujer que más había amado, amaba y amaría por el resto de sus días se encontraba a resguardo de todo mal.

Sin embargo, y contra todas las buenas intenciones del capitán Jhon Williams, el destino de esa valiente y arriesgada joven, que se había visto obligada a madurar de golpe en el épico y glorioso contexto de las guerras independentistas, iba a llevarla por caminos mucho más peligrosos, violentos y tortuosos de los que él, inocentemente, había trazado para ella. Porque, por más que el oficial intentase arrastrarla en sentido contrario, Mercedes Gutierrez Prado había nacido de un patriota, había crecido en un mundo de luchas y estaba indefectiblemente destinada a transitar tiempos de sacrificios y de glorias, detrás de los ideales y sueños de su adorado padre y, sobre todo, detrás del único hombre que había amado y amaría hasta la locura.

Esa tarde, el oficial llegó a la ciudad en la que había nacido y ella lo recibió con sonidos, olores y colores tan familiares y suyos que lo hicieron sentir bienvenido. Las calles, anegadas de barro por la reciente llovizna, el olor a sangre y podredumbre de las vísceras, cuando pasó cerca del Matadero del Alto, el impasible sereno anunciando la hora en las esquinas con su voz de tenor, le trajeron recuerdos agridulces. Contempló el alegre colorido de las blusas y polleras, camisas y sombreros de los vendedores ambulantes, en su mayoría mestizos y criollos pobres que venían aquí a ofrecer los productos frutales y de huerta que cosechaban en sus pequeñas y humildes chacras, ubicadas en la periferia de Buenos Aires, o negros y mulatos que ofertaban por encargo de sus amos, y llevaban colgadas sobre su brazo o sostenidas sobre su cabeza enormes canastas de mimbre conteniendo empanadas, pasteles, tortas fritas, buñuelos y velas para alumbrar las noches otoñales. Todo podía comprarse y venderse en esa antigua aldea que se había vuelto cada vez más populosa y demandaba productos de todo tipo: desde el vino, traído en toneles colocados en pesadas carretas o a lomo de mulas desde la lejana Cuyo, hasta

la leche recién ordeñada en las estancias cercanas y ubicada en altos recipientes de madera con tapa. Desde el azúcar, obtenido de la caña tucumana, hasta los ponchos y vasijas de cerámica indígenas traídos desde las provincias del centro y noroeste.

Bajados directo de los inmensos barcos, sobre todo ingleses, pero también franceses, españoles y portugueses, que recalaban en el bullicioso puerto de Buenos Aires, llegaban además infinidad de productos variados, entre los que se encontraban telas de algodón y de seda, elegantes botas y sombreros, libros de todo tipo, incluso aquellos que difundían el ideario de la revolución francesa y que antes estaban prohibidos por España, licores finos, pimienta y diferentes variedades de especias traídas de Oriente, que resultaban primordiales para conservar la carne. Estas mercancías debían ser transportadas en botes a remo hasta la orilla, porque los barcos de gran calado podían encallar si se acercaban demasiado a la costa baja y cenagosa. Por las calles circulaban, además, pesadas carretas, con enormes y gruesas ruedas de madera, tiradas por bueyes, que podían llevar desde grandes toneles con agua, en este caso conducidas por un aguatero, hasta pescados recién sacado del río o astas, huesos de vaca y cueros, las que pasaban en alegre mezclanza con livianas y elegantes volantas, con techos de brillante color negro, que trasladaban a los criollos más pudientes y a sus familias.

En las esquinas cercanas al cabildo había señores sobriamente vestidos que ofrecían diarios de pobre impresión y hojas gigantescas, como el *Telégrafo Mercantil* o la *Gaceta de Buenos Aires*, en los que se difundían, entre otros, las noticias locales, la moda de la Restauración en Europa y los avances de la revolución, tanto al otro lado de la cordillera, en Chile, donde el periódico *La Aurora* cumplía la misma función de hacer conocer las ideas de los patriotas y formar una opinión pública que fuese favorable a estas, como en el noroeste del continente sudamericano, donde también Bolívar venía realizando su campaña libertadora. Por todas partes se veían oficiales, que gozaban de una corta licencia luego de la arriesgada campaña de los Andes, luciendo sus

impecables uniformes con botones de bronce y galones dorados y a la caza de señoritas casaderas de familias acomodadas, las que iban por la calle siempre acompañadas por sus madres o por alguna criada mestiza o esclava negra que les oficiaba de chaperona y cancerbero.

Al llegar ese anochecer a su casa luego de atravesar buena parte de la ciudad, Juan se alarmó al encontrar las volantas de su padre, su suegro y del doctor Carreras, ubicadas en el frente de esta, junto a una humilde carreta que él reconoció como perteneciente a la comadrona, algo inusual en ese horario en el que, resguardándose de la oscuridad, los porteños se refugiaban cada uno en su hogar, para cenar e ir a acostarse temprano. ¿Sería que su hijo ya estaba naciendo? Nervioso y asustado, bajó de un salto de su caballo y corrió hacia los interiores. Al transponer la puerta principal para ingresar al salón comedor, las caras de velorio de su padre y su suegro se lo dijeron todo. Alcides solo lo miró con indisimulado desprecio, pero Brandon, que estaba pálido como un fantasma, se levantó velozmente, llegó hasta su hijo dando largas zancadas y lo abrazó con fuerza, antes de decirle con tono emocionado: —¡Qué bueno que llegaste, Juan!

El capitán se alarmó más y lo interrogó: —¿Qué está pasando, papá?

—Nada grave, hijo, no te asustes, es solo que está naciendo tu hijo y vinimos aquí para acompañar a tu esposa, nada más, el médico y la comadrona ya están atendiéndola —le respondió el inglés, mientras le palmeaba la espalda y con tono cariñoso.

—No le mienta, consuegro, pasa que esa débil de mi hija hace ya veinte horas que está de parto y, como ha estado tan enferma en estos últimos meses, tal parece que no tiene fuerzas ni para parir al crío, por lo que, según dice el doctor, es probable que termine muriéndose y llevándose a mi nieto atravesado entre las costillas —intervino Alcides en la conversación, con tono frío y desapegado, antes de terminar de vaciar el vaso de whisky que sostenía en su enjoyada mano.

Como siempre le sucedía, Juan no pudo evitar la repulsión que le inspiraba

ese hombre déspota y cruel, que era capaz de hablar de su única hija con el mismo tono despreciativo que usaría para mencionar a una vaca empastada. Iba a caminar hacia él con la intención de tomarlo de la impecable solapa de su chaqueta y sacudirlo hasta borrarle esa expresión displicente y pagada de sí mismo, cuando sintió la fuerte presión de los dedos de su padre sobre el brazo y su voz calma en el oído:

—Tranquilo, hijo, déjalo correr, hazlo por Carmina.

Con las aletas de la nariz dilatadas de pura rabia y el cuerpo en tensión, el capitán inhaló y exhaló con fuerza y se obligó a calmarse. Brandon tenía razón, lo último que su esposa necesitaba en este momento era que su padre y su marido se agarrasen a golpes. “Otra vez será, Alcides”, pensó para sus adentros, luego miró a su suegro y le dijo con tono neutro:

—Buenas tardes.

—Buenas serán para usted, que acaba de llegar para los aplausos y no ha tenido que padecer todo este maldito calvario —le contestó el abogado terrateniente con gesto agrio, en tanto que sus mejillas y su nariz al rojo vivo delataban que se había pasado de copas.

Brandon miró a su hijo y meneó la cabeza con gesto resignado, como advirtiéndole que era inútil discutir con ese hombre. Seguramente, pensó Juan, su generoso y paciente padre lo venía soportando desde hacía horas. Luego asintió en silencio y corrió escaleras arriba, con el corazón batiéndole de miedo por la salud de su mujer y del bebé, en dirección a su cuarto matrimonial. Cuando iba llegando a la puerta escuchó un profundo quejido de Carmina e instantes después el fuerte llanto del recién nacido. Sintiendo que los músculos de las piernas se le aflojaban de puro alivio, apoyó la espalda contra la pared, echó la cabeza hacia atrás y suspiró, aliviado al saber que el niño estaba vivo. Desde allí escuchó las exclamaciones de alegría de su madre y su suegra, los pasos presurosos de quienes se desplazaban por el cuarto y la voz grave del médico, que enviaba a la comadrona a una botica cercana a buscar unas hierbas para frenar la hemorragia. Ese comentario volvió a

alarmarlo, y más aún cuando, minutos después, vio salir del cuarto a la partera y a una esclava llevando en sus brazos sábanas y un camisón empapados en sangre. Mirando con fijeza a la primera el oficial le preguntó: —¿Ella está bien?

—No lo creo, don, pero mejor pregúnteselo a don Braulio —le respondió la ancha comadrona refiriéndose al doctor Carreras, al tiempo que le esquivaba la mirada y se dirigía hacia las escaleras con pasos presurosos.

María, que desde el interior del cuarto había reconocido la voz de su hijo, vino corriendo a su encuentro, lo abrazó emocionada y le llenó las barbudas y sucias mejillas de besos, en tanto que se las humedecía con lágrimas de alegría.

—¡Felicitaciones, mi vida! ¡Has llegado justo a tiempo! ¡Tienes un hijo precioso y es tu vivo retrato! Doña Magdalena, que por cierto no me ha dejado ni alzarlo, ¡como si yo no fuese tan su abuela como ella! —aprovechó para presentarle quejas su madre—, está lavándolo y cambiándolo, así que, cuando esté listo, veré si puedo convencerla de que te deje pasar a verlo, porque se lo ha adueñado por completo —terminó su larga explicación con el estilo ágil y alegre que la caracterizaba.

—¿Cómo se encuentra mi esposa, mamá? Y quiero la verdad —le preguntó el joven con gesto serio.

En ese momento, María frunció el ceño y comenzó a retorcerse las manos con nerviosismo, antes de responderle con tono cauteloso: —Ahora un poquito mejor, porque parece que el médico está logrando frenar la hemorragia, también la está suturando ya que tuvo un desgarro, es que el niño es muy grande, pesó más de cuatro kilos y es por eso que tardó en nacer, pero no sufrió ahogos ni nada de nada, está perfecto —terminó la matrona, en tanto que evitaba continuar con el tema.

—¿Y Carmina, mamá? —le recordó el capitán.

—Bueno, mi cielo, es que ella ya estaba delicada desde hace meses y parece que, al final del embarazo, su salud desmejoró —volvió a hablar ella, antes de

mirar hacia el piso con incomodidad.

—Presiento que me están ocultando algo, madre, y si no me lo dices...

—Ya puede pasar el papá —informó el galeno minutos después, asomándose a la puerta luego de reconocer, él también, la voz del capitán Williams.

Juan asintió respetuoso y entró al cuarto con pasos lentos, allí dentro el calor era agobiante ya que, a pesar de estar recién a mediados de abril, el fuego estaba encendido en el hogar de la amplia habitación. A un costado se veía la antigua cuna de madera con volados a su alrededor y había dos candelabros con velas encendidas apoyados sobre la cómoda. Sobre la enorme cama con doseles de roble macizo y cortinas de tul, ya tendida y ordenada, se encontraba su esposa, con un camión blanco y cerrado hasta el cuello con pequeños botones de nácar, el cabello oscuro recogido en una larga trenza que caía sobre su pecho izquierdo, las manos cruzadas sobre su abdomen, los ojos cerrados y el rostro, más delgado y afilado que nunca, del color de la tiza. Al verla tan desmejorada, el oficial terminó de alarmarse y caminó a grandes trancos hasta el costado del lecho matrimonial, donde se sentó, despacio y en silencio, tomó luego una de las frías manos de la muchacha entre las suyas y la presionó para calentarla.

Ella abrió lentamente sus enormes ojos negros y, al encontrarlo allí, le regaló una sonrisa agotada y luminosa, antes de decirle con voz débil y emocionada: —Al fin llegaste, mi amor.

Él asintió sonriendo en silencio. Sentía lástima por encontrarla en ese estado y toda la culpa del universo le martilleaba la conciencia. Luego Carmina le preguntó, mientras miraba en la dirección adonde se encontraba el recién nacido, en brazos de doña Magdalena: —¿Ya viste qué hermoso es?

—No, porque primero fue a ver cómo se encontraba su mujer, como debe ser. Bienvenido, yerno —intervino la robusta matrona, antes de acercarse a ellos y acunando a su nieto, que estaba envuelto en una abrigada pañoleta de lana de color amarillo—. ¡Mire nomás qué belleza de criatura! —agregó la orgullosa abuela, antes de poner al bebé en brazos del flamante padre.

Juan contempló atento, mudo y maravillado de puro amor, a ese pedacito de carne de su carne y sangre de su sangre, que trataba de mantener abiertos los párpados hinchados por el esfuerzo de nacer y enfocar los ojitos, de un tono azul oscuro, en su progenitor. El joven miró la pelusa oscura y levemente ondulada de su cabeza, la frente hundida por haber estado tanto tiempo encajado en los huesos de su madre, la nariz ancha, los labios gruesos, la cara cuadrada, la piel trigueña y las manitos perfectas, con dedos largos y finos, y se dijo que era un auténtico Williams, emocionado hasta las lágrimas, le besó la frente con suavidad, aspirando su olor, y le sonrió embelesado.

—Es idéntico a ti, verdad —comentó la joven madre, con una sonrisa enamorada a la que él respondió con un lento asentimiento, ya que ese día su hijo lo había dejado sin palabras.

—Y nació con hambre, miren nomás cómo se chupa la manito. Va a tener que salir un rato afuera yerno, porque vamos a intentar prenderlo al pecho de la madre.

—De ninguna manera —intervino con tono firme el doctor Carreras, que había estado todo ese tiempo en silencio y sentado frente a la cómoda mientras escribía recetas para solicitar al boticario, luego continuó más calmo: —Deben buscar de inmediato a un ama de leche y traerla a vivir aquí por un tiempo, si no conocen ninguna yo puedo recomendar a alguien que conozco, pero bajo ningún punto de vista podemos permitir que Carmina amamante al niño —finalizó con tono terminante.

Juan se lo quedó mirando, asombrado y sin poder creer lo que escuchaba, y más cuando vio que su esposa volvía el rostro a un costado y se ponía a llorar con desconsuelo. Molesto con el galeno por hierla de esa forma se levantó, le entregó el bebé a su suegra y se dirigió a don Braulio con tono serio: —Vamos a la biblioteca, doctor, necesito hablar con usted en privado.

El médico asintió y lo siguió en silencio, al llegar allí, el capitán cerró la puerta, contempló al doctor y lo increpó: —Quiero saber por qué razón le prohibió a mi mujer amamantar a nuestro hijo.

—Se lo prohibí porque su esposa está muy enferma y eso la debilitaría más y, sobre todo, porque puede contagiarlo... tiene tisis, capitán, o tuberculosis, como prefiera llamarlo y, según teorías desarrolladas en España, esta podría transmitirse tanto por vía respiratoria como digestiva —le respondió Carreras con gesto serio.

El oficial sintió que el estómago se le daba vuelta y un sudor frío comenzaba a empaparle todo el cuerpo. ¡Tisis! Esa maldita enfermedad que los iba minando de a poco, deteriorando sus pulmones hasta que terminaba llevándoselos en medio de ahogos dolorosos y vómitos de sangre. Además, convertía a quienes la padecían en parias sociales por el miedo al contagio, porque, al enterarse del diagnóstico, muchas invitaciones a tertulias y bailes dejaban de llegar como por arte de magia, los amigos de toda la vida inventaban enojos inexistentes para no visitarlos, e incluso las familias llegaban a internarlos solos, en lugares alejados y los aislaban de todos lo que alguna vez los habían querido. ¿Qué la dulce y bondadosa Carmina tuviese que soportar ese horrible calvario, y siendo tan joven? ¡Dios santo, Dios santo, Dios santo! Se dijo el muchacho una y otra vez porque, por más que nunca la hubiese amado, sí le tenía un profundo afecto y además su hijo la necesitaba. ¡No, eso no podía ser, tenía que haber un error! Alzando la vista de repente, como enajenado, la clavó en el médico y lo interpeló:

—¿Usted está seguro, doctor, no hay posibilidades de que se haya equivocado en el diagnóstico? Además, sé que hay otros médicos que sostienen que no existe tal contagio, porque nadie ha podido comprobarlo hasta ahora.

—Mire, capitán, Carmina siempre tuvo una salud delicada, vivió de resfriado en resfriado toda su niñez y, cuando tenía quince años, le diagnosticué la enfermedad, solo que sus padres se negaron a escucharme y se lo ocultaron a todo el mundo, incluso a su hija, es más, don Alcides llegó hasta a amenazarme de muerte si me atrevía a contárselo a alguien. Por eso me callé cuando supe que se casaba con usted, porque tuve miedo, además, la chica

parecía haber mejorado notablemente en esos días y pensé que, tal vez, su amor hacia usted o su fe le hubiesen hecho el milagro. Sin embargo, cuando perdió los dos primeros embarazos y sobre todo con este que llevó a cabo, su organismo comenzó a desmejorar cada vez más. Hace tres meses, en uno de sus terribles ataques de tos y catarro, comenzó a escupir sangre y continuó durante todo este tiempo. Lo siento, pero, cuando sucede eso, ya no se vuelve atrás, el paciente inicia un lento camino hacia la muerte y no hay nada que usted, ni yo, ni nadie podamos hacer. Puede suceder en un rato, o en tres meses o en cinco años, dependiendo del tiempo que sus pulmones y su corazón aguanten y de los cuidados que reciba, pero lo que sí puedo asegurarle es que su esposa no va a morir de vieja, muchacho. Por otra parte, permítame discutir las teorías de algunos de mis colegas, ya que, en mi experiencia personal, he observado que todos los que enferman de tuberculosis han tenido antes un contacto estrecho o continuado con otros tísicos, más allá de que aún no se haya podido comprobar científicamente el contagio.

—¿Cómo puedo ayudarla? —preguntó Juan sentándose en el sillón, a la vez que apoyaba los codos en sus rodillas y se tomaba la cabeza entre las manos con pavor.

—Mire, si es que ella sobreviviese al parto y lograra recuperarse, porque si bien se ha detenido un poco, el sangrado todavía sigue fluyendo y, en su estado delicado, no puede perder una gota más, yo le aconsejo que le alquile una casita en las montañas de Córdoba, en Cosquín por ejemplo, y le ponga una persona que la cuide en forma permanente y que controle que tenga una buena alimentación, descanso abundante y pocas preocupaciones. El aire de las sierras puede obrar maravillas en estos pacientes. Pero, si yo estuviese en su lugar, dejaría al niño en Buenos Aires, al cuidado de su ama de leche y su madre o su suegra, porque cualquier expectoración que llegue a él o incluso tomarlo en brazos sin lavarse las manos o el rostro luego de estornudar puede contagiarlo irreversiblemente.

—¿Qué mierda me está diciendo, doctor? ¿Quiere que aleje de mi casa a mi

mujer, que la aparte de nuestro hijo? ¿Usted tiene idea de todo lo que lo deseó, de lo que luchó por tenerlo? ¡Sería como matarla en vida! —le gritó Juan, furioso ante lo que Contreras le manifestaba con tanta frialdad como si estuviese hablando de un perro rabioso.

—Claro que sé todo lo que ella luchó por él, tanto es así que, luego de lo mal que estuvo tras su primer aborto, yo mismo le dije que tenía tisis para convencerla de que no volviese a encargar, porque arriesgaba o acertaba más su vida, y se negó a escucharme.

—¿Y a mí don Braulio, por qué carajo no me lo dijo a mí? —lo arrinconó el capitán.

—Por miedo a Alcides, ya se lo dije, yo lo conozco desde la época que vivía en Cruz del Eje y es un tipo de cuidado, además, tengo una familia que proteger. Lo siento, sé que usted debería haberlo sabido antes, pero soy un cobarde.

—¿Y por qué sí me lo dice ahora?

—Porque es la vida del niño la que está en juego. Hágame caso, usted tiene la patria potestad sobre él, no lo exponga innecesariamente. Es más, usted mismo debería hacerse ver porque ha estado también expuesto a la tisis — finalizó el galeno, antes de girar y retirarse del lugar con pasos cansados.

Dos horas después, el oficial regresó junto a su esposa con la cabeza embarullada de dudas. No deseaba hacerla sufrir alejándola del bebé, pero tampoco quería ser el responsable de que el niño se enfermase, pudiendo evitarlo. ¡Santo Dios, era como para volverse loco!

Desde la cama, donde se hallaba incorporada sobre varias almohadas, Carmina supo leer en sus ojos que él ya sabía la verdad y la angustia que le provocaba su dilema, porque, antes de comenzar a sollozar con fuerza, le imploró: —¡No me lo quites, Juan, por favor no me lo quites! ¡Yo te prometo que voy a tener cuidado de no contagiarlo, pero por favor, no me lo quites!

En ese mismo instante él supo con certeza que, si bien sí iba a llevarla a las sierras para que mejorase, jamás iba a separarla del pequeño, ya suficiente

castigo tenía la pobre con ese terrible flagelo como para agregarle otro dolor quitándole a su hijo. Así que, con una mueca que buscaba parecerse a una sonrisa, se sentó a su lado y la tranquilizó: —Por supuesto que no voy a hacer eso, cómo se te ocurre, enferma o no tú eres su madre, y nadie en el mundo lo va a saber amar tanto como tú, no llores por favor.

—¡Gracias, mi amor, muchas, muchas gracias! —le dijo la chica, en tanto que se limpiaba las lágrimas.

—Pero el doctor tiene razón, no puedes amamantarlo tú, es por tu propio bien y el del niño. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi vida, por supuesto que lo entiendo —le respondió ella con tono contrito. Luego, al ver que él intentaba volver a levantarse, lo tomó de la muñeca y le rogó: —No te vayas todavía, Juan, tengo algo muy importante que pedirte.

—Te escucho —le respondió el joven, volviendo a sentarse y con gesto atento.

—El médico me dijo que mi recuperación ahora depende de que se detenga el sangrado, pero, por más tés de hierbas que he tomado, no se ha detenido... y yo tengo mucho miedo de morirme —le confesó ella con gesto desolado.

—No digas tonteras, vas a estar bien.

—Es lo que más quiero en el mundo, pero, si eso no sucediese, y si tú tuvieses que irte de nuevo a la guerra, te pido encarecidamente que, por ningún motivo, dejes a Mariano a cargo de mi madre, ni siquiera de visita. Si se lo llevas alguna vez te quedas allí todo el rato y te lo traes de vuelta contigo. Tienes que dejarlo al cuidado de tu madre. ¿Me lo prometes?

Él esbozó una sonrisa ladeada y amarga, porque acababa de enterarse cuál era el nombre de su hijito y nadie lo había consultado para saber su opinión, pero pensó que este no era el momento para hacerle reproches por una nimiedad, cuando veía en sus ojos aterrados cuán importante era para ella lo que le estaba pidiendo. ¿Qué poderosa razón podía tener para querer apartar al bebé de doña Magdalena, cuando era más que obvio el cariño que esa vieja

sentía por él?... No, no era de ella, estaba seguro que era de Alcides de quien quería protegerlo, y había llegado el momento de averiguar por qué. Así que le respondió con tono calmo:

—Yo creo que es en balde hacerte esa promesa, porque sé que te vas a poner bien, pero voy a hacerla solo para que estés tranquila, eso sí, con una condición...

—¿Cuál?

—Que me digas por qué me lo estás pidiendo. Y quiero la verdad, Carmina, porque ya estoy harto de excusas y ocultamientos. ¿Es por Alcides, verdad? No quieres al bebé cerca de él. ¿Por qué?

Ella lo miró acorralada, con los ojos atemorizados y velados de lágrimas y los labios temblando de nervios y debilidad. Después suspiró, rendida, y le contestó:

—Está bien, voy a decirte todo, pero solo si me juras por tu madre y por el niño que jamás vas a repetir ante nadie lo que voy a contarte.

—No juro por los que quiero, Carmina, pero te prometo por mi honor de granadero que voy a guardarte ese secreto. ¿Conforme?

—Está bien. —Apoyando su cabeza en la almohada y mirando hacia el techo para evitar ver su rostro porque sabía que, si lo hacía, ella no iba a ser capaz de continuar, la joven comenzó a hablar:

—Sabes que me crié en una estancia cercana a Cruz del Eje y toda mi vida sufrí la soledad de no tener hermanos con los cuales jugar. Lo que nunca te dije es que mi padre tenía allí muchos esclavos que cultivaban la tierra, mientras que los gauchos se ocupaban del ganado. Entre los primeros estaba Palmira, una negra joven, delgada e inquieta, que cumplía en mi casa la doble función de cocinera y nana y ayudó a criarme con muchísimo amor. Es más, me incentivó a tener confianza en mí misma, porque cada vez que Alcides me gritaba o me menospreciaba, ella me decía que yo no debía hacerle caso, porque era la niña más bella y más bondadosa de todo el mundo, y yo se lo creía, porque su palabra era sagrada para mí —recordó con una suave sonrisa,

antes de continuar: —Ella vivía en un humilde ranchito, ubicado a unos cincuenta metros de mi casa, y estaba casada con Zoilo, un esclavo grandote y feo, del color del carbón, pero más sonso y más bueno que el pan. Tenían una niña, Candelaria, de mi misma edad pero que, si bien era hija biológica de Palmira, no lo era Zoilo ya que, aunque los rasgos de la pequeña eran africanos, tenía motas de color castaño, la piel mucho más clara y unos grandes ojos verdes que resaltaban tanto en su rostro moreno que podían hasta asustarte si te la encontrabas desprevenido y de noche. En realidad, nadie sabía quién era su papá.

En ese instante Carmina hizo una pausa, atacada por una intensa tos y Juan no pudo evitar pensar en los iris de su suegro, que tenían esa misma coloración. Luego, su esposa prosiguió con su relato: —Esa chica fue mi mejor amiga de la niñez, aunque debíamos jugar a escondidas, en las horas de la siesta y hablando bajito, para que mi padre no nos escuchase, ya que me había prohibido terminantemente que me relacionara con los esclavos. Pero Candelaria y yo éramos inseparables y Zoilo se convirtió en nuestro principal cómplice. Él era el que nos construía los barquitos de papel, para que los hiciésemos navegar en los charcos luego de un día de lluvia, o el que nos fabricaba barriletes, usando cañas cortadas a la mitad, engrudo y diarios viejos que había descartado Alcides, para que fuésemos a remontarlos en la loma cuando había mucho viento. Yo lo adoraba tanto que muchas veces soñé despierta con que su piel se blanqueaba de repente y me decía que él era mi verdadero papá. —En ese momento, su mujer suspiró con fuerza y frunció el ceño, haciéndole sospechar al capitán que comenzaba la parte más difícil de su historia. Luego continuó con voz más baja, como si temiese que alguien más la escuchase.

—Una noche de otoño a las tres de la madrugada, cuando ambas teníamos doce años, yo me encontraba durmiendo en mi cuarto, con los postigos de la ventana entornados a pesar del fresco y solo por el gusto de desobedecer a mi padre, que me había ordenado cerrarlos por el frío. En un momento me

sobresalté porque sentí que Mini, el gatito blanco que Palmira me había regalado y no se separaba nunca de mi lado, maullaba con desesperación y se refregaba contra mi costado. Lo bajé de un manotazo e intenté seguir durmiendo, pero él volvió a insistir y subió de nuevo a la cama. Al ver que yo no le hacía caso me clavó las uñas de su garra en el brazo y volvió a maullar en un tono más alto. Ahí sí me despertó del todo y me levanté de la cama para ver qué le pasaba. Al verme, el animal saltó hasta ubicarse en el marco de la ventana y me miró fijo desde allí, como esperando a que lo siguiese, luego volvió a saltar hacia afuera. Mi instinto me dijo que debía ir detrás de él, porque algo malo estaría pasando para que actuase así con lo mansito que era siempre, por eso lo secundé, descalza, en camisión, con el cabello suelto y los ojos lagañosos. A la luz de la luna llena, Mini me fue guiando hasta el rancho donde vivía Candelaria. Yo sabía que ella estaría durmiendo sola, porque a Zoilo lo habían enviado a trabajar a unos campos alejados el día anterior, y Palmira, que oficiaba de comadrona en el lugar, estaría todavía atendiendo el parto de una esclava joven, que había empezado con los dolores casi a medianoche. Sin embargo, observé que había luz en la ventana y, al acercarme más, escuché unos sonidos raros, como resuellos y gemidos de dolor ahogados que no supe identificar, así que me asomé a la pequeña abertura, corrí a un costado la cortina de rústico algodón y, a la luz de una lámpara, los vi.

En ese momento Carmina detuvo su relato, con los ojos nublados de lágrimas y una expresión de horror. Juan recordó que, para recuperarse, era imprescindible que estuviese tranquila y le dijo, al tiempo que le tomaba una mano con suavidad: —Está bien, mi amor, si esto te hace sufrir, ya no me cuentas más, descansa.

—¡No, no puedo hacerlo porque tú tienes que saber la verdad, tienes que saberla para que protejas a nuestro hijo cuando yo ya no esté! —le explicó ella con tono desolado, antes de respirar profundo y continuar: —Candelaria estaba totalmente desnuda, acostada boca arriba sobre su pequeño catre ubicado a un costado del rancho y, sobre ella, de espaldas a mí y tapándole la

boca con una mano grande, había un hombre blanco, que se movía y resollaba como un animal... Él se encontraba casi sin ropas, ya que llevaba puesta solo una ancha camisa y tenía las nalgas al aire. En la semioscuridad, al principio no lo reconocí, pero, en un momento en el que alzó su cara, desfigurada por la lujuria y la crueldad, para golpear a Cande en el rostro y sostenerle luego las muñecas frágiles y oscuras con una mano, mientras con la otra volvía a cubrirle la boca, lo identifiqué... era Alcides, que seguramente había vuelto esa noche, borracho como siempre, de una tertulia a la que había asistido en la ciudad... Al principio, el terror me paralizó, yo era demasiado chica para comprender del todo lo que estaba pasando, pero sí sabía que era algo muy malo. Sin embargo, no podía mover mis piernas para ayudar a mi amiga, solo podía llorar en silencio. En ese instante, sucedieron dos hechos que me hicieron reaccionar, el pobre animalito reinició sus desesperados maullidos y me clavó las garras en el pie descalzo, y Candelaria me vio espiando por la ventana y, con un gemido lastimero, ahogado por la fuerte mano que le apretaba los labios y la mirada verde, dolorida y aterrada de sus enormes ojos, me suplicó un mudo auxilio... En ese momento, Dios me iluminó y corrí a gran velocidad hacia el rancho de Dominga, la esclava que estaba pariendo esa noche, que se encontraba a unos sesenta metros hacia el este, en busca de Palmira. Al correr el cuero que tapaba la puerta, la encontré. Mi nana estaba sentada en el suelo, sobre un sucio poncho, con la rústica pelliza de algodón marrón manchada de sangre, al lado de la parturienta, con un recién nacido negro como el carbón sobre su falda, y cortando el cordón umbilical con un filoso cuchillo que usaba para esos casos. Al verme, dejó al bebé al lado de su madre y se levantó alarmada, preguntándome qué pasaba... Como pude, porque la tos por haber salido descalza no me dejaba ni respirar, le pedí que viniese pronto, que mi padre le estaba haciendo algo muy malo a Candelaria. Con los ojos echando chispas de la furia y el cuchillo en la mano, ella corrió delante de mí... la desconocí, era otra persona, su gesto tenía la ferocidad de una tigre recién parida. Fui detrás de ella rápido, desgarrándome la planta de

un pie con una piedra filosa que había en el camino, pero no me detuve... Alcancé a llegar a la ventana de la casa de Palmira en el instante exacto en el que ella, sin molestarse en tratar de sacarlo de encima de su hija, tomaba los testículos desnudos de mi padre con una mano y con la otra los cercenaba al ras, usando el filoso hierro que luego ubicó sobre las brasas, aún encendidas, del amplio brasero que estaba usando para mantener caliente una olla con agua. Nunca olvidaré el aullido de profundo dolor de Alcides y la forma en que se contorsionó, se arrojó al piso entre quejidos y se apretó la herida con las dos manos para tratar de frenar la hemorragia que fluía de allí a torrentes, ni la expresión de odio y de desprecio con que mi antigua nana lo miró, como si fuese un perro sarnoso y atacado de rabia. En segundos, ella fue hasta la puerta y llamó a Tronco, el mastín de mi madre, al que habíamos bautizado así por su enorme tamaño, y le arrojó los testículos sangrantes de mi padre para que se los comiese. Aún hoy, después de tanto tiempo, puedo seguir escuchando el sonido de sus filosos colmillos, triturando esa carne humana a solo un metro de mis pies —terminó Carmina, antes de comenzar a sollozar con desconsuelo.

—Basta, mi vida. No sigas, te hace daño —volvió a insistir el oficial, anonadado por el terrible relato. Ahora comprendía, por fin, las actitudes frías y los miedos de su mujer con respecto a las relaciones íntimas y sentía una enorme pena por esas dos pobres niñas obligadas a crecer de golpe.

—¡No! Es que aún falta más y necesito contártelo, Juan, porque es un secreto que llevo enterrado en el pecho hace más de diez años y que me está envenenando el alma. Es raro cómo, después de tantos días y noches transcurridos, sigo recordando las palabras exactas que ellos dos se dijeron —le contestó Carmina, al tiempo que volvía a verse, casi una niña, parada frente a la ventana de ese humilde rancho y observando aterrada el instante justo en el que Alcides, desde el piso de tierra al que estaba empapando en un charco de sangre, alzó sus ojos enturbiados por el alcohol hacia su cocinera y esclava, y le rogó, sollozante:

—¡Ayúdame, Palmira, por favor, no me dejes morir así!

La mujer, que había alzado a su hija del camastro y la apretaba, sosteniéndola contra su pecho, ya que la niña estaba en estado de shock y apenas podía mantenerse en pie, lo miró con una sonrisa de renovado desprecio antes de responderle:

—Por supuesto que no lo *via dejá morí*, amo *Alcide*, porque la muerte sería un castigo muy livianito *pa usté*... No *señó*, *usté* tiene que *viví* muchos *año* todavía, *pa pagá* todos los *daño* que ha hecho y *pa viví* con la culpa sobre su conciencia, porque esta niñita que acaba de *violá* es su propia hija.

—¡Eso es mentira! Fuimos tres esa madrugada, podría ser de cualquiera —le retrucó el hombre, en tanto que se comprimía la herida en la entrepierna con ambas manos para tratar de frenar el sangrado.

—Ah, pero los otros *do* tenían los *ojo* *oscuro* y no tenían esa mancha marrón en forma de corazón que *usté* y la Cande tienen en la nalga izquierda. ¡Mírela, aquí *mismito* está! —terminó la mujer, haciendo girar el flaco cuerpito de la niña, que permanecía desnuda y llorando en silencio, para que él viese la marca.

El estanciero abrió los ojos con asombro, reconocimiento y miedo, pero se quedó mudo. Entonces la esclava prosiguió, destilando por su boca todo el veneno que llevaba acumulado desde ese día, trece años atrás, cuando ella solo tenía catorce, y él y dos de sus amigos, borrachos los tres, la encontraron sola al amanecer, lavando ropa en la corriente del río cercano, y la violaron y golpearon salvajemente. Además, Alcides, que era su amo desde su nacimiento, no contento con eso, al saber que ella estaba embarazada, no solo la había obligado a ponerse en concubinato con el pobrecito Zoilo, al que ella amaba en secreto desde hacía meses sabiendo que él también le correspondía, para que se hiciese cargo de criar el niño, sino que la había puesto de cocinera en su nueva casa, en la que el hombre convivía con Magdalena, con la cual se había casado hacía poco tiempo, para poder tenerla a mano y seguir abusando de ella cada vez que se le antojaba. Con los ojos cegados de odio, Palmira

volvió a hablar:

—Sí... *usté* tiene que *viví*, amo *Alcide*, tiene que *viví pa sabé* que su apellido se muere con *usté*, porque esa pobre niña tísica de la Carmina se va a *morí ante*, tiene el cuerpito *condenao por la tuberculosi*, y *usté* no va a poder *tené* otros *hijo* porque lo dejé *capón*. De ahora en *má* *usté* va a *sé* solo medio hombre, y no va a *podé andá* por ahí desgraciando a las pobres *esclava* como *nosotra* —terminó la mujer con una mueca enloquecida, antes de besar a Candelaria en la frente, envolverla en una manta y recostarla en la cama con la intención de ver si estaba muy lastimada.

—¡Cierra el pico y ayúdame a parar la sangre, negra maldita! —le rugió el hombre, desesperado al notar que comenzaba a marearse, pero con la dolorosa certeza de que todo lo que ella le había dicho era solo la verdad.

—¡Pero cómo no, *señó*, faltaba *má*, con todo gusto! —le respondió la esclava con ironía. Después dejó a la niña y giró hacia el brasero donde se encontraba su cuchillo filoso, con el hierro al rojo vivo por el calor de las brasas. Al llegar allí, agarró un pañuelo de arriba de la mesa, envolvió con él el mango de hueso para no quemarse y lo alzó en el aire, antes de dirigirse a su amo con un gesto cruel y vengativo.

—¡¿Qué haces, negra ladina?! ¡Ve a buscar aguja e hilo y sutura la herida, antes de que sea tarde! —le rugió su amo, más angustiado al intentar levantarse y darse cuenta de que sus piernas débiles no lo sostenían.

—No, mi *amito*, ese método sería muy poco doloroso *pa* *usté*, y *usté* tiene que ir sufriendo desde *ahorita*, *pa* *pagá* sus *culpa* y *pa* irse acostumbrando despacito a los *calore* del infierno —le explicó la mujer, con mirada de loca y usando un tono fingidamente maternal, antes de arrodillarse en el piso, al lado del estanciero, abrirle las piernas con decisión, retirarle las manos de su sexo aprovechando su debilidad, y apoyar la hoja incandescente del cuchillo sobre la herida abierta. Esta chirrió al quemarse los restos de piel del escroto mutilado y despidió un fuerte olor a carne chamuscada, pero cumplió, a la vez, su doble cometido de cauterizar lo dañado y frenar el sangrado.

El dolor insoportable que sintió, hizo que Alcides, bramando por dentro, se mordiese los labios hasta lastimarse para no gritar, pues tenía terror a que la gente de la estancia viniese y lo encontrase en una situación tan degradante, pero, para sus adentros, se juró que, si se salvaba, iba a atar a esa negra maldita al poste de los flagelos y la iba a torturar hasta que muriese pidiendo clemencia.

Pero Palmira no terminó allí. Mientras tomaba un balde de agua fría y lo volcaba encima de su amo, para que estuviese muy consciente de lo que iba a confesarle, la mujer siguió hablando, con tono pretendidamente calmo, pero con un inquietante temblor en sus manos que delataba el profundo dolor que llevaba por dentro, al saber que su única y adorada hijita había tenido que pasar por el mismo calvario que ella y siendo aún más pequeña. —Y, *pa* que sufra' un poco *má*, le *vua contá* otras dos *cosita*: la primera *e* que yo también soy la responsable de que *usté* no haya tenido otros *hijo legítimo*, porque fui yo la que le puse esas *hierba* dañinas empastadas en barro en las *entraña* a doña *Madalena*, *pa* que la *infección* la dejase estéril, ese día que *usté* me la trajo *pa* que abortase el crío.

—¡Negra del infierno! —le gritó Alcides, tratando de estirar las manos para tomarla del cuello, en tanto que chapaleaba en medio de un charco de agua y sangre mezclados y con un dolor lacerante que no lo dejaba ni respirar.

Ella se tiró hacia atrás, con un gesto de odio burlón, al tiempo que continuaba: —Espere, mi amito, no sea goloso que *toavía* nos falta la segunda porque. ¿Sabe qué? *Usté* podría *tené* ahora un bastardo varón, ¿se acuerda de ese niño que dije que me había *nació* muerto, hace unos tres *año*? Pues que no se murió solito, yo lo maté. ¿Y sabe por qué? Yo *ante* andaba *requetefelí*, pensando que por fin iba a *tené* un muchachito de mi Zoilo, pero parece que a mi pobre negro me lo arruinaron las *papera nomá*, porque, cuando el crío nació, la comadrona me miró con cara de terror... Y cómo no, si resultó que el mocoso era más blanquito que la Cande y tenía los *ojo* verde como *usté*... Lo único que pude *pensá* fue en el gesto de *doló* de mi pobre marido cuando lo

viese y en que ese pedacito *e* carne, que era gordo y fuerte y gritaba como un *condenao*, era el hijo de su lujuria y de su violencia, y no iba a *podé viví*... Así que lo agarré de la cabeza y de los *hombrito* y le quebré el *cueyo* como si fuese una *gayina*... ¡como a una pobre *gayinita* indefensa! —En ese instante, la mujer no pudo más y comenzó a llorar con desesperación, por su hija, por su bebé y por ella misma, porque este malparido le había arruinado la vida, convirtiéndola en una máquina de odio tras contagiarle su maldad.

Desde el catre y la ventana, las niñas escucharon el relato de la muerte de su hermanito, ahogadas por lágrimas de dolor y de pena. ¿En manos de quiénes estaban ellas? Se preguntó Carmina con desconsuelo, porque todas las pocas certezas que había ido construyendo en sus cortos doce años y las personas en las que confiaba y a las que había amado, se habían derrumbado ante sus ojos, dejándole un amargo sentimiento de la nada.

Sentándose derrotada sobre el barro y al lado del hombre mutilado, que la observaba laboriosamente por entre sus párpados entornados, sin atinar a nada, la joven esclava, derramando amargura, continuó su relato:

—La partera me comprendió y me ayudó a enterrarlo *ante* de que *naidés* lo viese, es que ella *tamién* es negra, la pobre diabla, y le ha *tocao* sufrí tantos *abuso* como a mí... Por eso le repito, mi amo... su apellido se va a *morí* con *usté*... ese va a *se* su castigo, porque la Cande también se va a *vení* conmigo y el Zoilo, muy *lejo* de acá y, si *usté* se atreve a perseguirme y me agarran, *ante* de que me maten, voy a gritar a todos que *usté e un hijo e puta*, que me violó a mí y hasta a su propia hija y que es solo medio hombre porque lo dejé *capón*... ¡Así que piense muy bien lo que va a *hacé, señó!* Porque *usté* tiene mucho más *pa perdé en toa* esta historia, y yo ya estoy jugada —terminó la mujer, alzando el índice con tono amenazante. Después se levantó con cansancio, fue hacia un ruinoso arcón para sacar ropa limpia de su hija y comenzó a vestirla con movimientos lentos y las manos y los labios temblándole de odio y de pena.

Luego de llegar al final de ese relato, Carmina hizo una larga pausa, para

después continuar: —Me fui de allí antes de que ellas salieran y nunca más las volví a ver. Tal vez por miedo a las amenazas de Palmira, que había demostrado ser casi tan cruel y sádica como él, o por cargo de conciencia, Alcides nunca intentó perseguirlos. Además, en las dos semanas siguientes estuvo entre la vida y la muerte, según mi madre, herido en el vientre por una pelea que había tenido con unos borrachos que habían querido robarle. Aunque estoy más que segura de que ella siempre sospechó que había mucho más secretos escondidos detrás de los motivos de esa castración, y que mi padre jamás le contó.

—Lo siento mucho, Carmina, siento que hayas tenido que pasar por situaciones tan terribles —le dijo el capitán, con el estómago revuelto por la espantosa historia y con una profunda lástima por todo el dolor que su esposa cargaba dentro.

—Y hay algo más todavía, Juan. Ya no sé ni de dónde saco las fuerzas para contártelo. Hace unos dos años, una tarde de verano que estaba de visita en la estancia de mi madre, en Córdoba, durante una de tus tantas ausencias, escuché a dos esclavas cuchicheando muy bajo, con exclamaciones y risitas burlonas, sentadas bajo el porche del patio trasero, mientras pelaban duraznos maduros y los colocaban en una olla grande donde iban a hacer compota. Sé que no fue correcto, pero me acerqué por detrás, haciendo el menor ruido posible, para poder espiarlas. Ellas hablaban de un tal Gabino, un africano, joven y fornido, que había sido manumitido por Alcides y que, hasta hacía poco, todos pensaban que era sodomizado por el patrón, ya que mi padre acudía de noche a su rancho, de vez en cuando. Sin embargo, tres días antes el ex esclavo se había trezado en un duelo de cuchillos con el capataz porque este lo había tratado de invertido, y el negro le había respondido que el manflorón no era él sino don Alcides, porque este ya no tenía con qué tener sexo. Luego de escuchar eso huí de allí, despavorida, porque supe que no eran simples chismes sin asidero, ya que la única forma de que ese liberto lo hubiese descubierto era que realmente fuesen amantes, porque ni mi padre ni mi madre

le contaron jamás su desgracia a nadie. ¿Entiendes ahora por qué es prioritario que no permitas que esa bestia se acerque a nuestro hijo? Mi padre no solo es un monstruo violento e incestuoso, sino que ahora también se le ha dado por los de su mismo sexo y, si lo dejamos tratar con el niño, por un lado, puede querer criarlo a su imagen y semejanza, déspota, cruel, e inhumano, y por el otro, algún día podría incluso corromperlo o abusar de él de algún modo porque, lamentablemente, los hombres como Alcides Miranda no cambian jamás. No tienes idea de la vergüenza que me da tener que contarte todo esto, pero no tengo otra opción, mi amor, porque yo no puedo enfrentarlo sola, nunca pude hacerlo —terminó la chica, llorando otra vez con infinita tristeza y con los músculos de su cuerpo tan agotados por su enfermedad, por el reciente parto y por la tensión de tener que confesarle a él toda esa inmundicia y ese oprobio, que apenas era capaz de alzar las manos para cubrirse el rostro, porque se sentía humillada y poco digna a los ojos de él.

—No te preocupes, mi vida, no tienes nada de qué avergonzarte, tú no eres culpable de los pecados de tu padre, hiciste muy bien en decírmelo, tú descansa tranquila, que yo me voy a ocupar de resolver todo esto. Pero, si realmente deseas que, por el bien de nuestro hijo, le dé un punto final a la relación con Alcides, vas a tener que autorizarme a romper mi promesa de guardar silencio, pero solo con él, porque nadie más lo va a saber jamás de mi boca —le pidió el capitán con tono serio.

—¿Qué piensas hacer, Juan? —le preguntó su esposa con gesto desolado.

—Lo mismo que Palmira, por supuesto, se me ocurre que la extorsión es la única forma de tratar con un tipo de la calaña de tu padre.

—Está bien, te autorizo entonces —le respondió la chica con un hilo de voz, antes de volverse de espaldas a él para poder llorar a sus anchas.

Al otro día Juan se levantó temprano y se dirigió directo al cuarto principal, para saber cómo había pasado la noche su mujer. Desde la puerta la observó dormir, pálida como una figura de cera. María, que se había quedado a cuidarla, le dijo que el doctor Carreras había venido a verla esa madrugada y

la había encontrado mejor, además, la hemorragia ya se había detenido por completo. También le contó que el niño había tolerado muy bien la leche de su ama, una joven y dulce mestiza llamada Manuela que acababa de perder a su hijito por el mal del primer mes y que él había convencido, el día anterior, de que se viniese a vivir a su casa para poder así amamantar y atender a Marianito. Desde allí se fue derecho al cuarto del bebé, pegado al de Carmina y con una puerta interna que comunicaba ambos dormitorios, se sentó al costado de su cuna y lo miró embelesado. El recién nacido estaba despierto y acostado boca arriba, pero no lloraba, se limitaba a tratar de ver a su alrededor con gesto atento y las manitas cerradas en puños. De repente bostezó, con su boquita sin dientes, y el novato padre se murió de amor. Asombrado, se dio cuenta de que había pasado todo el día anterior sin recordar a Mercedes y eso le hizo pensar que, si su destino era olvidarla y dejar que siguiese con su vida, su hijo podía ser un fuerte incentivo para lograrlo.

Dos horas después, bañado y con un uniforme limpio, el capitán se encontraba sentado en el despacho de abogado de su suegro, que se situaba en la Recova, en pleno centro de la ciudad porteña. Alcides, por su parte, estaba ubicado del otro lado del antiguo y lujoso escritorio, sobrio por el momento, con unos impecables calzones, casaca y chupa, en tono marrón oscuro y una camisa blanca con volados sobre el pecho. Tenía los codos apoyados en la madera, las manos unidas, y lo miraba con expresión especulativa. Al final, habló:

—¿Se puede saber a qué debo el honor de su visita? Porque tengo entendido que mi hija y mi nieto se encuentran en perfecto estado.

—Y así es. Mire, don Alcides, voy a ser conciso y claro. Vine a verlo porque, desde este mismo instante, le prohíbo terminantemente que se acerque a menos de veinte metros de mi hijo —le ordenó el oficial, con tono calmo y seguro.

Don Miranda se levantó violento de su silla, con la cara roja de indignación,

en tanto que le gritaba: —¡Usted no puede hacer algo así! ¡No pienso respetar esa estupidez!

—Sí que puedo, porque soy el padre y, si usted no me obedece, voy a desparramar a los cuatro vientos que el supuestamente respetable abogado, Alcides Miranda, es en realidad un cerdo que violó a una hija natural cuando era una niña, que en castigo la madre de esta, que también era abusada por él, lo castró y, por si esto fuera poco, que en los últimos años se ha hecho sodomita —le soltó Juan de un sopetón, antes de pararse también.

El hombre mayor se puso pálido y lo miró con fijeza durante unos intensos instantes, con la boca abierta de asombro y temor, luego se recompuso y trató de disimular, diciéndole: —¿Quién le dijo toda esa sarta de barbaridades? ¿Fue la negra Palmira? ¿Usted la ha visto? Supongo que no iré a creerle una palabra a esa bruja, es una antigua esclava que me la tiene jurada desde que la eché de la estancia por ladrona, y le ha dicho a usted esas patrañas para desacreditarme ante sus ojos.

—No voy a decirle quién me lo contó, pero la información viene de una fuente segura, y acabo de asentarla en un documento ante un notario público junto con mi testamento. Le anticipo que, en caso de que yo muriese en batalla o me sucediese un accidente, y usted volviese a acercarse al niño, mi abogado tiene la orden de divulgarla en los periódicos de todo el territorio. Bajo ningún concepto voy a aceptar a un sicópata degenerado como usted cerca de mi hijo.

—¿Y qué hay de Carmina? Ella no va a estar de acuerdo con que usted desprecie a su padre de esta forma, y ni hablar de Magdalena, que es capaz de morirse de un síncope si usted le prohíbe ver a su nieto —argumentó el estanciero, con gesto hosco, pero sintiéndose acorralado ante la seguridad que manifestaba el pusilánime de su yerno.

—Doña Magdalena tiene el permiso de ir a verlo cuando desee, pero sola, y en cuanto a su hija, lo va a aceptar de seguro si es que usted me obliga a contarle lo que sé —mintió el oficial para protegerla—. ¿Es eso lo que

quiere? ¿Humillarla y avergonzarla con sus detestables actos y acelerarle la tisis? —contraargumentó al final con el ceño fruncido.

El estanciero volvió a sentarse en su sillón, con gesto derrotado y unas infinitas ganas de llorar de pura impotencia, porque él sería un reverendo hijo de puta, pero su nieto, y varón además, era el regalo que él más había deseado en su vida, y acababan de arrebatárselo de un plumazo. Si algo reconocía de ese desgraciado de su yerno, es que era un hombre de palabra y jamás se iba a echar atrás en su decisión. Alzando otra vez la vista, con los verdes ojos enramados en sangre, lo interpeló: —¿Y quién me asegura a mí que, si hago lo que dice, usted se va a quedar callado por siempre?

—Tiene mi promesa de honor de que, si usted cumple con su parte, lo dicho en este despacho se va a quedar aquí —le respondió Juan, con tono serio y despreciativo.

—Está bien, acepto entonces... si al final, hace diez años que lo he perdido casi todo, quíteme ahora la única ilusión que me quedaba —le respondió el abogado, luego de un hondo suspiro, victimizándose y al borde del llanto.

—No se queje, “señor”, usted se lo buscó —afirmó el oficial antes de levantarse, sin el menor asomo de compasión por esa rata, y retirarse con largas zancadas de ese lugar.

Las dos semanas siguientes fueron de intensa actividad para el capitán. Mientras Carmina se reponía y comenzaba, incluso, a levantarse de su cama y dar breves paseos por el cuarto siempre que la tos y el catarro no la atacasen, Marianito crecía feliz y engordaba día a día gracias a la leche de su ama y el afecto de doña Magdalena y de sus tíos, primos y abuelos paternos que iban a visitarlo casi todas las tardes. Por su parte, Juan se abocó a contactar por carta a agentes en Córdoba que le consiguiesen una casa pequeña y cómoda en alquiler, ubicada en zonas altas, para poder dejar allí a su esposa y a su hijo, de pasada, cuando iniciara su regreso a Chile. Ya habían decidido que su suegra y la nodriza se iban a ir a vivir también con ellos, para cuidarlos y acompañarlos hasta que él volviese de la guerra.

Una vez rentada la casita, el oficial envió, una semana antes de partir, a tres criados llevando dos cargadas carretas con muebles, instrumentos de cocina y ropa de cama, para que fueran acondicionándola antes de que su familia llegase allí. Mientras tanto, él se volcó a la tarea de encontrar una chacra cercana a la ciudad para comprarla, porque seguía con la firme idea de convencer a Mechi de que se fuese a vivir allí. Tuvo mucha suerte con eso porque, solo tres días después de iniciada su búsqueda, encontró el lugar ideal, a media legua de la ciudad, con un rancho de tamaño mediano pero muy cómodo, con hogar interno, cocina a leña, dos habitaciones, un excusado ubicado en el fondo, a unos diez metros de distancia, y un aljibe en el frente. A la izquierda, contaba con un monte frutal de duraznos, mandarinas y naranjas y, a la derecha, un corral en el que convivían varias gallinas y patos en ruidosa armonía. Atada al palenque había una vaca lechera amamantando a un pequeño ternero, la que podría proveerla de leche abundante, y encerradas en otro corral más grande se encontraba un grupo de varias ovejas que, según su dueño, llevaban a pastar en campos comunales. Con las manos en la cintura y una enorme sonrisa, Juan observó el lugar, entusiasmado, porque podía imaginarse a su preciosa pelirroja allí, paseando entre los frutales con un corderito en brazos. Por otra parte, el precio que pedían era razonable y existía la posibilidad de que Isidro y Marieta siguieran quedándose en el rancho luego de la venta, para mantener limpio y cuidado el lugar hasta tanto llegase su nueva dueña. Ellos eran una pareja de ancianos criollos que constituían sus actuales dueños y que habían decidido venderla para construirse una casita en las afueras de la ciudad, porque no tenían hijos que velasen por su salud y ya estaban demasiado viejos para continuar realizando el trabajo de la chacra. Esa misma tarde cerraron trato, el oficial les pagó, ante un notario público y se acordó que los dos viejos permanecerían allí hasta su regreso.

En esas dos intensas semanas, antes de partir para Córdoba, Juan aprovechó también para visitar a sus padres, sus hermanas y su cuñada, porque su

hermano Stuart se encontraba, como casi siempre, de viaje hacia Inglaterra, con su barco cargado de cueros y otros productos de la región para vender allí. Jugó con sus sobrinos y se puso al día con las novedades políticas. Los enfrentamientos internos entre facciones y los conflictos parecían no querer tener fin, con la Banda Oriental por definir a quién iba a pertenecer finalmente ese territorio, y con las provincias del interior que veían sus producciones afectadas por la competencia que el sistema de libre comercio, instaurado por los sucesivos gobiernos patriotas, había traído hasta sus fronteras. En las ya largas noches de fines de abril el capitán se ocupaba, además, con arrobado placer, de acunar en brazos a su hijito hasta hacerlo dormir, de hablarle con ternura para que aprendiese a reconocer su voz, y de disfrutar de sus pequeños progresos y sus monerías, aunque dejaba el peliagudo tema de los pañales en manos de la madre y las abuelas, que estaban mejor entrenadas para esos trotes.

Por otra parte, Alcides respetó a rajatabla su promesa de no acercarse a su nieto, así, refugió sus penas en el alcohol y se contentó con escuchar las noticias que su esposa le traía cuando volvía de visitar la casa de Carmina. Al final, hartado de tantos desprecios y atendiendo al llamado de sus bajos instintos, se volvió a su estancia de Cruz del Eje. Si bien Magdalena jamás preguntó cuál había sido el motivo de la pelea, sí sospechaba que algo muy grave debería haber hecho su marido esta vez para que su bondadoso y noble yerno decidiera alejarlo así del niño. De todos modos, ella ya estaba cansada de la crueldad y el desapego de su esposo y se negaba a separarse de su hija y su nieto, y más ahora que iban a volver a estar solos.

Finalmente, una madrugada de inicios de mayo de 1817, en un amplio coche tirado por cuatro caballos, partieron el cochero, dos postillones, encargados de llevarse de regreso los potros luego del recambio de animales que hiciesen en cada posta, Carmina, su madre, el niño y la nana Manuela, escoltados por el capitán Williams y otros tres oficiales. Estos eran los que habían venido a Buenos Aires con él, regresaban ahora también a Chile y se habían ofrecido a

acompañarlo primero hasta Cosquín, porque los indios andaban alzados y los caminos no eran seguros para que viajasen mujeres solas. Luego de una semana de marcha, a tranco moderado y haciendo descansos periódicos para no resentir la salud de su esposa, cuyos delicados pulmones se veían afectados por la intensa polvareda que levantaban los cascotes de los matungos y el viento incesante de la región, llegaron a destino. La casa, cuyas paredes habían sido levantadas por piedras superpuestas, rodeada de un pequeño monte y construida en una ladera de la montaña, les dio la bienvenida. Si bien era una zona rural, había otras viviendas diseminadas cada unos cincuenta o cien metros de distancia y se encontraban a solo un kilómetro del poblado y a unos ciento ochenta metros del río Cosquín. Había un cuidador, que vivía en un ranchito apartado e iba a permanecer con las mujeres para realizar las labores exteriores como trabajar la huerta, ordeñar la vaca, matar y despostar los animales y hachar leña para mantener siempre caliente la casa en el crudo invierno que se avecinaba. En los alrededores se veía pastar tanto a pequeñas cabras de finas y largas patas y pelaje amarronado, como a vacas cimarronas, que circulaban por allí sin que ningún dueño las reclamase. La vegetación era achaparrada y no muy abundante, pero se respiraba el aire limpio y puro de las sierras, que era tan necesario para curar los pulmones de Carmina. Los militares permanecieron allí dos días, los suficientes para que Juan se asegurase de que su familia estuviese totalmente instalada y cómoda. Después de tomar la precaución de pagarle por anticipado a un médico del lugar para que se diese una vuelta, cada seis o siete días, con el objeto de controlar que todo estuviese bien y de darles cientos de recomendaciones a doña Magdalena y a la nana, el oficial se despidió de su mujer y de su hijito, prometiendo escribir y volver con ellos lo antes posible. Partió junto a sus camaradas de armas, con un nudo en la garganta por tener que dejarlos en ese lugar donde todo les era desconocido, y con un flagrante sentimiento de culpa porque ya no soportaba más estar tan lejos de Mercedes y sin tener noticias de ella, teniendo en cuenta que la muchacha se había negado a escribirle y le había

prohibido también a él que lo hiciese.

En los más de veinte días que tardaron en llegar de nuevo a Chile, Juan, con su práctica y racional mentalidad inglesa, tuvo tiempo de reflexionar y analizar su situación, tanto profesional como sentimental. Con respecto a la primera, estando en Buenos Aires se había reunido con San Martín, que ya partía de nuevo hacia Curimón con nuevos fondos para la campaña y el deseo de crear, en el país hermano, otro campamento semejante al Plumerillo. El jefe del ejército había elegido la región de Las Tablas, con la firme intención de reorganizar el ejército libertador, fabricar nuevos armamentos, municiones y uniformes, reclutar y capacitar en el uso de diferentes armas a nuevos conscriptos y abocarse a la tarea de conseguir una buena cantidad de barcos que trasladasen los regimientos hasta el Perú, para poder continuar la lucha allá, aunque ahora ya reconocía que antes iba a tener que seguir combatiendo aquí, para terminar de una vez por todas con los realistas en Chile.

Al ser consultado por la situación del soldado Gutierrez Prado, el general le había reiterado su convicción de dejar en manos del muchacho la decisión de volverse a Mendoza o continuar como ayudante de Paroissien, aunque su antiguo edecán estaba tan orgulloso del desempeño de su ayudante y se había encariñado tanto con él que dudaba de que se negase a soltarlo así como así, terminó el jefe, mientras sonreía con paciencia. Sin embargo, lo que seguía en pie era su orden de que el joven puntano no participase en los combates porque, honrando la palabra empeñada a doña Leonor, seguía siendo prioritario regresarle a su hijo vivo. En ese contexto, le aclaró San Martín, los servicios del capitán le iban a ser indispensables, tanto para cuidar que el crío no asomase su nariz fuera del hospital de campaña, como para entrenar a los nuevos soldados en técnicas y tácticas de combate.

Esta realidad, planteada objetivamente, lo seguía dejando en la incómoda situación de tener que continuar conviviendo con Mercedes y aguantándose las ganas de tocarla y besarla hasta ahogarse, lo que le resultaba una tortura cada vez más difícil de soportar, así que, por la seguridad de la chica y por su

propia cordura, la mejor solución seguía siendo convencerla de que renunciase al ejército, al fin que el general no iba a oponerse, y aceptase ir a vivir a la chacra.

Por otra parte, la resentida salud de su esposa abría nuevas posibilidades en su vida, ya que, si ella al final terminaba muriendo en pocos años, él iba a ser libre para poder casarse con Mechi, pensó, avergonzado por sus crueles pensamientos y sin poder evitarlos. No obstante, se consoló con la certeza de que su dulce y abnegada mujercita también tenía cola que le pisen, al igual que sus suegros, porque ella debería haberle contado sobre su tuberculosis antes de decidir arriesgar su propia salud con un nuevo embarazo o la de él mismo por el riesgo de contagio, y los viejos se habían portado aún peor, porque sabían lo de la enfermedad de Carmina aun antes de que ellos se casasen y se lo ocultaron. Y como siempre el hilo terminaba cortándose por lo más delgado, el principal perjudicado en esta cadena de errores y ocultamientos iba a ser su hijito, que estaba destinado a quedarse sin su madre en pocos años. Esto lo hacía reflexionar también sobre la posibilidad de renunciar al ejército luego de la campaña al Perú, siempre y cuando lograra sobrevivir en esta, para dedicarse de lleno a cuidar a su mujer, que tampoco era culpable de la desgracia que le había tocado y bastante había sufrido ya, y a criar a Mariano, ya que de veras que le gustaría darle una niñez tan hermosa como la que él mismo había tenido.

En ausencia de su capitán, Mercedes continuó con su vida cotidiana, trató de ser útil a los demás en todo lo que pudiese e intentó, inútilmente, no pensar en él. Se levantaba de mañana temprano, desayunaba y se dirigía al hospital, donde controlaba el estado de salud de los internos, barría, ordenaba las hierbas medicinales, repasaba los muebles y retiraba las sábanas y toallas sucias, que lavaría después en el río, con la colaboración de Asumpta y Livia, dos cuarteras chilenas que habían quedado viudas el mismo día, cuando la bala de un cañón alcanzó a sus esposos durante la batalla de Chacabuco. Ellas fueron, además, las que la ayudaron a cercar un pequeño terreno con ramas del

monte y a puntear la tierra para sembrar verduras de estación, con las cuales poder hacer comidas más nutritivas. Por otra parte, Mechi estaba totalmente abocada a cuidar, alimentar, despulgar y hacer jugar a su perrito, Manchitas, que iba creciendo robusto y feliz y se lo retribuía yendo detrás de ella a todos lados, de día y de noche, tanto era así que hasta dormía a los pies de su catre, vigilante como pocos y siempre dispuesto a ladrar furioso ante la menor señal de alarma. En las ya frescas tardes, seguía leyéndoles a los enfermos y a los sanos, que se acercaban al lugar al escuchar el sonido de su voz modulada, y continuaba manteniendo la limpieza y el orden de su tienda, amén de cocinar y zurcir la ropa de sus compañeros de “la cueva”, que estaban dedicados por completo a entrenar en técnicas de combate a los nuevos patriotas que se iban sumando, día a día, a la causa.

Según las charlas mantenidas por estos oficiales, en voz baja y en lugares alejados para que nadie los escuchase, que el soldado Gutierrez Prado eligiese realizar esas actividades más femeninas e indignas de un granadero, los confirmaba en la idea de que el muchachito era, definitivamente, un manflorón, pero era mucho lo que habían empezado a quererlo y tantos los favores que le debían que ahora serían capaces de bajarle los dientes a trompadas a cualquier maleducado que se atreviese a llamarlo así. Por otra parte, el único día que había combatido, el gorgojo había demostrado ser, además, un valiente, y eso nadie lo podía negar. Así que ellos también, a su manera, trataban de hacerle la vida más llevadera, por eso zamarreaban o espantaban a grito pelado a todos aquellos que se riesen o burlasen del mocoso por sus modos o por sus costumbres. Así estaban las cosas, mientras pudo seguir camuflándose y manteniendo en secreto su identidad, en esos casi tres meses que duró la ausencia de su capitán, Mercedes se sintió tan segura como cuando lo tenía a él todo el día detrás de ella, respirándole en la nuca. Sin embargo, a principios de mayo esa ordenada y segura rutina que la chica había logrado construir se rompió con el regreso de San Martín, el cual ordenó que su ejército se trasladase completo al campamento de Las Tablas, que era

un lugar más amplio y cercano a los centros de poder, donde podían albergar y entrenar a una mayor cantidad de soldados, prioritarios para continuar con su campaña al Perú, y donde las poderosas fraguas de ese “volcano con sotana” que era el valioso fray Luís Beltrán, volverían a funcionar a toda marcha. Así que los patriotas desarmaron sus tiendas, e imitando a las tortugas, cargaron su casita al hombro y partieron detrás de ese gran líder que los instaba, con su propio ejemplo, a continuar la lucha por la libertad e independencia de los pueblos hispanoamericanos.

Campamento de Las Tablas, mayo de 1817

Querida Sol:

¿Cómo se encuentran todos por allá? ¿Cómo están mis sobrinitos? ¿El bebé ha comenzado a dar pataditas? ¿Mamá ha perdido su gesto avinagrado o sigue igual de amarga? ¿En qué anda Luis? ¿Quién dijo que me muerdo los codos por saber de ustedes? Yo aquí gozando de buena salud, gracias a Dios. Nada ha cambiado desde mi anterior carta, mi capitán continúa ausente y mis compañeros de tienda y de regimiento siguen sin sospechar siquiera mi verdadera identidad. O yo soy una eximia actriz o ellos son más sonsos de lo que parecen. Día a día van llegando nuevos patriotas de diferentes regiones de Chile y de nuestro país para sumarse a la lucha. Los están entrenando en técnicas de combate y están fabricando más armas a marchas forzadas. Los chilenos también han comenzado a protestar por los altos impuestos y confiscaciones destinados a sostener la guerra. Cada vez que lo hacen, les recuerdo que, si son libres, o casi, es gracias a que nuestro Cuyo hizo primero el esfuerzo y que ahora les toca a ellos. Lo más triste es que esta lucha está muy lejos de terminar y no es solo contra un país ajeno, opresor e imperialista, como dicen algunos, es una guerra de hermanos. Porque, salvo los altos oficiales, y unos pocos batallones que han venido desde España, la mayoría de los soldados realistas también son americanos

que apoyan la causa del rey. Y así se matan en combate, primo contra primo, hijo contra padre, hermano contra hermano, por el solo hecho de pensar distinto. Suceden cosas que dan horror. Verás, me contaron ayer que en una redada se encontraron frente a frente un joven porteño de diecinueve años que era realista, y el esposo de su hermana melliza, un hombre de mediana edad que pertenecía al bando patriota. Parece que, al reconocerlo, el muchacho alzó su mosquete y disparó al aire, pero su cuñado igual lo ensartó con su bayoneta matándolo en el acto. Como conozco de primera mano el profundo amor que une a los mellizos, la historia me conmocionó, juraría que el pobre chico le perdonó la vida por cariño a su hermana. Pero no quedó ahí, porque alguien, no se sabe quién, le contó a la mujer que había sido su propio marido y el padre de sus hijos quien mató a su querido mellizo y esa misma noche, luego de todo un día de rencoroso silencio, ella tomó un cuchillo de cocina y degolló a su esposo en su propia cama, mientras dormía. La encerraron, dicen que se volvió loca de dolor y grita sin parar y ahora hay otros dos huérfanos de la guerra rodando por este perro mundo.

Por otra parte, esta es una guerra de pobres, porque los ejércitos patriotas están conformados, en su mayoría, por esclavos, mulatos, zambos, mestizos y hasta indios, todos igual de miserables y, a veces, hasta hambreados, que son los que menos reciben y los que hacen el mayor esfuerzo. Los pocos de nuestra clase que se animaron a venir ellos, en lugar de entregar a un esclavo para que pelease en su lugar, son los que están mejor vestidos, pagados y alimentados, muchos diseñan las estrategias desde las sombras y dan sus órdenes con altanería, pero no todos van al frente de sus hombres en la batalla. Hay excepciones, por supuesto, comenzando por nuestro general, que tiene el coraje y el arrojo de un león y terminando por mi capitán que es valiente hasta la temeridad. Pero los esclavos, ¡pobrecitos!, siempre al frente del combate, recibiendo los cañonazos antes que nadie y avanzando sin proferir una queja. Les prometieron que si luchaban por su patria serían

libres, olvidaron decirles que eso valía para los que quedasen vivos, que sospecho que van a ser pocos, si la cosa se pone más brava. ¡Los extraño tanto a todos! Incluso a mi madre, aunque no me creas, la distancia hace ver las cosas desde otra perspectiva. Hay algunos días que lloro tanto que creo que ya no tendré más lágrimas, pero al día siguiente vuelve a suceder algo y me convierto de nuevo en una regadera. Es increíble que el ser humano sea capaz de soportar tanto dolor sin perder la cordura.

Las noticias sobre la guerra en el sur han seguido llegando a los campamentos, primero al de Curimón y luego al de Las Tablas, y no son muy halagueñas: parece que a fines de marzo habían arribado a Talcahuano las fragatas españolas Venganza y Sebastiana, que sirvieron para apoyar al fuerte con su artillería y se convirtieron en una vía de comunicación y abastecimiento para los godos. Por su parte, Las Heras, que es un hombre valiente como pocos, a principios de abril acampó en la hacienda de Curapaligue, que está a veinte kilómetros de Concepción. El coronel realista Ordoñez, sabiendo que O'Higgins acudiría pronto en ayuda del jefe argentino y traería nuevas tropas, atacó a nuestro general en la noche del 5 de abril. Las Heras lo rechazó, con graves pérdidas para los revolucionarios, y luego siguió avanzando, ocupó Concepción y puso sitio a Talcahuano. Para terminar, se fortificó en el cerro Gavilán, un punto neurálgico que domina los caminos que conducen hacia el fuerte. ¿Qué me cuentas del buen hombre? Mi capitán sostiene que, luego de San Martín, Las Heras es el patriota más valioso que ha dado hasta ahora la revolución, y yo estoy comenzando a creer que tiene razón. Por otra parte, las naves realistas que habían huido hacia Perú luego de la batalla de Chacabuco, al llegar al puerto de El Callao fueron armadas, pertrechadas y enviadas de nuevo hacia Chile por el virrey Pezuela. ¡Hay que tener ganas de jorobar! Según nos dijeron, estos barcos iban al mando del coronel Morgado y llegaron a Talcahuano el 1 de mayo. Unos días después, en la madrugada, Ordoñez, que será muy nuestro enemigo, pero tiene el coraje y la terquedad de un

toro, sabiendo que tenía superioridad numérica, 1600 combatientes contra los 1200 de Las Heras, volvió a atacar a los patriotas. Dicen que fue una batalla intensa que duró hasta las diez de la mañana. Cuando la victoria estaba casi decidida a favor de los revolucionarios, apareció la vanguardia de O'Higgins y les dio el golpe de gracia. Sin embargo, nos contaron que los soldados del jefe argentino estaban exhaustos, había muchos heridos y faltaban médicos que los atendiesen, al igual que comida y caballos. ¡Y yo aquí, mano sobre mano, doblando vendas y narrando cuentos, con lo útil que podría ser allá! Cuando lo supe me llené de rabia. En fin, que al final el director chileno asumió el mando de todas las fuerzas sitiadoras. Entre bambalinas y en voz baja, muchos le criticaron que había tardado mucho tiempo en arribar al lugar, sin embargo, parece que a partir de allí fue conquistando poco a poco las fortificaciones que defendían la zona de Talcahuano. Pero, hasta ahora, todo es en vano: los godos, luego de la derrota, han vuelto a refugiarse en el fuerte y este, ¡maldita sea su estampa!, con un kilómetro y medio de fosos y baterías, y una escolta de cinco naves de guerra españolas que lo protegen, sigue resultando inexpugnable. ¡Ni en globo aerostático, mi hijita, que nos lo pincharían a cañonazos!

Quisiera pedirte que saludes a mi querida familia, y que les des muchos abrazos y besos de mi parte, sin embargo, si lo hicieras, tendrías que contarles que sabes dónde estoy, y ni de vaina pienso terminar casada con ese vejstorio con todo el sacrificio que he hecho para alejarme de él. Escíbeme pronto, por favor, no te imaginas lo importante que es para mí saber de ustedes. No sé dónde terminará toda esta aventura, mi adorada cuñada, ni cuánto tiempo más podré afrontar las crueldades de esta lucha, pero, por ahora, nos toca callar y esperar. Ya vendrán tiempos mejores, decía mi abuela, lo difícil es saber cuándo. Te abraza y te quiere con el alma.

Mechi

P.D.: Cuidame mucho a mi ahijadito y vigila a mi Luis. ¡Que no se le

ocurra volver a meterse de espía, que los Andes se han convertido en un polvorín!

Capítulo 10

DECISIONES ERRADAS

El 16 de junio de 1817, a mitad de la tarde, casi tres meses después de su partida, el capitán Jhon Williams junto a otros tres oficiales y un grupo de cuatro arrieros que los habían acompañado y guiado en el frío cruce por la montaña, utilizando otra vez el paso de El Portillo, llegaban al campamento de Las Tablas e iban a reportarse de inmediato al cuartel general, para avisar de su arribo a San Martín y averiguar cuáles serían sus funciones y en qué tiendas del enorme lugar serían ubicados.

El general los recibió con un fuerte apretón de manos y una optimista sonrisa y les relató los avances logrados en la búsqueda de fondos, municiones, armamentos y tropas, además de las novedades sobre la guerra en el sur, a la que había enviado, hacía dos semanas, a dos de sus mejores oficiales, conocidos de ellos, y que habían combatido con él en las guerras napoleónicas. Estos eran el ingeniero militar Bacler d'Albe y el capitán Jorge Beauchef, junto a varios escuadrones de granaderos, a los que San Martín les había encargado que elaboraran planos del empecinado fuerte y diseñaran estratégicamente la mejor forma de acceder a él.

En ese momento del relato el oficial Williams se lamentó, recordando su firme decisión de mantenerse alejado de Mercedes: —Es una pena que no hayamos podido llegar a tiempo para sumarnos a esa expedición.

Sonriendo con picardía, el jefe del ejército le comentó: —No se preocupe

tanto, capitán, que ya hemos enviado suficientes hombres allí, y usted me es más necesario aquí por su don de mando, su pericia y su paciencia para entrenar novatos, porque le informo que tiene cincuenta nuevos integrantes en su escuadrón y han resultado tan burros y torpes que al sargento Cuevas ya se le han quemado los libros con ellos, tanto es así que, ayer nomás, debí llamarle la atención por asentarle una succulenta patada en el culo a un recluta, que era tan chambón con el mosquete que casi termina matando a un compañero de un tiro.

—Como usted ordene, señor —le respondió Juan, sin poder evitar una sonrisa apesadumbrada, ya que reconocía el irascible carácter de su sargento.

Desde allí, el capitán se dirigió directo al lugar donde le habían señalado que se ubicaba su tienda, desesperado de las ganas de volver a ver a su pelirroja, pero al entrar descubrió que no ella se hallaba allí, entonces corrió hasta el hospital, pero tampoco la encontró. ¿Dónde rayos se habría metido esa mujer? Inquieto, comenzó a caminar el enorme campamento que ya contaba con casi siete mil hombres, les dio sus señas a los transeúntes y les preguntó si la habían visto, pero nada. Más alarmado volvió a buscar su caballo, para poder recorrer el lugar más rápidamente, se fue hasta el río, que corría tumultuoso a unos doscientos metros de allí, se internó en los campos de entrenamiento y en el enorme galpón que funcionaba ahora como herrería, con más de cuatrocientos operarios bajo el mando del cura franciscano y en el cual hacía un calor de horno, pero tampoco allí supieron darle noticias del soldado Gutierrez Prado. Sin poder hallarla, comenzó a desesperarse, luego de buscarla durante una hora, volvió de nuevo a la tienda y allí se encontró con el soldado Rivas que estaba tomando mates con el cabo Farías. Por centésima vez en esa tarde, Juan preguntó:

—¿Alguno de ustedes vio al soldado Gutierrez Prado?

—Yo no lo vi, capitán, pero sospecho dónde puede encontrarlo, porque hace unos días que se le ha dado por ir, en las tardes, a leer en la costa del río. Métase por el monte, camine unos setenta metros y doble a la izquierda,

costeando las barrancas, cuando avance unos cincuenta metros más va a encontrar un antiguo sauce llorón, que tiene ramas tan largas que rozan el agua, mire debajo de él y seguro que se lo encuentra al gorgojo con la nariz enterrada en un libro, ayer mismo, cuando iba a pescar, me lo topé allí —le respondió Rivas, entre sorbo y sorbo.

—Muchas gracias, soldado, enseguida regreso —le dijo Juan, antes de comenzar a correr hacia el lugar donde el otro le había indicado. Cinco minutos después llegaba cerca del sauce, agitado por la carrera, y se inclinaba hacia abajo, con las manos apoyadas sobre sus rodillas y respirando profundo para recuperar aire. Se agachó y recorrió con cautela los últimos metros, parapetándose entre los juncos y las totoras de la orilla, hasta llegar a un claro despejado, formado por la sombra del añejo sauce. Debajo de este, sentada al estilo indio, con las piernas encogidas, cayendo hacia los costados y cruzadas, descalza, con el pequeño rostro sucio de tierra y de lágrimas y llorando a moco tendido con un libro en la mano, se encontraba ella, su único y gran amor. En el preciso instante en que la vio, el mundo de él comenzó a girar en sentido contrario, todas las ilusiones e ideas honorables que se había hecho de poder olvidarla y dejarla seguir con su vida, se esfumaron como por encanto y supo, con profunda certeza, que ella iba a ser suya aunque se lo tragase el infierno.

Tratando de no hacer ruido, se arrodilló en el suelo para poder observarla a sus anchas y sin que ella lo viese. Tenía el cabello más largo, por detrás ya le llegaba a la base del cuello y, por delante, se volcaba en una maraña de rulos colorados, sucios y despeinados, sobre su carita de querubín. Seguía con esa espantosa almohada que ocultaba sus formas y leía atenta, ora con el ceño fruncido, ora con los preciosos y brillantes ojos verdes abiertos como platos y las cejas alzadas en un gesto de desconsuelo. Desde allí no alcanzaba a leer el título del libraco, pero de seguro era alguna novela romántica con final trágico, teniendo en cuenta lo compungida que se encontraba. Tres metros delante de ella había clavado una caña en la tierra blanda de la barranca,

inclinada hacia el agua y con un piolín atado a un anzuelo que boyaba libre y vacío por la corriente. Era cantado que los peces, aprovechando que la improvisada pescadora se encontraba enfrascada en la lectura, se habían hecho una panzada con la carnada y después se habían mandado a mudar. Le dio risa que, al limpiarse las lágrimas, la chica había hecho un verdadero desastre con su camuflaje de tierra y grasa y tenía el rostro de dos colores. Luego de unos minutos en los que se llenó la mente con su imagen, él carraspeó, se incorporó despacio y la saludó sonriente y emocionado:

—Buenas tardes, Mercedes.

Ella alzó la vista de repente, dejando caer su libro a un costado, se incorporó, llevándose una mano al centro del pecho, con los ojos y la boca abiertos de pura sorpresa y felicidad y corrió hacia él entre carcajadas de alegría. Sin embargo, al llegar a un metro de distancia, se frenó en seco y, uniendo sus manos detrás de sus caderas con gesto más controlado e incómodo, le respondió:

—Bienvenido a casa, capitán.

¡Y claro que había llegado a casa! Porque su verdadero hogar estaba e iba a estar siempre donde ella se encontrase, pensó Juan, contemplándola fijamente y con un nudo de lágrimas en la garganta que no lo dejaba ni respirar.

—Ya pensábamos que no iba a volver. ¿Cómo está su hijito? ¿Fue niño o niña? —lo interrogó la chica en forma nerviosa y atropellada, enlazando los dedos tras su espalda para contener las ganas enormes que tenía de abrazar fuerte a su apuesto oficial y cubrirle de besos ese recio y precioso rostro con ojos del color del cielo que tenía.

—¿Me permite darle un abrazo? —le preguntó él, en cambio, con gesto implorante. Al ver que Mechi asentía, en tanto que miraba hacia el piso con la cara arrebolada de vergüenza, él la encerró entre sus largos y poderosos brazos y la apretó con fuerza contra su cuerpo, antes de enterrar la nariz en su cabeza para sentir otra vez, por debajo del de la grasa rancia, ese otro aroma, tan suyo y femenino, de su piel. —¡La extrañé tanto, tanto, tanto! —le confesó,

al final, con tono sincero y emocionado.

Mercedes se dejó abrazar, sintiendo el maravilloso placer de volver a estar acunada por él, tampoco era que corría mucho peligro, con esa gruesa almohada separando los cuerpos de los dos, se dijo para justificarse.

—¡Un día de estos voy a quemar esta maldita almohada! —rezongó Juan, como si le leyese el pensamiento y con frustración, al no poder sentir los cálidos senos de la joven contra su pecho.

—¡Ni se le ocurra! Es mi moderno y novedoso cinturón de castidad —le advirtió la muchacha, en tanto que se echaba hacia atrás con ánimo bromista, para luego volver a insistirle: —¿Me va a contar sobre su hijito, sí o no?

Él asintió y aflojó la presión de sus brazos, pero sin soltarla, antes de comenzar a hablar:

—Es un varón, pesó cuatro kilos, está creciendo perfecto y se llama Mariano. ¿Satisfecha?

—¿Como don Moreno? Va a ser un auténtico revolucionario, porque ya hasta le eligieron nombre de patriota —exclamó ella con alegría, antes de volver a interrogarlo con curiosidad, en tanto que rotaba sus manos detrás de su espalda para desenlazar las de él y separarse, dando un paso atrás: —¿Y a quién se parece el bebé?

El oficial la miró, con un mudo gesto de reproche y las manos vacías, pero le contestó con tono pícaro y amable: —Según mi madre es idéntico a mí cuando nací, y debe ser cierto porque el pobrecito ha heredado hasta mi fea nariz.

—No diga pavadas, si de verdad se parece a usted va a hacer suspirar a muchas mujeres. Recuerdo el día en que lo conocí, en esa fiesta de Mendoza, me pareció el hombre más bello que había visto en mi vida, con su imperfecta nariz y todo.

—¿De veras? ¡Pues le aseguro que lo disimuló muy bien! —le comentó el capitán, con asombro y deleite por lo que le había confesado, pero con un leve dejo de reproche, al recordar también la forma cortante en que ella lo había tratado esa noche.

—Es que, luego de pensar eso, me enteré de que era casado —le retrucó Mechi, molesta. Después de un minuto de tenso silencio volvió a interrogarlo, cambiando de tema con incomodidad: —¿Y cómo está su esposa?

Él suspiró hondo y la contempló serio, antes de contestar: — Lamentablemente, no muy bien, Mercedes... mi mujer tiene tuberculosis y su enfermedad viene desde hace mucho tiempo, solo que yo, hasta ahora, no estaba enterado. Parece que los dos embarazos que perdió antes y este han debilitado aún más su salud delicada.

—¡Dios santo! ¡Tan joven, pobrecita! Usted no debería haber vuelto aquí con ella en ese estado. ¿Y su bebé? ¿Quién va a cuidar de él cuando su mamá se ponga mala? Porque tengo una prima, Lucía, que falleció hace poco a causa de la tisis, y sé que ese mal tiene sus altas y sus bajas. Recuerdo que había días en los que parecía estar muy bien y en otros no podía ni levantarse de la cama por el ahogo. Es terrible lo que sufren —le dijo ella, angustiada y con el estómago revuelto al pensar en esa joven madre y en el terrible destino que le había tocado en suerte.

—No podía quedarme, soy un militar de carrera y tengo compromisos asumidos para con mi general y mi patria, no obstante, ya tengo decidido retirarme del ejército una vez que derrotemos a los godos en el Perú.

—¡Claro, sí! ¡Y en el ínterin, su pobre mujer se muere, sola y abandonada, dejando a su hijito a la deriva! —le reprochó la joven frunciendo el ceño.

—No sea bocona y no hable si no sabe. Antes de volverme aquí llevé a Carmina a Cosquín, para que el aire de la montaña la ayude a recuperarse, y la dejé al cuidado de su madre y de varios sirvientes, incluso le conseguí un ama de leche para Mariano. Ella va a estar bien y yo voy a ir a visitarla cada vez que pueda —le aclaró él, molesto porque se sintió culpable por las verdades que ella le decía.

—Pero es que ella lo necesita ahora, y la familia debe estar antes que las obligaciones laborales. Pobre mujer, ¿tan débil está que ni siquiera puede amamantar a su bebé?

—No se trata de que no pueda, el doctor Carreras se lo prohibió para que no se desmejore más y por miedo a que contagie a Mariano.

—Pero aún no está probado que la enfermedad sea contagiosa, yo cuidé a mi prima y estoy sana, usted durmió con su esposa y también lo está, es una crueldad.

—Mire, Mercedes, deje de sermonearme, ya arriesgué lo suficiente la vida del niño al dejarlo con ella cuando el médico había recomendado lo contrario. ¡Carmina ya escupe sangre! ¿No lo entiende? Y no me venga ahora con discursos moralistas, cuando soy yo al que no le va a alcanzar la vida para arrepentirse si mi hijo se contagia. Y tampoco la compadezca tanto, que ella decidió embarazarse sabiendo que no podía hacerlo y me ocultó su enfermedad. ¡Ahora que se aguante! —le gritó él, echando chispas por los ojos, antes de partir a grandes zancadas para el campamento.

Luego de hacer unos veinte pasos se detuvo, llevó las manos a su cintura e inspiró hondo para calmarse. ¿Por qué rayos no podía pasar cinco minutos seguidos con ella sin discutir? ¿Por qué esa colorada metiche y respondona terminaba siempre haciéndole hervir la sangre de una forma u otra? Arrepentido de haberla tratado mal, giró y volvió sobre sus pasos. La encontró arrodillada en el piso y llorando con desconsuelo, mientras se tapaba la cara con sus pequeñas manos. Juan se hincó también a su lado y le pasó un brazo alrededor del cuello, para recostar suavemente su cabeza contra su hombro, en tanto que le decía con tono manso: —Perdóneme por haberle gritado, no fue mi intención, es que todo esto es tan terrible que...

—No lloro porque me gritó, lloro porque su mujer y su hijito me dan mucha pena. Usted no se imagina las muertes horribles que tienen al final esos pobres enfermos... y que el niño tenga que verla sufrir así... ¡Es injusto! Con tanto hijo de puta que anda suelto y sano por el mundo... —le explicó ella, antes de volver a derramar amargas lágrimas, al tiempo que recordaba los últimos días de Lucía, con solo diecisiete años, que escupía sangre a espumarajos, con la boca y los ojos abiertos con desesperación y ese horrible silbido brotando de

sus pulmones infectados por el mal, que se negaban a dejarla respirar.

Juan siguió abrazándola callado, mirando hacia la nada y, por primera vez, luego de todo el calvario que había pasado desde el día en que nació su hijo, se permitió llorar también su pena. Lloró con lágrimas gruesas y silenciosas, que brotaban del fondo de su garganta hasta sus ojos como un torrente indetenible, lloró por todo lo que le estaba desgarrando el alma: por esa maldita guerra que traía tanta muerte, por Mariano, destinado a la orfandad, por Carmina, cuya mente había sido dañada irreversiblemente por las crueldades de su padre aun antes de que la enfermedad atacase su cuerpo. Lloró por la mulata Candelaria, por la negra Palmira, por toda la maldad y el horror que puede desencadenar la mente humana, pero también lloró por Mercedes y por él, y por ese amor tan intenso e imposible de definir con palabras que se tenían y que no podían concretar, porque eran demasiadas las cosas que los separaban.

Ella lo oyó y giró su cara hacia él. Tratando de consolarlo, tomó su rostro entre sus manos y con los ojos abiertos, comenzó a darle pequeños y suaves besos, comparables al roce de las alas de una mariposa, en las mejillas calientes y saladas, en el mentón barbudo, en los párpados húmedos y brillantes. Lo besó con una ternura tan exquisita que logró sacarlo de su pozo de dolor para arrastrarlo a otro de intensa e ingobernable pasión, el que hizo que el capitán la encerrase entre sus brazos y comenzase a besarla en la boca con desesperación, con destemplanza, con un profundo deseo insatisfecho que surgía de sus ingles y de su corazón, ciego a todo lo que no fuese ella. Viendo que Mercedes le correspondía y enredaba su lengua con la de él y sus dedos en su cabello, él se atrevió a ir más allá y la recostó sobre el pasto. Después le desprendió la holgada camisa y comenzó a acariciar sus pechos por encima de las rústicas vendas. Cuando notó que él empezaba a tironear de estas para quitárselas, la joven reaccionó, apartó sus labios de los de él y se enderezó bruscamente, al tiempo que le pedía: —Basta, por favor, no siga.

—¿Por qué?! —se quejó el capitán, antes de incorporarse también, dolorido

y frustrado.

—Porque no debemos, por eso —le respondió la muchacha con una mirada triste y desolada.

—Entonces no empiece con algo que no piensa acabar, porque va a llegar un día en que descubra que el límite no estaba donde usted pensó —le advirtió el oficial con un tono denso y torturado, en tanto que la tomaba de los hombros.

—Perdóneme, de veras que lo siento, yo solo deseaba consolarlo —se justificó Mechi roja de vergüenza.

Juan suspiró resignado, luego se sentó sobre sus talones frente a ella, tomó su precioso rostro entre las manos, la miró a los ojos y le confesó con tono ronco:

—¿Sabe una cosa, Mercedes? Hay días... y son muchos días, en los que usted me duele en todo el cuerpo.

Ella lo observó con intensidad y le respondió con un gesto dulce y auténtico:

—Claro que lo sé... tanto como usted me duele a mí.

En el transcurso de las siguientes dos semanas la chica evitó, por todos los medios, quedarse a solas con él, y volvió a su odiosa costumbre de no dirigirle la palabra, salvo que fuese indispensable. El capitán extrañaba las bromas, el humor ácido, la camaradería y las graciosas peleas que tenían cuando aún la creía un muchacho. Lo que más le molestaba es que ella seguía representando su papel masculino a la perfección y picaneando a sus otros compañeros de tienda como un zumbón gallito de riña, entre chanzas y risas, en cambio a él lo trataba con solemne seriedad y un frío respeto, imponiéndole distancia como si quisiese castigarlo por el único delito de atreverse a amarla. Durante el día se veían solo a la hora de comer y de cenar, ocupados cada uno en cumplir con las obligaciones que les imponía la vida en el campamento, pero las noches eran tortuosas y caóticas para los dos, acostados en camastros contiguos y oyendo la respiración insomne o los movimientos del otro, en esa línea delgada que existe entre el sueño y la vigilia. Y lo peor de todo para Juan fue cuando, por el intenso frío, debieron dejar un brasero encendido

dentro de la tienda durante toda la noche, el cual daba un resplandor rojizo que iluminaba todo a su alrededor. Desde ese momento él comenzó a pasar horas observando con obsesión la silueta y los giros inquietos de la chica, al igual que sus gestos cambiantes, tanto cuando tenía una pesadilla como cuando descansaba pacífica en brazos de Morfeo.

El segundo sábado posterior a la vuelta del oficial fue particularmente agitado para Mercedes, porque se realizaba un baile en Santiago en honor al Ejército de los Andes y todos los oficiales estaban invitados. Por supuesto, a sus compañeros de la cueva se les dio por bañarse y lucir impecables y, al igual que la cenicienta, a ella le tocó cepillar y limpiar todos sus uniformes de gala. Por si fuera poco, realizó también el trabajo más pesado de llenar y vaciar la tina dos veces consecutivas, acarreando el agua fría desde el río y caliente desde la olla central del patio, aunque debía reconocer que ellos la habían ayudado. Además, habían ido compartiendo la misma agua y la habían cambiado recién luego de que dos se hubiesen lavado. Para mayores males, en una de sus idas y venidas, Manchitas, que se había convertido en un cachorro gordo, robusto y juguetón, se le cruzó delante cuando ella venía caminando desde el río con un balde lleno y la hizo caer sentada en el piso, magullarse el trasero y volcarse toda el agua encima, empapando su ropa y su almohadón en el proceso.

—¡Ay! ¡Perro inquieto y malo! —amonestó la chica al cuzco, antes de apartarlo a un lado cuando vio que apoyaba las patitas delanteras en su hombro, para dar rápidos lengüetazos en el agua que chorreaba sobre sus mejillas.

Juan sintió el alboroto y salió corriendo asustado, a medio vestir, descalzo y con la camisa desprendida, pero se tranquilizó al notar que solo había sido un porrazo. Tratando de contener la risa, al ver que ella tenía el pelo chorreando sobre la cara y miraba a Manchitas con ojos de asesina, él se acercó, le tendió su mano para alzarla y le dijo con tono conciliador y bajo, para que no lo oyesen los demás:

—Hagamos una cosa, yo termino de llenar la tina, para que se laven los dos que faltan y usted se va a secar y cambiar, porque está haciendo mucho frío y podría pescar un resfriado. Mientras tanto, si quiere, le vuelvo a poner agua limpia para que se bañe tranquila cuando nos hayamos ido.

Ella asintió con ánimo cansado y tristón y aceptó su mano, antes de pararse y refregarse el trasero en el proceso para atenuar su dolor. Una hora después observó, con alivio, cómo sus compañeros de tienda partían a caballo hacia Santiago. Seguramente, pensó, se pasarían de copas y se quedarían a dormir en la ciudad como habían hecho las otras veces, pero eso ya sería un problema de ellos. Con una ancha sonrisa que delataba su disfrute anticipado por quedarse en soledad, probó la temperatura de la tina, que Juan le había dejado preparada tal y como había dicho, se desvistió, se metió detrás del biombo y se sumergió en la bañera con un indescriptible deleite. Solo por esta vez, sabiendo que el lugar había quedado semidesierto, se permitió permanecer allí todo el tiempo que quiso. Despacio, se enjabonó en forma concienzuda y masajé sus músculos doloridos por el trabajo extra que había tenido ese día. Su principal problema, luego de secarse, cambiarse y cepillarse el pelo, fue pensar la forma de lograr que su empapado almohadón estuviese lo suficientemente seco como para poder usarlo al día siguiente, así que lo escurrió todo lo que pudo, lo colgó del travesaño central que sostenía las telas de la tienda y le puso debajo el brasero encendido, para que el calor que este despedía le evaporase el agua. Después se sentó a la mesa, cenó un trozo de carne y unas verduras hervidas y se fue a acostar temprano. Agotada por el trajín de la jornada y con el intenso placer que le provocaba dormir sin esas crueles vendas, aunque fuese solo por esa vez, primero se estiró como una gata, después se puso de costado, con las piernas encogidas y un brazo por debajo de la almohada y se durmió profundamente.

Así la encontró el capitán una hora después, al llegar solo, silencioso y con las botas en la mano para no despertarla. Con la excusa de que se sentía descompuesto, había dado la vuelta y galopado todo el camino desde Santiago,

con la mente embarullada por las imágenes evocadas de la chica bañándose desnuda, lo que le había terminado provocando una dolorosa erección que se hacía más incómoda aún con los golpes de su entrepierna contra el lomo del caballo. Por una parte, su lado racional le repetía que tenía que convencerla de que se fuese a vivir a la chacra que le había comprado y dejarla en paz porque, si no lo hacía, iba a acabar arruinándole la vida, pero, por la otra, su cuerpo torturado le reclamaba que enviara todos sus prejuicios religiosos y morales al demonio y le hiciese el amor, porque ya no podía seguir soportando por más tiempo ese deseo ciego e irracional de enterrarse dentro de su cuerpo y quedarse allí por toda una eternidad. Para finalizar, y aunque sintiese vergüenza de sí mismo, se justificó pensando que seducirla y deshonorarla podía llegar a ser la forma más segura y rápida de convencerla de que aceptase la vivienda que quería regalarle y, de paso, también a él como amante. Porque si de algo estaba seguro era de que el día que los soldados descubriesen que era una hermosa mujer, los candidatos, solteros y sin ataduras, le iban a llover a montones, y él tenía que anticiparse a ellos. No iba a permitir de ninguna manera que se la arrebatasen, y más ahora que sabía que podía enviudar pronto y casarse con ella. Con los riñones doloridos cercándole el vientre y esos turbios pensamientos que le azotaban la mente, Juan se desvistió despacio, se quedó solo con la camisa y el calzón de granadero, puso una manta en el piso, al lado del catre de la chica y se arrodilló ahí, de cara a ella, con los codos apoyados en el filo del camastro y sintiendo su suave aliento en el rostro.

Al estar el brasero lleno y encendido, la tienda tenía un ambiente caldeado y confortable que había hecho que Mercedes corriese las mantas hasta su cintura. Con profunda alegría él observó, por el escote abierto de la amplia camisa con la que dormía la chica, que esta vez no tenía puestos ni el almohadón ni las odiosas vendas. De seguro, supuso, ella se habría relajado contando con que no iban a volver esa noche, porque tampoco se había colocado ese emplasto espantoso en la piel ni en el cabello, el que brillaba,

con reflejos rojizos, a la luz de las intensas brasas. Con la pasión y el amor calcinándole las entrañas por partes iguales, él olió su pelo y su cuello limpios, atraído por el irresistible aroma natural de su cuerpo. Despacio, para no despertarla, fue desprendiendo todos los botones de la camisa de ella y la apartó hacia atrás, dejando sus pechos blancos y maduros al desnudo. Luego comenzó a acariciarlos con lentitud y pericia, con suaves movimientos circulares, sonriendo en la semioscuridad cuando, instantes después, empezó a escuchar los bajos gemidos que surgían de los labios entreabiertos de la joven, que se movió inquieta y se colocó boca arriba. Él se alejó, por unos momentos, esperando que ella volviese a entrar en un sueño profundo y después reinició sus caricias, cada vez más osadas, ya que fue desplazando sus largos dedos, recorriendo su estómago plano, su abdomen apenas redondeado y su pubis rojizo, deteniéndose finalmente en ese pequeño botón, caliente y húmedo de placer, y comenzando a tocarlo con devoción, haciendo girar las yemas a su alrededor mientras oía cómo sus sonidos de goce se intensificaban.

En ese preciso momento, Mechi se despertó y notó, en pocos instantes, los mágicos dedos del hombre que amaba, que la frotaban en ese lugar prohibido y le brindaban un placer exquisito. Su conciencia culpable le dijo que debía levantarse y alejarlo ya mismo, pero su instinto lujurioso, casi animal, se negó a renunciar a las intensas espirales de gozo que iban ampliándose en su vientre y lo abarcaban todo. Así que fingió que seguía dormida, “solo unos segundos más, virgencita”, rogó internamente la chica, “solo unos segundos más”.

Con el sexo endurecido de deseo y resollando agitado, él redobló la apuesta. Atrapó un rosado pezón entre sus labios y comenzó a succionarlo con deleite, a la vez que masajeaba el otro. Continuó así durante largos minutos, fue trasladándose de un pecho al otro y reverenciándolos con su boca y su lengua una y otra vez, en tanto que su dedo índice se desplazaba con cuidado, buscando el interior apretado, quemante y mojado de la chica, y comenzaba a entrar y salir de allí con lentitud, en un prelude de lo que vendría después. En

ese instante, los gemidos de ella fueron subiendo de tono hasta transformarse casi en gritos de puro e intenso placer. Aliviado y feliz, el capitán sintió cómo ella alzaba sus caderas, acompañando la danza erótica de sus dedos y abría los ojos, al tiempo que sus manos pequeñas lo tomaban de las mejillas y lo llevaban hacia arriba para comenzar a besarlos con desenfadada entrega. Este era el momento que Juan había esperado, soñado e imaginado durante meses, así que, sin dejar de besarla para no darle tiempo a razonar ni a retractarse, tomó los holgados calzones de la muchacha y se los sacó de un tirón, antes de desprenderse y bajarse sus propios pantalones con urgencia. Luego él se recostó, desnudo, sobre el vientre tibio de Mercedes, para comenzar a frotar lento, con la cabeza brillante y húmeda de su sexo hinchado, de arriba hacia abajo, la entrada a su interior, al tiempo que se alzaba sobre los brazos para poder observar su precioso rostro, transformado por el deseo.

En tanto que empezaba a penetrarla despacio y con tierno cuidado, con sus ojos clavados en los de ella, el capitán fue testigo del momento exacto en el que el cuerpo de la joven se convulsionó y se apretó más contra él, atravesado por un intenso clímax que la hizo gritar de puro alivio y la dejó luego desmadejada y laxa. Acariciando el cabello de la chica, corto y enmarañado, el oficial pensó, con una maravillada sonrisa, que iba a tener que actuar más rápido en el futuro, si deseaba acoplarse a esa pasión sin frenos, exigente y demandante de su dulce y lujuriosa mujercita. Después, la tomó de los muslos, le alzó las piernas a los costados y, con un placer intenso que lo tenía a él también al borde del orgasmo, continuó entrando dentro de ella hasta topar con su himen, elástico y resistente. Alarmado, observó que Mercedes tensaba su vientre, fruncía el ceño en un gesto de dolor, con las pupilas brillantes de lágrimas contenidas, y colocaba las palmas de sus manos sobre el pecho de él, haciendo presión para apartarlo de ella en un mudo pedido.

¿Y ahora qué? Se preguntó Juan mirándola con incredulidad, porque si ella de verdad pensaba que iba a dejarlo así, después de llegar adonde habían llegado, era como para estrangularla. Suspirando con paciencia, en tanto que,

en su mente, maldecía en dos idiomas, le preguntó: —¿Qué sucede mi vida?

—Duele... además... esto que hacemos está muy mal —le respondió ella con un hilo de voz, al tiempo que lo tomaba de las caderas para sacarlo de su interior.

—Es normal, pero le prometo que solo le dolerá esta vez, respire profundo y trate de relajarse —trató de calmarla él, en tanto que recordaba sus viejas épocas con Carmina. Solo que aquella era fría como un témpano y totalmente incapaz de sentir placer, mientras que esta era pura llama y, como ya se había quemado, ahora le habían regresado de golpe todos los prejuicios, pensó con ironía y el cuerpo temblando de las ganas de enterrarse en ella de una bendita vez.

—Es que, si le permito que siga adelante, me voy a transformar en una puta a la que no le importa engañar a una pobre enferma, y no quiero eso —insistió Mechi, mientras comenzaba a llorar en silencio, en tanto que seguía tratando de apartarlo.

Manteniéndose tercamente a medias dentro de la joven y con su sexo clamando por alivio, el oficial alzó su rostro para mirarla, en tanto que trataba de hacerla razonar:

—Mercedes, escúcheme con atención, no hay otra solución para nosotros por ahora, le juro que adoraría poder casarme con usted porque la amo más que a mi vida, pero no puedo hacerlo, porque ya estoy casado y nadie va a concederme la separación habiendo un hijo de por medio.

—Ya lo sé, es por eso que no quiero seguir con esto, váyase por favor —le rogó la muchacha con expresión de desconsuelo y sollozando quedamente.

—No, no, escúcheme, es un hecho que mi esposa se va a morir pronto, solo le pido que sea mi amante hasta que eso suceda y podamos casarnos.

La chica lo miró horrorizada y negó con la cabeza, en tanto que retorció su cuerpo para alejarlo. Inspirando hondo para calmar el dolor de sus testículos y enviando al demonio todas las ideas honorables y altruistas que había tenido al adquirir ese lugar, Juan continuó:

—He comprado una chacra en las afueras de Buenos Aires, para que viva allí, es pequeña, pero hermosa y estaría muy cómoda...

En ese instante, la furia que sintió la joven ante la frialdad con la que él le hablaba, decidiendo el lapidario futuro de su esposa y el de ella misma sin consultarla y tratándola de paso como una prostituta, le dio las fuerzas para alzarle las caderas y desplazarse hacia atrás, alejar su vientre del de él, incorporarse en el catre y cerrar su camisa con rabia, en tanto que le soltaba, con profunda ironía:

—¿No me diga?! ¡Comencemos a rezar porque Carmina muera pronto, entonces! ¡Tal vez de ahora en más podríamos hacerla dormir en habitaciones heladas y quitarle la comida para que pase hambre, así aceleraremos su enfermedad, eso no falla, porque la tisis es muy amiga de la pobreza! ¡O mejor aún! ¡¿Qué tal si nos aparecemos de noche en su cuarto, usted la sostiene y yo la degüello como hice con el matucho?! —terminó gritándole la joven, en tanto que lloraba desconsolada.

—No sea cruel conmigo, Mercedes, por favor —le reprochó el oficial con tono apesadumbrado, mientras se sentaba sobre sus talones y frente a ella al tiempo que, ya resignado, trataba de encerrar su miembro, aún duro e hinchado, dentro de sus pantalones.

—¿Y por qué no? ¡Si usted hace depender nuestra felicidad de la muerte de una pobre muchacha enferma, que va a dejar a un bebé sin su madre, con la misma frialdad como si hablase de que mañana va a llover! ¡Usted es el que es cruel! ¡Esa pobre mujer lo necesita ahora más que nunca!

—¡Basta! ¡Tenga piedad de mí! ¿No se da cuenta de que estoy desesperado? —le gritó él, al tiempo que alzaba los brazos al cielo con impotencia.

—Sí que me doy cuenta, pero usted pretende aprovecharse del inmenso amor que le tengo para convertirme en su barragana, ¡y yo jamás voy a aceptar ser la puta de nadie, ni siquiera de usted, por más que lo ame con desesperación!

—Es que eso no sería así, yo viviría con usted e iría a visitar a Carmina de vez en cuando, para guardar las apariencias, pero nunca más volvería a

acostarme con ella, se lo juro por lo más sagrado... usted sería realmente mi mujer y, si tuviésemos hijos, les daría mi apellido y los amaría más solo por saber que son también suyos.

—¿Tener hijos fuera del matrimonio? ¿Para que la gente les dé vuelta la cara en la calle y los trate con desprecio llamándolos bastardos? ¡Ni lo sueñe! —le gritó Mechi, furiosa y echando chispas por los ojos.

—¿Y qué piensa hacer entonces, eh? ¿Casarse con un hombre al que no ame, solo para cuidar las apariencias y el qué dirán, y convertirse así en una pobre infeliz por el resto de su vida?! —le espetó él tomándola de los hombros, con los ojos azules brillando de pura rabia.

—¡Infeliz sí, pero digna! ¡Amargada sí, pero pudiendo mirarme en un espejo sin sentir vergüenza de mí misma! —le retrucó ella, en tanto que alzaba sus brazos con furia y dejaba uno de sus pechos al aire con el brusco movimiento.

Él la contempló unos instantes en silencio, volviendo a desearla con intensidad. Después, para paliar un poco su ira y su insatisfacción, le espetó con fría ironía:

—La creía más valiente, mocosa.

Mechi se fue contra él y le dio una sonora cachetada que le dejó la palma de la mano ardiendo. ¿Cómo se atrevía ese cerdo a tratarla así, cuando sabía muy bien todas las veces que ella había arriesgado su vida por él?

Furioso por el golpe y enceguedo por el deseo, el capitán le atrapó las muñecas, se las sujetó detrás de la espalda y, tomándola de la nuca para acercarla, comenzó a besarla de nuevo con pasión. “Oblígala primero y, cuando su sangre vuelva a encenderse, cederá”, pensó en un instante de locura. Un segundo después se dio cuenta de que se había equivocado de medio a medio, porque Mercedes lo mordió con fuerza, lastimándole el labio, y a él no le quedó otro camino que soltarla, avergonzado, en tanto que sentía su boca llenándose de sangre.

—¡Puede violarme si quiere, pero no voy a ser más suya por eso! ¡Puede que usted tenga mi corazón en un puño, pero no voy a entregarle también mi cuerpo

mientras me quede un resto de dignidad! —le espetó la joven en medio de intensos y desgarrantes sollozos, antes de recostarse en el catre, de costado, y arrollar sus piernas contra su blanco y delicado abdomen, en un intento de protegerse de él y de las sensaciones que le provocaba.

Juan se levantó despacio, con el pecho quemándolo de pura amargura. En un avergonzado silencio y sin mirarla, tomó su ropa y se fue a dormir a otra tienda vacía, porque ya no podía permanecer un segundo más en ese sitio que se había convertido en un hervidero de pasiones y desencuentros. A la pasada abrió el armario y tomó una botella de aguardiente, que el sargento Cuevas escondía siempre allí, y se la llevó con él, con la firme intención de ahogar sus penas y su deseo insatisfecho con el alcohol.

Capítulo 11

UNA DECISIÓN HONESTA

Esa madrugada, luego de no poder pegar un ojo en toda la noche, Mercedes se levantó con la firme decisión de alejarse de allí. Aprovechando que se encontraba sola en la tienda, porque los hombres aún no habían regresado, y que su almohadón ya estaba seco, se vendó, se vistió y se camufló, tomó sus pocas pertenencias, las apiló dentro de una sábana que usó para envolverlas, ató todo con una gruesa sogá y fue hacia afuera a ensillar su caballo. No sabía adónde habría ido Juan, pero quería partir antes de que él regresase. Las cosas entre ellos habían llegado a un punto sin retorno y ella necesitaba alejarse de él lo más rápido posible, ya que si no iba a terminar haciendo algo de lo que se arrepentiría por el resto de sus días. Con una irónica y apenada mueca, le vino a la mente el rostro severo de su madre, remachándoles una y otra vez a ella y a sus hermanas que debían mantenerse firmes y llegar vírgenes al matrimonio, porque ningún hombre valoraba a una mujer liviana. “*Hombres necios que acusáis*”, pensó parodiando a Sor Juana. ¿Y qué diría ahora la incorruptible doña Leonor Sánchez si supiese que una de sus hijas solteras había estado a punto de entregarse a un militar patriota, casado y padre de familia, para colmo de desgracias? En tanto que reía y lloraba a un mismo tiempo, se la imaginó mirándola con gesto de desprecio al tiempo que le decía: “*¡Claro, tenías que ser tú, Mercedes, la que terminase arrastrando a nuestra familia por el lodo!*”.

Cuando iba a subir a su caballo luego de asegurar su atado a la montura sintió, primero, los fuertes ladridos de Manchitas, y luego sus filosos dientitos que se clavaron en sus botas de granadero para tratar de detenerla. Con un suspiro de pena se agachó, lo alzó en brazos, montó como pudo sobre el potro, con el perrito bajo el brazo, y partió a trote lento, para no despertar a los que aún dormían en el campamento, con rumbo a Santiago y con la firme intención de buscar refugio en el hogar de la tía Gertrudis. Pensó que no podía abandonar al animalito allí porque, por un lado, para él ella era como su mamá y por el otro, esa querida mascota era lo único que iba a quedarle de su capitán.

Tenía planeado buscar primero la casa donde sabía que se hospedaba San Martín cuando pernoctaba en la capital y, con la excusa de que debía cuidar a una tía muy enferma, solicitarle una licencia de varios meses. No se animaba a pedirle directamente la baja ya que, con el genio de perros que se gastaba su madrina, cuando la viese aparecer con esas trazas, era más que capaz de echarla a patadas en el trasero, y ahí sí que no tendría otro camino que volver al hospital. ¡A Mendoza no regresaba ni muerta! Porque, si antes apenas podía tolerar la presencia de Hipólito, ahora, luego de saber los placeres que encerraba estar en brazos de alguien a quien se amaba, no iba a aceptar tener a ese carcamal ni a diez metros de distancia y doña Leonor no era de las que cambiaban de opinión muy fácil. Por otra parte, irse sin dar aviso hubiese significado que acusaran a su hermano de desertor. Además, en su última carta, Sol le había contado que lo único que estaba deteniendo ahora la venida de su terca madre y su insistente prometido era el crudo invierno que se avecinaba y ya empezaba a cubrir las montañas de nieve, haciendo que intentar cruzarlas fuese casi un suicidio. Así que la chica calculaba que al menos hasta octubre o noviembre estaría a salvo de esos visitantes indeseados y, para entonces, tal vez pudiese convencer a tía Gertrudis de que la protegiese de su progenitora, teniendo en cuenta que su irascible madrina tenía mucho más dinero y poder y se encontraba en su propio territorio. Inmersa en esas disquisiciones arribó a

la populosa y antigua ciudad y, luego de preguntar varias veces y a mitad de mañana, consiguió entrevistarse con San Martín en su despacho.

Amigo de las charlas y el buen vino, por sus ojos enrojecidos y sus párpados hinchados, el general tenía todo el aspecto de haber dormido poco y haberse pasado de copas la noche anterior, sin embargo, ya estaba levantado desde hacía horas y ocupándose de sus múltiples actividades. Fiel a su costumbre de tratar con respeto y afecto hasta al más insignificante de sus soldados, el militar la recibió con una cálida sonrisa y un fuerte apretón de manos:

—Buen día, soldado, siéntese y cuénteme: ¿a qué debo el placer de su visita? —le dijo San Martín, al tiempo que le indicaba el sillón que se ubicaba frente a su amplio y abarrotado escritorio, antes de tomar asiento él también.

—Buen día, mi general. Vine porque necesito pedirle tres meses de licencia, es que tengo una tía que vive aquí, en Chile, y está muy enferma. Como la pobre es solterona no encuentra quien la acompañe y, sabiendo de mi trabajo como ayudante del doctor, me pidió si no podía irme un tiempo a vivir con ella para cuidarla, y como ahora estamos casi de gusto, a mí de verdad me encantaría ir, pero solo si usted me autoriza —le informó la muchacha, impostando la voz y con tono respetuoso.

—Por supuesto, muchacho, la salud de la familia está primero y, como usted bien lo dijo, por ahora no hay mucho trabajo en el hospital, así que vaya tranquilo. Eso sí, antes espéreme afuera y mándeme a mi escribiente, así le firmo la autorización.

—Muchísimas gracias, señor —le contestó la chica, antes de pararse y hacer la venia con una enorme sonrisa.

—De nada, Luis, usted se lo ha ganado como buen patriota, vaya nomás... Ah, y acuérdesese de darle mis saludos a su tía —lo despidió el jefe del ejército, con un gesto cordial y su brillante cabeza ya enfrascada en sacar cálculos y planear estrategias para la continuación de su campaña libertadora.

Luego de media hora de espera el escribiente le trajo la licencia, firmada y sellada por San Martín, y la chica volvió a la calle donde la esperaban su

caballo y, junto a él, Manchitas, el cual, sentado sobre sus cuartos traseros, vigilaba las pertenencias de su dueña y gruñía amenazante a cuanto transeúnte le pasase cerca. Treinta cuerdas después, con la dirección de su tía guardada en su memoria y pidiendo indicaciones para poder llegar allí, Mercedes arribó a la inmensa casona de dos pisos de su madrina. Con un suspiro nervioso y expectante, ató su potro a la cerca de entrada, cargó su atado de ropa sobre su hombro, alzó al perrito y lo apretó contra su pecho, rezando para que Gertrudis se hubiese levantado de buen humor. Caminó por el largo y angosto camino empedrado, rodeado de canteros con flores y arbustos, hacia la amplia puerta principal. Al llegar allí, golpeó la aldaba con fuerza y el alto y pálido mayordomo que servía allí hacía más de ocho años, vestido de negro, callado como una lápida y con aspecto de funebrero, salió a recibirla y la miró con gesto de pocos amigos, al ver su aspecto sucio, su cabello despeinado, y su beligerante cuzco, el cual en ese momento le gruñía, mostrándole sus pequeños colmillos.

—¿Qué necesita muchacho? —le preguntó serio y confuso, segundos antes de reconocerlo como el sobrino de su señora.

—¡Soy yo, Luis! Necesito hablar con mi tía —le informó la chica, porque si llegaba a decirle que era Mercedes el hombre era muy capaz de morirse de un síncope.

Desde el interior de la casa, se escuchó la voz seca y malhumorada de su madrina: —¿Quién es, Vicente?

—Su sobrino Luis, señora... y su perro —agregó el larguirucho con gesto hosco.

A continuación, Mechi escuchó los pasos presurosos de su tía y el sonido de su bastón al golpear contra el piso. Después oyó su voz protestona, hablando casi consigo misma:

—¿Luis aquí? ¡Qué raro! ¡Algo muy grave debe estar sucediendo para que ese mocoso se aparezca por acá! —finalizó, recordando que el muchacho solía huir de ella como si tuviese la peste bubónica. Sin embargo, al transponer la

puerta y observar a su visitante la mujer se quedó muda del asombro y la impresión. ¿Luis? No, no era él, era Mechi, la cual, según carta de su hermana Leonor, se hallaba desaparecida desde hacía seis meses. ¿Qué hacía su ahijada allí, disfrazada de granadero, con el aspecto de haber salido arrastrándose de una alcantarilla, con un pulgoso perro en brazos, los ojos brillantes de lágrimas, su precioso cabello cercenado al ras y un redondeado abdomen que la hacía sospechar de un posible embarazo? Llevándose una mano a la cintura y alzando una ceja con aspecto severo, la mujer se giró hacia su mayordomo y le espetó: —¡No es Luis, pazguato, esa es Mercedes!

Al oírla la chica no pudo seguir soportando más la angustia y el desamparo y, dejando a Manchitas en el suelo, abrazó fuerte a su tía y se puso a llorar desconsolada, en tanto que le decía:

—¡Ay, madrina!

Gertrudis Sánchez era una dama de cincuenta y ocho años, menuda y flaca como una tabla, con largos y lacios cabellos negros, matizados de canas, que llevaba atados en un tirante rodete en lo alto de la nuca. Aunque se parecía a su hermana en su boca ancha, sus pómulos altos y sus ojos rasgados y negros, la solterona tenía la nariz más grande, la piel más oscura y no poseía las curvas redondeadas de Leonor. Por otra parte, sus facciones afiladas se hallaban surcadas de arrugas que le daban a su pequeño rostro un rictus de severidad. Su carácter era fuerte y autoritario y carecía totalmente de prudencia y tacto en su trato con los demás, lo que significaba que decía siempre lo que se le daba la real gana, sin preocuparse por las consecuencias o las reacciones de los otros. Sin embargo, debajo de sus magros pechos tenía un buen corazón, que una vez había sabido amar con pasión, pero que se había endurecido a causa de la amargura y la desilusión. Desde la muerte de su cuñado y su sobrino había comenzado a vestirse de negro y aún hoy, casi cuatro años después, seguía usando ese color. En el pasado, había sabido invertir muy bien su dote, asociándose con Lucio Saldivar, un pícaro comerciante que aportó el trabajo y la astucia para los negocios, mientras ella

colaboraba con el capital. Muchos decían que su riqueza había comenzado a crecer gracias al contrabando, pero en la actualidad y con una fortuna ya sólida y asentada tenían una próspera empresa de compra y venta de vinos y otras mercaderías. Como las mujeres no podían participar públicamente en los negocios, la solterona había debido mantenerse a la sombra de él, no obstante, en las habitaciones oscuras de su casa, era ella la que llevaba los papeles de la firma, la que autorizaba las nuevas inversiones y controlaba los gastos, ya que Lucio tenía una esposa y seis hijos gastadores y ostentosos que lo hubiesen terminado dejando en la calle si ella no los hubiera tenido con las riendas bien cortas. Nunca se había llevado bien con su hermana Leonor, porque sus fuertes genios habían chocado siempre provocando chispas, pero el día en que el apuesto Dalmacio Gutierrez Prado apareció en sus vidas se convirtieron en enemigas irreconciliables. Gertrudis era la que lo había conocido antes, cuando era un joven y atractivo ex militar de cabellos rojos y simpática sonrisa, con ella había bailado en las primeras tertulias a las que asistió y a ella era a la que había acompañado en sus paseos por la plaza mayor, vigilados por una chaperona. Ambos compartían el mismo humor ácido y socarrón y se reían de todo y de todos. A pesar de que él en ningún momento le insinuó nada y la trató siempre con el respeto debido a una querida amiga, ella nunca había amado a alguien tanto como lo amó a él y jamás había sido tan feliz como en esas primeras semanas de conocerlo. Pero todo cambió el día en el que la pequeña y bella Leonor asistió a su primer baile ya que, desde el mismísimo instante en el que Dalmacio la vio, el resto del mundo dejó de existir para él, Gertrudis incluida. Así que la hermana mayor había debido soportar el sorpresivo noviazgo y el rápido matrimonio de esos dos, con una fingida sonrisa que ocultaba todo el despecho y el dolor que la desgarraba por dentro y que ni siquiera el paso de los años logró curar. Así, ella se había contentado con seguir siendo, además de su cuñada, su más fiel amiga y con ayudar a criar y malcriar a sus sobrinos, sobre todo a los mellizos, que, detrás de su fachada de severa solterona, eran a los que más amaba, tal vez por el

fuerte parecido tanto físico como de carácter que tenían con su alegre padre. Sin embargo, cuando ellos cumplieron diez años, la mujer no pudo seguir soportando más ser siempre el mudo testigo de esa felicidad ajena y, solicitando su dote a su padre, armó una valija, cruzó los Andes y se fue a vivir a Chile, quemando sus naves imaginarias al llegar para no tentarse nunca más con volver a Mendoza. El día que se enteró por una carta de Leonor de las muertes de Dalmacio y de Manuel, el desgarrante dolor que sintió le provocó un síncope que la tuvo al borde de la tumba por varios días y, al recobrar la conciencia, descubrió que tenía la mitad izquierda de su cuerpo paralizada. Con el paso de los meses y el intenso ejercicio, consiguió recuperar gran parte de sus funciones, pero su párpado permaneció levemente caído y no pudo volver a caminar sin el bastón. Esa era la mujer en la que Mercedes había buscado refugio en un instante de desesperación y a pesar de que hacía ya tres años que no se veían. El tiempo, que es sabio y todo lo decanta, iba a hacer que la chica jamás se arrepintiese de haber tomado esa decisión.

Diez minutos después de su llegada a la inmensa casona la joven se hallaba sentada en el amplio sillón de terciopelo verde del salón de visitas, llorando todavía su pena y sonándose la nariz con fuerza, mientras su tía se paseaba delante de ella de un lado al otro, y la observaba con gesto sospechoso. De repente, Gertrudis se frenó en seco y, señalando a la muchacha con el bastón en tanto que fruncía el ceño con enojo, la interrogó:

—Dime una cosa, Mercedes Gutierrez Prado, ¿huiste de tu hogar porque estás embarazada? ¡Y quiero la verdad!

Mechi alzó la vista para mirarla, con los ojos redondos de puro asombro antes de negar —¡Pero no, madrina! ¿Cómo se le ocurre?

—¿Por esa enorme barriga, tal vez? —le retrucó la mujer mientras alzaba las cejas.

—¿Qué? Ah no, esto es solo un almohadón, fíjese si no me cree —le explicó la chica, en tanto que se desprendía la chaqueta y la camisa para mostrarle las pruebas de que no le mentía.

—¿Y se puede saber qué haces entonces con esa ridícula almohada, y fajada como una momia, además? —volvió a preguntar su tía, curiosa y molesta.

“¡Otra que piensa que mi fiel almohada es ridícula!”, refunfuñó interiormente la joven antes de contestarle: —Es largo de explicar, si usted quiere, siéntese aquí a mi lado porque es una extensa historia —terminó, mientras palmeaba el asiento con gesto cansado.

—¡Por supuesto que me vas a explicar, empezando por decirme qué cuernos hiciste con tu precioso cabello! —rezongó Gertrudis, antes de sentarse al costado de la muchacha y cruzarse de brazos, en actitud de beligerante escucha.

Una hora después la solterona no cabía en sí del asombro: —¿Me estás diciendo que conviviste seis meses con más de cinco mil soldados “y dormiste” en una tienda con otros seis, sin que ninguno se diese cuenta de que eras una mujer? —la acorraló, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Bueno, casi, ya le dije que mi capitán sí me descubrió, por eso es que tuve que huir de repente —le contestó Mechi, que le había relatado todo con lujo de detalles, salvo la parte referida a su participación en la batalla de Las Coimas y su relación amorosa con Juan, por obvias razones.

—¡Eres de lo que no hay, niña! ¡Estúpida, inconsciente, rebelde, idealista, tonta y quijotesca! ¡Una digna hija de Dalmacio! —la amonestó Gertrudis, en tanto que se paraba y comenzaba a caminar nuevamente de un lado al otro del salón y con los nervios de punta, antes de frenarse para continuar: —¡Dios santo! Cuando tu madre me escribió preguntándome si habías llegado aquí me alarmé, pero, como te creía una chica inteligente, “y hay que ver lo que nos equivocamos a veces”, pensé que habrías pedido asilo en algún convento, al fin que yo tampoco hubiese aceptado casarme con un vejestorio, ¡pero esto, es que pasa de castaño oscuro, mocosa! ¡Tu pobre padre debe estar haciendo rolos en su tumba de puro disgusto!

—¡Pues que se jorobe! ¡No hubiese firmado ese estúpido acuerdo, entonces! —le retrucó la chica, todavía ofendida con su progenitor.

—¡Más respeto por los muertos, chinita malhablada, mira que te voy a hacer volar los dientes de un sopapo! —le gritó su madrina, fiel a su costumbre de proferir terribles amenazas sin cumplir jamás ninguna.

—Perdón, tía, yo sé que usted también lo quiso mucho, además ya le dije que no solo fue por eso, no quería que mi sobrinito se quedase huérfano antes de nacer y mi hermano es tan arriesgado e inconsciente que iba por ese camino.

—¡Ah no, pero miren quién habla! —ironizó la mujer con tono zumbón.

—Sí, ya sé que yo también, pero tengo más puntería que él, ¡y Luis es lo que yo más amo en este mundo! Por otra parte, a mí nadie me hubiese extrañado si me pasaba algo —le respondió Mercedes con un gesto triste.

En ese instante Gertrudis detuvo sus paseos y fue a sentarse al lado de su ahijada con gesto desolado, porque detectaba en Mechi el mismo sentimiento de desamor que ella misma había sufrido siempre. Luego la tomó de las manos y, en una inusual manifestación de afecto y ternura, le dijo con tono suave: —Yo te hubiera extrañado muchísimo, mi amor, eres mi única ahijada, y también lo hubiesen hecho Luis y tus hermanas.

—¡Pero me hubiese reencontrado con Manuel y papá! —le confesó la chica, volviendo a llorar con desconsuelo porque, además de que los añoraba cada día más, se había sentido tan avergonzada y tan sucia luego de lo sucedido la noche anterior con Juan que había tenido unas ganas enormes de morir.

—¡Ay, hijita de mi alma! Algún día todos los vamos a volver a ver, pero no ahora, mi cielo, porque tú eres joven y bella y tienes una hermosa vida por delante —la consoló su tía en tanto que la abrazaba con fuerza y le apretaba la torturada cabeza contra su pecho.

—Mi vida no es hermosa, madrina, mi vida es un desastre —le confesó Mechi en un susurro.

—Ya lo sé, me basta nomás con verte, ¡y con olerte!, para saberlo, pero vamos a solucionar eso, no te angusties. ¡Voy a lograr que mi odiosa hermana desista de casarte con ese viejo como que me llamo Gertrudis Sánchez! —sentenció la solterona antes de fruncir la nariz y alejarla de la cabeza de su

sobrino, porque el olor a grasa rancia la estaba descomponiendo.

Ese mediodía en el campamento, al escuchar el barullo que hacía los dueños de la tienda donde se había refugiado, Juan se despertó descalzo, a medio vestir y sintiendo su cabeza a punto de estallar de una fenomenal resaca. ¡Qué bonito peludo se había agarrado, santo Dios! Desde la manta en el piso, sobre la que había caído despatarrado luego de tomar hasta embrutecerse, trató de abrir los ojos, pero los rayos del sol atacaron sus iris azules y lo obligaron a cerrarlos. Sentía la boca seca y con un gusto amargo. Cuando quiso hablar para darles alguna excusa de por qué se encontraba allí, sintió la lengua tan pastosa que apenas podía moverla. Intentó sentarse, pero el estómago se le dio vuelta y los integrantes de la carpa, que observaban con gestos socarrones el deplorable aspecto que cargaba su siempre serio y atildado capitán, comenzaron a girar a su alrededor como si fuesen una calesita. ¡Mierda! Se dijo resignado, antes de caer hacia atrás como una bolsa de papas y continuar durmiendo a pierna suelta hasta las cuatro de la tarde.

Juan volvió a despabilarse al sentir la gruesa mano del cabo Farías zamarreándolo, en tanto que le decía: —¡Despierte, capitán, tenemos un problema!

—¿Qué rayos sucede?

—Es que se nos ha desaparecido el gorgojito, ya revisamos el campamento de cabo a rabo y no se encuentra por ninguna parte, tampoco está su caballo, ni el cachorro, ni su ropa. Qué quiere que le diga, para mí que se hartó de nosotros, el pobrecito, y se nos mandó a mudar con todo y petates —terminó el robusto cabo, al tiempo que se llevaba las manos a la cintura con gesto desolado.

“No se hartó de ustedes, se hartó de mí”, pensó Juan, mientras se levantaba del suelo con dificultad, asolado por un terrible dolor de cabeza y por una angustia que le cerraba el pecho, al pensar que ella podía encontrarse sola y en peligro y el único culpable, si le pasaba algo, iba a ser él. ¿Por qué cuernos se le había ocurrido hacerle esa proposición indecente a una chica inocente

como ella? ¿Y por qué no había podido dejar sus manos bien guardadas en los bolsillos? ¿Por qué había tirado por la alcantarilla todo el honor, la moral y las buenas costumbres que le habían inculcado tanto sus padres como San Martín? Y esta era la consecuencia directa de sus errores, perder lo que más amaba. En silencio, con todos esos pensamientos girando dentro de su cabeza como en un torbellino, se paró y terminó de vestirse. ¿Dónde podría haber ido ella? A Mendoza imposible, porque las últimas tormentas de nieve habían cortado casi todos los caminos, además, era un suicidio cruzar la cordillera en pleno invierno y, si algo tenía Mercedes era instinto de supervivencia. Tampoco creía posible que ella se hubiese ido, así como así, dejando pendiente una acusación de deserción sobre la cabeza de su hermano. No, tenía que haberle avisado a alguien. Decidido a averiguarlo, corrió hasta el hospital e interrogó a Paroissien, pero este no sabía nada del soldado Luis. De pronto recordó que la chica conocía la dirección de San Martín en Santiago, así que, sin perder tiempo, montó sobre su caballo y partió a galope tendido hacia la ciudad. Dos horas después se encontró con el general en su despacho, y este le confirmó lo que él ya sospechaba: el soldado Gutierrez Prado le había solicitado una licencia por tres meses y él se la había concedido. El capitán se despidió de su jefe, no sin antes agradecerle la información y recordarle su deseo de ser enviado también a Talcahuano con su escuadrón, para poder apoyar a Las Heras en la batalla que se avecinaba. El oficial pensó que ahora más que nunca era necesario que se alejase de Mercedes, porque era la única forma que iba a tener de dejarla en paz, sin embargo, no podía partir sin averiguar dónde estaba ella y si estaría protegida cuando él no estuviese.

La chica no tenía dinero para rentar algún lugar así que, necesariamente, debía de haber ido a lo de su tía en Santiago, pero ¿cómo podría encontrarla, en una ciudad de decenas de miles de habitantes, cuando los únicos datos que tenía sobre la mujer eran un nombre de pila y que era una señora madura y soltera?

Durante la semana siguiente el capitán se trasladó a la capital, alquiló un cuarto en una fonda, pequeña pero limpia, y luego se dirigió al Cabildo. Sabía que allí existía un registro de los nombres de los vecinos más acomodados del lugar. Ser oficial del ejército tenía sus ventajas, ya que solo tres horas después le entregaron una lista en la que había anotadas quince Gertrudis con diferente apellido, algo raro en una burocracia que trabajaba al ritmo de una tortuga. ¿A quién carajos se le podría haber ocurrido ponerles un nombre tan feo a tantas mujeres? Se preguntó amoscado.

Resignado, en los días posteriores fue consultando las direcciones y visitándolas una por una en sus respectivos hogares. A tres las descartó al instante por su edad, eran demasiado jóvenes como para ser tías de nadie. Incluso en una de las casas más humildes, un padre celoso, malhumorado y simpatizante de los realistas, que creyó que era un pretendiente patriota de su joven y bella hija, lo sacó a chumbazo limpio. Al día siguiente de eso, otra mujer, en otra vivienda, lo salió a recibir con un niño de pecho calzado en su cadera y un prominente vientre que dejaba claro que se hallaba a punto de parir, en conclusión, esta tampoco daba para solterona ni de vaina. Luego vinieron dos ancianas que le permitieron tener alguna esperanza, sin embargo, luego de quince minutos de conversación y de enterarse del reuma y la gota que tenían postrado al marido de una, y de lo traviosos que eran los nietos de la otra, las desechó también. Lo mismo hizo con otra mestiza que salió a su encuentro con dos mocosos colgando de sus polleras y la mano de su gigante esposo apoyada en su hombro con gesto protector. Con la octava llegó justo a tiempo para asistir a su entierro, pero Mercedes tampoco se encontraba en él.

Por otra parte, cuatro días después del inicio de su intensa búsqueda, San Martín, respondiendo a su pedido, le dio su autorización por escrito para que marchase a Talcahuano al mando de su escuadrón, para apoyar a los patriotas en su nuevo intento de tomar el fuerte. Juan se lo agradeció, pero le pidió que lo esperase un poco más, para darle tiempo a organizar su viaje antes de partir. La realidad era que el oficial no podía irse sin tener antes la certeza de

que la joven estaba segura.

La noche de su séptima jornada de pesquisa, a las dos de la madrugada, el capitán se hallaba recostado en la angosta cama de su fonda, boca arriba, con la cabeza apoyada sobre las manos y los ojos abiertos de par en par, con un brasero encendido en su habitación y angustiado por el miedo a que la muchacha pudiese estar pasando hambre o frío, cuando recordó de repente la carta que le había enviado su amigo Miguel Roldán, en la que le parecía que el otro había mencionado el apellido de soltera de doña Leonor. Se enderezó de golpe, al darse cuenta de que ahí estaba la respuesta a sus plegarias. ¡Si Gertrudis y esa matrona eran hermanas, por ley deberían llevar el mismo!

En la madrugada del día siguiente, Juan ya se hallaba camino al campamento y, al llegar allí y releer su correspondencia, efectivamente se encontró con que el famoso patronímico era Sánchez. Volviendo a consultar la lista entregada por los integrantes del cabildo, comprobó que en ella había una sola Gertrudis con ese apellido, pero se encontraba recién en el lugar número catorce. Con una mueca de irónica tristeza pensó que, si a él alguna vez se le ocurriese poner una fábrica de sombreros, era cantado que le salían todos sin cabeza.

Ese mismo día regresó a Santiago, sin embargo, logró hallar la casa de la mujer recién a la tardecita. Como consideró de mala educación hacerles una visita a esas horas, permaneció un rato vigilando, parado en la vereda de enfrente por si salía alguien de allí, pero nada sucedió. No obstante, al caer la noche, se quedó conversando animadamente con un sereno recién llegado, el cual le confirmó que se encontraba en la pista correcta: en esa inmensa y opulenta casona vivía una solterona más mala que una araña pollito, acompañada solo por su amargo mayordomo y sus criadas y a la que no se le conocían amigos ni parientes. Era avinagrada y observaba a todo el mundo por encima de su nariz, pero, a pesar de su mal carácter, su dinero y su poder, nunca se había sabido que le hiciese mal a nadie. Al interrogarlo, el hombre también le informó que no había visto a ningún soldado entrando y saliendo de allí, pero él trabajaba en esa esquina solo desde el anochecer de un día hasta

el amanecer del otro.

A las nueve de la mañana de la jornada siguiente, con su uniforme militar reluciente y el estómago anudado de nervios, Juan golpeó la aldaba contra la ancha puerta de entrada. Salió a atenderlo un alto mayordomo con cara de pocos amigos, que le preguntó serio:

—Buen día, oficial. ¿Qué se le ofrece?

—Necesito hablar con la dueña de casa —le informó el capitán, al tiempo que se quitaba el sombrero con gesto respetuoso.

—Enseguida le aviso, veré si puede atenderlo —le respondió el larguirucho, antes de cerrarle la puerta en las narices y dejarlo allí de plantón.

—¿Quién es, Vicente? —le preguntó Gertrudis, bajando sus impertinentes hasta el puente de su nariz para poder observarlo por encima de ellos con gesto interrogante. La mujer se encontraba sentada en el amplio sillón, bordando una servilleta ubicada en un redondo bastidor de madera, vestida con una camisa y una basquiña negras y llevando sobre sus hombros una mantilla de lana del mismo color.

—Un capitán del ejército patriota, señora, pide hablar con usted.

Al escuchar esto Mercedes alzó su rostro, alarmada. La joven se encontraba ubicada al lado de su tía, ataviada con un sencillo vestido de algodón celeste, de corte princesa, con un jubón bordado en delicados hilos azules y zapatos al tono y su corto cabello dorado rojizo suelto y reluciente. Estaba bordando la funda de una almohada, pero dejó sus labores a un lado y se incorporó rápido, para correr hacia uno de los amplios ventanales que daban al frente y, deslizando unos centímetros la cortina, en tanto que se escondía para que no pudiesen verla desde afuera, espiar al visitante. Al reconocerlo, se llevó una mano a la boca, giró para mirar a Gertrudis con ojos enormes y le pidió con tono bajo:

—¡No lo deje entrar, por favor, madrina, se lo ruego, dígame que se vaya!

—No puedo hacer eso, muchachita, estamos en guerra y, si lo mando a pasear, lo más probable es que en un rato se me vuelva a aparecer y me eche

abajo la casa con sus cañones, sus mulas y todo su ejército.

—¡Pero, tía! —protestó la chica, mientras pateaba el piso con impotencia.

—Nada, nada, niña, que estas no son épocas fáciles para los civiles y yo no quiero líos con la milicia —le retrucó la mujer, en tanto que se paraba y tomaba su bastón.

—Entonces atiéndalo, pero por nada del mundo se le ocurra decirle que yo estoy aquí, por favor, por favor —rogó la muchacha uniendo sus manos delante de su pecho.

—Está bien, mocosa, pero si vas a obligarme a mentir por ti antes quiero saber la razón: ¿es el capitán que descubrió tu identidad, verdad? —adivinó Gertrudis. Al ver que Mechi asentía, continuó: —¿Y por qué rayos le tienes tanto miedo? ¿Te hizo algo? ¿Se propasó contigo? ¿Es eso?

—¡Pero no, madrina, por favor! ¿Cómo se le ocurre? —le respondió la joven desviando la vista, incómoda y asustada.

—¡Pues merecido lo tendrías, por irte de marimacho a correr el mundo! —la amonestó nuevamente la solterona, que todavía no perdonaba la osadía de su ahijada. Luego de un largo suspiro concluyó: —Voy a ir a atenderlo, si no, se va a cansar de esperar y se me va a terminar metiendo a las malas, tú te escondes en la biblioteca y no sales de allí hasta que este hombre se vaya, pero, cuando lo haga, vas a tener que explicarme cuál es la verdadera relación que te une a él. A mí no me engañas, niña, que tantos sustos y calores por algo son, “aquí hay un gato encerrado” y por Dios santísimo que lo pienso encontrar.

—¡Gracias, tía! —le dijo Mercedes, antes de abrazarla, besarla rápido en la mejilla, correr hacia la izquierda y desaparecer detrás de una puerta interior.

—¿Qué haces ahí parado como una marmota? ¡Ve a decirle que pase! —ordenó Gertrudis mirando a Vicente, que se había quedado todo ese tiempo tieso y callado como una estatua.

—De inmediato, señora.

Un minuto después el mayordomo volvía, seguido de cerca por el capitán. En

una sola mirada, el ojo de halcón de la mujer registró y concluyó varias cosas: primero, ese muchachón vestido en forma impecable era demasiado joven y apuesto como para necesitar propasarse u obligar a algo a ninguna chica, ¡vamos, que las mocosas deberían caer rendidas al paso de esos ojazos azules! Segundo, que cargaba encima un nerviosismo y una angustia mayores a los de su sobrina, tercero: estaba segura de que había una flecha en el talón de Aquiles de ese buen mozote para que su sobrina se escondiese así de él, ¿sería casado, tal vez? Hipotetizó mentalmente, antes de regañarse en silencio a sí misma por sacar conclusiones en el aire y sin tener ninguna prueba. Luego volvió a sentarse y adoptó una pose majestuosa.

—Buen día, señora —le dijo el oficial, al tiempo que se quitaba el gorro de granadero en señal de respeto.

—Pues hasta ahora era bueno, veamos si usted no me lo arruina. Para empezar, podría sentarse enfrente de mí, que me va a hacer dar tortícolis si tengo que estar mirando todo el tiempo para arriba. ¿En qué puedo serle útil, capitán? —le respondió la solterona, alzando las cejas con tono seco en tanto que apoyaba ambas manos en su bastón.

Juan abrió la boca para responderle, pero se quedó tildado, ¡de veras que era avinagrada esa vieja! ¿Cómo abordarla? “Quisiera saber si usted tiene sobrinos mellizos en Mendoza, porque fíjese que los ando buscando, es decir, en realidad busco a su sobrina, que nos engañó a todos haciéndose pasar por su sobrino”, se parodió a sí mismo. ¡Qué va! Esa serpiente milenaria y enroscada se le iba a reír a carcajadas en la cara. Así que inspiró profundo y se lanzó al abismo, optando por la pregunta más directa y simple para poder así observar su reacción:

—Quisiera saber si su sobrina Mercedes se encuentra aquí con usted.

La primera intención de Gertrudis fue negar que tenía una pariente con ese nombre, pero luego se arrepintió, porque ignoraba cuánta información tendría ese capitán. Así que eligió otra mentira menos evidente:

—Hasta donde yo sé, mi sobrina se encuentra viviendo en Mendoza junto a

su madre.

—No, señora, ella está aquí, en Chile, desde hace varios meses —le informó él, atento, porque el leve pestañeo de la mujer al contestarle lo hizo sospechar.

—No tenía idea. Le diré que casi no tengo relación con esa familia —le respondió la mujer, antes de retomar su bordado con gesto fingidamente concentrado para no verlo a los ojos, porque la ponía nerviosa. Luego preguntó:

—¿Y usted para qué la busca?

—Vea, señora, es que ella estuvo combatiendo a mis órdenes, disfrazada de varón.

—¿¡Combatiendo?! ¿Es que usted se volvió loco? —tronó la solterona, mientras dejaba a un lado su bordado y se quitaba los impertinentes de un manotazo para mirarlo con asombro.

Al capitán no le pasó desapercibido que el gesto de horror de la mujer se debía a la participación de la joven en la lucha, pero no la sorprendió lo de su disfraz, esa vieja ladina sabía mucho más de lo que decía. Así que agregó para horrorizarla más aún: —Así es, es más, no solo hirió a varios matuchos, sino que también degolló a uno que estaba a punto de ultimarme. Una valiente la muchacha. Así que le debo mi vida y, como desapareció hace varios días diciendo que venía a cuidarla a usted, en fin, solo quiero asegurarme de que se encuentra bien —terminó, poniendo cara de angelito de la guarda. A medida que él hablaba, el rostro de Gertrudis había tomado un color encarnado, Juan hubiera podido jurar que estaba furiosa, pero no era con él precisamente.

Detrás de la puerta de la biblioteca, la chica, que tenía la oreja pegada a la madera para poder escuchar, se puso también de un color rojo subido y le vinieron unas ganas enormes de morderlo por atreverse a contarle eso a su madrina, ¡quién sabía la de sermones y quejas que iba a tener que soportar gracias a ese bocón!

—Vea, oficial, en primer lugar, no le creo nada de lo que me está diciendo y en segundo, le repito que hace años que no veo a mi sobrina, así que búsquela

en otra parte, porque aquí no está —volvió a mentir la solterona, en tanto que alzaba los brazos con gesto teatral y de hastío.

—Sin embargo, había otra mujer aquí con usted, antes de que yo entrara —le retrucó él, al tiempo que señalaba el otro bastidor, abandonado por Mechi sobre el sillón en su apuro por huir.

Disimulando una silenciosa maldición, Gertrudis le explicó:

—Lamento desilusionarlo, capitán, pero ese bordado también es mío. Es que soy tan laboriosa que me gusta trabajar siempre en dos cosas al mismo tiempo, vea, dejo este y tomo ese, así soy yo, qué le vamos a hacer —terminó ella con un tono didáctico que a él casi le sonó a burla, en tanto que se enfrascaba en el ribeteado de la funda.

Juan volvió a suspirar y luego se levantó, molesto y decidido a poner todas las cartas sobre la mesa de una buena vez: —Mire, señora, estoy convencido de que ella se encuentra aquí porque no existe otro lugar seguro adonde pueda haber ido. Mechi está sola, no tiene dinero y no creo que conozca a nadie más en esta ciudad. Si está escondida, llámela por favor, no quiero molestarla, solo necesito asegurarme de que se halla bien —le soltó él, con tono angustiado.

—¡Mocoso insolente! ¿Cómo se atreve a faltarme el respeto de esta forma, tratándome de mentirosa en mi propio hogar? ¡Váyase ya mismo de mi casa! —le gritó la solterona, en tanto que se paraba y sacudía su bastón.

—¡No pienso irme de aquí hasta no hablar con ella, señora! —le contestó Juan también enojado, antes de hacer bocina con las manos y comenzar a gritar: —¡Mercedes! ¡Mercedes!

—¿Por Dios, se volvió loco? ¡Se va en este mismo instante de aquí o lo hago echar por los sirvientes! —lo amenazó Gertrudis, mientras caminaba hacia él.

—¡Pues hágalo, señora, le aseguro que una buena pelea me va a venir muy bien para sacarme toda la rabia y la impotencia que vengo acumulando! ¡Después no se queje! —le retrucó él con gesto furioso.

La mujer se detuvo aterrada. El oficial era un hombre entrenado para matar y su pobre Vicente nunca en su vida había sostenido algo más pesado que una

bandeja, y no lo iba a dejar moler a golpes por el mastodonte este solo por defender a esa chinita inconsciente y desobediente. ¡No! Tenía que usar la diplomacia para sacarlo de allí. De repente, ella recordó su interrogante inicial y, con el desparpajo que la caracterizaba, le preguntó a quemarropa:

—Dígame una cosa, ¿es usted casado?

El capitán sintió que era en vano mentirle a ese halcón con polleras, así que, inspirando para calmarse, le respondió: —Sí, señora, soy casado y tengo un hijo, pero eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

La solterona se cruzó de brazos y lo observó con insistencia, en tanto que pensaba: “¡Acabáramos! ¿Con que esas teníamos, eh? ¿Así que mi preciosa Mechi no solo comparte conmigo el carácter rebelde y salvaje, sino que también ha tenido la misma desgracia de enamorarse de un hombre que pertenece a otra? ¡Porque, que esa mocosa está perdidita por este bello oficial no hay quien me lo saque de la cabeza!”.

Luego de unos instantes de incomodidad, en los que ambos sostuvieron un duelo de miradas, él cambió a un tono de ruego para exclamar:

—Por favor, doña Gertrudis, tenga piedad de mí, hace nueve días que casi no duermo de la preocupación porque le haya pasado algo, si ella no quiere verme lo entiendo, pero dígame si está con usted y si va a cuidar de ella, solo eso...

La solterona lo observó seria y supo con certeza que no estaba mintiendo. Además, esa desesperación en sus ojos le hizo sospechar algo peor de lo que había imaginado al principio así que, con la sinceridad que la caracterizaba, le preguntó: —¿Qué relación lo une a usted a mi sobrina? ¿Acaso son amantes?

—¡No, señora, cómo se le ocurre! —se escandalizó él, negando que esa había sido justamente su intención hacía muy pocos días.

—Pues es la única explicación que encuentro para tanta angustia —terminó ella con tono irónico.

Él la miró derrotado, suspiró y se llevó las manos a la cintura, antes de responderle con tono calmo:

—Mechi no es mi amante señora, pero yo la amo, la amo más que a mi propia vida, aunque tenga una esposa y un hijo esperándome del otro lado de Los Andes. Es más, estoy seguro de que su sobrina también me ama. Dígame que soy un sinvergüenza y una lacra si quiere, no se lo voy a discutir, pero nadie puede mandar sobre su corazón y yo tampoco. No busqué esto, se lo aseguro, pero me pasó, y le juro que ahora no sé qué rayos hacer con todo lo que siento. Lo único honorable que se me ocurrió es tomar distancia... parto mañana para Talcahuano, es un viaje muy largo y voy a tardar varios meses en volver, así que usted no debe preocuparse porque las moleste... solo dígame si ella está bien... nada más —terminó, taladrándola con ojos doloridos.

Gertrudis lo miró seria y carraspeó para aclararse la garganta. Ahora por fin entendía la enorme tristeza de la chica en esos días y su nerviosismo e inquietud cuando lo vio aparecer. Cómo no iba a comprenderla si ella también hacía casi cuarenta años que estaba profundamente enamorada de un hombre casado, y cuñado suyo para colmar los males, y ni siquiera la muerte había podido pulverizar ese amor. Pero estos jóvenes no podían estar juntos, porque eso no solo significaría para Mercedes deshonar el buen nombre de su familia sino ser despreciada y señalada por todo el mundo como una cualquiera, ¡y eso nunca! Por su propio bien, la muchacha tenía que renunciar a él. Luego de unos segundos de silencio, en los que su cabeza no paró de pensar, la mujer le expresó con gesto serio:

—Para bien o para mal, usted ya se armó su nido, mi hijito, y me parece muy bien que haya decidido echarse en él y resignarse, porque no va a poder tener dos al mismo tiempo. Además, mi ahijada no nació para ser la barragana de nadie.

—Yo jamás dije eso, señora —la contradijo él, al tiempo que se ponía rojo de la vergüenza.

—Ah, pero lo piensa... o lo desea por lo menos.

Luego de decir eso, Gertrudis escuchó rasguños en la puerta del fondo de la sala que conducía a la cocina y, observando al oficial con gesto apenado, se

encaminó despacio hacia allí, apoyada en su bastón, en tanto que volvía a repetirle con voz bien alta:

—Por última vez le digo que se retire ya mismo de mi casa. Vaya y busque a esa chica en otra parte, porque aquí no está y, si ella viniera, olvídense de que yo se lo vaya a contar a usted, porque “jamás voy a desamparar a los que son de mi sangre”.

Al terminar de hablar, la solterona abrió la puerta del fondo y apareció Manchitas. Ladrando y hecho una tromba corrió hasta el oficial, que se agachó en el piso para recibirlo con una enorme sonrisa, porque solo había una forma de que ese cuzco inquieto hubiese llegado allí. Al alzar la vista, con el perrito, que estaba lustroso y olía a jazmines, abrazado contra su pecho, agradecido y con ojos azules brillando de lágrimas contenidas, vio que la tía de Mechi lo miraba con un gesto cansado y triste, antes de despedirlo:

—La puerta de entrada está abierta, capitán. No voy a mentirle diciendo que ha sido un gusto conocerlo, pero sí le deseo un buen y largo viaje. Y que Dios nuestro señor lo proteja —finalizó la mujer, antes de retirarse para poder llorar a sus anchas por la pena de esos dos pobres infelices, que jamás iban a poder lograr ser dichosos uno sin el otro. Sin embargo, se felicitó en su mente porque había logrado cumplir la promesa hecha a su ahijada de no decirle a él que ella se encontraba allí, pero, a la vez, había aliviado un poco la angustia de ese hombre con solo abrir una puerta.

Esa noche, acostada en la habitación de al lado, Gertrudis escuchó a Mechi llorar con desconsuelo hasta dormirse, pero no se acercó a consolarla. Se dijo que, tal vez, la chica tuviese más suerte que ella y el tiempo y la distancia la ayudasen a olvidarlo. Pero lo dudaba, porque su ahijada llevaba su misma sangre y tenía su mismo temple, y ella iba a morir algún día de tanta amargura y soledad que cargaba, pero con el alma y el corazón llenos de la imagen de Dalmacio.

En el amanecer del día 11 de julio de 1817, en medio de un intenso frío, el

capitán Jhon Williams, al frente de su escuadrón de granaderos conformado por doscientos cincuenta hombres, partía hacia su destino. Arribaría a él recién cuarenta días después y sin saber que, para cuando ellos salieron de allí, sus compañeros de armas ya habían librado un nuevo y fracasado combate en Talcahuano, intentando infructuosamente tomar el inexpugnable fuerte, el cual terminaría rindiéndose recién en 1819, cuando la independencia de Chile ya estuviese declarada y los demás realistas hubieran sido derrotados de norte a sur del país.

Pero antes deberían pelearse otras batallas, tanto en esa épica, heroica y sufrida guerra por lograr la libertad de los pueblos sudamericanos, como en el alma y el corazón de la única, arriesgada y valiente mujer que participó y combatió en ese glorioso cruce de los Andes.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Agradecimientos

A mi esposo y mis hijos, por comprenderme y acompañarme en este fascinante y complejo camino de la escritura. A Ediciones B y Penguin Random House, en especial a mi editora, Lola Gude, infinitas gracias por volver a confiar en mí. A los investigadores de la historia de las guerras independentistas de Chile y Argentina, que me dieron la base teórica real para que pudiese crear un relato de ficción a partir de ésta. A mi docente de Historia Argentina, Marta Perna, que me transmitió su pasión por la investigación histórica. A la colega y profesora de Historia Nélide Torres, que me ayudó a revisar y corregir detalles de la obra. A mis queridas lectoras beta: Norma, Mariela, Victoria y Nélide, que me señalaron errores para que pudiese mejorar el relato. A mis compañeras de editorial, que son las que más me alientan a seguir. Para finalizar, les agradezco siempre e infinitamente a mis lectores, los que me leyeron y los que espero que sigan haciéndolo.

Nota de autora

Esta novela está basada en una exhaustiva, ardua e intensa investigación en diferentes fuentes y documentos y contiene hechos, mapas, fechas y personajes históricos reales sobre la campaña libertadora del general San Martín y el cruce de los Andes. Sin embargo, con los permisos que nos concede la ficción, hay hechos o batallas en los que incluí personajes ficcionales que responden a la parte romántica del relato. Es una conjunción entre historia y romance pero que está realizada con el mayor de los respetos por la historia y la figura de José de San Martín, con el íntimo deseo de que los lectores no solo disfruten del relato amoroso sino también que recuerden esa grandiosa epopeya y a los arriesgados héroes que la forjaron.

Desde ya pido disculpas a los historiadores si he cometido algún error involuntario, ya que esa nunca fue mi intención, es decir, traté en todo momento de adaptar la historia de amor a los hechos y fechas reales y no a la inversa, pero también les recuerdo que esto es, en primer lugar, un relato de ficción, aunque sea hecho, reitero, con el mayor de los respetos y admiración por la historia de mi país.

Deseo decirles que mi profundo amor a la Historia, y sobre todo a la Historia Argentina, hizo que esta novela sea la que más he disfrutado escribir, tanto en su etapa de investigación como en el armado y la redacción del relato amoroso. Aunque no se imaginan lo complejo que resultó hacer coincidir los conflictos, idas y venidas ficcionales de esta relación tan fuerte y apasionada entre Juan y Mercedes, con los avatares reales de las guerras independentistas

sudamericanas, sin hacerle trampas, en el proceso, a los hechos que sucedieron en esa gloriosa época.

Si te ha gustado

Una mujer en el cruce de los Andes

te recomendamos comenzar a leer

Tú eres mi Victoria

de autor



Capítulo 1

Victoria

—Victoria, me pregunta la paciente si le puedes dar la receta o tiene que ir a su médico de cabecera.

—Tranquila Mery, se la hago en un momento y se la das.

—Gracias.

Me llamo Victoria y trabajo en el Hospital Montepríncipe de Madrid. Solo llevo cuatro meses trabajando aquí, pero... siempre hay un *pero*, ¿no? Yo también lo tengo. Mi marido es el jefe del equipo, y tengo que luchar todos los días para demostrar que obtuve mi puesto porque valgo, y no por ser la mujer de nadie. Hay gente maravillosa, pero también hay gente con gran maldad.

Se me olvidó un dato importante. Soy ginecóloga, y me apasiona mi trabajo. Hace cinco años que trabajo de esto, y no puedo estar más encantada con la carrera que elegí.

Antes trabajaba en otro hospital, y aunque estaba bien allí, lo cierto es que tenía casi una hora de camino para casa, y al final la insistencia de mi marido ha podido conmigo.

Hace cuatro años que nos casamos, y llevamos juntos casi ocho. Nos entendemos, nos queremos, y compartimos profesión, supongo que eso lo hace todavía más fácil.

Aún recuerdo el día que nos conocimos. No fue precisamente trabajando. Yo tenía veintisiete años por ese entonces, estaba en mi tercer año de carrera, y fui a una revisión ginecológica. Estaba pensando en utilizar algún método anticonceptivo, pero antes de eso, necesitaba que me hicieran una revisión. Y ahí estaba él, con su pelo castaño, sus ojos cristalinos, y una sonrisa que, en ese momento, me pareció la más bonita del mundo. Es indiscutible que ese día

entre los dos saltaron las chispas, pero estaba claro que él estaba trabajando, y yo era muy joven. Estaba segura de que no era la primera chica que veía, y con la que se quedaba embobado.

Me mandó unas pruebas y me citó para verme en quince días. Y no fue hasta entonces que entablamos conversación. Le dije lo que estaba estudiando y se ofreció a dejarme unos libros, incluso a pasarme información que él tenía, de todos los años que llevaba trabajando. Al final se me olvidó el motivo por el que había ido a la consulta.

Después de eso, todo fue muy rápido. Me ayudaba a estudiar, iba a recogerme a la facultad, salíamos a cenar, me invitaba a cenar. Era un hombre, bueno sigue siéndolo, muy atractivo. Desde entonces, no nos hemos separado. En poco menos de un año, nos fuimos a vivir juntos, y tres años después nos casamos. Él es el jefe de equipo de ginecología desde hace cuatro años y, desde entonces, ha querido que trabaje con él. Yo nunca he querido, siempre he odiado que me digan que estoy en algún sitio por enchufe. A mí nadie me ha regalado nada, si estoy aquí es porque me lo merezco, pero me molesta profundamente que tenga que demostrarlo todo el día.

He de decir también que trabajar con tu marido, tiene bastantes inconvenientes, sobre todo cuando él es tu jefe. Broncas, discusiones, y algún que otra mala cara en casa. Por mi parte, porque él tiene el poder de llegar a casa, y dejar los conflictos en la puerta. Yo soy incapaz. Sé que eso es un problema, pero no puedo evitarlo. Supongo que sus años de experiencia no son los míos y que, algún día, aprenderé a lidiar con ello.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el día? —me pregunta cuando llego a casa.

—Hola. Un día duro, pero como todos los días.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, Róber. Nada. Todo como siempre.

—¿Sigues pensando que te equivocaste aceptando este trabajo?

—Sigo pensando que las decisiones que se toman no son para luego arrepentirse, pero quizás si volvieras a insistirme con el tema, te diría que no.

—No tienes que hacer caso a los comentarios. A ti eso nunca te ha importado.

—Lo sé. Pero también sabes que soy buena en lo que hago, y que no estoy ahí solo por acostarme con el jefe.

—¿Acostarte con el jefe? Pensaba que era tu marido.

—¡No te enfades! Eres mi marido o, por lo menos, eso dijo el cura. Aunque también nos acostamos, ¿no?

—¡Eres una pájara! —Los dos nos reímos, y él me besa.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Bueno, tengo una ligera idea, pero no creas que lo tengo muy claro.

—¡Serás cretino!

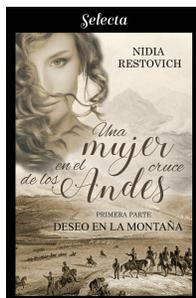
—¡Un respeto a tu jefe y a tu marido!

—¡Vaya! ¿Así andamos? ¿Y qué podemos hacer para remediarlo?

—Se me ocurre alguna cosa.

—¿Sí? Tendrás que darme una pista... —Se acerca a mí y me besa. Una noche de sexo para compensar un mal día en el trabajo.

En una época donde matar y morir se habían convertido en hechos cotidianos, a ellos les resultará imposible escapar a su destino.



Ella es Milagros, una joven argentina bella, generosa y audaz que ha sufrido la muerte de su padre y su hermano mayor en la batalla de Ayohuma. Ante el peligro de perder también a su hermano mellizo, después de que este sea llamado a la lucha, y escapando de una boda que no desea, la joven decide disfrazarse de varón e ir en lugar de él a combatir en las guerras independentistas americanas, bajo el mando del general José de San Martín.

Él es Juan, un capitán del Ejército libertador. Es apuesto, honrado, valiente, bondadoso y está casado con una mujer que no lo hace feliz, pero va a darle un hijo.

Ambos vivirán la maravillosa y temeraria aventura de cruzar la imponente Cordillera de los Andes detrás de un sueño de libertad que los llevará a combatir codo a codo en una guerra sin cuartel.

En el transcurso de su viaje también conocerán el verdadero amor, un amor intenso e inevitable, pero doliente e imposible de concretar. Sin embargo, cuando el fuego de la pasión se encienda, ninguno de los dos podrá ignorarlo por mucho tiempo.

Nidia Restovich nació el 27 de diciembre de 1971 en la localidad de Teodelina, ubicada en el sur de Santa Fe, Provincia de Argentina, donde vive actualmente. Es profesora de Castellano, Literatura e Historia y ejerce la docencia con profunda vocación. Está casada y es madre de dos hijos. Le encanta escribir y es una lectora apasionada de las novelas románticas desde su adolescencia. Hace siete años comenzó a escribir obras teatrales para realizar con sus alumnos, las cuales tuvieron un gran éxito y aceptación. Por esta razón, se decidió hace un par de años a escribir novela romántica.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Nidia Restovich

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-13-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

Una mujer en el cruce de los Andes

Prefacio

Capítulo 1. Los inicios de una epopeya

Capítulo 2. Cuando la vida seguía girando en el mismo sentido

Capítulo 3. Preparando el cruce de los Andes

Capítulo 4. Juan

Capítulo 5. Decisiones de vida

Capítulo 6. El cruce de los Andes

Capítulo 7. En tierras de Chile

Capítulo 8. Entre el amor y el honor

Capítulo 9. Con una cordillera de por medio

Capítulo 10. Decisiones erradas

Capítulo 11. Una decisión honesta

Agradecimientos

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Nidia Restovich

Créditos